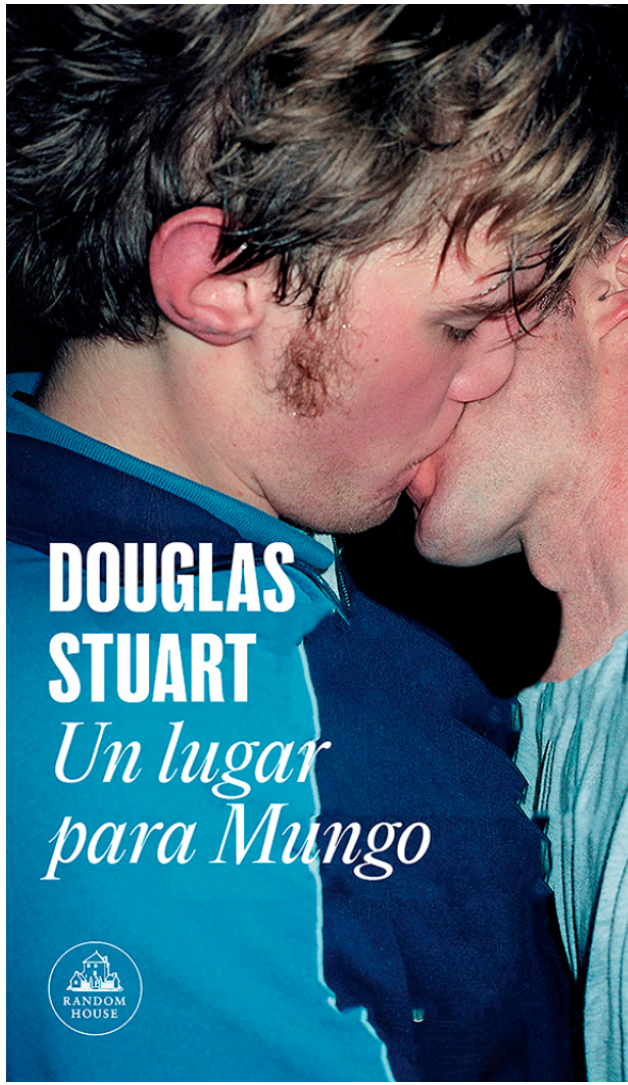

DOUGLAS
STUART
Un lugar
para Mungo
RANDOM
HOUSE

# DOUGLAS STUART

# *Un lugar para Mungo*

Traducción de Francisco González López

RANDOM HOUSE

*Para Alexander*
*y todos los afables hijos de Glasgow*

# EL MAYO POSTERIOR

# 1

Cuando estaban a punto de doblar la esquina, Mungo se paró en seco y se sacudió la mano que el joven le había puesto en el hombro. La determinación del gesto pilló a todos por sorpresa. Después se dio media vuelta y alzó la mirada al bloque de pisos, los ojos le temblaban con sus habituales espasmos nerviosos. Su madre lo observaba a través de los visillos de espigas tratando de convencerse de que aquel tic era un guiño de alegría, un simpático telegrama en código Morse que venía a decir que todo estaba bien. G.E.N.I.A.L. Así era su benjamín. Sonreía incluso cuando no tenía ganas. Era capaz de hacer cualquier cosa con tal de que los demás se sintiesen mejor.

Mo-Maw descorrió la cortina y se asomó por la ventana como una mujer que busca compañía. Levantó la taza de té con una mano y tamborileó las nacaradas uñas sobre el cristal. Había elegido un tono rosa para darles más lozanía a los dedos; si sus manos parecían más jóvenes, también lo parecería su rostro, toda ella. Cuando volvió a mirar hacia la calle, Mungo estaba encaminando sus pasos de vuelta a casa. Mo-Maw agitó los dedos para ahuyentarlo. «¡Vete!».

Su hijo andaba algo encorvado a causa de la mochila. La había preparado de mala gana, sin saber muy bien qué llevarse: un jersey Fair Isle que le quedaba grande, unas cuantas bolsitas de té, el manoseado bloc de dibujo, un parchís y varias pomadas medicinales medio gastadas. Pero el chico se tambaleaba como si estuviese a punto de caerse de espaldas. Mo-Maw sabía que la mochila no era para tanto. Era su cuerpo, que estaba totalmente rígido, como un peso muerto.

A pesar de estar haciéndolo por su bien, Mungo la miró como si estuviese a punto de echarse a llorar. Hacía demasiado calor para aguantar las tonterías del niño. La estaba sacando de sus casillas. «¡Vete!», articularon de nuevo sus labios y le dio un trago al frío té.

Los dos hombres se quedaron esperándolo en la esquina. Intercambiaron un suspiro, una mirada y algunas risas antes de dejar las mochilas en el suelo y encenderse un cigarro. Mo-Maw se dio cuenta de que estaban deseando irse —estas callejuelas no eran amigas de extraños—; sin embargo, tuvieron la astucia de no impacientarse ni presionar a Mungo estando tan cerca de casa, cuando aún podía huir. Observaron al chico con los ojos entornados, vigilantes, esperando a ver qué hacía. De cuando en cuando se metían las manos en los bolsillos y escarbaban hasta el fondo para separarse los huevos de los muslos. El día prometía ser húmedo y bochornoso. El más joven aprovechó para recolocarse el paquete. Mo-Maw se relamió la cara posterior de los dientes inferiores.

Mungo levantó la mano con intención de saludar a su madre, pero Mo-Maw lo fulminó con la mirada. El chico debió de ver cómo las facciones de su madre se endurecieron, o quizá reparó en que se trataba de un gesto demasiado infantil; fuera como fuese, decidió abortar el saludo y tomó una enorme bocanada de aire, parecía que estaba ahogándose.

Llevaba unos pantalones deportivos cortos, muy holgados, y el chubasquero le quedaba grande; tenía aspecto de vagabundo. Pero cuando se apartó la nube de rizos de la cara, Mo-Maw vio cómo se le endureció la mandíbula y recordó que su hijo estaba convirtiéndose en un hombretón. Volvió a tamborilear las uñas sobre el cristal. «¡No me mires con esa cara!».

El más joven de los hombres se acercó al chico y le pasó el brazo por los hombros. Al echarle el peso encima, Mungo esbozó una mueca de dolor. Mo-Maw lo vio palparse los costados y se acordó de los moretones que tenía en las costillas. Volvió a darle golpecitos al cristal. «Por Dios, ¡vete ya!». A renglón seguido, su hijo bajó la mirada y dejó que los hombres guiaran sus pasos. No dejaban de reírse y de darle palmaditas en la espalda. «Buen chico. ¡Ahí, con un par!».

Mo-Maw no era una mujer religiosa, pero extendió sus uñas rosadas hacia el cielo y comenzó a agitarlas mientras gritaba «Aleluya». Vertió el resto del té en la marchita planta de cinta y, tras llenarse la taza de

vino, subió el volumen de la música y se quitó los zapatos de un puntapié.

Los tres viajeros tomaron un autobús en dirección a Sauchiehall Street. Glasgow estaba atravesando una insólita ola de calor y, a lo largo del trayecto, vieron a alborozados jóvenes descamisados cuyas pieles estaban adquiriendo un alarmante tono rosáceo. Los bancos de la ciudad estaban tomados por abuelas de recios brazos que, ataviadas con sus buenos sombreros y abrigos de lana, sudaban la gota gorda. Mientras los sofocados niños iban por la calle dando brincos, las mujeres acurrucaban la cabeza sobre sus carnosos pechos, dejando que el calor las amodorrase. Mungo se acordó de las palomas del barrio, grandes, perezosas, con los ojos entreabiertos y la cabeza oculta tras las plumas del cuello.

La ciudad estaba muy animada, los músicos callejeros competían con los ensayos de una banda de la Orden de Orange. Cual pajarillos, los flautines de la banda emitían un simpático gorjeo que se enhebraba entre los pesados golpes de un tambor Lambeg. La melodía era tan conmovedora que de los ojos de un señor de edad avanzada y aspecto refinado —y presa de un visible estado de ensoñación— comenzaron a brotar espesas lágrimas. Mungo trató de no mirar a aquel hombre que lloraba sin ningún tipo de pudor. No estaba seguro de si el motivo de su llanto era la angustia o el orgullo. Entonces, un brillante reloj de pulsera, de los caros, le asomó por la manga del traje, y Mungo concluyó, sin disponer de más información, que un complemento así era demasiado ostentoso para pertenecer a un católico.

Los hombres arrastraban los pies bajo el sol, iban cargados con finas bolsas de plástico, un bolso de aparejos de pesca y una mochila de acampada. Mungo los oyó quejarse de que tenían sed. Solo hacía una hora que los conocía, pero ya lo habían mencionado varias veces. Parecían estar siempre sedientos.

—Necesito echarme algo al gaznate —dijo el mayor de los dos.

Enfundado en un grueso traje de tweed, el hombre estaba rojo como

una remolacha y sudando a chorros. El otro no le hizo caso. Arqueaba las piernas al andar, como si sus ajustados vaqueros les rozasen los muslos.

Llevaron al chico a la estación. Tintineo de monedas mediante, se subieron a un autobús que los llevaría fuera de Glasgow, a las verdes colinas de Dumbarton, al norte.

Para cuando alcanzaron los asientos de plástico del fondo, los hombres estaban jadeando y empapados en sudor. Mungo se sentó entre ellos y trató de hacerse todo lo pequeño que pudo. Cuando alguno de los hombres miraba por la ventana, el chico aprovechaba para estudiar su perfil. Si el hombre se giraba, fingía un repentino interés por la ventana opuesta, esquivando de este modo el contacto visual.

Mungo acercó la barbilla al pecho y trató de contener la picazón que se extendía por su rostro conforme veía pasar la ciudad gris. Sabía que estaba haciéndolo de nuevo: la nariz arrugada, el parpadeo, la expresión de «tengo ganas de estornudar pero no puedo». Sintió los ojos del hombre mayor clavados en él.

—No recuerdo cuándo fue la última vez que salí de la ciudad.

La voz del hombre era áspera, como si tuviese un trozo de pan seco atravesado en la garganta. De vez en cuando tomaba aire en mitad de una frase y titubeaba, como si cada palabra que decía pudiera ser la última. Mungo se afanaba en sonreírle, pero el hombre tenía pinta de hurón metomentodo y le costaba mirarlo directamente a los ojos.

El extraño señor trajeado se giró hacia la ventana y Mungo aprovechó la oportunidad para tomarle las medidas. Era un hombre delgaducho de unos cincuenta o sesenta años, pero estaba claro que el paso del tiempo había hecho especial mella en él. Mungo conocía bien a este espécimen de Glasgow. Los gamberros protestantes del barrio a menudo hostigaban a borrachos como él, los esperaban a la salida del bar, los llevaban a cualquier *fish and chips* y, una vez allí, los desplumaban, hasta que la última moneda caía de sus bolsillos. La mala alimentación y el exceso de alcohol le habían conferido un aspecto demacrado, ictérico. Demasiada piel para tan poca grasa. La cara, cetrina y arrugada, se asemejaba a una manzana pocha.

La andrajosa chaqueta del hombre no podía combinar peor con los pantalones, los cuales estaban tan arrugados que parecían colgajos de su propia piel. Debajo de la chaqueta llevaba una camiseta con el logo de una empresa de fontanería del South Side, el cuello estaba completamente raído, a punto de desgajarse del resto de la prenda. Mungo se preguntó si aquellas serían sus únicas ropas; olían a humedad, como si las llevara puestas a todas horas, lloviese o hiciera sol.

Mungo sintió una extraña pena por él. El hombre parecía tener leves temblores. Tras años ocultándose de los rayos del sol, al abrigo de los lóbregos pubs, había adquirido las reacciones nerviosas de un galgo que se resiste a salir a la nieve; tenía los ojos pequeños, esquivos, sacudía sus largas extremidades como un perro maltratado. En conjunto ofrecía el aspecto de alguien que está a punto de salir corriendo.

Cuando el último de los edificios altos desapareció de la vista, el hombre trajeado emitió varios ruiditos, llenando el aire vacío, como apremiando a sus compañeros a pegar la hebra. Mungo apoyó la barbilla en el pecho y se quedó callado. El hombre más joven se estaba rascando la entrepierna mientras Mungo lo observaba por el rabillo del ojo.

Parecía tener veintipocos años. Llevaba unos vaqueros de color índigo, el cinturón pasaba por debajo de la orgullosa insignia de Armani, dejándola bien a la vista. Era guapo —o debió de serlo en su día—, pero algo en él estaba ajado, como un buen bistec que pasa fuera de la nevera más tiempo de la cuenta. A pesar del calor, llevaba una cazadora. Cuando se la quitó, Mungo vio que tenía los brazos llenos de fibrosos músculos que revelaban un trabajo de fuerza bruta, o años de lucha callejera, o ambas cosas.

Llevaba el pelo corto. El flequillo engominado y peinado hacia delante, formando pequeños dientes de sierra, como si le hubiesen cortado el pelo con una podadera. Mungo se fijó en la estropeada piel de sus nudillos. Tenía un tono miel poco frecuente en los genes escoceses. Tal vez su familia era de origen italiano o español, como los irlandeses negros.

Cualquier indicio de romanticismo se fue al garete en cuanto el joven abrió la boca:

—Bah. Tú pasa de San Christopher —espetó con un marcado acento de Glasgow, sin mirar a ninguno de los dos—. Es más pesado que su puta madre.

Mientras Mungo se preguntaba qué estaba haciendo en un autobús con un supuesto santo, el otro hombre seguía hurgándose el interior de las fosas nasales con el meñique. Mungo se dio cuenta de que el joven llevaba anillos soberanos en todos los dedos y que tenía los antebrazos llenos de tatuajes. Era un hombre vestido de palabras: las insignias del pecho, los zapatos, los pantalones vaqueros, la piel. Con una aguja de coser se había tatuado nombres de mujeres y de bandas callejeras: Sandra, Jackie, RFC, The Mad Squad. La tinta azul se había corrido en diversos puntos formando hermosas lágrimas violeta bajo la piel, como una acuarela. Mungo leyó sus brazos con atención e intentó memorizar todo lo que pudo.

San Christopher hundió la mano en una de las bolsas y, con un guiño socarrón, sacó media docena de Tennent's Super. Con los ojillos puestos en la nuca del conductor sacó dos latas de sus respectivas anillas de plástico y ofreció una al chico y otra al hombre tatuado. Mungo negó con la cabeza, pero el hombre más joven la aceptó con un gruñido de agradecimiento. La abrió y arrimó los labios para sorber la huidiza espuma. Se ventiló la cerveza en tres tragos.

San Christopher debió de leer la mente del muchacho porque dijo:

—Me llamo Christopher, pero me dicen San Christopher porque voy a las reuniones de Alcohólicos Anónimos de Hope Street todos los domingos. Así no me confunden con Chris de Castlemilk ni con Chrissy el Pelirrojo. —El hombre tomó un trago y Mungo observó cómo su garganta luchaba para alojar la cerveza—. Como siempre voy el domingo, el día del Señor, me llaman San Christopher, ¿lo pillas?

No era la primera vez que Mungo oía algo así. La propia Mo-Maw era conocida como Maureen «Lunes y Jueves». Ese era el nombre por el que preguntaban los demás alcohólicos cuando el chico respondía el teléfono del pasillo. Quienes la llamaban querían asegurarse de que no

habían marcado por error el número de Maureen de Millerston o el de Mo del Milk. Estas sutiles distinciones era importantes para salvaguardar el código de anonimato.

—A veces me entran unos temblores tan fuertes que me dan ganas de ir también los miércoles, pero claro, no puedo. —San Christopher arrugó el ceño con tristeza—. Me entiendes, ¿no?

Mungo llevaba tiempo esforzándose por descifrar lo que la gente quería dar a entender. Mo-Maw y su hermana, Jodie, siempre le daban la brasa con eso. Al parecer podía existir cierta distancia entre lo que una persona decía y lo que realmente quería decir. Según Jodie, él era demasiado ingenuo. Y Mo-Maw se lamentaba por no haberle enseñado a ser más precavido, a no dejarse tomar el pelo tan fácilmente. A Mungo le resultaba curioso que lo reprendiesen por el hecho de ser honesto y presuponer que los demás también lo fueran. La gente y sus jueguecitos le provocaban dolor de cabeza.

San Christopher estaba dándole sorbos a la lata de cerveza cuando Mungo sugirió:

—Igual debería ir algún día más aparte del domingo. No sé, si ve que le hace falta.

—Ya, pero entonces dejaría de ser San Christopher. —Se metió la mano por la camisa y sacó un pequeño medallón. El santo de estaño brilló bajo la nariz picada del hombre—. San Christopher. Es lo más bonito que me han dicho nunca.

—¿Y por qué no les dice su apellido?

—Eso sería poco anónimo, ¿no te parece? —interrumpió el hombre tatuado—. En las reuniones nos abrimos en canal, sacamos los demonios que llevamos dentro. No es plan de que luego te vayan señalando por la calle.

Mungo sabía perfectamente que la gente tenía demonios. El de Mo-Maw salía a la luz cada vez que le entraban ganas de un trago. Era una especie de serpiente o anguila con los ojos brillantes, la mandíbula de una comadreja y el pelaje de una rata sarnosa. Atada a una cadena, tiraba y tiraba de su madre y la arrastraba hacia cosas de las que debía mantenerse alejada. Era insaciable y taimada. Permanecía latente, a la

espera de que los niños se fuesen al colegio. Entonces salía y estrangulaba a Mo-Maw como si fuese un ratoncillo indefenso. En otras ocasiones se metía dentro de ella y se enroscaba en su corazón. El demonio siempre estaba ahí, bajo su piel, incluso en los días buenos.

Cuando Mo-Maw se entregaba a la bebida, el demonio se calmaba por un tiempo. Pero a veces bebía hasta tal punto que se convertía en otra mujer, una criatura totalmente distinta. El primer síntoma de esta transformación era la piel de la cara: se le empezaba a aflojar, como haciéndole hueco al otro ser que acechaba debajo. Mungo y sus hermanos bautizaron a esta versión flácida de su madre como «la Bruja Piruja», una suerte de monigote sin corazón. No importaba lo mucho que sus hijos le demostrasen su amor o tratasen de reanimarla; ella recibía sus cuidados y atenciones pero se sentía igual de vacía que siempre.

Cada vez que la Bruja Piruja intentaba decir algo, la mandíbula inferior empezaba a bailarle y enrollaba la lengua de una forma sucia y lasciva, como si estuviese deseando lamer algo. La Bruja Piruja siempre tenía la sensación de estar perdiéndose alguna fiesta, algún evento divertido que podría estar ocurriendo a la vuelta de la esquina o en la calle de al lado. Cuando se sentía así, la tomaba con sus hijos y trataba de ahuyentarlos con una escoba imaginaria, como si fuesen inocentes pajarillos. La Bruja Piruja creía que a las mujeres sin hijos les pasaban cosas mejores, que en sus vidas había luces más rutilantes, risas más desenfrenadas.

La Bruja Piruja se convertía en la mejor amiga de cualquier mujer que acabase de conocer. Delante de media botella de whisky Black & White traicionaba sus propios secretos íntimos, pero luego se sentía herida cuando esta nueva compañera decidía no compartir sus sentimientos con la misma profundidad. Entonces se peleaban y acababan tirándose de los pelos, arrastrándose la una a la otra escaleras abajo. Por la mañana, Mungo se encontraba en el pasillo mechones de pelo perfumado meciéndose por acción de la corriente que se colaba bajo la puerta. Jodie o él se encargaban de aspirarlo todo con la Ewbank y nadie volvía a hablar del asunto.

Fue Jodie la que decidió dividir a su madre en dos. Bajo la fría luz de la mañana, ese truco ayudaba a Mungo a perdonar a Mo-Maw cuando la bebida la convertía en una mujer rencorosa y despreciable.

—Esa no era Mo-Maw —le susurró Jodie mientras lo abrazaba en el armario del termo eléctrico—, era la Bruja Piruja, y ahora está durmiendo.

Mungo sabía el aspecto que tenían los demonios. Mientras el autobús avanzaba dirección norte, se quedó en silencio pensando en los suyos.

—El conductor ya podría pisarle un poquito más, me cago en todo —espetó el hombre tatuado y echó mano del bolso que llevaba entre las piernas, la correa de lona estaba tachonada de señuelos de brillantes colores. De entre los carretes de hilo de pescar sacó un paquete de tabaco. Se lio un grueso cigarrillo y deslizó la lengua por el papel. Le dio una buena calada y expulsó el humo en la lata de cerveza, que ya estaba vacía. Tapó la boca de la lata con la mano, como si hubiese atrapado una araña, pero el tufo a tabaco flotaba ya en todo el autobús. Varios pasajeros miraron hacia atrás. Mungo se inclinó sobre el hombre con una tímida sonrisa y le quitó el cerrojo a la fina ventanilla—. ¿Fumas? —le preguntó entre una calada y otra. Sus ojos poseían un intenso verde salpicado de motitas de oro.

—No.

—Mejor. —Le dio otra calada al cigarrillo—. Fumar es malo.

San Christopher acercó una mano temblorosa y el hombre tatuado le pasó el cigarrillo de mala gana. El santo chupó hasta llenarse los pulmones. Sus labios resecos se quedaron pegados al húmedo papel. El hombre tatuado le dio un codazo a Mungo.

—Mis amigos me llaman Gallowgate porque es el barrio donde me crie. —Se colocó bien los anillos soberanos y señaló con la cabeza al conductor del autobús—. Eres nerviosete, ¿eh? No te preocupes, hombre. Como diga algo, le rajo la cara.

San Christopher apuró el cigarrillo hasta que se quemó los dedos.

—¿Te gusta pescar?

—No lo sé. —Mungo se alegró cuando vio extinguirse el cigarrillo—. Nunca he pescado.

—Donde vamos puedes pescar lucios, anguilas, corvinas —intervino Gallowgate—. Puedes tirarte todo el fin de semana pescando que nadie te va a pedir ningún permiso. No hay ni un alma en cuarenta kilómetros a la redonda.

—Sí. Es lo más cerca del cielo que se puede llegar en tres autobuses —corroboró San Christopher.

—Cuatro —corrigió Gallowgate—, cuatro autobuses.

La idea de lejanía inundó a Mungo de una repentina zozobra.

—¿Y os coméis los peces?

—Depende del tamaño —respondió Gallowgate—. En la temporada de cría se pescan tantos que haría falta un congelador enorme para guardarlos todos. ¿Cómo es el congelador de tu madre? ¿Es grande?

Mungo negó con la cabeza. Pensó en el diminuto congelador de Mo-Maw lleno de hielo hasta los topes. Tal vez se pondría contenta si le llevase una buena corvina, aunque era poco probable. Nada de lo que él hacía parecía hacerla feliz. Mo-Maw llevaba un tiempo «con el corazón en ascuas» por culpa de él; Mungo lo sabía porque ella se lo había dicho, con esas mismas palabras. El chico había intentado contener la risa al oír aquello, lo único que le venía a la cabeza era la imagen del corazón de su madre dando vueltas por el salón y echando humo. En ese momento, Jodie puso cara de incredulidad y le soltó: «Pero ¿te estás escuchando, Maureen? Si tú no tienes corazón ni nada que se le parezca».

Mungo se pellizcó los mofletes mientras el autobús dejaba atrás el pueblo de Dumbarton y la ocre ribera del lago Lomond entraba en escena. Recordó las ásperas palabras de Mo-Maw. Sabía por qué estaba aquí, sabía que era culpa de él.

—Bueno, ¿y cuántos años tienes? —le preguntó Gallowgate.

—Quince.

Mungo trató de enderezarse para parecer más alto, pero aún le dolían las costillas, y la suspensión del viejo autobús era espantosa. Tenía una estatura media para su edad, había sido uno de los últimos de su clase en pegar el estirón. Su hermano mayor, Hamish, a menudo le sujetaba la cara por la barbilla y lo obligaba a ponerse bajo la luz para

inspeccionarle el bozo que le ensombrecía el labio superior; parecía un jardinero comprobando el crecimiento de sus nuevos esquejes. Luego le soplaba encima para fastidiarlo. Aunque Mungo no era especialmente alto, le sacaba varios centímetros a Hamish. Cosa que a este le repateaba.

San Christopher extendió la mano y rodeó la muñeca del chico con sus largos dedos.

—Pues pareces un crío. Te habría echado doce o trece como mucho.

—Ya es casi un hombre. —Gallowgate pasó el brazo tatuado sobre los hombros del chico e intercambió una mirada ladina con su amigo—. ¿Se te han caído los cataplines, Mungo? —Mungo no respondió. Seguían colgando ahí, arrugados y sin sentido. ¿Y dónde caerían?—. Los huevos, hombre.

Gallowgate le dio un golpecito en la ingle.

—No lo sé.

Mungo se dobló para protegerse.

Los hombres se echaron a reír y Mungo trató de unirse a ellos, pero su risa era cohibida, estaba descompasada. A San Christopher le entró un golpe de tos seca y Gallowgate se volvió hacia la ventana con desdén.

—Vamos a cuidar de ti, Mungo. No te preocupes. Lo vamos a pasar bien y, con suerte, le llevarás a tu madre pescado fresco.

Mungo se masajeó los doloridos huevos. Volvió a acordarse del corazón en ascuas de Mo-Maw.

—Sí. Tu madre es una buena mujer. De las que no quedan. —Gallowgate empezó a morderse los pellejillos del dedo índice y a escupirlos en el suelo. De repente se detuvo y dijo—: ¿Me dejas que te vea? —Antes de que Mungo pudiera decir nada, le había subido el chubasquero y había comenzado a desvestir al chico—. A ver que te vea bien.

Mungo levantó los brazos y dejó que el hombre prosiguiese con su cometido hasta que el chubasquero de nailon le cubrió la cara, inundándolo todo de una serena luz azul. Mungo no veía a los hombres, pero podía oír su respiración entrecortada. Una triste inhalación

seguida de una pausa y un suspiro. El dedo del hombre estaba baboso de habérselo mordisqueado. Gallowgate presionó la yema sobre el moretón del pecho, y Mungo sintió el dedo desplazarse desde el esternón hasta la costilla inferior, como si estuviese dibujando un mapa. Luego presionó las costillas y, empeñado en comprobar el alcance del dolor, hundió el dedo en el cardenal. Mungo pegó un respingo y se apartó de Gallowgate. Se bajó el chubasquero con la certeza de tener la cara encendida. Gallowgate movió la cabeza indignado.

—Una vergüenza. Tu madre nos contó lo de los putos fenianos esos. Los católicos es lo que tienen. No te puedes fiar de ellos. —Mungo había intentado no pensar en ello—. No te preocupes —continuó Gallowgate con una sonrisa—, vamos a estar lejos del barrio, a nuestro rollo. Un fin de semana de tíos. Ya verás como vuelves a casa siendo un hombre hecho y derecho.

Tuvieron que hacer dos trasbordos y esperar casi tres horas a que llegase otro autobús más. Habían dejado atrás el lago Lomond hacía mucho y Mungo comenzó a sospechar que los hombres no tenían ni idea de dónde estaban realmente. A él todo le parecía lo mismo.

Los dos beodos se acomodaron sobre un manto de aulagas, detrás de la marquesina metálica de la parada del bus, y allí se terminaron la latas de Tennent's. De cuando en cuando, Gallowgate arrojaba una lata vacía a la carretera y le preguntaba al chico si venía algún autobús. Mungo recogía la lata y decía:

—No, ninguno.

Allí, al solecito y al resguardo de las miradas de extraños, Mungo dejó que el tic de la cara actuase a su antojo. Cuando estaba solo, intentaba dar rienda suelta a sus temblores para poder controlarlos después, pero la estrategia nunca le funcionaba.

En el campo hacía más frío. El lento sol norteño parecía estar clavado en el cielo, pero el viento que corría por las cañadas lo despojaba de todo calor. Empezó a gotearle la nariz. Igual se había quemado también

por la mañana.

Al sentarse vio que tenía una costra en la rodilla derecha; la piel de alrededor estaba arrugada y le picaba. Asegurándose de que nadie lo miraba, acercó los labios a la rodilla y empezó a chuparse la costra hasta que un sabor metálico le impregnó la boca. A sabiendas de que le entrarían ganas de lamerla de nuevo, se cubrió las piernas con el anorak, acercó las rodillas al pecho y las guareció del tibio sol. Había hecho un calor tan intenso e inaudito que no cayó en llevarse nada más aparte de los finos pantalones cortos de fútbol. Mo-Maw no le dio tiempo a preparar nada, y tampoco reparó en lo mal vestido que iba cuando salió a toda prisa por la puerta.

Se quitó el chubasquero y sacó el grueso jersey Fair Isle del bolso. Mientras se lo ponía, la seca lana de las Shetland le cosquilleó la cara. Mungo comprobó que los borrachines seguían tumbados a su aire. Enganchó el cuello del jersey a la punta de la nariz y empezó a chupar el tejido. Conservaba el olor a aire fresco, a serrín y al amargo amoníaco del palomar lleno de orines. Un olor familiar. Con ayuda del pulgar, se introdujo la tela en la boca y cerró los ojos. La dejó allí dentro hasta que le entraron arcadas.

Cuando llegó el autobús, los hombres se encontraban ya bastante achispados. Mungo los ayudó a subir las bolsas y las cañas de pescar, y luego esperó pacientemente a que San Christopher abonase los billetes. Entre balanceos, el borracho sacó un puñado de calderilla de plata y cobre. Varias mujeres de tez agrietada resoplaron impacientes; tenían las bolsas de la compra a sus pies, descongelándose. Mungo sintió que le ardía el cuello mientras cogía las monedas de la palma de San Christopher y las dejaba caer una a una en la bandeja. Los ojos empezaron a temblarle, y respiró con alivio cuando el conductor dijo: «Vale, vale. Es suficiente, hijo». Se sintió avergonzado por no haber hecho la suma a tiempo. Últimamente había faltado mucho al instituto, Mo-Maw había vuelto a recaer en la bebida.

El conductor quitó el freno de mano. Mungo era incapaz de mirar a los ojos a las lugareñas, pero no pudo evitar reírse cuando San Christopher —que iba detrás de él andando como un pato mareado—

les deseó «una espléndida y feliz tarde». Gallowgate estaba ya durmiendo como un tronco sobre los aparejos de pesca y las bolsas de plástico. Mungo se sentó delante y se puso a trastear con los negros burletes de caucho de la ventanilla.

El achaparrado autobús empezó a abrirse paso a trompicones por la serpenteante carretera. A cada poco se detenía para dejar a mujeres blancas y menudas en sus casas, también blancas y menudas. El motor diésel entonó su particular nana y Mungo empezó a notar que le pesaban los párpados después de todo el día. Un bosquecillo de pinos y tejos empezó a invadir la carretera, sus hojas tamizaban la luz del sol sobre su rostro. Mungo apoyó la cabeza en la ventana. Y cayó en un sueño irregular.

Hamish estaba con él. Su hermano estaba acostado en su cama y Mungo en la suya. Por el reflejo de la luz en las gruesas lentes de su hermano, Mungo dedujo que aún no había anochecido. Hamish estaba comiendo cereales a cucharadas y un hilo de leche achocolatada le surcaba el lampiño pecho. Mungo se quedó inmóvil mientras contemplaba a su hermano en silencio. Le encantaban los momentos así, cuando la persona no era consciente de que la estaban observando. Hamish sonrió. El lado izquierdo de su rostro compuso un mohín lascivo mientras hojeaba las páginas de una revista. Mungo entrevió a mujeres desnudas y despatarradas, con el rostro cubierto de maquillaje, desfigurado, devolviéndole a Hamish una mirada de idéntica lascivia. Pero cuando Mungo alzó de nuevo la vista a su hermano, era este quien estaba observándolo. Su sonrisa había desaparecido. «Dime, Mungo. ¿Es culpa mía?».

Gallowgate zarandeó al chico para despertarlo. El labio superior del hombre estaba pegado a una viscosa capa que se le había formado en los dientes y, por un instante, Mungo no supo decir si sonreía o le estaba riñendo.

Al bajarse del autobús, San Christopher se torció un tobillo y se cayó al arcén de hierba. En ese tramo de carretera, un espeso dosel de alisos filtraba un aire verde, húmedo y parsimonioso. El hombre seguía retorciéndose en el suelo, ajustándose el blazer sobre su prominente

esternón.

—¿Por qué coño no nos has despertado? —Había salivazos de furia en las comisuras de su boca—. Estamos a tomar por culo del lago.

—Es que no sé adónde vamos. A mí todo me parece lo mismo.

Gallowgate se acercó al chico como si fuese a darle un puñetazo, y Mungo se estremeció de forma instintiva y colocó los brazos delante, a modo de barricada.

—Tranquilo, joder. —Su aliento se había amargado por la cerveza y el sueño—. Tranquilo, chaval. Todavía falta para eso. —Gallowgate cogió varias bolsas del suelo y se las echó al hombro. Empezó a caminar en la dirección contraria a la que habían venido; iba por mitad de la carretera, tentando a la suerte, cualquier coche que pasara podría atropellarlo—. Faltan unos cuantos kilómetros, así que daos prisa, cojones.

No venían coches en ningún sentido, pero Mungo y San Christopher se quedaron en la seguridad del arcén, las bolsas se les enganchaban a las zarzas a cada paso que daban. El chico se subió la cremallera del anorak azul hasta el cuello, y luego hasta la boca. Hundió la cabeza todo lo que pudo en aquella suerte de chimenea impermeable hasta que solo quedaron dos ojos amedrentados y temblorosos a la vista.

Llevaban cuarenta minutos andando cuando San Christopher empezó a refunfuñar; las bolsas de provisiones le estaban cortando los dedos y los zapatos le rozaban la fina piel de los talones. Gallowgate los miró con el ceño fruncido, como un padre harto del mal comportamiento de sus hijos. Tiró del brazo de Mungo y lo obligó a sacar el pulgar, de cara al inexistente tráfico. Gallowgate bajó por el terraplén y el hombre mayor fue tras él, quejándose todo el tiempo. Se acomodaron detrás de la albarrada mientras Mungo hacía autostop en la carretera vacía. No pasaba nadie en ninguna dirección. Un poco más allá, la carretera estaba tomada por las ovejas.

Mungo no sabía qué hora era, pero, bajo aquel tapiz de alisos, el frío comenzaba a arreciar. Sus piernas desnudas estaban llenándose de motitas azuladas, así que se quitó el chubasquero e introdujo las piernas por las mangas. Cuando las costillas se le quedaron más frías

que las piernas, volvió a abrir la cremallera del anorak y se lo puso de nuevo de forma convencional. Pasó una hora, luego dos. Ningún coche a la vista. Oyó el siseo de más latas de cerveza abriéndose detrás del muro de piedra. San Christopher se levantaba de vez en cuando para ofrecerle palabras de ánimo:

—Muy buen trabajo, hijo. Nos tienes impresionados, de verdad.

La hombruna mujer se quedó visiblemente sorprendida al encontrarse al chico en mitad de la carretera. Su asombro se transformó en miedo y luego en decepción cuando los dos borrachos aparecieron de entre los matorrales. Mungo se puso delante del Lada marrón, impidiéndole el paso y brindándole su sonrisa más cálida. Su imagen —con ese rictus de alivio bajo la tenue luz de los faros— resultaba perturbadora.

La mujer no permitió que ninguno de ellos se pusiera delante. No obstante, el chico, sentado en la parte de atrás, aplastado entre aquellos dos desconocidos, se alegró del intenso calor que desprendían sus cuerpos a causa del alcohol. El inconfundible olor a turba de su aliento le trajo el recuerdo de las fogatas invernales. El frío había desposeído a Mungo de cualquier pretensión de independencia, y aceptó de buen grado que los cuerpos de los hombres engullesen el suyo. Gallowgate hizo gala de todas las fórmulas de cortesía que sabía, incluso intentaba pronunciar bien las vocales. Le pidió a la mujer que los llevase a una hondonada de la carretera donde la valla estaba rota; desde allí partía un sendero de barro que conducía hasta el lago. Mungo se dio cuenta de que incluso a plena luz del día habría sido difícil dar con aquel lugar, no digamos ya en aquel crepúsculo violeta.

La mujer conducía despacio, temerosa de los hombres que llevaba atrás, aterrorizada ante la posibilidad de pasarse el trozo de valla rota y quedarse atrapada con ellos más tiempo del necesario. Mungo veía cómo los ojos de la señora se posaban nerviosos en el espejo retrovisor; cada vez que establecían contacto visual, él ponía su mejor sonrisa de foto escolar.

—Es la primera vez en mi vida que veo ovejas —le dijo a la señora.

La mujer sonrió aunque solo fuese por educación, a pesar de que el comentario de Mungo pareció incomodarla más si cabe. Tenía la piel curtida, como de trabajar a merced del viento y de la lluvia. Llevaba gafas de pasta y un jersey de Aran tejido a mano; sobre esta humilde prenda había colocado con esmero un collar de perlas. Mungo la observó meterse el collar dentro del jersey.

—No somos parientes —comentó Mungo en voz baja—. Ellos son amigos de mi madre, me llevan de pesca a pasar el fin de semana.

—Maravilloso —dijo la mujer, sin el menor atisbo de asombro maravillado en su tono.

—Sí. —Mungo se sintió obligado a darle más detalles; quería que al menos alguien, aunque fuese esta mujer tan estirada, supiese quién era, con quién estaba y adónde lo llevaban—. Son miembros de Alcohólicos Anónimos. Fue idea de mi madre, supongo que pensó que a todos nos vendría bien un poco de aire fresco.

La señora del jersey de Aran apartó los ojos de la carretera un momento más largo de la cuenta y tuvo que dar un volantazo para no invadir el arcén. Un pulgar, o un mechero Bic quizá, se clavó amenazante en la huesuda pierna de Mungo. Era obvio que Gallowgate quería que dejase de hablar. Mungo oyó también a San Christopher resoplar; estaba chasqueando la lengua como una mujer indignada ante el desorbitado precio de la leche.

Continuaron varios kilómetros más buscando con desesperación el punto de la carretera que Gallowgate recordaba vagamente. Cuando por fin llegaron al tramo de valla rota, resultó que era tal y como el borracho había descrito. La señora sujetó el bolso entre las rodillas antes de dejarlos salir. Y luego metió primera en cuanto los hombres cogieron las bolsas de cervezas y los carretes de hilo.

—Zorra presumida. Venga a tocarse los pendientes de perlas, por poco se arranca el lóbulo —exclamó Gallowgate entre carcajadas.

A San Christopher le habían entrado los temblores. Todavía tenía los labios apretados por el disgusto.

—Mungo. No puedes romper el anonimato de la gente de esa manera.

El chico apartó la mirada de las luces traseras del coche que se alejaba.

—Lo siento. No lo sabía.

Mungo había acompañado a Mo-Maw a unas cuantas reuniones de Hope Street y conocía de sobra la regla del anonimato de los alcohólicos.

—¿Qué más te da? —intervino Gallowgate—. El chaval solo estaba dándole conversación a la mujer.

San Christopher temblaba como un esqueleto de feria. Empezó a murmurar en voz baja:

—Ya, pero a costa de manchar la reputación de otros, eso no está bien.

Gallowgate observó al hombre tembloroso. El traje se le había llenado de barro después del rato tumbado sobre las aulagas; los calcetines blancos de «diez por cinco libras» estaban cubiertos de polvo, y tenía arañazos escarlata en los talones por el roce de los zapatos.

—No pensaba que fueras tan orgulloso —dijo Gallowgate con un gesto de decepción.

Después sacó una galleta Wagon Wheel del bolsillo de la chaqueta, se la ofreció al muchacho y le guiñó un ojo. Era su forma de disculparse por el comportamiento del borracho de mayor edad. Era su forma de decir que no pasaba nada, y que tendrían que padecer los desafueros de San Christopher entre los dos.

Ya era tarde. De camino al lago, Mungo reflexionó sobre la extraña amistad que unía a esos dos hombres, y cayó en la cuenta de que el alcohol era un gran aglutinante, siempre creaba vínculos inverosímiles. Lo había visto en su propia casa, gente de lo más dispar acababa siendo uña y carne con un güisquicito de por medio. Pensó en todas las mujeres y hombres que habían cruzado el umbral de su puerta y habían arrastrado a su madre a los infiernos. De habérselos encontrado por la calle, Mo-Maw no los habría tocado ni con un palo; sin embargo, en cuanto cobraban el paro y aparecían por casa con una botellita

ambarina, se convertían automáticamente en uno más de la familia.

No había ningún camino que condujese al lago, el suelo estaba cubierto por una alfombra de cola de caballo. Bajo los últimos resquicios de luz cerúlea, Gallowgate iba corriendo cuesta abajo, sorteando abedules, en dirección a un lago que todavía no alcanzaban a vislumbrar. San Christopher iba a la zaga. Mungo, que lo oía murmurar por lo bajo, se volvía de vez en cuando para sonreír al hosco hombre, el cual se detenía a cada poco para acariciar la corteza de los árboles, fascinado por su suavidad.

Podría decirse que Mungo no había salido prácticamente de la ciudad. Nunca había estado en ningún sitio donde no se viesen los confines del follaje. Una vez estuvo por los campos de Garthamlock, pero aquello era en realidad un descampado lleno de coches quemados y de sofás rotos, no era posible correr entre la hierba, podías cortarte los tobillos con cualquier hierro o alambre. Ahora, mientras atravesaban el bosque, la idea de hallarse en un lugar tan poco explorado le produjo cierto mareo. No se oía nada, ni pájaros, ni animalillos arrastrándose por el lecho del bosque. Lo reconfortaba sentirse parte de algo tan virgen.

Se toparon con el cráneo y los pálidos huesos de una oveja. Gallowgate acarició sus cuernos espiralados y les explicó que era un carnero, «un carnero macho». Mungo se puso a rebuscar en el bolsillo del chubasquero hasta dar con la cámara desechable que le había regalado Jodie. El carrete estaba ya medio gastado con fotos absurdas de su hermana cortándose el flequillo en casa. Lo único que se oía en el sotobosque era el chirrido del carrete pasando de foto. El flash detuvo el vaivén de las hojas. Incluso San Christopher dejó de lamentarse.

Atravesaron un claro en fila india. Gallowgate se puso en cuclillas y le mostró a Mungo el aspecto que tenían las ortigas; luego, cuando tuvieron que atravesar un océano de estas urticáceas, el hombre cargó al chico a caballito para que no se pinchase las piernas desnudas. Gallowgate se adentró en la maleza como un mulo. Sus relinchos y sacudidas provocaban borboteos de risa en Mungo. Cuanto más se reía Mungo, con más brío galopaba Gallowgate; los gritos del chico

resonaron en el denso dosel arbóreo mientras Gallowgate jadeaba con la lengua fuera.

Al principio le pareció raro rodear la cintura de Gallowgate con sus piernas desnudas, pero enseguida se sintió seguro subido a sus espaldas. Cuando el hombre lo bajó de nuevo al suelo, se tomó la molestia de frotarle las pantorrillas para que entrasen en calor, y el chico pensó que tal vez lo había juzgado demasiado a la ligera. Mungo miró atrás pero no consiguió ver ni oír a San Christopher. Gallowgate no parecía preocupado y reanudó la marcha entre los helechos.

El sol estaba ocultándose detrás de las colinas cuando llegaron a la orilla del lago. Después de los últimos árboles, el lago se abría de repente, era tan extenso que el ojo de Mungo no podía abarcarlo del todo. Se acercó a la orilla entre tambaleos.

El día estaba despidiéndose de sus últimos colores. Mientras los suaves matices violeta y albaricoque se desvanecían en el horizonte, a Mungo le embargó cierta tristeza por no haber llegado antes. Echó la cabeza hacia atrás y se puso a caminar en círculos. El cielo sobre él era de un azul cada vez más intenso salpicado de tenues ribetes limón. No sabía que el cielo pudiese albergar tantas tonalidades, o quizá nunca le había prestado suficiente atención. ¿Acaso en Glasgow alguien levantaba la vista del suelo?

Dejó escapar un pequeño suspiro de asombro. El cielo se reflejaba también en el lago, como si la madre naturaleza se estuviese vanagloriando de su belleza. Gallowgate sonrió con orgullo y dijo:

—Pues ya verás cuando se haga de noche. Nunca he visto un cielo tan negro como este.

Gallowgate le ofreció a Mungo subirlo a hombros para que pudiese apreciar bien la otra orilla del lago antes de que el crepúsculo la borrase por completo. Desde esa altura, Mungo estimó que el lago debía de tener unos tres kilómetros de ancho por ciento y pico de largo.

El extremo opuesto estaba asediado por robustas colinas cuyas laderas parecían partidas, como si la roca de debajo las hubiese roto desde dentro. Los colores componían un abigarrado mosaico. A Mungo le vino la imagen de una alfombra gigante de tonos verde musgo y

marrón oliva, y llena de rasgones que dejaban entrever la superficie de granito gris. Los brezos violetas y los tojos dorados jalonaban el paisaje junto con esporádicos montoncitos de nieve blanca que se aferraban obstinadamente a las fisuras más profundas.

A la izquierda, el lago se perdía de vista. A la derecha describía un remiso recodo y se escondía tras un muro de pinos. Mungo pensó que debía de ser diez veces más grande que su barrio, más extenso, quizá, que la propia Glasgow.

Mungo había visto el mar dos veces y, en ambas ocasiones, estaba agitado y revuelto. Pero aquí la marea era perezosa; la superficie, plana como un charco. Nada se movía salvo unos mosquitos negros que pululaban sobre las aguas y levantaban olas de peces hambrientos. El lago se le antojó más frío y profundo de lo que era capaz de expresar. Parecía triste, como si se hubiesen olvidado de él. Silencioso, como si guardase muchos secretos.

Gallowgate bajó a Mungo al suelo. Frotó con sus manos la fría espalda del chico y luego enfiló sus pasos entre unos peñascos rotos que bordeaban la orilla. Sobre una musgosa ladera se alzaba una montaña de rocas que se asemejaba vagamente a un refugio. Además de las paredes, Mungo consiguió distinguir la desmoronada puerta y un tejado a dos aguas. Fuera, un hoyo para fogatas y varias rocas dispuestas en semicírculo invitaban a sentarse. Enormes mosquitos acechaban en las sombras.

—Te acostumbrarás a ellos —dijo Gallowgate y le entregó una gran hoja de acedera—. Frótate las piernas con esto y no te pasará nada.

Mungo se frotó las desnudas piernas hasta que la clorofila las tornó verdes y resbaladizas. Los porfiados mosquitos no parecieron inmutarse.

San Christopher apareció renqueando de entre los árboles. Se sentó en la orilla del lago y hundió los pies en el agua helada. Sus huesos angulosos y los pantalones grises lo hacían parecer una roca más del paisaje.

Gallowgate decidió que debían acampar alrededor del hoyo de las fogatas. Se quitó la moderna cazadora de nailon y se puso de rodillas

para empezar a organizar las cosas; sus vaqueros italianos no tardaron en humedecerse. De la mochila sacó dos tiendas de campaña de aspecto endeble. La de dos plazas la montó dentro del refugio abandonado. La más pequeña, en el extremo opuesto del campamento, sobre un lecho de secos guijarros, todo lo lejos que podía estar de la otra tienda. Mungo lo ayudó a clavar las pequeñas estacas metálicas en el suelo con ayuda de una piedra.

—¿No deberían estar más juntas las tiendas?

Gallowgate miró al chico sonriendo y negó con la cabeza. Parecía ser una sonrisa amistosa, pero no había calidez en ella, y el chico creyó distinguir un destello de amenaza en sus finos labios. Tal vez, al igual que le pasaba a Hamish, no le gustaba que nadie cuestionase su autoridad.

—No. Mejor lejos del fuego —arguyó Gallowgate. Se aseguró de que las cuerdas de la tienda estuviesen lo bastante tensas—. ¿Te apetece ver las estrellas o qué?

# EL ENERO ANTERIOR

# 2

Su madre estaba muerta, seguro. Habían transcurrido más de tres semanas desde la última vez que sus hijos la habían visto, a Mungo solo se le pasaban cosas terribles por la cabeza. Mo-Maw Hamilton había sido violada por un camionero que después la había abierto en canal con un cuchillo de cocina comprado con vales de la gasolinera. Luego la ató y le amputó las yemas de los dedos antes de sumergir su cuerpo desnudo en las frías y salobres aguas del Clyde. Mungo iba siguiendo a su hermana habitación por habitación, imaginándose lo peor.

—Sé que está muerta, lo sé.

—Tal vez —dijo Jodie, y añadió tratando de tranquilizarlo—: O, a lo mejor, está de juerga como otras veces.

—Pero ¿y si está muerta?

Jodie suspiró.

—Mira a tu alrededor. No tendremos esa suerte.

Los hermanos habían vuelto del instituto y se habían encontrado una casa vacía y una nevera más vacía todavía. Jodie observaba cómo su hermano se paseaba inquieto frente a la ventana mirador mientras imaginaba toda suerte de desgracias que podrían haberle sucedido a su madre y enumeraba las razones por las que debían acudir a la policía. Llevaban puestos sus uniformes escolares, un jersey azul marino a juego con una corbata de rayas burdeos y doradas, solo que Mungo tenía la corbata enrollada en la cabeza, como una venda con la que aliviar la picazón de la cara.

—No es la primera vez que hace algo así —dijo Jodie—. Sabes perfectamente de lo que es capaz.

Jodie atravesó la moqueta, llena de surcos arados por su hermano, y lo abrazó por detrás tratando de calmarle los latidos del corazón. Solo era un año menor que ella, pero había pegado por fin el estirón —había

tardado lo suyo— y ahora le sacaba casi una cabeza. Jodie apoyó la mejilla sobre su ardiente nuca.

—Seguro que aparece por esa puerta cuando menos te lo esperes.

Las pupilas marrones de Mungo miraron hacia la puerta, el tic del ojo izquierdo empezó a enviar sus habituales telegramas. Jodie le cogió la barbilla con la mano y le giró el rostro. Era como un perro, podía quedarse horas mirando una cosa a menos que algo lo distrajese.

Presionó el rostro de su hermano con los dedos. Los médicos habían aconsejado a Jodie que no le diesen importancia al tic y que el chico tomase bastante magnesio; con el tiempo, dijeron, se le quitaría. Pero no se le había quitado, y Jodie empezaba a dudar de que alguna vez lo hiciese. Cada vez le ocurría con más frecuencia. Primero arrugaba la nariz y luego empezaba a parpadear, como si alguien estuviese encendiendo y apagando el interruptor de su cerebro. Cuando estaba especialmente nervioso o cansado, sufría una especie de espasmo en la mejilla izquierda. Mungo le había enseñado a su hermana qué punto de la cara debía pulsar para cortar la corriente eléctrica. No era más que un placebo. Jodie se dio cuenta de que simplemente quería que lo tocasen.

Mungo había estado arañándose la mejilla de nuevo y tenía la piel enrojecida.

—Deja ya de rascarte el careto. Se te va a quedar una marca. Jaaa-ja —le riñó Jodie.

—No puedo evitarlo.

Tenía una llaga reciente en el labio superior. Había empezado a pellizcárselo cuando la costra de la mejilla estaba prácticamente en carne viva.

—Por el amor de Dios. Vas a acabar con toda la cara picada, como el tío ese de la carnicería.

El atractivo de su hermano menor era poco común. No poseía la habitual masculinidad ruda, tosca, y tampoco era el típico hombre que se acicalaba y perfumaba en exceso, al estilo de los futbolistas aficionados que los chicos de su edad admiraban. Mungo lucía unos pómulos altos y unas cejas definidas que Jodie, con sus mejillas

regordetas y su nariz chata, habría matado por tener. Cuando sus tímidos ojos color avellana te miraban, era como si una calidez maravillosa te inundase, y solo deseabas que volvieran a posarse en ti. Si eras capaz de arrancársela, su cauta sonrisa ofrecía el mejor de los obsequios y caías inmediatamente rendido a su encanto. Y sus despeinados cabellos despertaban en las mujeres un irrefrenable instinto de protección materna.

De niños solía hacer de novio obediente cuando jugaba con su hermana a las bodas. Jodie no dejaba de pedirle cosas mientras él, siempre solícito, hacía todo lo que se le decía. Se quedaba quieto como una estatua mientras ella y Angie Harms daban vueltas a su alrededor, cubiertas de improvisados velos hechos con los visillos de su madre. Mungo pasó muchas tardes de rodillas quitando con los dientes las ligas —gomas del pelo, en realidad— que las chicas se colocaban en sus rollizos muslos prepuberales.

Exudaba una delicadeza que hacía que las chicas se sintiesen cómodas con él, que quisieran convertirlo en su mascota. Pero esa dulzura inquietaba a los demás chicos.

Mungo siempre había sido el más agraciado de los Hamilton. Sus hermanos compartían el mismo cabello castaño y el sutil tono aceitunado de la piel, tan diferentes del pelo claro y la tez pálida de su madre. Hamish, cuando quería buscarle las cosquillas a Mo-Maw, le decía que al menos sus rasgos evidenciaban que los tres eran del mismo padre, que no solo habían heredado su apellido. En cualquier caso, Jodie tuvo que admitir que Mungo se había llevado la mejor parte. Mientras que en los dos hermanos mayores las pecas y el tono de piel oliváceo dispensaban cierta turbiedad a sus facciones, en Mungo ofrecían un aspecto cremoso, te daban ganas de comerle la cara a cucharadas.

Jodie solo había visto el interior de la catedral de Glasgow una vez en su vida. Fue en una excursión del colegio a la que Mo-Maw le permitió ir porque era gratis y podía ir andando. Mientras las demás niñas —lápices y cuadernos en ristre— se disponían a calcar las tallas mediante la técnica del *frottage*, Jodie se escabulló del grupo y encontró

por casualidad una vidriera del patrón de Glasgow, san Kentigern, coloquialmente conocido por los locales como san Mungo. El santo estaba representado por un muchacho que acunaba en sus brazos un enorme salmón; el chico parecía apenado y melancólico porque el pez estaba muerto. Jodie, al ver la luz vespertina atravesar la imagen del santo y proyectarse sobre el polvoriento suelo de la catedral, pensó en su hermano. Era una vidriera poco concurrida, apartada y solitaria en cierto modo. Allí, frente al santo, se le escapó un suspiro. No era propio de Mo-Maw dar tanto en el clavo.

Cuando eran pequeños y Mo-Maw llevaba a sus tres hijos de compras por Duke Street, las mujeres a menudo se paraban para admirar a Mungo.

—Pero bueno, qué niño más guapo.

—Gracias, señora, usted tampoco está mal —respondía Hamish poniéndose delante de su hermano.

A veces, si la mujer no tenía mucho tacto, lo corregía:

—No, hijo, tú no. El guapo es el otro.

Mungo odiaba aquello. No le gustaba que nadie se fijara en él. Sabía que en cuanto llegasen a casa, Hamish lo molería a palos y lo metería a la fuerza entre el somier de la cama y el rodapié, y se subiría encima de él hasta que se hartase.

Jodie apartó la mano del rostro de su hermano.

—Cuando te entren ganas de tocarte la cara, prueba a sentarte encima de las manos.

—Claro. Para que se metan más conmigo. Imagínate lo que dirían en el insti si me vieran sentarme encima de las manos y con la cara así. Ni de coña. —Mungo se acercó a su hermana, la cargó sobre su espalda y la llevó entre risas a la estrecha cocina. La dejó caer justo delante de la placa eléctrica—. Dame de comer, mujer.

Jodie le clavó dos dedos en las costillas.

—Ese rollo no te pega nada. Mejor no vayas por ahí. Jaaa-ja.

Jodie Hamilton tenía su propio tic nervioso aunque nunca lo reconociese. Podría pasar por una extravagancia, o por nervios quizá; fuera como fuese, a menudo aderezaba el final de ciertas frases con una

risa nasal y espasmódica. Jaaa-ja. Era algo inesperado. Extraño. Empezaba con una especie de resuello y moría con un gorjeo. Intentaba cortarla, atraparla entre los dientes, como si la risa tuviese cola. El tic de Mungo despertaba compasión en la gente. Cuando Jodie se reía de esa manera, le pedían que se controlase un poquito.

Mungo sabía que su hermana no podía hacer nada al respecto; le ocurría en los momentos más inoportunos y la hacía sentirse muy acomplejada. Mo-Maw, en cambio, decía que era su forma de llamar la atención. Jaaaa-ja-ja. Las señoras se llevaban las manos a la cabeza cuando su risa rompía el silencio de la oficina de correos. Los gamberros del barrio la dejaban en paz en cuanto la oían. Mungo creía que era algo maravilloso, mucho mejor que los espasmos y arañazos de su cara, que siempre invitaban a la gente a acercarse para verlos mejor. El tic de Jodie era magia pura. La gente salía huyendo.

Nada le gustaba más a Mungo que ver a su hermana dar malas noticias.

Una mañana, Jodie se encontró a Shingles —el gato atigrado de la señora Campbell— muerto en el cobertizo de las basuras, patitieso y cubierto de gusanos. Envolvió el cadáver del animal con el jersey del colegio y llamó a la puerta de la señora Campbell. Cayeron lágrimas por las mejillas de ambas mientras contemplaban a la pobre bestia exangüe. La señora Campbell empezó a acariciarle la calva que tenía el gato entre las orejillas de color champiñón mientras Jodie lloraba a moco tendido.

—Lo siento mucho, señora Campbell —balbució—. Aunque estaba a oscuras, se notaba que le pasaba algo. Creo que ha sido por el matarratas. Había un charco de vómito al lado y olía fatal. Jaaa-ja-ja. —Jodie no podía evitar reírse, ni siquiera en los peores momentos.

Hamish no tenía ningún tic. Cuando a Mungo le daban los ataques de ansiedad y Mo-Maw le frotaba la espalda para calmarlo, su hermano mayor siempre los miraba con inquina, quizá porque se sentía un poco excluido. Hamish rara vez recibía atenciones especiales de Mo-Maw. Tal vez le vendría bien pillar un tic de esos raros, raros de verdad, como la gente que le da vueltas sin parar a los mandos de la cocina

eléctrica. Mungo se imaginaba a Hamish encendiendo y apagando la luz compulsivamente mientras los demás intentaban cenar en paz. Si tuviese un tic, seguro que sería el más irritante de todos. O uno que Mungo había visto una vez en la tele. Un chico de Borders que soltaba terribles exabruptos a grito pelado cuando nadie lo esperaba. «Putosmariconesdemierda», en la iglesia. «Chúpamelapollacachoputa», en la consulta del médico. Era el tic perfecto para un chulo perdonavidas como Hamish.

Jodie desató la corbata escolar que rodeaba la frente de Mungo. Sondeó la inestabilidad climática de su rostro.

—¿Qué está pasando en ese cerebro de hámster?

—¿De verdad crees que Mo-Maw va a volver?

—No lo sé, Mungo. Le pregunté al veterinario, pero no me dejó ponerle collar.

—Podrías ser más amable con e…

—Tampoco me dejó castrarla. —Jodie cogió dos gruesas rebanadas de pan blanco de la panera, las untó con margarina y las espolvoreó con azúcar blanco. Dobló una por la mitad y se la entregó a Mungo—. Si quieres, pregúntale a Hamish, a lo mejor él sabe algo. Pero más nos vale que vuelva pronto o, si no, el Ayuntamiento nos va a desahuciar.

—¿En serio?

—Bueno, en realidad a ti te mandarían a un centro para menores sin hogar, y a mí, a la calle. En fin, ya me entiendes. —Jodie llenó dos tazas con agua del grifo—. ¿Sigues pensando que es la mejor madre de la historia?

Pasaron la tarde haciendo los deberes. Jodie terminó los suyos enseguida y luego se puso a ayudar a Mungo. Su hermano tenía que dibujar una abeja, pero estaba confundiendo el tórax con el abdomen. Impaciente, Jodie le quitó el cuaderno de las manos y se puso a dibujarlo ella misma mientras veía las noticias de la noche. Había cursado la misma asignatura hacía tan solo doce meses. Le quedó una abeja perfecta sin apenas apartar la vista de la tele.

—Mungo Hamilton —lo interpelaba a menudo el profesor de Estudios Modernos—. ¿Cómo es que no te pareces más a tu hermana?

—El pequeño Napoleón exhibía una orgullosa cabellera de rizos entrecanos con la esperanza de hacerse respetar más. Hablaba con un tosco acento glasgüense. Mungo sabía que era impostado: el hombre tenía más posibilidades de someter a los chavales del East End si su habla les recordaba a la de sus padres. Muchos profesores varones evitaban usar el inglés de la reina porque apestaba a privilegio y los convertía automáticamente en diana de todas las mofas. El hombre cerraba el puño y le daba golpecitos a Mungo en la frente, como si estuviese asegurándose de que el casco de una embarcación no tuviese fugas—. ¿Cómo es que no te pareces más a Jodie? —Entonces el señor Gillespie hacía una pausa, se deleitaba en ese silencio largo e incómodo para seguidamente menospreciar a Mungo con un desdeñoso movimiento de muñeca—. Bueno, al menos no te pareces a tu hermano Hamish, que ya es algo.

Mungo no mostró el menor reparo en que Jodie le hiciese los deberes; mientras, aprovechó para grabar en un casete los éxitos del top 40 que sonaban por la radio. Luego, cuando se aburrió, fue a por un globo que había en el cajón de la cocina, lo infló y empezó a jugar con su hermana a darle patadas; el objetivo del juego era que el globo no tocase la moqueta. En cierto momento, Jodie le dio con tanta fuerza que se tropezó —llevaba una ajustada falda de tubo— y acabó en el suelo. Se quedó allí tirada, riéndose, mientras Mungo se sentaba sobre su pecho fingiendo que le escupía en la cara. En realidad no se estaban peleando y, al cabo de un rato, sus miradas regresaron a la televisión. A veces, Mungo se sentaba encima de ella hasta que Jodie se hartaba porque pesaba mucho o necesitaba hacer pis. Seguramente llegaría tarde al Garibaldi's, la cafetería donde trabajaba. Mungo sabía que su hermana tendría que recorrer Armadale Street a toda prisa para que Enzo no le gritase en italiano durante veinte minutos seguidos. A pesar de todo, Jodie seguía allí, con él, dándole patadas a ese estúpido globo, rompiendo las costuras de su mejor falda para que él no se sintiese solo. Era buena hasta ese punto.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —le preguntó.

—No sé, darme un paseo o algo.

—Tienes que intentar hacerte algún ami… —Jodie se detuvo al ver que los ojos de Mungo empezaban a parpadear. Su hermano estaba pisando el globo con intención de explotarlo—. Oye, no voy a volver a casa después del trabajo, ¿vale? No te preocupes, mañana almorzamos juntos. Te lo prometo.

—¿Adónde vas después del Garibaldi's?

—No seas tan cotilla, hombre. —Mungo no dejaba de atosigarla mientras ella introducía extraños objetos en la mochila: pinzas del pelo, tiritas, un vestido de terciopelo recién planchado que había colgado en la puerta del baño—. Voy a quedarme en casa de una amiga que va a clase de Historia conmigo.

—¿Quién?

Jodie se dio un golpecito en la punta de la nariz. El pánico estaba cociéndose dentro de su hermano, era una olla a punto de ebullición.

—A ver, yo no soy Mo-Maw. Mañana estaré de vuelta. Te lo prometo.

—Vale. —Mungo intentó vencer el deseo de no tocarse la cara, pero era superior a él.

Cuando Jodie se fue, Mungo se quedó junto a la ventana, soliviantado, preguntándose dónde estaría Mo-Maw. Al rato, para matar el aburrimiento, fue a por el bloc de dibujo. Cuando dejaba que su mano se deslizase a sus anchas por el papel, conseguía de algún modo evadirse de sí mismo. Jodie fue la primera en darse cuenta. Un día, harta de sus comecomes, le dio un viejo bloc y un bolígrafo azul mordisqueado para ver si se calmaba. Y desde entonces, cuando Mungo no conseguía concentrarse o le entraba el tic, Jodie le ponía delante el bloc abierto por una página en blanco. Mungo nunca dibujaba figuras concretas, empezaba por una esquina y dejaba que la tinta azul fuese trazando intrincados remolinos y complejos diseños Jacquard: sus dibujos parecían plumas de pavo real o escamas de pez o enredaderas de hiedra; los motivos se entrelazaban entre sí hasta que no quedaba ni un solo hueco en blanco. Su mente no dejaba de concebir diseños maravillosos, algunos recargados como el tapiz de Bayeux, otros

sencillos como un encaje de Ayrshire.

Pero hoy, la página en blanco no lograba captar su atención. Su mente no dejaba en paz a su madre.

A Mo-Maw le tocaba fregar los rellanos del bloque, pero, como de costumbre, la responsabilidad acabó recayendo en Jodie. Mungo llevaba dos semanas viendo a su hermana entrar en el portal a hurtadillas y subir las escaleras corriendo antes de que ningún vecino abriese la puerta y le sacase los colores por lo sucio que estaba todo. Era injusto, pensó Mungo, que su hermana tuviese que cargar con todo por el simple hecho de tener un chichi entre las piernas.

Como no tenía nada mejor que hacer, llenó el cubo de agua y añadió un chorro del champú de Jodie. Comenzó por la última planta, frente a la puerta del señor Donnelly, y fue bajando las escaleras fregando escalón por escalón. Al poco, un olor tropical con alegres destellos de coco y chicle de fresa inundó el bloque, pero había demasiada espuma en el cubo y tenía que pasar la fregona una y otra vez para eliminar las burbujitas.

Era un bloque de arenisca de cuatro plantas, y la familia Hamilton vivía en el tercero. No es que fuese un sitio lujoso, pero estaba bien cuidado y todo el mundo se tomaba la molestia de mantener limpio su felpudo. Constaba de dos pisos por planta, y en cada entreplanta había una vidriera con un sencillo diseño romboidal que dejaba pasar la luz del jardín trasero y proyectaba un tenue tono oliva y añil sobre la escalera de piedra.

Mientras echaba el agua perfumada a la alcantarilla, Mungo vio pasar a varios jóvenes protestantes por la calle. Llevaban las chaquetas abiertas a pesar del frío y la humedad, y mecían sus delgados hombros con un presuntuoso desenfado. Todos sin excepción llevaban la raya en medio y los ojos tapados por dos pesadas cortinas de pelo.

—¡Mungo! —le gritaron. Pusieron cara de asco, retorcieron sus facciones como si fuesen bayetas de cocina.

Annie Campbell estaba en su rellano cuando Mungo subió de nuevo las escaleras. Estaba dando pisotones en el suelo de piedra con las zapatillas de su marido, las suelas emitían un viscoso sonido de

succión.

—Mungo, hijo mío, ¿con qué has fregado esto?

—Champú y ya está, señora Campbell.

A Mungo le caía bien la señora Campbell, desde siempre. Cuando eran niños, ella les horneaba pasteles de vez en cuando. Los días grises y húmedos, si los oía jugando en el portal, les ofrecía una rebanada de pan de Selkirk y les contaba que echaba de menos a sus hijos —los cuales eran ya mayores y se habían ido al sur a buscar trabajo— mientras los Hamilton devoraban con fruición el exquisito pan relleno de pasas. Mungo sabía que el señor Campbell trabajaba en los astilleros Yarrow, pero no recordaba haberlo visto salir de casa para ir a trabajar, no desde que Thatcher dejó de financiar las industrias del Clyde. A día de hoy, el señor Campbell se pasaba los días enteros pudriéndose en un sillón delante de la tele. Los chicos Hamilton, cuando se lo cruzaban por las escaleras, se arrimaban a la pared todo lo que podían.

La señora Campbell le apartó a Mungo el pelo de la cara.

—La verdad, hijo, eres todo amabilidad, pero de sentido común andas regular nada más —dijo sacando del bolso un puñado de caramelitos de limón y ofreciéndoselos. Estaban todos pegados, formaban un ente único—. Hace mucho que no veo a tu madre. ¿Está bien?

Mungo le quitó las pelusillas a la masa de caramelos. Rehusó mirar a su vecina.

La señora Campbell se relamió pensativa la dentadura postiza. Puso sus agrietadas manos sobre las estrechas costillas de Mungo.

—¿Me harías un favorcito? Es que desde que mis hijos están fuera, siempre hago comida de sobra; la costumbre, ya sabes. ¿Por qué no entras y te tomas un plato de *mince*? Me daría mucha pena tirarlo a la basura con lo bueno que me ha salido, con su cebollita y su zanahoria. —La cara de la señora corroboró que, en efecto, la entristecería mucho que se desperdiciase aquel guiso de carne.

Mungo pensó en el señor Campbell. No es que le desagradase el hombre. Era solo que su tamaño amilanaría a cualquier niño que se hallase en sus inmediaciones. Años atrás, cuando el señor se asomaba a

la ventana y reprendía a alguno de sus hijos, los demás críos dejaban de jugar y se quedaban cabizbajos durante unos instantes de luto silencioso por el pobre Campbell condenado. Había algo en el señor Campbell que ponía a Mungo nervioso, probablemente porque se había criado sin ninguna figura paterna.

Aunque tenía hambre, negó con la cabeza.

—No, gracias, señora Campbell.

La mujer chasqueó la lengua indignada. Lo agarró de la mano y lo metió a rastras por la puerta de su casa. Parecía débil como bruma marina, pero la señora estaba hecha de granito de Aberdeen.

—No pienso pedírtelo más de buenas maneras. Vamos, es que me voy a ofender como vuelvas a rechazar mi comida.

La señora Campbell llevó al chico al salón. La casa era exactamente igual que la suya, solo que un piso más abajo. A la mujer le gustaba fumar y dejar las ventanas cerradas. Una vez, Mungo la oyó decir que no pensaba desperdiciar el humo, que su dinerito le había costado.

Cuando entraron, el señor Campbell no apartó la mirada de la televisión. Estaba viendo la reposición de los mejores momentos de una carrera de galgos en Ayr. Mungo vio a los alargados perros atravesar el sirimiri persiguiendo a un conejo mecánico.

La señora Campbell cedió a Mungo su propio sillón y lo obligó a sentarse. Le colocó una mesita de caballetes delante, dejándolo allí encerrado mientras ella le calentaba el plato. La pared de la chimenea estaba repleta de fotos de sus hijos. Daban cuenta de una especie de evolución en el tiempo, cada etapa de sus vástagos estaba perfectamente documentada. Sobre un fondo azul veteado, unos niños lozanos y cándidos sonreían una vez al año a instancias del fotógrafo del colegio. Debían de ser al menos diez años mayores que Mungo, motivo por el que no se acordaba bien de ellos; no obstante, por sus bocas quedaba claro que las fotos no habían pasado por alto ni un solo instante de sus vidas: dientes de leche, dientes caídos, los primeros dientes definitivos, dientes separados, implantes de metal. Las tímidas sonrisas que dejaban entrever una ortodoncia plateada dieron paso a un radiante rictus de suficiencia propio de unos jóvenes llamados al éxito.

Mungo se palpó la boca avergonzado. Mo-Maw no era muy amiga de los sacamuelas.

—¿Ha vuelto a desaparecer tu madre? —le preguntó el señor Campbell sin mirarlo.

—Sí.

—Las mujeres ya no saben qué leches hacer. Es lo que pasa cuando hay tanto donde elegir. Nada, no te preocupes, seguro que aparece en cuanto se le pase la melopea.

—¿De verdad?

—Sí. —Frunció el ceño al ver los resultados de la carrera de galgos—. ¿Y Hamish, qué? ¿Ha encontrado ya trabajo?

—No.

El señor Campbell caviló durante un momento.

—Ya, bueno. En Glasgow está la cosa cada vez peor. Nos hemos quedado sin minas, sin siderúrgicas, sin ferrocarriles, sin astilleros, en fin. —La mandíbula del hombre formó un extraño ángulo, pero no dejó de mirar la televisión—. Dile que el señor Campbell te ha dicho que se aliste en la marina. Que pida destino en Faslane y que coja un submarino nuclear de esos y se lo meta a la Thatcher por el coño.

A Mungo le entró una risa nerviosa.

—¿Y no sería mejor por el ojete de John Major?

El señor Campbell sonrió.

—Hay submarinos de sobra para todos.

Hacía dos años que Margaret Thatcher había dejado de ser la primera ministra, hasta Mungo sabía eso. A pesar de ello, no había conversación sobre el paro y el aciago futuro de la nación que no se cebase en ella. En la asignatura de Estudios Modernos, el señor Gillespie había dicho que Margaret Thatcher se había propuesto cerrar toda la industria pesada de la ciudad. Al parecer, el gobierno inglés estaba harto del creciente poder de los sindicatos y de darle subvenciones a Escocia para que pudiese competir con la mano de obra barata extranjera. El profesor dijo que era algo catastrófico dejar sin trabajo a generaciones enteras de una misma familia: hombres que habían trabajado desde niños en la industria del acero acabarían condenados al olvido,

comunidades enteras que vivían de la construcción naval dejarían de tener trabajos remunerados. El profesor dibujó círculos concéntricos, como las ondas de un charco, y animó a la clase a enumerar los principales efectos que las políticas de Thatcher habían ocasionado en la ciudad. Por ejemplo, después del cierre de las minas, fueron las carnicerías, las fruterías y las tiendas de coches usados las que sufrieron las consecuencias. El señor Gillespie dijo que el hecho de que los conservadores hubiesen acabado con el tejido industrial de la ciudad era algo terrible, pero que una mujer inglesa hubiese estado al mando de semejante escabechina sencillamente no tenía perdón de Dios. ¿Por qué estaba tan empeñada esa señora en castrar al hombre de Glasgow? Ea, redacción de mil palabras para el próximo lunes.

Cuando Mungo le preguntó a Jodie qué significaba «castrar», su hermana le dijo que el señor Gillespie bebía demasiado. Que de haber estado un hombre en el poder, nunca habría tomado las duras decisiones a las que Thatcher tuvo que enfrentarse. Y luego le preguntó a Mungo si le gustaría trabajar en una mina de carbón.

—No.

—Entonces deja de echarles la culpa a las mujeres. —Jodie se pellizcó el esmalte astillado de la uña pulgar—. Y al viejo ese, ni caso. Thatcher ni siquiera está en el plan de estudios. El señor Gillespie es un puto marxista. A algunos hombres les da por construir maquetas de trenes, ¿verdad? Bueno, pues para él, vosotros sois sus soldaditos verdes. Lo ve como su pequeño proyecto para agitar a las masas proletarias del East End mientras él va con su Ford Sierra al Marks and Spencer de Bishopbriggs y se dilapida el sueldo en baguettes y botellas de Merlot. —Mungo debió de mirarla con los ojos entornados porque Jodie suspiró—. Bueno, la otra semana lo vi pelando un kiwi en la sala de profesores. Así que se meta por el culo sus cuentos de clase obrera.

Mungo estaba seguro de que Jodie nunca le diría algo así al señor Gillespie a la cara.

El señor Campbell seguía hablando:

—Igual que los putos ingleses. Primero dejan que vengan barcos llenos de irlandeses a que nos roben los trabajos. Luego cogen y cierran

todos los negocios y nos quedamos en paro y rodeados de irlandeses muertos de hambre. —El señor Campbell miró a Mungo en ese momento, sus ojos eran claros y azules como el cielo de junio—. Sí, son muy listos los ingleses. Así consiguen tener al león escocés de rodillas.

La señora Campbell regresó con un ardiente plato de patatas cocidas nadando en carne picada. La salsa tenía abundante cebolla, tiras largas y curvas como las uñas de una bruja. En el centro sobresalían dos esponjosos trozos de pan de ajo. La señora no dejaba de sonreír mientras Mungo comía sin descanso para perder de vista al señor Campbell lo antes posible. Hasta que no se lo terminó todo, la señora Campbell no retiró la mesa. Luego le limpió una mancha de salsa en la ropa.

—Tu madre, Maureeen Hamilton, desde luego que se quedó a gusto… Mira que ponerte el nombre de un santo. Uy, te has puesto el jersey perdido.

Mungo le besó la mejilla, los labios del chico sonaron grasientos al rozar la sequedad del cutis de la señora.

El hombre señaló el techo sin mirar al chico.

—Cuando aparezca tu madre, si quieres le clavo los pies a la moqueta. A ver si así se queda tranquila de una puta vez.

—Se lo haré saber —respondió Mungo.

Se despidió rápidamente y salió por la puerta.

Al llegar a casa, se tumbó en la moqueta del salón mientras se acariciaba la feliz barriga. El día no tardó en extinguirse y las luces anaranjadas de las farolas cobraron vida en todo el barrio. Tumbado en la oscuridad de la tarde, se puso a tararear.

Poco después oyó a la señora Campbell con el cubo y la fregona. Le crujían las rodillas cada vez que subía o bajaba las escaleras. El mocho se ensañaba con la dura piedra de los azulejos tratando de eliminar los restos de champú. Mungo se sintió mal por todo el trabajo que le estaba ocasionando, pero entonces le llegó el eco de una melodía country, la vecina estaba canturreando un tema de Tammy Wynette, y el chico pensó que parecía bastante contenta.

Cuando llegó a la planta de los Hamilton, la mujer se agachó junto a

su puerta. El oxidado muelle del buzón protestó con un chirrido cuando esta lo abrió. Envuelta en una corriente de aire, la voz de la señora le llegó con tanta claridad que parecía que estaba en el salón con él.

—Mungo Hamilton, desde luego, no tienes arreglo. —El buzón se cerró con un golpe. Mungo se incorporó. Medió una breve pausa antes de que se abriese de nuevo—. Pero te quiero. —Se cerró y volvió a abrirse un momento después—. Granujilla.

El Garibaldi's Café llevaba en la misma esquina más de veinte años. Con anterioridad había ocupado durante otros sesenta años los bajos de un edificio de la misma calle, un poco más abajo, antes de que el Ayuntamiento decidiese —como parte del plan de limpieza de barrios marginales— que era mejor derribarlo y mandar a las familias a los nuevos bloques altos.

Jodie estaba sin aliento cuando cruzó la puerta de la cafetería. Enzo Garibaldi levantó la cabeza cuando sonó la campanita. Arrugó el ceño mientras señalaba con la cabeza un ostentoso reloj rodeado de retratos familiares: seis generaciones de austeros señores italianos envueltos en alegres mandiles a rayas. Jodie sabía que el reloj iba adelantado, pero no merecía la pena ponerse a discutir. Metió la mochila debajo de la barra y se recogió el pelo.

Jodie trabajaba en el Garibaldi's la mayoría de las noches, después del instituto. Servía bolas de helados en cucuruchos con forma de concha y obleas de malvavisco sobre las que vertía después un espeso sirope de frambuesa. En el Garibaldi's tenían un único sabor: vainilla. Jodie solo había probado la vainilla de verdad una vez, y sabía que lo que tenían en el Garibaldi's no era más que azúcar blanco mezclado con una espesa crema a base de leche entera. A pesar de todo, las amas de casa ponían los ojos en blanco cuando se llevaban una cucharada a la boca, y los niños se portaban asombrosamente bien ante la promesa de uno de sus cucuruchos. Había un motivo por el que el negocio se había mantenido a flote durante casi un siglo: los dientes gritaban de placer.

Fue una noche húmeda, sin sobresaltos, y Jodie se pasó las horas sacando latas de refresco de sus cajas para que Enzo pudiese venderlas individualmente a un precio más alto. Cuando acabó el turno, se encerró en el baño y se embutió en su vestido de terciopelo, que ocultó bajo el abrigo de invierno antes de pedirle a Enzo que le pagase la semana por adelantado.

A Enzo le caía bien Jodie; como tenía rasgos italianos, le recordaba a sus hijas, ya adultas y con sus propias familias. Al menos una vez en semana le preguntaba si seguía adelante su plan de ir a la universidad, si su vida estaba «bien encarrilada». Se trataba de un curioso eufemismo, lo que quería saber en realidad era si se estaba dejando meter mano por algún hombre. De todas formas, Jodie se alegraba de que al menos alguien se molestase en preguntarle, aunque tuviera que recordarle que en su familia nadie tenía estudios universitarios.

Mientras doblaba el mandil, Enzo le sonrió con orgullo, abrió la caja y le dio un anticipo. Luego la dejó que se preparase dos cucuruchos espolvoreados con copos de cereales y bañados en sirope de frambuesa.

Al cruzar Duke Street, las débiles gotas de lluvia titilaban como mosquitos bajo el resplandor de las farolas. Subió calle arriba en dirección al instituto y se paró en la esquina intentando no mancharse de helado el vestido de terciopelo.

El hombre estaba en el coche con los faros apagados, esperándola pacientemente. Cuando la vio bajo la lluvia, encendió el motor y se acercó al bordillo. Jodie se subió y le dio un beso, pero él no se recreó en sus labios. Estaba molesto porque había introducido un cucurucho en su coche nuevo. Bajó la ventanilla, se lo quitó y lo tiró a la calle. Luego fue chupando uno a uno los dedos de la chica, saboreando los cremosos restos.

Antes de conocerlo, Jodie nunca había salido de Glasgow; pocas veces, de hecho, había salido del East End. Ella sabía que el West Side —con sus agujas góticas, la antigua universidad y las cafeterías vegetarianas con mesas al aire libre— no era para una chica como ella. Tampoco se había atrevido a ir al South Side debido a los bulos que le había contado Hamish sobre lo que los hombres paquistaníes les hacían

a las chicas blancas como ella.

Al pasar por el puente de Kingston, Jodie vio la ciudad iluminada a sus pies y se sintió llena de vida. En ese momento, sobrevolando las luces a toda velocidad, tuvo la sensación de que podría vivir en cualquier sitio, no solo en una vivienda social al cuidado de su hermano pequeño. Se acurrucó en el asiento de cuero y se permitió soñar con una vida universitaria; los centros más prestigiosos seguramente estaban fuera de sus posibilidades, pero tal vez podría estudiar una carrera técnica del College of Building and Printing, o algún módulo de fontanería o peluquería del Cardonald College.

El hombre le cogió la mano y le besó el dorso. Jodie decidió confiar en él a medida que las luces iban alejándose. Sabía que él también deseaba un futuro brillante para ella. Le había dicho muchas veces lo lista que era, y que en cuanto terminase sus estudios podrían estar juntos, incluso a plena luz del día, en algún lugar lejos de Glasgow y de los ojos de su esposa.

Mungo se puso el chubasquero. Se trataba de una chaqueta de esquí azul regio, tenía que metérsela por la cabeza porque la cremallera solo abría hasta la mitad, ya que delante tenía un bolsillo tipo canguro. Le encantaba ese chubasquero. El bolsillo se abría mediante un velcro y tenía mucha profundidad, le cabía de todo; de hecho, tenía que encorvarse para llegar al fondo. A menudo, al meter las manos en él, sus dedos rozaban por casualidad cosas que había guardado hacía semanas, cosas de las que se había olvidado por completo. Cuando Hamish lo cogía de los tobillos, todo su mundo caía al suelo en una suerte de confesión.

Estuvo un rato deambulando por calles conocidas, yendo de aquí para allá con la esperanza, aunque no lo reconociese, de ver a Mo-Maw. Las calzadas eran estrechas y los bloques, altos; todas las calles parecían estar hundidas, eran como gargantas de arenisca. Los trozos de cielo escaseaban. Resultaba complicado ver lo que acechaba por el horizonte hasta que no lo tenías justo encima. Llevaba en este barrio

toda su vida y había días en que se sentía como un ratón en un laberinto. Sabía que no existía ningún lugar al que pudieses ir sin que unos ojos te espiasen desde arriba, gente observando la gris monotonía de las nubes, el lento transcurso de las horas. Era difícil sentirse solo.

El peor espía de todos era el señor Ogilvy. Ogling Ogilvy dirigía la banda local de la Orden de Orange; ya fuese él o alguno de sus hijos gemelos, siempre había alguien apostado a la ventana tocando los pífanos y los tambores, haciendo temblar los finos cristales. Hoy, los gemelos Ogilvy llevaban el uniforme azul con sus alegres boinas Tam-o'-Shanter. Con los guantes blancos parecían adornos de porcelana, niños vestidos al estilo de los románticos y odiosos soldados británicos. La aguda melodía de sus flautas llegaba a oídos de todo el bloque, se extendía en todas direcciones, y los redobles del tambor Lambeg, ran ratapán, resonaban en los muros de arenisca. Ogling Ogilvy se encargaba de tocar el pesado tambor de madera de roble mientras los flautines entonaban «The Sash My Father Wore». Dos hombres que pasaban por allí se detuvieron y se apoyaron en la oxidada valla para escuchar, con los ojos vidriosos por el whisky, la célebre balada unionista. Mungo aligeró el paso, ran ratapán. Sabía que Ogling Ogilvy vigilaba cada uno de sus movimientos. Según su vecino, él era una gran decepción para la causa protestante.

Arrugó el ceño cuando llegó a la gran área de maltratado césped que separaba las antiguas viviendas de los húmedos pisos que el Ayuntamiento había construido en los años sesenta. Los responsables de planificación urbana habían decidido alejar los nuevos pisos de las zonas ajardinadas. Los habían orientado hacia la autopista porque creían que eso era lo que la gente quería ver: progreso. Nada de niños flacuchos jugando bajo la lluvia. Mungo se quedó merodeando un rato por los alrededores y se alegró de no sentirse observado. Sobre la hierba embarrada, un grupo de chicos mayores estaba jugando al fútbol, corriendo de un lado a otro tras un balón medio desinflado. Había también varias chicas dispuestas en grupitos de tres o cuatro, haciendo las veces de portería. Cuando el balón rebotaba en la cara de alguna, la chica fingía deshacerse en lágrimas hasta que el chico de

turno llegaba y presionaba sus agrietados labios sobre los de ella.

Al otro lado del descampado, los chavales más jóvenes habían construido un pequeño poblado de chabolas —ocho o nueve en total— con puertas viejas y trozos de muebles rotos que habían ido encontrando por ahí. Mungo observó a los niños ir de un lado a otro, reparando sus particulares baluartes. Al verlos en acción, se acordó del vídeo que un profesor sustituto les había puesto para explicarles cómo funcionaba una colmena por dentro. Mungo sabía que muchos de ellos tenían padres violentos y hermanos en la cárcel. Sabía que algunos de ellos, con tan solo once años, ya se fabricaban sus propias espadas, que usaban después en sus enfrentamientos con las bandas de católicos; estos chicos no dudarían en partirle el cráneo o rajarle el cuello a cualquier feniano, aunque los doblase en estatura, sin más motivo que el de reírse un rato. Mientras los veía cooperar en la construcción de sus guaridas, resultaba fácil olvidar la violencia a la que con tanto alborozo se entregaban.

Mungo mantuvo la cabeza gacha mientras pasaba junto a los nuevos pisos. El revestimiento de guijarros era tan poroso que incluso en los días secos parecía estar filtrando agua de lluvia. En el otro extremo, tras un muro de cuatro metros, se extendían los terrenos de una empresa de construcción. El muro estaba reforzado con un alambre de púas, pero los chicos de la zona no se dejaban amedrentar fácilmente.

Mungo vio a un grupo de jóvenes lanzar un ataque contra el muro. Dos escaleras de mano —de sus madres— empalmadas mediante cuerdas, y un edredón —de la hermana pequeña de alguno de ellos— era todo lo que necesitaban. Sabían que dentro encontrarían un amplio surtido de maquinaria JCB, pesados mastodontes a los que podrían subirse y vandalizar sin piedad. A veces, si algún trabajador se olvidaba la bolsa de herramientas dentro de la cabina, los chicos volvían a casa pertrechados de peligrosas armas de combate como martillos y llaves inglesas.

Especialmente memorable fue la vez en que un trabajador se dejó las llaves puestas de una excavadora JCB. Los chicos protestantes tomaron el vehículo y, tras embestirlo contra el resto de las maquinarias,

rompieron el candado de la puerta y salieron a las calles de atrás. Varios de ellos se encaramaron al brazo de la máquina, en el balde, para espiar a una chica regordeta que vivía en un segundo piso. Al final, la madre de la joven tuvo que llamar a la policía.

Mungo observó a los jóvenes apoyar las escaleras ensambladas en el muro. El cabecilla eligió al más pequeño de ellos para comprobar su estabilidad. Un chico pelirrojo se envolvió en una manta de ositos de peluche y comenzó a subir las temblorosas escaleras. Cuando estuvo lo bastante alto como para matarse, los demás empezaron a darle patadas a la base de la escalera. Debía de ser divertidísimo porque no dejaban de gritar y de apostar dinero a que se rompería la crisma. Luego hicieron un círculo y apartaron la escalera de la pared. Por un instante, el joven pelirrojo se tambaleó en el aire con la promesa de partirse la columna. Dejó escapar un grito desgarrador. El cabecilla se abrió paso y volvió a apoyar la escalera sobre el muro.

—Ya está bien, joder —amenazó Hamish.

El pelirrojo estaba lívido, mustio, como un repollo guisado. Aplastó el alambre de púas bajo la manta de ositos y se aseguró de que no estuviese el guardia de seguridad antes de saltar el muro y caer en el tejado que había al otro lado. Mungo cruzó el descampado y se acercó a su hermano mientras los demás subían por la escalera del asedio.

Hamish lo saludó con tibieza, estaba muy pendiente de sus tropas. Mungo sabía que después les echaría un buen rapapolvo a los chicos. Su hermano estaba al frente de un pequeño ejército, ambicioso y bien organizado. Era importante airear las incompetencias de los hombres delante del resto, de este modo conseguía mantenerlos divididos. Y que lo diesen todo.

Para Mungo, su hermano era simplemente Hamish, o Hamey, si se sentía especialmente valiente. Pero para sus tropas era Ha-Ha o el Gran Hombre, a pesar de su decepcionante altura. Después de ver al último de sus soldados subir la escalera, Ha-Ha se dirigió a Mungo.

—¿Qué pasa, so mierda?

—Nada. —Mungo se encogió de hombros—. ¿Has visto a Mo-Maw?

Ha-Ha negó con la cabeza. Miró a Mungo a través de las gafas de

culo de vaso, sus ojillos brillaban tras el amarillento cristal. De niño se sentía acomplejado por las monturas de carey que el Estado le había facilitado gratuitamente, pero Mungo sabía que aquella etapa había quedado muy atrás; a día de hoy, su hermano deseaba que alguien lo llamase «puto gafotas» y tener así la ocasión de exhibir sus súbitos arranques de violencia. A Hamish le encantaba tender trampas: especialmente, el momento en que los pobres incautos se precipitaban a su fatal destino. Se dio cuenta de que las gafas descolocaban a los extraños. Los hombres dejaban que el rarito cuatro ojos se acercase creyendo que lo someterían fácilmente; entonces, Hamish les partía los dientes contra el bordillo de la acera.

Hamish no era alto, pero siempre estaba dispuesto, y nunca, nunca tenía miedo de atacar primero. Llevaba una chaqueta vaquera y unos pantalones vaqueros del mismo tono azul. Llevaba el cuello de la chaqueta subido y se había abrochado hasta el último botón. Calzaba un par de relucientes Adidas Samba, de tres rayas. No tenía ni un gramo de grasa, todo en él era tendón y músculo. Parecía que iba a salir corriendo en cualquier momento. Pero Ha-Ha nunca corría.

—Venga, arriba. —Ha-Ha señaló la inestable escalera.

Mungo dio un paso atrás.

—¿Qué? —Mungo sabía que la cara había empezado a temblarle—. No tengo ganas.

Ha-Ha lo apresó por la nuca. Iba a decirle algo más, pero al final optó por darle un empujón hacia la escalera, y a Mungo no le quedó más remedio que subirla.

El solar no era especialmente grande. Los vehículos industriales estaban pegados unos con otros, como el contenido de un juego de mesa sin estrenar, todo bien ordenadito en su caja: hormigoneras, esparcidores de arena, apisonadoras y, en el centro, cual manada de brontosaurios, las excavadoras de largo alcance.

La clave del éxito era no asaltarlo con demasiada frecuencia o, de lo contrario, el capataz se vería obligado a contratar a un vigilante nocturno temporal que custodiase la maquinaria. Siempre era temporal porque los chicos protestantes no tenían reparo alguno en apuñalarlo;

resultaba, por tanto, algo complejo mantener a alguien de forma indefinida. Pero si se limitaban a un par de expolios al año, aquello acababa convirtiéndose en una extraña relación parasitaria. Los chicos destrozaban y robaban lo que les venía en gana, y al capataz le seguían saliendo las cuentas después de reclamar los daños al seguro. Hamish sabía que, en ocasiones, el hombre usaba astutamente los saqueos para reemplazar modelos anticuados o herramientas deterioradas cuya reparación sería más costosa que comprarlas nuevas. Hamish se lo encontró una vez en la Louden Tavern, y el hombre lo saludó con una respetuosa inclinación de cabeza. Dos veces al año y sanseacabó. Le salía más barato que contratar a un vigilante nocturno.

Los jóvenes protestantes estaban dispuestos en fila sobre el tejado corrugado del edificio principal, sus alientos empañaban el aire, parecían ponis de Eriskay. Mungo los vio inspeccionar el solar. Ninguno de los caballos se movió hasta que Ha-Ha subió al tejado. Se paseó entre ellos como un general, un emperador con vaqueros lavados a la piedra.

*Hola, hola, somos los Billy Boys.*
*Hola, hola, nos reconocerás por el ruido que armamos.*
*La sangre feniana nos llega a las rodillas, ríndete o morirás.*
*Somos los Billy Boys de Bridgeton.*

Ha-Ha sabía lo que estaba haciendo. La canción de la Orden de Orange los llenaría de orgullo. Cualquier temor que albergasen aquellos hombres en ciernes se desvanecería con solo escucharla.

Uno a uno fueron bajando del canalón, caían en el suelo de gravilla como goterones de lluvia. Mungo miró a su hermano, pero Hamish había desaparecido y Ha-Ha no estaba de humor para hablar con él. Estaba observando a sus soldados efectuar el primer barrido, viendo qué podrían llevarse antes de que diese comienzo la diversión y el estruendo. Entonces Ha-Ha le dio un empujón a Mungo, que se agarró del fino canalón metálico y se dejó caer cuatro metros abajo.

Los jóvenes estaban desvalijando las cabinas, rompiendo manuales de

instrucciones y arrojando tornillos como si se tratase de metralla. De todo lo que hacían, esta era la parte que Mungo más detestaba. Podía entender el robo —las cosas robadas eran útiles—, pero esto era destrozar por destrozar. El chico pelirrojo se había puesto un casco naranja que había encontrado por ahí; le hacía parecer un enano, un niño con alguna enfermedad terminal. Mungo vio cómo le daba cabezazos a la ventana de una apisonadora. Una y otra vez hasta que el cristal cedió y pudo romper el resto con el codo.

Ha-Ha nunca bajaba al campo de batalla. De vez en cuando le arrojaban cosas, alguna llave inglesa o un nivel de burbuja oxidado. Parapetado tras sus gruesas lentes, lo escrutaba todo como un águila pescadora. A veces señalaba algo con el dedo y los chicos salían escopetados siguiendo la sombra de su garra.

Uno de los soldados del pelotón estaba curioseando una caja de herramientas con excesivo cuidado. El chico había hallado acomodo en el balde de una excavadora, estaba allí repantigado como si fuese un sofá nuevo. Era alto, tenía el pelo castaño claro, largo por los laterales, con un flequillo que le cubría los ojos. Mungo sabía que a veces, al hablar, le salía sin querer el afectado inglés de la reina, sobre todo cuando estaba cansado. Su madre era una mujer de carácter recto, su padre trabajaba y seguía viviendo en casa. El resto de los chicos se metían con él por eso. La voz de Ha-Ha retumbó sobre el suelo de gravilla.

—Príncipe Carlos, ¿le importaría traerme si es tan amable una taciiita de té? Valiente mariconazo estás hecho. —Los saqueadores detuvieron sus quehaceres por miedo a que les estuviese llamando «desviados», el peor insulto posible para cualquier hombre que se preciara. Ha-Ha señaló al joven con el dedo y movió la cabeza consternado—. Deja de perder el tiempo, coño, que parece que estás eligiendo qué zanahoria te vas a meter por el culo.

El muchacho esparció el contenido de la caja de herramientas tratando de reivindicar su hombría. Los demás se rieron nerviosos y reanudaron sus desvalijamientos con una sensación de alivio. No había nada más vergonzoso que ser maricón: alguien indefenso y sumiso

como una mujer.

Mungo se escondió en la oscura cabina de una retroexcavadora, a salvo de las miradas de Ha-Ha. Vio cómo el chico de pelo castaño claro se sonrojaba para ensañarse después a patadas contra una caja de escuadras. Los demás, tras rapiñar todas las armas y herramientas que pudieron, comenzaron con los destrozos. Un joven rubicundo golpeó con un poste la ventana de una excavadora. El cristal de seguridad emitió un grato crujido.

Cuando se hartaron de tanto estropicio, procedieron a la tercera etapa: regreso a los juegos de la infancia. Crearon una yincana de tractores, tenían que ir saltando de techo en techo sin tocar el suelo en ningún momento. Empezaban por la máquina de menor altura e iban subiendo cada vez más alto, siguiendo siempre al líder. A cada poco, ideaban formas nuevas de enrevesar el juego. Trepaban por turnos el brazo de una de las excavadoras de largo alcance, llegaban hasta el balde y luego saltaban, planeando en el aire hasta el techo de una retroexcavadora. Si fallaban, les esperaba una caída de seis metros. Eran intrépidos ángeles sobrevolando el cielo nocturno, la tela de sus chándales ondeaba al viento como alas incapaces de volar.

Las máquinas estaban mojadas por la lluvia. Mungo se percató de que, a veces, los chavales se resbalaban mientras subían por el anguloso brazo de la excavadora. Uno de ellos saltó con más ímpetu de la cuenta y estuvo a punto de caerse, pero en el último instante se asió de la junta de goma de una ventana. Cuando pasaba algo así, todo el mundo contenía la respiración y enmudecía momentáneamente. Luego, cuando el chico afortunado se ponía en pie, prorrumpían en gritos y hurras, embriagados por la sensación de inmortalidad.

Ha-Ha estaba en el tejado fumándose un pitillo. Había pasado de ser un emperador a un padre divorciado harto de tener que hacerse cargo de sus hijos. Era como si, después de haberlos atiborrado de dulces, tuviese que obligarlos a quemar calorías antes de devolvérselos a su madre. Mungo estaba observando a su hermano cuando advirtió un cambio en el cielo. Ha-Ha también se percató, había destellos intermitentes de color azul y blanco. Los coches de policía estaban en la

puerta, habían llegado sin encender la sirena. Ha-Ha había dejado a sus hijos jugar más tiempo de la cuenta.

Mungo salió corriendo de la cabina de la excavadora, se subió a la rueda delantera, después a la trasera, luego al soporte del motor y, por último, al techo. Estaba atravesando el solar cuando los policías irrumpieron por la verja de entrada. Los pequeños saqueadores se soltaron del largo brazo de la excavadora y se escabulleron en dirección al canalón. Chillaban como niños de seis años en un parque de atracciones tratando de escapar del hombre del saco. Hasta que no llegaron al tejado, bajo la protección de Ha-Ha, no volvieron a caminar erguidos como hombres. Fue entonces cuando los policías recibieron una lluvia de salivazos.

Seis agentes llegaron en dos Land Rover y un viejo furgón para el traslado de detenidos. Uno de los chicos menos avezados saltó sin querer a los brazos de uno de ellos. Por un instante, dio la sensación de que eran amantes sorprendidos en plena faena.

El muchacho pelirrojo estaba encaramado al brazo de una de las excavadoras intentando bajar de culo. Mungo había llegado casi al canalón cuando vio al chico caerse. El chándal de nailon debió de resbalar en contacto con el metal mojado y el pelirrojo se precipitó al suelo con la elegancia de un saco de harina.

No se rompió como lo habría hecho un saco de harina, y tampoco gritó, pero por el modo en que el brazo se dobló y el extraño ángulo de su mano, Mungo supo que se había roto la muñeca, tal vez el antebrazo entero.

Mungo oyó a Hamish gritar su nombre mientras lanzaba rocas y metralla sobre los agentes. Si Mungo se pusiera en pie ahora, podría subir rápidamente y llegar al tejado a tiempo.

—¡Déjalo! —bramó Hamish.

Sería absurdo no salir corriendo; los agentes seguramente habían fichado ya a todo el mundo, y en el caso de no haber visto a Mungo, seguro que se habían percatado de la bolsa de harina desplomada en el suelo. Pronto irían en busca del pobre chico.

Mungo oyó las pisadas sobre el tejado ondulado, las incesantes mofas

y bravatas, sabía que los demás chicos habían saltado el muro y emprendían ya su huida hacia la seguridad del barrio. Lo estaban abandonando.

El joven pelirrojo ya no llevaba el casco y respiraba con dificultad. Mungo lo agarró por las axilas y lo arrastró bajo la retroexcavadora. Allí, apartados de los focos de seguridad, podían ver las linternas de los policías fragmentar el suelo. El joven no dejaba de gimotear. Mungo le tapó la boca con la mano. En cualquier otro momento, el chico lo habría reventado a hostias por tocarlo de esa manera. Pero ahora estaba allí tumbado, con la cabeza apoyada en el costado de Mungo, viendo las linternas de la policía relampaguear entre los vehículos. Fue entonces cuando Mungo lo reconoció: era Bobby Barr, el hermano mayor de un chico de su clase, el improbable padre de dos niños gemelos y un afamado desvirgachochos. Ahora brotaba sangre de la manga de su jersey y, a juzgar por el olor, se había meado encima.

Salvo por el suave crujido de la gravilla, todo estaba tranquilo. Los policías seguían al acecho, sigilosos, ni siquiera se oía el murmullo estático de sus radios. Bobby sollozaba en silencio. El rostro de Mungo cortocircuitó en la oscuridad.

—No me dejes. —Mungo sintió las palabras del chico temblar en la palma de su mano; las lágrimas de Bobby se agolpaban en los sumideros de sus dedos.

La luz de las linternas se coló bajo la retroexcavadora. Unas manos fuertes agarraron los tobillos de Bobby Barr. Un policía tiró de él con un movimiento limpio, y el chico se alejó rodando por los guijarros, como un mecánico de coches sobre una tabla de ruedas. Con un brazo destrozado y el otro haciendo las veces de cabestrillo, Bobby fue incapaz de ofrecer resistencia. Desapareció en un visto y no visto, como si se tratase de un truco de magia.

—Hay otro capullo ahí dentro —gritó un policía.

Mungo se apartó de la luz y se dirigió a gatas hacia el otro extremo. Oyó cómo se acercaban los agentes, dos por cada lado de la enorme máquina. A pesar de no ser tan ágil como los demás chicos —auténticos gatos saltando de una máquina a otra—, Mungo llegó a la cabina antes

de que los policías doblasen la esquina, parecía desenvolverse cada vez mejor. Sabía que no le daría tiempo a llegar al canalón, estaba seguro de que lo cogerían de las piernas en cuanto empezase a subir. Tuvo el impulso de salir corriendo en dirección a la puerta, pero le cortaron el paso antes de que le diese tiempo a nada. Estaba atrapado.

—Tú, hijoputa. Cuando te pille, te voy a dar por culo a base de bien. —Una sonrisa de satisfacción se extendió por el rostro del agente. Estaba acercándose a Mungo mientras los demás bloqueaban cualquier posible vía de escape—. Te voy a reventar el culo. Te voy a reventar el culo —coreaba sin cesar.

Hamish le habría dicho que el agente solo quería ponerlo nervioso. Humillarlo e intimidarlo para que Mungo bajase del techo del vehículo sin ofrecer más resistencia. Pero Hamish no estaba con él.

—Ya verás, seguro que te gusta —prosiguió el policía—. Si bajas ahora, te echaré salivita para que te duela menos. —Los demás agentes se rieron, censurándolo y felicitándole a partes iguales por la mente tan sucia que tenía—. ¿Tienes alguna hermana?

Mungo trató de subir un poco más alto.

Se oyó un golpe seco en la oscuridad. No supo de dónde provenía. Fuera lo que fuese, las amenazas cesaron y el agente acabó sin gorra y estampado contra una hormigonera. Una sangre oscura, negra como melaza, le ensuciaba el rostro. Había trozos de él esparcidos sobre el amarillo acero de las máquinas.

Ha-Ha estaba en la cima de la escalera arrojando ladrillos a los policías. Mungo sabía que los protestantes guardaban un alijo de armas para posibles enfrentamientos con otras bandas callejeras; ahora estaban haciendo uso de él, pasándole ladrillos a su emperador al estilo de la falange hoplita. Ha-Ha tenía un hábil brazo para el lanzamiento.

—¿A qué coño esperas? ¡Corre, so imbécil!

Mungo aprovechó la oportunidad. Bajó del techo y corrió a toda prisa hacia la verja de entrada mientras una lluvia de ladrillos caía sobre los policías, que intentaban resguardarse como podían bajo la maquinaria. Justo después de atravesar la puerta, Mungo frenó en seco y se dirigió al furgón policial. Abrió las puertas traseras y liberó a los chicos

capturados. No los esperó, pero oyó las alentadoras pisadas de sus zapatillas deportivas correr tras él, con los pulmones a punto de estallar, por las calles mojadas.

# 3

San Christopher estaba junto a la orilla del lago con los hombros encorvados, murmurando para sí y espantando a los mosquitos. Mungo no sabía decir si se había enfadado por algún motivo o si simplemente estaba sobrio. Se encontraba de espaldas a ellos, agachado, como si fuese a meter la cara en el agua o a vomitar. El viento le revolvió sus finos cabellos leonados, disolviendo la plasta de sudor y gomina que ocultaba un dedo de raíces blancas. A Mungo le sorprendió la vanidad del viejo. Se había teñido el pelo con un tinte de supermercado, igual que hacía Mo-Maw. Se lo imaginó sentado en el váter con una bolsa de basura encima de los hombros para no mancharse.

Había sacado todo el alcohol que les quedaba y lo había colocado entre dos rocas, en la orilla del gélido lago. Un hombre provisto de un único traje y una bolsa llena de bebidas. No le hacía falta nada más para montar campamento.

Gallowgate le enseñó a Mungo cómo hacer una fogata —débil, acatarrada— con las ramas húmedas y verdes que el chico había estado recogiendo. Se sentaron juntos a contra viento, dejando que el humo ahuyentase a los negros mosquitos. El chico añadió varias ramas cubiertas de musgo hasta que dio comienzo la fulgurante danza del fuego. Cada vez que metía una, miraba al hombre para asegurarse de que lo estaba haciendo bien. Gallowgate cogió tres bandejas de lasaña, que se habían descongelado hacía un buen rato, y las enterró en las brasas incandescentes. Mungo se palpó el rugiente estómago.

San Christopher se mantenía a distancia. Lejos de la luz de las llamas, todo acababa envuelto en una suerte de sagaz oscuridad. El cielo, celoso de la quietud de las aguas, se fue adentrando poco a poco en ellas hasta fundirse en uno con el lago. San Christopher fue engullido por la negrura de la noche.

—Es un nombre curioso. Mun-go —dijo Gallowgate.

Estaba fumándose un cigarro torcido. Al sentarse, había aplastado el paquete que tenía en el bolsillo de atrás de sus ajustados vaqueros, y el tabaco ámbar estaba saliéndose por las fisuras del papel.

—Ya. —Mungo lo observó tapar los agujeros con los dedos, como si estuviese tocando la flauta—. Mi padre era nacionalista. Quería que sus hijos tuvieran nombres escoceses tradicionales.

—Sí, pero Mun-go… Eso es maltrato infantil, no me jodas.

—San Mungo. El santo patrón de Glasgow. Sacó fuego de algo, no sé, la verdad es que no me acuerdo bien.

Su conocimiento de los mitos de la ciudad estaba empañado por la vergüenza. En el colegio siempre lo obligaban a leer la historia de Glasgow en voz alta, delante de toda la clase; Mungo se ruborizaba por el simple hecho de oír su propia voz y no conseguía retener ni una sola palabra de lo que leía.

La primera vez que lo llamaron «Mungoloide» volvió a casa llorando. Jodie se escondió con él en el armario del termo. Mungo se fue calmando con el feliz zumbido del calentador de inmersión mientras ella le enjugaba el rostro con el abrigo de invierno de Mo-Maw. Jodie le había contado los milagros de san Mungo: el del pájaro que no volaba, el del árbol que no crecía, el de la campana que no sonaba al tañerla, el del pez que no nadaba. De todos, el que más le gustaba era el del pájaro; san Mungo había devuelto la vida a un pequeño petirrojo después de que unos niños crueles lo hubiesen matado. Jodie dijo que ese era el poder de Mungo: después de la muerte de su padre, consiguió devolver la vida a Mo-Maw a pesar de que ella misma había tirado la toalla. Mungo adoraba a Jodie. Y la perdonaba cuando le mentía.

Gallowgate levantó la lata en señal de saludo. Sus ojos estaban legañosos por el alcohol.

—Bendita sea mi suerte. Yo que pensaba que era un pobre desgraciado y resulta que tengo a dos santos cuidando de mí. Uno que me ayuda a cruzar las aguas. Y el otro a encender el fuego que llevo dentro. —Se dio golpecitos en el corazón con el puño—. Solo me falta un tercero que me preste algo de pasta. Entonces ya me pongo a silbar.

San Christopher apareció temblando de entre la oscuridad. Se quedó en el borde del círculo de luz, como un invitado tímido que llega a una fiesta. Gallowgate soltó un eructo y le indicó que buscase una roca y se sentara. Era desconcertante ver a San Christopher fingir que no estaba de mal humor, presenciar cómo intentaba tomar las riendas de la conversación. Desguarnecidos de carne y sangre, sus pies brillaban como porcelana azul después de haberlos sumergido en las frías aguas del lago.

Mientras San Christopher se descongelaba junto al fuego, a Mungo le llegó un tufillo a leche agria que, a su vez, enmascaraba un olor a escamas resecas de pez o algo parecido. Gallowgate arrugó la nariz, se movió ligeramente en la dirección del viento y se recostó sobre la pared de la cabaña. Mungo lo observó levantarse la camisa y acariciarse la barriga, que sobresalía tirante e hinchada; incluso ahí tenía palabras tatuadas, estaba firmada como la solapa interior de un cuaderno escolar. Después de un rato bebiendo junto al fuego, los ojos empezaron a llorarles por el humo. Con cada lata de cerveza que abrían, la conversación iba tomando un cariz más oscuro. Era, pensó Mungo, como si estuviesen descendiendo las escaleras de un bloque; a medida que bajaban, todo se volvía más tenebroso, las luces iban perdiendo intensidad.

—Así que me lancé, ella estaba deseándolo —explicó Gallowgate a la luz del fuego—. Me dijo que su marido lo sabía y que no le importaba. Entonces me dije: Si al capullo este le da igual, entonces no pasa nada si le dejo marcas.

Mungo se llevó de nuevo las rodillas al pecho. No le gustaba la forma en que el hombre estaba relamiéndose los dientes.

—Entonces ¿qué hiciste? —San Christopher escupió de una forma no muy santa, ansioso por los detalles sucios.

—Total, que la cogí por banda. —Gallowgate se acercó un poco más al muchacho—. Llevaba un camisón azul con dibujos de gatitos. No me molesté en quitárselo porque no era precisamente una niña, tenía ya sus años. A veces es mejor no arriesgarse. Total, que con estos dedos que Dios me ha dado… —sus ojos eran ópalos a la luz del fuego;

extendió una mano y ahuecó la palma hacia arriba— me puse a darle de comer al conejo.

La pregunta salió espontáneamente de los labios de Mungo:

—Un momento, pero ¿la señora tenía un conejo en la casa?

Los hombres lo miraron estupefactos. Y, un momento después, se troncharon de la risa.

—No, hombre, no. Sus partes íntimas. El coño, joder. La próxima vez que le metas mano a una chavala, fíjate, ya verás que está suave como un conejo.

San Christopher puso dientes de conejo y empezó a hacer ruiditos.

Gallowgate se rio, el cigarro le colgaba de la comisura de la boca. Una vez más, Mungo no había sabido ver la diferencia entre lo que alguien decía y lo que realmente estaba dando a entender. Sintió que los ojos empezaban a parpadearle. Intentó reírse a pesar del tic para no sentirse excluido una vez más.

—Bueno, y entonces ¿qué? —preguntó San Christopher impaciente. No era el momento de darle clases de anatomía al chico.

—Pues la llevé al sofá y empezamos a hacerlo, a darle al tema de verdad. Y cuando se la tenía metida hasta el fondo, la tipa va y me dice: «Ooooh, vamos arriba al dormitorio». —Gallowgate escupió en el fuego y se oyó un chisporroteo que desapareció al momento—. Así que la llevé escaleras arriba, parecía un abrigo viejo atascado en una percha.

Mungo se acordó de las perchas que habían fabricado para la asignatura de Tecnología. Perchas metálicas en forma de G; calentaban el metal, le aplicaban una capa de pintura en polvo y luego lo atornillaban a un trozo de madera barata. Se mordió el labio inferior.

San Christopher le dio una palmadita en la pierna y le dijo:

—Mira qué cochino nos ha salido el niño.

—La subí por las escaleras y supongo que me equivoqué de cuarto, porque parecía el dormitorio de una adolescente. Pero ella no dejaba de arañarme, pidiéndome que le diera caña.

—Seguro que era una guarra —apuntó el santo.

Mungo se preguntó si San Christopher conocería a esa mujer.

—Bueno, total, que la eché en la cama y seguí ahí dale que te pego. —Gallowgate se puso de pie y empezó a dar caderazos a la luz de la lumbre. Tenía el rostro pálido y abotargado por el alcohol, parecía una luna flotando en el cielo—. Y justo entonces me dio por mirar la moqueta y no os lo vais a creer.

—¿Qué? ¿Qué?

Gallowgate se acercó al fuego. Arqueó la espalda hacia atrás y Mungo se fijó en el abultado contorno del pantalón vaquero que sobresalía de la pelvis. Al momento bajó la mirada. Gallowgate le dio una calada al cigarro, manteniendo la tensión, saboreando la impaciencia de sus santos.

—Bueno, resulta que el año pasado puse una moqueta de flores en el cuarto de la hija.

—¿Sí? ¿Y?

—Un buen instalador de moquetas nunca olvida su trabajo. Resulta que también me había follado a la chavala.

Gallowgate echó la cabeza hacia atrás con fanfarronería. Expulsó el humo como una chimenea orgullosa.

Un momento después, San Christopher soltó un grito, como el ladrido de un perro que se desinfla.

—Qué cabrón. —Sus dientes rotos asomaron afilados y amenazantes. Le dio un golpe a Gallowgate en la rodilla.

—Bueno. Tengo mala memoria para los coños. Pero de una moquetita pelirroja y tan bien puesta nunca me olvido.

Mungo no entendió el chiste. Miró a un hombre y luego al otro, pero sabía que era mejor no preguntarles nada.

—Quince años. Y menudo polvazo, como su madre. —Gallowgate sacó una botella de whisky de la bolsa. Se la empezó a beber como si fuese ginger ale—. Las casas grandes y lujosas, ahí es donde hay que poner el ojo, me di cuenta enseguida. Mira, como a una mujer le dé por hacer reformas en casa es porque el marido no le está dando lo que quiere. —Se agarró la parte delantera de los vaqueros, la acarició primero y la apretó después, como si quisiera estrangulársela.

San Christopher detuvo su grito.

—Ah, no sabía que instalabas moquetas.

—Moquetas. Monto cocinas. Hijas adolescentes. Lo que se me ponga por delante. No le hago ascos a nada.

Gallowgate se rio para sí. San Christopher asintió con un respetuoso silencio.

—Qué envidia, un hombre tan joven y con tantas opciones.

—Sí, bueno. Siempre he tenido buenas manos. —Gallowgate se golpeó la sien con los nudillos—. Lo demás es lo que está escacharrado.

—Aun así tienes toda la vida por delante. —San Christopher extendió las manos hacia el whisky, sus débiles dedos arañaron el aire como un niño pidiendo el biberón. Gallowgate le acercó la botella y, una vez que el santo se remojó el gaznate y se limpió la boca, continuó diciendo—: Lo que no entiendo es qué hacías en la cárcel de Barlinnie. Un tío tan joven como tú.

Mungo ya había oído hablar de Barlinnie. Mo-Maw siempre le decía a Hamish que acabaría allí cada vez que su hermano sobrepasaba los límites de la ley robando algún coche o vendiendo speed adulterado. La amenaza de la cárcel conseguía que el gran Ha-Ha enmudeciese de miedo.

Mungo debió de poner cara de interrogación porque Gallowgate se quedó observándolo antes de llevar de nuevo la mirada al santo.

—¿Para qué cojones le has tenido que contar eso al chaval? —Gallowgate le lanzó al hombre el cigarrillo—. Vas a asustarlo.

Pero algo en su sonrisa le dijo a Mungo que ni estaba enfadado con San Christopher ni le preocupaba que él se asustara.

—¿Contarle qué?

El hombre se incorporó de un salto. Con los pies desnudos ejecutó un ruidoso baile mientras buscaba el cigarrillo encendido entre los pliegues de su mugriento traje.

—Que estuvimos en la cárcel. —Gallowgate lanzó una mirada socarrona a Mungo—. Se va a pensar que está aquí con dos maleantes.

Mungo se hurgó la costra de la rodilla. Fingió estar absorto en eso cuando le preguntó:

—¿Por qué te metieron en la cárcel?

—Allanamiento —respondió Gallowgate al instante. A Mungo le dio la impresión de que estaba mintiendo, pero no podía asegurarlo—. Fue un accidente. Me caí por la claraboya de unos grandes almacenes. Y cuando encontré la salida, tenía en las manos cuatro docenas de camisetas de fútbol.

El santo hizo un ruido como si fuese a rebatirlo, pero Gallowgate le dio una patada al suelo y una ráfaga de guijarros voló en dirección al hombre. Lo hizo con tanta rapidez que Mungo pegó un respingo.

—Allanamiento, claro, claro —concedió San Christopher sin mucho convencimiento. Algo en su forma de decirlo hizo que Gallowgate se riese entre dientes.

—¿Y usted? —le preguntó Mungo. La costra se despegó de la piel de la rodilla—. ¿Por qué fue a la cárcel?

El santo miró a Gallowgate y luego al chico. No respondió. Gallowgate tomó la palabra.

—Por vagancia.

San Christopher pareció ofenderse, pero no dijo nada.

—¿Lo metieron en la cárcel por eso? —preguntó Mungo.

—Bueno, por eso y por feo. —Gallowgate soltó una risotada mientras sacaba las lasañas de las ascuas—. ¿Quién tiene hambre?

Tuvieron que esperar bastante tiempo hasta que las bandejas se enfriaron un poco. La conversación fue perdiendo fuelle mientras los hombres trataban de comerse las partes de carne no quemadas y el grasiento queso. Al poco, San Christopher dejó su lasaña a un lado, como si no fuese de su interés. En su lugar, cogió el whisky y siguió empinando el codo. Mungo advirtió que la comida tenía un delicioso toque ahumado. Mientras la pasta se expandía por su estómago, el chico se quedó embobado frente al fuego pensando en la cárcel y en esa pobre mujer y su conejo. Cuando se acabó el plato, se notó pesado y exhausto de tanto aire puro. Debía de estar sufriendo uno de sus tics porque Gallowgate no dejaba de mirarle la cara.

—Seguro que en el instituto se meten contigo por eso.

—A veces —dijo Mungo.

Se llevó la mano a la temblorosa mejilla y empezó a rascarse con el

dedo índice. Sintió que se le estaba levantando la piel.

—Deja de tocarte —dijo Gallowgate—. ¿De qué te sirve? —El hombre se acercó—. A ver, quita la mano que te vea. —Gallowgate le sujetó la barbilla con su áspera palma. Le inclinó el rostro hacia la luz del fuego—. Qué maravilla.

—¿Te estás riendo de mí? —Mungo trató de liberarse de su mano.

—No, en serio. Es como si tu cara tuviera su propio cerebro. Muestra lo que sientes por dentro sin que haya que preguntarte. —Gallowgate giró la mejilla de Mungo hacia el fuego. De tanto tocarse, la piel de alrededor del pómulo se le había secado, estaba irritada. Gallowgate le acarició suavemente con el dedo—. ¿Se te pasa así?

—No. —Mungo se agachó y se zafó del agarre del hombre.

Gallowgate hizo una mueca de dolor, como si tuviese acidez de estómago.

—Manda huevos. Dios te hace guapo. Y luego te pone el tic ese para darte por culo. Hay que ser muy hijo de puta.

—¡Y muy cruel! —añadió San Christopher.

—Pobre Mungo. Tienes mucha tensión acumulada, joder. —Gallowgate miró hacia la lejana luna. De repente dio un grito, una especie de aullido súbito y terrible. A Mungo le entraron ganas de salir corriendo. Gallowgate le sonrió con los afilados incisivos enganchados al labio inferior—. Venga, grita conmigo. —El chico negó con la cabeza. Gallowgate se incorporó y le tendió una mano. Tiró de él y lo adentró en la noche—. Grita. Te vas a sentir mejor.

Mungo echó la cabeza hacia atrás. No se había dado cuenta, pero el cielo no resultó ser totalmente negro. Había estrellas por todas partes. Y cuando creía que había encontrado un hueco vacío, sus ojos enfocaban bien y todo volvía a llenarse de estrellas escarchadas e hilvanadas por una especie de estela cremosa. Nunca había visto el cielo nocturno de esa manera. Nunca lo había visto tan despejado, sin el suave filtro anaranjado de las farolas del barrio.

Gritó una vez. Un grito atropellado y sin fuerza, la barbilla le cayó sobre el pecho.

—Así no, hombre. Así. —Gallowgate tomó aire y se tragó la noche.

Luego gritó como un monstruo. Rompió la quietud del paraje y Mungo anheló el regreso del silencio. Miró el oscuro lago con temor de que algo respondiese. Gallowgate se dio por vencido—. Muy bien, si no quieres gritar, salta el fuego. —Tomó carrerilla y saltó las brasas—. ¡Venga!

San Christopher llevaba todo el rato escuchando sus chiquilladas, pero ahora se puso de pie.

—Primero quítate esa chaqueta de nailon, hijo, o la vas a llevar puesta de por vida.

En cuanto se quitó el chubasquero azul sintió el frío proveniente del lago. Después de internarse en la oscuridad, dio un salto y voló sobre las llamas. Salvó la distancia con facilidad y se sintió aliviado de no haber hecho el ridículo. Un fogonazo de felicidad derritió el frío de su interior. Siguieron saltando en bucle, Gallowgate y él gritaban como dementes. Las estrellas, el fuego, el inmenso lago; de repente se encontró bien y, por un momento, se olvidó de Glasgow. Olvidó por qué lo habían enviado aquí con estos hombres.

Siguieron así un rato y luego Gallowgate empezó a chocarse con Mungo mientras brincaban en el aire, como si estuviesen en un concierto de heavy metal. Mungo fingió que le dolía el costado y dejó de saltar. Gallowgate se desplomó en la orilla, abrió una lata de Tennent's y se la ofreció al chico.

—Mañana pondré agua a hervir, pero, de momento, tómate esto. Ya verás como te duermes mejor.

Mungo se dio cuenta de que no había bebido nada en todo el día, ni agua del lago, ni té con leche. Percibió el familiar olor de la levadura. Sintió la mirada de los hombres sobre él, pero no podía evitar desconfiar de aquella bebida. Conocía de buena tinta la devastadora tristeza que albergaba justo debajo de la alegre espuma. La acercó con lentitud a los labios, el primer sorbo le aplacó la sed, pero el resabio espeso de la avena le provocó una arcada. Los hombres asintieron en señal de aprobación. Mungo descubrió que si tomaba un sorbo y lo mantenía un poco en la boca antes de tragárselo, le resultaba un pelín menos repugnante, tenía menos sabor a moho. Y si hacía pasar la

cerveza entre los dientes, la sensación de pesadez se diluía, se convertía en agua sucia de fregar los platos.

Los hombres no dejaban de pasarse la botella de whisky mientras Mungo arrancaba ramas jóvenes para la fogata. Después de un rato, acercó sus fríos riñones a la lumbre; no había nada más allá de ese círculo de tenue luz. Se le estaban cerrando los ojos cuando San Christopher volvió a hablar:

—Entonces ¿te han salido ya pelos en los huevos?

La cerveza envalentonó a Mungo.

—¿Solo habláis de eso? ¿De coños, de fútbol y de pelos en los huevos?

—De eso es de lo que hablamos los tíos, ¿no? —intervino Gallowgate entre risas—. ¿Cuántos años tienes?

—Ya te lo he dicho. Casi dieciséis.

—Tendrás ya una buena mata, ¿a que sí?

—Tal vez —dijo Mungo en tono desdeñoso—. No es asunto tuyo, ¿no te parece?

—No tienes por qué avergonzarte, hombre, los tíos somos osos. A todos nos salen pelos. —Gallowgate alzó la mano al estilo americano para que el chico la palmease—. Venga, choca esos cinco, campeón.

Desganado, Mungo acercó la mano. Entonces, Gallowgate lo agarró rápidamente por la muñeca y le hizo una llave, inmovilizándolo con el antebrazo sobre el cuello. La violencia fue repentina, la lata de cerveza salió rodando hacia la oscuridad. Mungo se olvidó de las estrellas y de la fogata. El hombre le clavó los dedos entre las costillas. Hasta que dio con el dolor.

—Si te hago una pregunta, me respondes con educación, ¿estamos?

—No era mi intención.

Gallowgate lo soltó con la misma rapidez con que lo había apresado. Mungo se puso en pie. Permaneció un buen rato apartado de los hombres, con los ojos enrojecidos por el humo. No se atrevió a frotárselos.

—No te asustes, chavalote —dijo Gallowgate. Se burló del rostro sedicioso de Mungo—. Me estaba riendo un poco, ya está.

San Christopher estaba sentado dándole sorbos a la lata de cerveza y sonriendo como un imbécil.

Mungo no quería parecer un crío, así que intentó reírse como si no hubiera ocurrido nada, tomándoselo a broma.

—Muy buena, Gallowgate.

El chico aún sentía los dedos del hombre en el costado. Se escabulló en la oscuridad con la excusa de ir a mear al lago. Cuando sus ojos se ajustaron a la ausencia de luz, se dio cuenta de que el agua tenía el mismo color que el cielo, pero el reflejo de la luna sobre el agua titilaba levemente, a diferencia del brillo mate del firmamento. El viento proveniente del lago olía a lluvia. Se quedó en la orilla largo rato observando a los hombres alumbrados por la fogata, parecían estar en un escenario: bebían, fumaban, se quedaban mirando a la nada. Mungo se puso a ensayar frases en su mente para integrarse de nuevo en el grupo cuando Gallowgate anunció a gritos en mitad de la noche que era hora de acostarse. San Christopher asintió.

Mungo salió de la oscuridad y se dirigió a la tienda roja junto al lago, la que tenía un único saco de dormir. Gallowgate chasqueó la lengua y mencionó algo sobre unos ciervos salvajes, luego señaló la tienda de dos plazas, la que estaba en el interior del refugio. El chico estaba demasiado cansado para protestar. Con la agria cerveza borboteándole en el estómago, se quedó esperando mientras Gallowgate apagaba el fuego con el talón de sus zapatillas deportivas. El hombre señaló de nuevo hacia la tienda del refugio y observó con la autoridad de un padre cómo Mungo se metía dentro.

Tumbado con los pantalones cortos de fútbol y el anorak azul, Mungo no dejaba de rascarse las picaduras de mosquitos que tenía en las piernas. El suelo estaba frío como las baldosas de una cocina, y sintió cierta angustia al acordarse de que no llevaba nada más de abrigo, ni para esa noche ni para el día siguiente. Se frotó las heladas rodillas y se introdujo en uno de los sacos, después cerró los puños y metió las manos entre las piernas. Todo en vano. La tierra de debajo era avariciosa; las piedras le usurpaban todo el calor que generaba su cuerpo.

Al principio se lamentó por no estar en la otra tienda, más pequeña y con un solo saco; pero ahora, en mitad de la negra oscuridad, le alegraba saber que no iba a quedarse solo. Más allá de las ascuas, el lago se le antojaba aterrador y misterioso, y la noche era sorprendentemente fría. Se hizo un ovillo para entrar en calor. Los párpados le pesaban mientras esperaba la compañía de uno de los hombres. Los oyó caminar hasta la orilla del lago y hablar en voz baja mientras echaban una ruidosa meada en el agua. El whisky no parecía aislarlos del frío. Por la forma en que respiraban, Mungo sabía que estaban igual de congelados que él.

Gallowgate abrió la puerta de la tienda. Con la borrachera, le costó mucho agacharse y atravesar el pequeño espacio. Cerró la cremallera y quedaron sellados en el interior, juntos. El hombre se desplomó sobre el húmedo saco de dormir con un resoplido. El reducido espacio se llenó de su olor: whisky, cigarrillos, calcetines sucios y sobacos calientes. El ambiente de la tienda se humedeció como una boca cerrada.

—¿Estás bien, amigo? —le preguntó en voz baja.

Los dedos de Gallowgate buscaron a tientas a Mungo, tecleando en la oscuridad como un cauteloso mecanógrafo. Siguieron palpando hasta que hallaron el rostro del chico, donde una suave pelusilla crecía en la línea de la mandíbula. Por alguna razón, los dedos siguieron moviéndose. El dedo anular rozó el labio inferior de Mungo, que sintió la frialdad de los sellos soberanos en la mejilla.

Mungo se apartó.

—Estoy bien. Cansado.

—Ah, estás ahí.

Mungo oyó a Gallowgate frotarse las palmas y soplar en ellas.

—Esto parece el Polo Norte, ¿eh? —En la oscuridad, Gallowgate sacó uno de sus gruesos brazos fuera del saco y abrazó a Mungo, acercándolo contra su pecho—. Así entraremos antes en calor. Nunca he ido de acampada con los boy scouts ni nada de eso, pero en las pelis siempre se acurrucan para no morir de frío. El verano escocés es la leche, ¿eh?

El hombre tiró de Mungo con fuerza y lo estrechó contra su pecho. El

chico intentó apartarse, pero Gallowgate lo retuvo, encajando su cuerpo en el de él. No era especialmente corpulento, pero todo en él era fibra y músculo. Incluso a través de las dos capas de nailon, Mungo sintió el estómago del hombre expandirse contra su espalda hasta que no quedó ni un solo hueco entre ellos.

—¿No se congelará San Christopher? —preguntó Mungo—. ¿No prefieres dormir con tu amigo?

—No, no, mejor lo dejamos que duerma tranquilo. El pobre seguro que lo agradece.

—¿Por qué?

—Chrissy está pasando una mala racha. Casi todas las noches duerme en el Great Eastern. ¿Lo conoces? Hay que tener mucho estómago para quedarse allí.

Mungo había visto alguna vez el albergue para indigentes, estaba al final de Duke Street, en Wellpark. Se trataba de una antigua fábrica de algodón provista de una imponente fachada victoriana que le otorgaba el aspecto de una prisión. En la actualidad, unos trescientos hombres pernoctaban cada noche en sus diminutos dormitorios. Por la mañana, los empleados del albergue intentaban evitar que los hombres se quedasen por los escalones de piedra de la entrada, pero no había forma: siempre andaban por allí merodeando como fantasmas. Hasta Hamish cruzaba de acera para no pasar por delante del edificio.

—No te preocupes por Chrissy —dijo Gallowgate—. Ha pasado tantas noches en la cuneta que seguro que ahora se cree que está en el cielo. —El brazo de Gallowgate se volvió pesado sobre el pecho de Mungo. Su respiración se tornó más cálida y lenta, Mungo sintió las pestañas del hombre rozarle la nuca—. Tú y yo, así, bien pegaditos. Como los clanes de las Tierras Altas.

A Mungo le entraron unas ganas súbitas e irrefrenables de hablar. Abrió la boca y las palabras empezaron a salirle a borbotones. Ni siquiera las pensaba, era como si se hubiese producido una fuga y de ella brotase una historia interminable que llenaba la oscuridad. Hablaba entre susurros, sin pausas ni signos de puntuación que obstaculizasen la historia.

—Cuando tenía seis años mi hermano me enseñó a montar en bici mi padre ya había muerto y Hamish me dijo que iba a enseñarme siempre me lo decía pero cuando me regalaron una bici por Navidad pasó de mí pero cuando llegó el verano se sintió culpable o algo y me llevó por fin con la bici por ahí.

Mungo escuchó cómo se abría la cremallera lateral del saco de dormir de Gallowgate. Le siguió el lento y metálico chirrido de la suya. Los vaqueros del hombre le resultaron inesperadamente fríos en contacto con sus piernas desnudas. Un brazo descendió hasta la cintura del muchacho. Gallowgate se acercó aún más a la espalda de Mungo. Sus dedos se extendieron como una estrella sobre el estómago del chico.

—Hamish no me dejó probarla con los ruedines me dijo que no había que usarlos nunca luego se subió a la bici y empezó a pedalear y yo tuve que correr detrás de él hasta llegar a la cima de una enorme colina entonces me monté en la bici él sujetaba el asiento y justo antes de soltarme me dijo que me iba a dar una paliza como me cayera. —Mungo siguió contándole el relato a la oscuridad—. La bici se tambaleaba pero yo seguí allí montado iba cada vez más rápido era imposible pedalear y tuve que levantar los pies porque los pedales me golpeaban las piernas. En ese momento fui feliz. —Mungo tomó aire. Notó que los labios del hombre estaban entreabiertos y le presionaban levemente las vértebras cervicales—. Cuando llegué abajo no sabía qué hacer porque Hamish no me había enseñado cómo frenar ni girar así que seguí adelante y me estrellé contra un coche rojo me hice daño en la cara en el brazo y en la rodilla y el tapacubos de una de las ruedas se salió y yo tenía sangre en la nariz cuando Hamish vino corriendo a por mí y nos escondimos detrás de unos arbustos verdes.

Gallowgate dejó escapar una trémula bocanada de aire viciado. Luego empezó a roncar. Mungo sintió el brazo del hombre desplomarse y dejó de hablar. Se estaba mucho más calentito ahora con los dos sacos de dormir unidos. Mungo se sintió estúpido por haberse preocupado tanto.

# 4

El alféizar interior de la ventana estaba lleno de marcas de dientes, pequeñas medias lunas de ansiedad. Mungo se había pasado la tarde de rodillas frente a la ventana mirador anhelando ver a su madre; hundía los dientes en la suave madera hasta que el sabor metálico de la emulsión de plomo le impregnaba la lengua. Había marcas así por todo el piso: en los bordes de las toallas, que siempre estaban mordisqueados y babosos; en el dobladillo de la camisa, que se lo iba metiendo poco a poco en la boca hasta casi atragantarse; en el mango de madera de la espátula, que acababa siendo un catálogo de marcas de sus molares.

Después del encuentro con la policía, Mungo pasó mucho tiempo en la ventana. Los días que siguieron trató de evitar a Hamish a toda costa, dando todos los rodeos necesarios para mantenerse fuera de su alcance visual. No sirvió de nada.

Un día, Mungo llegó a casa después del instituto y se encontró a Hamish a solas en la cocina. Había ropa limpia colgada del tendedero plegable del techo. Jodie había estado haciendo tareas de la casa, cambiando sábanas, lavando ropa blanca. Hamish estaba sentado debajo del tendedero, fumando. No había nada que su hermano no echase a perder.

—Hola —dijo Mungo, y se sorprendió de su propia naturalidad.

Ver a su hermano era desalentador, pero en cierto modo le produjo también cierto alivio. Se deslizó la mochila por el hombro.

—Me estás evitando —dijo Hamish con una risita de enterado. Tenía tinta fresca en los nudillos. A Hamish le gustaba hacerse tatuajes con una vieja aguja de coser y un bolígrafo roto. En un nudillo ponía «Adri» y, en el otro, «Anna»: Adrianna, el nombre de su pequeña y rubicunda hija escrito en tinta añil—. Es curioso. Debería darme vergüenza a mí de que me vean contigo por la calle.

Los tatuajes de Hamish no guardaban conexión entre ellos, parecían hechos al tuntún. Las formas eran rudimentarias, estaba claro que su hermano no planeaba los diseños, no formaban parte de ningún plan maestro, no tenían cohesión. A veces, mientras Hamish se vestía por las mañanas, Mungo intentaba descifrarlos. Cabezas de buey, dagas y serpientes enroscadas se distribuían al azar por su pálida piel, desde la nuca hasta las rodillas. Millones de pinchacitos, diminutas gotas de tinta azul, esparcidas por su cuerpo como constelaciones en la noche.

—¿Has visto a Mo-Maw? —Mungo abrió los armarios de la cocina, uno tras otro, con el deseo de que no estuviesen vacíos, con la certeza de que lo estaban.

—No. Seguro que le debe pasta a alguien y se ha quitado de en medio. —Tiró el cigarrillo a la pila de cacharros del fregadero—. Déjale un plato de leche fuera y un paquete de Regal. Ya volverá cuando le haga falta algo.

Mungo se marchó de la cocina. No habría nada que comer hasta que Jodie volviese de la cafetería. Si su hermana no durmiera en casa esta noche, no tendrían nada que echarse al estómago hasta la mañana siguiente.

—No me has dado las gracias por salvarte la otra noche. —Hamish adoptó su habitual tono amenazante. Siguió a su hermano hasta el salón. Mungo se tiró en el sofá deseando zanjar la cuestión lo antes posible—. ¿A qué coño estabas jugando? Esto no es *Apocalypse Now*, joder. ¿Por qué tuviste que ir a por ese gilipollas pelirrojo?

—Estaba herido.

—¿Y qué? Tuve que meterle un ladrillazo al poli por tu culpa. Podría acabar en la cárcel porque a ti te dio por hacer de Florence Nightingale.

—Por poco se muere. El chico estaba cagado de miedo. No podía dejarlo. —Mungo mantuvo los ojos en la televisión apagada, era mejor ver a Hamish en el reflejo que enfrentarse a la provocación de su mirada—. Me dio cosa dejarlo ahí, yo qué sé.

Hamish tiró de Mungo y lo obligó a ponerse en pie. Le puso la mano tatuada detrás de la nuca y unió su frente a la de su hermano. Debía de haberlo visto en algún sitio, una técnica paternal para consolar a los

hijos, o someterlos. Un gesto aparentemente tierno que, sin embargo, escondía una turbia amenaza. Mungo tensó los músculos del abdomen anticipándose al golpe que estaba por llegar.

—Los maderos van a por mí, están preguntando puerta por puerta. Quieren saber quién está detrás de los robos. Es cuestión de tiempo que algún capullo se chive, y todo porque tú fuiste incapaz de portarte como un hombre.

Cuando el golpe llegó, no impactó en el estómago como Mungo esperaba. Hamish recurrió a una vieja travesura de la infancia y le retorció la nariz. Mungo, que era propenso a las hemorragias nasales, empezó a sangrar. Los ojos se le empañaron de lágrimas, pero no lloró. Sabía que era mejor no darle esa satisfacción. A Hamish le gustaba recrearse en el llanto ajeno; como viese alguna lágrima, salía a la caza de más. Mungo se subió el dobladillo del jersey y se tapó la nariz. El acrílico actuó más como disolvente que como tapón.

—Deja de llorar. No está rota. —Hamish se subió las gafas con ayuda de los nudillos. Sonrió y, en ese instante, Mungo creyó ver en su hermano el deseo real de volver a ser amigos. Su volubilidad lo hacía aún más peligroso—. Escucha, el otro día me estuve fijando en ti. Y no me dejaste muy impresionado que digamos.

Mungo se imaginó a su hermano vigilando desde el tejado, sin perderse ni un detalle a través de sus gafas graduadas.

—Ni siquiera tendría que haber estado allí.

—Esa es la cuestión. Sí tenías que estar, claro que sí. Eres mi hermano pequeño y es vergonzoso que sigas comportándote de esa manera.

—¿De qué manera?

—Como si no estuviéramos a tu altura. Pavoneándote por ahí como un puto maricón. —Hamish hizo una pausa para comprobar el efecto del golpe. Mungo se alegró de tener la mitad de la cara cubierta por el jersey del uniforme. Sintió la electricidad en el ojo derecho y se palpó la nariz, que no dejaba de sangrarle—. ¿Qué crees que habría dicho papá? Si estuviera vivo, te habría dado una paliza y se te habrían quitado todas las tonterías. Es que no robaste nada, tío, no rompiste

nada; hasta para huir de la poli necesitaste ayuda. —Hamish se quitó una hebra de tabaco de los labios—. Estabas demasiado ocupado dándole abracitos a Bobby Barr.

—Eso no es verdad.

—Tengo la sensación de que te estoy fallando, Mungo. Igual es culpa mía y no te he enseñado a ser un hombre. —Su decepción parecía genuina. Un aire de derrotismo se cernió sobre sus afilados hombros, redondeándolos; Hamish nunca se habría mostrado así en público—. No sé, creo que no te he educado bien.

Mungo sabía que la inquietud de su hermano era real, pero no por ello menos absurda: Hamish no lo había educado. Se llevaban muy pocos años. Era como arrojar una piedra a un charco y esperar que la onda de delante «eduque» a la que va detrás. Mungo no era ninguna lumbrera, pero hasta él sabía que eso era imposible. Una onda ni siquiera es consciente de su propio camino, mucho menos del de las ondas que van a la zaga.

A Mo-Maw no le gustaba que sus hijos la llamasen «mami» ni «madre», tampoco «Maw» a secas. Decía que era demasiado joven para esa mierda. Cuando nació Hamish, ella tenía quince años recién cumplidos, y a Mungo lo tuvo con diecinueve. Vinieron los tres tan seguidos que casi podrían haber salido del bracete. Mungo fue el único que no lloró al nacer. Los otros dos, en cambio, llegaron al mundo llenos de furia, con los puños cerrados y las caras azules; Mungo se limitó a mirarla con tristeza, les había contado su madre, como si ya supiese que iba a decepcionarlo.

Mo-Maw podría pasar por la hermana mayor de Jodie y no había día que no se lo dijese a sus hijos. Mungo se acordó de aquella vez que fueron los cuatro a ver *El libro de la selva*; estaban en la cola del cine compartiendo una única lata de Irn-Bru cuando Mungo le pidió a Mo-Maw un perrito caliente del puesto de la esquina.

—Sí me gusta la mostaza —protestó Mungo. Solo tenía cinco años.

—No te gusta, Mungo —lo amenazó Mo-Maw.

La estaba poniendo de los nervios, pero su benjamín no era de muy buen comer. No lo había visto echarse nada con sustancia a la boca en

tres días. Era un niño distraído, inquieto, más dado a corretear de aquí para allá en su mundo de preocupaciones que a sentarse a la mesa de la cocina.

Mungo se alejó del húmedo puesto de perritos calientes y se acercó a los brillantes letreros del cine; Mo-Maw sabía que estaba perdiendo la oportunidad de echarle algo sólido al estómago del niño. Así que se tragó sus palabras, le compró un perrito caliente, con lo caro que era, y lo aderezó con brillante mostaza amarilla. Mungo le dio un mordisco antes de que su cara adquiriese un intenso tono purpúreo. Terco de nacimiento, aguantó el tipo y empezó a masticar como pudo. Jodie dijo que no había problema, que se lo comía ella, pero Mo-Maw, envuelta en una ira efervescente, tiró el perrito a la basura.

Estaba muy alterada cuando la chica de la taquilla le preguntó qué querían.

—Cuatro entradas infantiles —respondió Mo-Maw haciéndose pasar por una niña.

Hamish se había quedado embobado mirando las luces. Mungo vio que los ojos de su hermano apuntaban hacia arriba, al oeste, pero su boca se inclinaba en dirección a Mo-Maw.

—Mami. —Sabía de sobra que no debía llamarla así, y lo había dicho con absoluta claridad—. Mami, ¿podemos comprar palomitas cuando entremos?

La chica dio un resoplido y esbozó una irónica sonrisa. Su complacida mirada revelaba que estaba deseando contárselo a las acomodadoras en cuanto llegase el descanso. Mo-Maw había cogido a Hamish del brazo antes de que este pudiese apartar la vista de los brillantes carteles. Cuando lo puso frente a ella, el rostro del chico reflejó estupefacción y terror. Por aquel entonces, Mo-Maw apenas le sacaba unos pocos centímetros a su hijo mayor, pero lo cogió como si fuese un pollo de la carnicería y empezó a azotarle la parte posterior de las piernas. «Un, dos, tres», contaba Jodie. El rostro de Mo-Maw se tornó escarlata mientras alzaba la mano una y otra vez cual experimentada golfista. En un momento dado, Mungo se acercó y se interpuso entre ella y su hermano. La mano de Mo-Maw descendió

demasiado rápido e impactó en el blando vientre del pequeño. Un trozo de salchicha salió volando. De habérsela tragado, habría salido envuelta en un repugnante charco de vómito.

—Total, que he estado pensando… —dijo Hamish con la mano ya en el pomo de la puerta— que tengo que pasar más tiempo contigo. A ver si te enderezo un poco.

—Estoy bien como estoy. —Mungo seguía hablando a través del ensangrentado jersey. Se tragó un coágulo de la nariz.

Hamish se acercó a Mungo más de la cuenta, incomodándolo, pisándole los dedos de los pies. Preparó el puño con intención de estampárselo en la cara. Mungo se estremeció cuando Hamish se detuvo a medio centímetro de su magullada nariz.

—Lección número uno —espetó—. No vuelvas a hablarme así en tu puta vida.

Mungo tenía sentimientos encontrados con respecto a las vacaciones de febrero. Ir al instituto era un alivio en cierto modo ya que no tenía que preocuparse por Mo-Maw todo el santo día y, además, comía gratis. Con el instituto cerrado durante una semana, la languidez y la pereza acababan apoderándose de él. A Jodie casi no la veía, cada vez trabajaba más turnos en la cafetería italiana; sin las subvenciones de Mo-Maw, el salario de su hermana apenas daba para los dos.

La mayoría de los días, Jodie dejaba a Mungo ir al Garibaldi's, donde compartían una pizza frita en uno de los reservados del fondo. Enzo cogía una de las pizzas congeladas, le metía un rodillazo y la doblaba en dos. La rebozaba en el mismo mejunje cremoso que usaba para el pescado y las salchichas, y luego la freía rápidamente. El resultado era una burbujeante e indigesta masa cubierta de queso derretido. Mungo tenía que trocear la pizza y dejar que el magma se enfriase antes de poder tocarla siquiera. Cuando terminaban de comer, a pesar de sentirse grasientos y agotados, ambos tenían la sensación de estar ahítos, y eso los reconfortaba.

A veces, mientras mecía las piernas por debajo de la mesa, Mungo le

preguntaba a Jodie las conjugaciones de los verbos en francés. Al chico se le daba fatal, cada frase que decía parecía salida de la boca de un tartamudo con algún tipo de trastorno, el hecho de que algo tan trivial como una cuchara tuviese género lo ponía de los nervios, le daban ganas de romper algo. Era como jugar a un juego cuyas reglas nadie quisiera aclararle. Y cuando le pedía a Jodie que se las explicase, ella se encogía de hombros. Cada vez que le preguntaba algo en francés a su hermana, Mungo se equivocaba con la pronunciación, pero ella corregía la pregunta y le daba la respuesta perfecta. Era así de buena. Entonces Mungo apoyaba la cabeza sobre la mesa y la imaginaba yendo a la universidad, viviendo en una casa de lujo en el West End. Jodie le daba un golpecito con el mandil y volvía al trabajo.

Después del almuerzo, a Mungo le quedaba el resto del día por delante para aburrirse. A veces se ponía a mordisquear el alféizar de la ventana, otras iba a dar la lata a la señora Campbell. Llamaba a su puerta y le preguntaba si necesitaba ayuda. Era una mujer muy activa y se sentía mejor cuando estaba haciendo algo de provecho, por lo que casi siempre respondía que no. Pero, a veces, sobre el felpudo, la señora le pasaba los dedos por el pelo. Al chico le gustaba la forma en que sus cortas uñas le rastrillaban el cuero cabelludo. Después de varias visitas, Mungo se dio cuenta de que era eso lo que buscaba en realidad.

De vez en cuando, Jodie llegaba a casa con noticias de Mo-Maw. Alguna clienta de la cafetería la había visto en Haghill o subiéndose al autobús del mercadillo de The Barras con las manos llenas de bolsas. Las mujeres que la veían nunca hablaban con ella, pero siempre decían que parecía estar bien, sana, recién maquillada. Jodie les mentía y sonreía y aseguraba que sí, que sí, que Mo-Maw estaba divinamente. Loquita de contenta de ser abuela, muriéndose de ganas por ver a la niña de Ha-Ha, la pequeña Adrianna.

Los periodos en que Mo-Maw estaba en casa, estos comentarios desquiciaban a Jodie. Mientras le echaba desodorante a los zapatos del trabajo, llamaba a su madre de todo, palabras repugnantes que hacían palidecer a Mungo. Su hermana le hablaba con más dureza que nadie, de la forma que solo se les permite a las chicas. Decía que era como si

tuviesen una perra descarriada y no pudieran admitir que se les había escapado, una perra que esperabas que volviera a casa cuando se le hubiera pasado el celo. Al principio, los avistamientos de aquellas mujeres servían de consuelo a Mungo. Por un breve instante se quedaba tranquilo al saber que nadie la había asesinado, que su cuerpo no estaba flotando en ningún neblinoso recodo del Clyde. Pero si estaba viva, ¿por qué no volvía a casa? Después de un tiempo, también él acabó odiando tener noticias de su madre, saber que estaba feliz y contenta, silbando por Trongate como si nada.

Durante la semana de vacaciones trató de mantenerse alejado de su hermano. Evitaba el piso donde Hamish se alojaba con su novia, el nuevo bebé y su seudosuegra. Bordeaba el descampado donde los chicos jugaban al fútbol y libraban guerras territoriales contra los católicos del barrio de Royston.

Desde el incidente con el ladrillo volador, la policía no dejaba de merodear por esas calles. Llamaban a la puerta de todos los vecinos, de quienquiera que pudiese facilitarles información sobre los chicos que habían asaltado el solar. Casi todo el mundo sabía que había sido Ha-Ha, pero nadie se arriesgaba a delatarlo. El agente seguía en el hospital. Tenía la mandíbula destrozada, sujeta con cuatro clavos metálicos, no podía abrirla lo suficiente para ingerir comida sólida.

Detrás de los bloques de viviendas se escondía un lugar tranquilo y relegado al olvido, una pequeña arboleda situada entre la autopista y la última hilera de hollinados edificios de arenisca. El Ayuntamiento había cercado todo el terreno del que pretendía ocuparse, y delante, el Departamento de Carreteras había vallado la transitada autopista. Entre estas dos vallas se extendía una franja de hierba sin reclamar, una suerte de purgatorio de doce metros de ancho. Durante la semana de vacaciones, Mungo estuvo merodeando por allí varias veces, se sentaba en la hierba y se entretenía con las florecillas silvestres mientras se acordaba —con culpabilidad— del pobre agente hospitalizado. Ocasionalmente veía a algún vejete que llevaba al perro a pasear y lo dejaba suelto, pero la mayor parte del tiempo, Mungo estaba solo. Sacaba el bloc y se ponía a dibujar el interminable enjambre de bloques

de viviendas. Sin levantar el bolígrafo del papel era capaz de llenar dos páginas de paredes de ladrillos y ventanas con persianas venecianas. Pero el bolígrafo errante no conseguía apaciguar su mente. Cerraba el bloc, luego los ojos, apoyaba la barbilla sobre las manos entrelazadas y sentía la brisa de los coches que pasaban a toda velocidad en dirección a Edimburgo.

Al fondo de la arboleda olvidada había un palomar. Una caseta de dos plantas, de dos por dos, y cuatro metros de altura. La improvisada torreta rectangular había sido construida con hierro corrugado, varias puertas pesadas y brillantes tableros de melamina procedentes de antiguas mesas de cafetería. La estructura formaba un ángulo extraño, pero en conjunto resultaba robusta y estable; algunas piezas estaban firmemente ensambladas mediante clavos, otras habían sido soldadas, y el techo estaba impermeabilizado con gruesas láminas de tela asfáltica. Había una claraboya corredera en el techo, y encima, una cesta de alambre en voladizo que servía de trampa. Aunque estaba hecha a base de restos, la torre tenía un toque hogareño y acogedor. Quienquiera que la hubiese construido le había puesto mucho empeño: estaba pintada de un apagado tono oliváceo, un color discreto que se camuflaba bien con el entorno. En uno de los laterales había una puerta custodiada por tres pesadas barras de hierro y un candado del tamaño de un puño.

Ese era el tercer día consecutivo que Mungo iba allí a dibujar. Y ese día, por fin, la puerta del palomar se abrió.

Un joven estaba sacando enormes jaulas a la tímida luz del sol, como si quisiera airearlas. Desempeñaba sus tareas con desenvoltura mientras Mungo lo observaba por encima del bloc. El chico debía de tener unas buenas espaldas para cargarlas con tanta facilidad. Se debió de golpear los dedos de los pies con algo porque sus brazos se tambalearon de lado a lado. Desde donde estaba Mungo, parecía existir un conflicto entre los brazos —largos y desgarbados— y las hábiles manos. Podía ser un niño o un hombre según la postura que tomase o cómo le diese la luz.

Llevaba un chándal gris jaspeado de grueso algodón y una gorra marinera de color azul. Sus pálidas orejas sobresalían como dos hojas

de col, la gorra le quedaba justo encima de ellas, como si no pudiese bajarla más. Tenía el pelo entre rubio y castaño y en general ofrecía un aspecto asilvestrado, como de vivir a la intemperie; el tono rosado de sus mejillas revelaba días a merced del viento y la lluvia. Le recordó a un granjero: resuelto, solitario. Parecía estar plenamente satisfecho mientras realizaba sus quehaceres al aire libre.

El chico no había visto a Mungo, o quizá sí pero le dio lo mismo. Su mirada apuntaba al cielo, a las palomas que sobrevolaban las viviendas. Algo en las nubes le llamó la atención y volvió al interior de su torre. Se oyeron fuertes pisadas subiendo una escalera y, al momento, se abrió el tragaluz y el chico se asomó como si fuese el capitán de un submarino de madera. Sujetaba algo en sus grandes manos. Mungo observó cómo lo acariciaba y le susurraba cosas para acercárselo después a los labios y darle un beso. Lo lanzó al cielo y una paloma de pálido plumaje se alejó volando entre los tejados de pizarra.

—Cucurrucucú, cucurrucucú —gorjeó el chico tras la marcha del pájaro.

La pequeña paloma se puso a dar vueltas sobre los bloques de arenisca. Siguió a los demás pájaros y, por un momento, desaparecieron de la vista. Cuando Mungo dirigió de nuevo la mirada al palomar, el chico seguía en el tragaluz, pero ahora estaba observándolo con el ceño fruncido. Un momento después se metió dentro y salió por la pequeña puerta en dirección a Mungo.

—¿Cuánto tiempo vas a tirarte ahí sentado? —preguntó bruscamente.

Mungo pudo apreciar ahora la fuerza de su rostro; tenía músculos que descendían desde los anchos pómulos hasta la mandíbula y, mientras esperaba a que Mungo respondiese, no dejaron de moverse y palpitar con vida.

—¿A ti qué te importa? —Mungo fue valiente y un poco estúpido quizá. Todavía le dolía la nariz por lo de Hamish, y este chico le sacaba al menos una cabeza.

La robustez norteña que Mungo había percibido un momento antes se había transformado en incertidumbre, y el chico volvía a parecer de su edad. Su boca tenía la forma de un arco amplio y los dientes eran

grandes y blancos, pero estaban separados.

—Es que si la paloma te ve sentado ahí —dijo señalando hacia el ave desaparecida—, podrías asustarla y no volvería más.

—¿Cómo es posible que un pájaro se asuste de mí?

El chico escudriñó el cielo. Parecía tener sentimientos encontrados. No estaría bien pedirle a un extraño que se fuera, y él no parecía estar hecho de esa pasta.

—Escucha, ¿podrías quedarte quieto? Guarda el cuaderno ese, el aleteo de las páginas podría asustarla.

Mungo asintió y cerró el bloc de dibujo. El chico lo miró aliviado. Tenía una cara rara: dientes separados, orejas de soplillo y nariz aguileña. Pero cuando sonreía, resultaba encantador. Desprendía un aura de despreocupación. Sus ojos volvieron a mirar al cielo, pero la sonrisa no le abandonó los labios en ningún momento, y Mungo se sorprendió a sí mismo mirándolo. Era imposible que aquel chico frecuentase las mismas calles que él, era como si no necesitase la pose de chulo de barrio ni la filosofía canallesca del «quien pega primero, pega dos veces». No estaba en guardia, no parecía tener miedo. Mungo no pudo evitar sonreírle.

—Me llamo Mungo.

—Lo sé —respondió el chico—. Ha-Ha me ha partido la cara más de una vez, es muy simpático tu hermano. —El chico seguía observando el cielo, pero le ofreció una mano y lo ayudó a ponerse de pie. Tiró con tanta fuerza que Mungo se quedó un segundo suspendido en el aire. Mungo percibió su olor a aire fresco cuando le dio una palmadita en la espalda—. Me llamo James Jamieson. Vivo en la calle de detrás de la tuya. Veo a Jodie cuando se pone a bailar en el cuarto.

Mungo cerró un ojo y se rascó la nuca.

—Lo siento. Es que cuando tenía ocho años fue tres semanas a clases de danzas de las Tierras Altas. No puede evitarlo.

—No me importa —dijo James—. No baila muy bien. Pero siempre es muy amable cuando nos la encontramos por la calle.

Todo el mundo odiaba a Hamish pero adoraba a su hermana. Decía mucho de Jodie el hecho de que incluso aquellos que no tragaban a

Hamish ni a Mo-Maw la tuviesen en tan alta estima. Mungo no sabía en qué saco lo metían a él. A veces le daba la sensación de que lo miraban como si fuese una mancha más en la vida de esa muchacha tan agradable y generosa.

Luego se acercaron al palomar y se tumbaron bocabajo en la hierba a unos seis metros de la torre. James cogió una bobina de cuerda blanca de tender. Mungo vio cómo esta serpenteaba a través de la hierba y subía hasta la torre. Estaban esperando a que algo ocurriese. James empezó a imitar el gorjeo gutural de las palomas.

—Cucurrucucú, cucurrucucú. —Con cada arrullo, el chico movía la cabeza como si fuese a estornudar. Sus ojos otearon el horizonte en busca de la paloma. Un par de veces, Mungo abrió la boca con intención de hablar, pero James le puso el dedo en los labios y Mungo se hundió de nuevo en la húmeda hierba.

Finalmente, el pájaro apareció volando en círculos sobre los tejados. Una sensación de alivio recorrió el cuerpo de James.

—Cucurrucucú, cucurrucucú. —Ahora estaba de rodillas, inclinándose con cada arrullo.

El ave se posó en el tejado, pero ellos seguían callados, a la espera. Entonces otro pájaro algo más grande y de aspecto más ordinario rodeó a la clara paloma. Se posó en el tejado de tela asfáltica y empezó a mirarla. Al cabo de un momento, engancharon sus duros picos en un beso tipo lucha libre.

—Mira, se están dando un morreo. ¡Bien!

Mungo sintió a James vibrar de emoción a su lado. La paloma se agachó un poco y el pájaro intruso la montó. El chico le dio un tirón a la cuerda. La cesta de alambre cayó encima de los amantes, que se quedaron encerrados. Las palomas revolotearon soliviantadas y poco después se aplacaron.

—¡De puta madre!

James fue corriendo al palomar. Había capturado el pájaro de otra persona usando a su hermosa paloma como señuelo. Mungo lo siguió. En el interior, una escalera de madera conducía a la desvencijada plataforma que constituía la planta superior; luego, una segunda

escalera de mano llegaba hasta el tragaluz. De la pared colgaban docenas de jaulas hechas de sobrantes de madera y cubiertas con una malla metálica. En cada jaula había una paloma, todas parecían estar inquietas. El tufo era abrumador.

James Jamieson devolvió a la rubia seductora a su jaula. Estaba bajando cuidadosamente la escalera con el nuevo pájaro en la mano.

—Llevo como dos años intentando atrapar a este capullín. Mira. Es un buchón ladrón. —Estaba inspeccionando el pico y la cloaca del palomo gris. El pájaro solo parpadeaba—. Es el palomo buchón de Flannigan el Retaco. Ya verás la rabia que le va a dar. Ojalá pudiera verle la cara.

—¿No vas a devolvérselo?

James sacó la lengua entera.

—¡Y un mojón! Con el trabajo que me ha costado, llevo años intentando tener el mejor palomar del East End.

James dejó que Mungo le acariciase las suaves plumas. A ojos de este último, el pájaro no tenía nada de especial, pero cantaba alegremente y no parecía en absoluto molesto por hallarse en las manos de un extraño.

—Ahora tengo que mimarlo mucho para que se quede conmigo. Asegurarme de que no vaya detrás de cualquier pelandrusca.

—¿No te preocupa perder una?

—Bah, pierdo palomas todo el tiempo. Forma parte del juego. Cuando dejas que salgan por su cuenta, asumes el riesgo. Si quieren volver, volverán. Y si no, adiós muy buenas.

—Parece una canción country.

James se encogió de hombros.

—Creo que es lo más honesto, ¿no?

—¿El qué? ¿Dejar a tu dueño por echar una cana al aire?

James miró a Mungo de una manera que lo hizo sentirse infantil.

—Si una paloma me deja, ¿por qué iba a enfadarme? Es culpa mía por no haberle hecho un buen palomar. Si no está contenta, se va. —Dos palomas estaban dándose picotazos a través del alambre de sus jaulas. James puso una mano entre ellas y las separó—. Si no estás a

gusto en un sitio, te largas a otra parte, ¿no? —le preguntó a Mungo.

—¡Mungo! ¡Mungo! —Alguien estaba gritando su nombre. Llamándose así, no había duda de que era a él a quien buscaban. Jodie parecía emocionada y enfadada a la vez. Se sorprendió al ver a su hermano asomar la cabeza por la puerta del palomar—. ¿Qué haces ahí metido?

Mungo se encogió de hombros y recogió la bolsa.

—¿Por qué no estás en la cafetería?

—Enzo me ha dejado salir antes.

James y Jodie intercambiaron un tibio saludo. James seguía sujetando en las manos su plumoso trofeo, parecía como si nada pudiese arruinarle el día.

—Tengo novedades. La señora Campbell me ha contado una cosa. Ven conmigo.

Mungo se colgó la mochila en los hombros. Mientras se alejaba del palomar, James agarró la tela de su chubasquero.

—Espera. ¿Volverás mañana?

—Tal vez —dijo Mungo.

James le acercó de nuevo el palomo, que no dejaba de parpadear.

—Anda, vente. Creo que me traes buena suerte o algo.

Esperaron a que se encendiesen las farolas, a que las familias decentes corrieran las cortinas y se acomodasen delante del televisor. Entonces Jodie y Mungo salieron de casa y se dirigieron a la concurrida carretera principal. Iban caminando hacia el oeste, en dirección contraria a los autobuses nocturnos llenos de parejas que regresaban de una noche de baile. Los rostros —iluminados y cortados por la mitad— los miraban pasar con expresión reprobadora. Era tarde. Mungo cogió a su hermana de la mano y se puso pegado al bordillo para protegerla de los charcos y de la arenilla que escupían las ruedas a su paso.

Caía una fina lluvia, el aire aún era punzante y gélido por las heladas invernales. Cuando llegaron a la enorme mole del Royal Infirmary, las enfermeras del turno de noche ya estaban fuera, fumando en corrillos

bajo la marquesina de Urgencias. De pequeña, a Jodie la aterrorizaba el Royal Infirmary. Era como una maestra victoriana en forma de edificio: estricta y cruel, una clara advertencia de que había que portarse lo mejor posible. Al estilo de las grandes fortalezas, se cernía imponente sobre la ciudad. Los macizos torreones y las balaustradas del tejado le otorgaban un aire de reclusión, como si en vez de un hospital se tratase de una cárcel. Llevaba en pie más años de lo que cualquiera de ellos dos pudiese imaginar; la fachada occidental, tras décadas de lluvia y humos de coches, estaba alarmantemente negra. No era un lugar donde a uno le gustaría acabar sus días. La porosa superficie de arenisca proyectaba tétricas sombras que visitaban a Jodie en sus peores pesadillas. Le llevó mucho tiempo asimilar que la gente fuera a curarse a un lugar tan siniestro.

Mungo puso el brazo sobre el hombro de Jodie. Hacía tiempo que no comía bien; en realidad, ninguno de los dos, pero ella siempre le dejaba a su hermano la mayor parte de la pizza frita; Mungo no recordaba la última vez que Jodie se había comido un plato entero ella sola.

Esperaron a que los semáforos que regulaban la gruesa arteria de High Street se pusieran en verde. Justo enfrente del hospital había una isleta triangular. Se trataba de un terreno baldío delimitado por un pub sin ventanas y los indiscretos restos de una vivienda medio derruida; en conjunto ofrecía el aspecto de una zona de guerra bombardeada. En mitad de los escombros podía verse una caravana blanca que arrojaba una pizca de luz a la noche húmeda. No dejaban de pasar coches por los tres lados.

La cafetería atraía a una variopinta multitud de camioneros y barrenderos; los primeros hacían cola para cenar; los segundos, para desayunar. Los hombres que iban en manga corta se arracimaban bajo la marquesina de madera contrachapada. Estaban fumándose un pitillo, desplazando el peso de un pie a otro, mientras la lluvia, que se filtraba por el cuello de sus camisas, les hacía temblar de frío.

Y allí estaba ella, bajo un halo de luz amarilla, poniendo trozos de carne chisporroteante en una plancha. A Jodie le entraron ganas de darse la vuelta e irse, pero Mungo la sujetó y esperaron pacientemente

a que la cola avanzase. La mujer parecía contenta, les hablaba a los clientes con una familiaridad que evidenciaba que se conocían de antes. De vez en cuando aparcaba sus tareas en la cocina, tomaba la cabeza de uno de los clientes en sus manos y le preguntaba qué tal estaba su esposa enferma o si sus hijos se portaban bien. Un basurero le estaba contando algo sobre una disputa sindical con la empresa mientras ella lo escuchaba con atención. Mungo observó que incluso le hizo preguntas perspicaces que demostraban lo mucho que le importaba. Jodie miró a Mungo y le dijo en voz baja:

—Por favor, pase lo que pase, no dejes que me ría.

Llegaron al principio de la cola y abandonaron al fin la oscuridad para adentrarse en la enfermiza luz fluorescente.

—Hola —dijo ella como si se hubiesen encontrado por casualidad en la parada del autobús—. ¿Qué hacéis vosotros dos aquí?

Mungo la perdonó al instante. Se sintió inundado por un profundo alivio. Miró a Jodie, tenía la mandíbula apretada y sus ojos parecían dos puñaladas.

—¿Eso es todo lo que piensas decir? ¿Hola? ¿Hola? Manda huevos.

Jodie trató en vano de zafarse del agarre de Mungo. Su hermano tenía los ojos clavados en Mo-Maw, estaba mirándola con devoción. «Por favor —pensó—. Déjame verla un poco más».

—Mira, guapa. —Mo-Maw señaló a su hija, la grasienta espátula haciendo las veces de dedo de Dios—. Con esa actitud es normal que se me quiten las ganas de visitaros.

—¿De visitarnos? ¡De visitarnos! —Antes, Jodie no se enfadaba casi nunca. De pequeños solían bromear con que Hamish se había quedado con las raciones de ira de ellos dos. Ahora, en cambio, estaba de morros todo el tiempo. Mungo salió de su burbuja de veneración y vio cómo Jodie sacudía la cabeza hacia atrás provocando un vendaval de pelo húmedo a su alrededor—. A los hijos no les haces una visita. Lo que tienes que hacer, pedazo de zorra, es venir a casa todas las noches y cerciorarte de que hayan comido y de que estén limpios. Y luego, cuando se acuesten, vas a su cuarto y los arropas. Te aseguras de que hayan hecho los deberes y de que tengan comida para el almuerzo. Y al

final del día, si tienes suerte, a lo mejor te quedan diez putos minutos de tranquilidad para ti. —Jodie señaló a su madre con el dedo, la espátula de una y el índice de la otra estuvieron a punto de tocarse. Luego puso la mueca que precedía a su risa nerviosa—. Jaaa-ja.

Mungo observó a Mo-Maw languidecer. Varios taxistas se quedaron boquiabiertos, con enormes trozos de salchicha a medio masticar sobre sus abultadas lenguas. Esa chica gritona tan antipática los había desconcertado. Luego, cuando se rio, tampoco entendieron el chiste. En las mejillas de Jodie corrían riachuelos de lágrimas.

—Lo que no puedes hacer, lo que no puedes hacer bajo ningún concepto es desaparecer y dejar a tus hijos solos. ¿Cómo puedes irte por ahí a echar un polvo y dejar que pensemos que te has muerto?

—Solo queríamos que supieras que te echamos de menos.

Mungo sintió la repentina necesidad de decirlo. De pronto le asaltó el miedo de que Mo-Maw enganchase la caravana a algún coche y los dejase en aquella isleta rodeados de una docena de hombres extraños. Jodie lo miró con cara de «Eres un traidor».

Mo-Maw se asomó por la ventanilla de la caravana. Le dio a Mungo un húmedo beso en la mejilla.

—Cariño. Me he pasado un par de veces por el piso a coger ropa limpia, laca y tal. Lo siento. Dejé una notita.

Mungo se quedó con la boca abierta, se dio la vuelta y miró a su hermana.

—¿Y no fuiste capaz de esperarlo media hora a que llegase del instituto? De verdad, no sé qué es peor.

Mo-Maw se cerró los dos primeros botones de la blusa. Habló por encima de las cabezas de sus hijos.

—¿Qué te parece, Johnny? Con el tipazo que yo tenía y lo perdí por culpa de estos ingratos. Ahora entiendes por qué bebo, ¿verdad? —Dirigió la mirada a Mungo—. Vete y espérame allí, iré a verte en cuanto tenga un minuto.

—Pero…

—Estoy trabajando. Ve y siéntate ahí.

Mo-Maw no podía salir y ponerse a hablar con ellos, pero les dio un

par de panecillos con tocino y morcilla y una taza de té a cada uno. Mungo observó a su hermana vacilar antes de aceptar la suya. La mesa de pícnic estaba mojada por la lluvia, pero al menos la caravana resguardaba un poco del viento. Mungo secó un asiento para Jodie. Sostuvieron en sus manos los tés tratando de absorber algo de calor a través del poliestireno. Un trozo de jersey rosa asomó por la manga del abrigo de Jodie y, en un momento en que ella no estaba mirando, Mungo metió los dedos por los hilachos. El tráfico nocturno retumbaba a su alrededor. Mungo intentó no cruzar su mirada con la de las madres que fisgoneaban desde sus confortables Saab.

—¿Jodie? —Había indecisión en la voz de Mungo—. Intenta recordar las cosas buenas, ¿vale? No es mala del todo. —Jodie lo miró fijamente. Mungo prosiguió contando las cualidades de su madre con los dedos—. Es divertida, no siempre quiere serlo, pero lo es. Nunca te guarda rencor ni se queda con lo malo. Casi nunca nos regaña. Y es, es… —Hizo una pausa—. ¿Cuál es la palabra esa que empieza por erre? ¿Cuando te caes pero te vuelves a levantar una y otra vez?

Jodie no titubeó:

—¿Una rastrerahijadeputa? ¿Una rameraborracha? ¿Una ratadealcantarilla?

Cuando el ajetreo del desayuno del turno de noche amainó, Mo-Maw salió de la pequeña caravana. No se parecía en nada a su prole. Los rasgos aceitunados de los Hamilton debían de provenir de los genes de su padre, de los irlandeses negros. Mungo nunca había visto ninguna foto de él. Durante un tiempo flotó en el aire la promesa de un carrete sin revelar escondido en algún cajón de la cocina, pero Mo-Maw nunca consiguió dar con él. Su madre era más baja que Jodie —descalza medía un metro y cincuenta y dos centímetros—, pero se cardaba bien los rizos castaños en la parte superior de la cabeza para aparentar más altura. Era de huesos pequeños, elegantes facciones y fogosos ojos verdes. Su tez era más pálida que la de sus hijos, y tenía aspecto frágil, pero su debilidad era superficial.

Debajo de un mandil manchado de grasa llevaba unos pantalones vaqueros acampanados y unas zapatillas Nike, blancas y relucientes,

con el logo en el lateral. Mo-Maw se dio cuenta de que sus hijos se habían percatado de ese lujoso detalle.

—Me duele horrores la espalda de estar todo el día de pie pegada a esa plancha. —Mo-Maw tenía un vaso de poliestireno que traslucía el tono anaranjado del Irn-Bru. A pesar de la lluvia, les llegó un fuerte aroma medicinal, la inequívoca astringencia del alcohol.

Jodie se puso a juguetear con una astilla de la mesa.

—Entonces ¿cuánto tiempo llevas trabajando aquí? —preguntó Mungo pensando que ese sería un buen punto de partida.

—Unas dos semanas. —Mo-Maw se sentó cerca de Mungo y, contra todo pronóstico, consiguió encenderse un húmedo cigarrillo—. Jocky conoce a una tía de Liverpool que se llama Ella. Aparte de estar como una foca, la tipa tiene un montón de caravanas como esta y necesitaba a alguien para el turno de noche.

—¿Quién es Jocky? —preguntó Mungo.

Mo-Maw se retocó el pelo por detrás, su permanente parecía haber perdido fuerza. Mungo reparó en lo mucho que podía crecer el pelo en apenas unas semanas.

—Jocky es mi nuevo novio —resopló—. Es el dueño de la casa de empeños que hay en Trongate. Ya verás cuando lo conozcas. Es guapísimo, imagínate a un Nicolas Cage entradito en carnes; es que mi Jocky es de muy buen comer. —Mo-Maw le apartó el pelo de los ojos. Le gustaba observar a Mungo, se quedaba embobada, él era lo único bueno e incorrupto hasta la fecha que había salido de ella y de Ha-Ha padre. Carecía de la dureza de Hamish y de la desesperanza de Jodie—. ¿Quieres un Commodore 64? Jocky me puede conseguir uno si quieres.

Mungo negó con la cabeza. No quería un ordenador.

Mo-Maw apoyó las manos sobre la mesa. Se dio cuenta de que Jodie le estaba mirando las uñas. Parecían sin pintar bajo la luz de las farolas, pero al moverlas, Mungo apreció un brillo nacarado.

—¿Te gusta? —le preguntó Mo-Maw a Jodie—. El tono frambuesa está ya muy visto. Las jóvenes de ahora llevan las uñas transparentes. Me costó un poco acostumbrarme, pero se ven más limpitas, como más frescas. ¿Verdad?

Jodie se quedó mirando a su madre con tal intensidad que Mo-Maw le preguntó a Mungo si tenía monos en la cara.

—¿Estás viviendo con él? ¿Con el tal Jocky? —le preguntó Jodie—. A ver, doy por hecho que sí, pero ¿por qué?

—¿Y por qué no? Por Dios bendito. Solo tengo treinta y cuatro años, Jo-Jo. —Mungo sabía que su hermana odiaba ese nombre de mascota, la hacía sentirse un mono de feria—. En un par de meses vas a cumplir diecisiete. A esa edad, yo ya estaba cambiándole los pañales a Hamish. ¿Qué tiene de malo, eh? Jocky me trata bien, me lleva a comer a un restaurante chino muy bueno, con sus entrantes y sus platos principales.

—¿Y pan de gambas? —preguntó Mungo.

—Sí. Y, si me apetece, un buñuelo de plátano de postre. —Mo-Maw volvió a mirar a Jodie—. Tengo que divertirme y ser feliz mientras pueda.

Jodie señaló a Mungo con la cabeza. Su rostro, empapado por la lluvia, exhibía una palidez cerosa y una perturbadora serenidad.

—Solo tiene quince años. Todavía no has terminado de criar a tus hijos, eres una perra egoísta.

Otra vez. Otra batalla campal por su culpa. Mungo se sentía siempre en medio. En cualquier momento se pondrían las dos de rodillas y tratarían de llevárselo a su terreno atrayéndolo con un poco de jamón salado, como si fuese un perro.

—¡Pero qué me estás contando! Las dos sabemos perfectamente que te encanta jugar a las casitas —Los pómulos de Mo-Maw se hundieron al darle una calada al cigarro. Mungo buscó los pies de Jodie bajo la mesa y los aprisionó con sus tobillos. Mo-Maw siguió diciendo—: Mira, ahora tengo algo de dinero. No mucho, pero algo tengo. —Oyeron el chirrido de sus nuevas zapatillas—. Voy a pasarme por casa a pagar todas las facturas. Luego nos podemos ir los tres de compras por Duke Street. Y os dejaré que os comáis todas las galletas de chocolate que os dé la gana. —Tomó la mano de Jodie entre las suyas. Mungo pensó que Jodie iba a apuñalarla—. Tienes que aguantar sola un poquito más. Hasta que tenga más claro lo mío con Jocky.

Se estaba haciendo tan tarde que era temprano. Había una nueva hilera de taxis negros junto al bordillo. Mungo oyó cómo los vehículos resollaron de alivio cuando unos taxistas barrigones se apearon de ellos en plena lluvia.

—¿Podemos visitaros? ¿Podemos ver dónde vives ahora? —La mejilla de Mungo estaba empezando a amotinarse.

Mo-Maw apoyó la barbilla en su hombro. Intentó besarle el inestable pómulo.

—No, hijo. Ahora mismo no.

—¿Por qué no? —La respuesta no satisfizo a Jodie.

Mo-Maw se acercó y la cogió de las manos de una forma tan inesperada que Jodie se sobresaltó.

—De mujer a mujer, igual no sabes aún cómo son los hombres, pero, créeme, tengo que hacerlo así. No puedo ser una carga, llevamos muy poco tiempo juntos.

—¿Una carga?

—Algún día lo entenderás. De momento, es mejor no complicar las cosas. —Se puso de pie para atender a los hombres y se desabrochó los dos primeros botones de la blusa—. Tengo que encontrar el momento adecuado para decirle a Jocky que tengo hijos.

# 5

Mungo tenía una cita ineludible. Encorvado frente al televisor, estaba dibujando una angosta espiral que no sabía cómo terminar. Jodie lo miró, sabía que su hermano estaba dándole vueltas al asunto. Apagó el televisor y le recordó que sería mucho peor si no hacía exactamente lo que Hamish le había pedido.

La mayor parte del tiempo, su hermano vivía en el último piso de una de las húmedas viviendas sociales que se construyeron en los sesenta. Hamish había dejado embarazada a Sammy-Jo, la benjamina de la señora McConnachie, y esta se vio obligada a abrirle las puertas de su casa. Mungo se dio cuenta de que su hermano intentaba comportarse lo mejor posible cuando estaba allí. Actuaba con recato y una forzada paciencia que le crispaba el rostro. Luego, cuando estaba lejos de la residencia de los McConnachie, daba rienda suelta a toda esa crueldad contenida. No obstante, era consciente de que no podía jugársela: Sammy-Jo solo tenía quince años y, si quisiera, la señora McConnachie podría denunciarlo por haber abusado de una menor. Su médico había llamado a los servicios sociales y estos, a su vez, a la policía. Sammy-Jo les mintió a todos; dijo que no sabía quién era el padre; en el certificado de nacimiento, un funcionario escribió «Desconocido» con su mejor letra. Hamish se tatuó aquella palabra detrás de la oreja derecha imitando la caligrafía.

Mungo se quedó en el umbral del salón de la señora McConnachie. Nadie le había invitado aún a pasar. Apiñados en el sofá se encontraban seis de los chicos de la otra noche. Muslo contra muslo, sus cuerpos se desparramaban por los brazos del pequeño canapé. Allí, con sus chándales de nailon, eran como un montón de bolsas de plástico juntas; un revoltijo inflamable y estridente de colores y logotipos de patrocinadores. De fondo se oía el delirante latido de una música tecno,

una copia pirata de la sesión de Carl Cox en el Rezerection, el festival rave de Edimburgo. Sonaba como si el DJ hubiese pulsado una alarma de incendios sobre un breakbeat entrecortado. Era tan agresivo, iba tan rápido, que Mungo no pudo evitar ponerse tenso.

El pelirrojo fue el único que lo miró. Le brindó un apático saludo con la cabeza y, un momento después, fijó sus ojos azules en la televisión diurna. Ese fue todo el agradecimiento que Mungo obtuvo por haberle salvado el pellejo. El chico parecía tener el brazo destrozado; unos dedos azul marino brotaban del extremo de una escayola rosa claro. El yeso ya estaba cubierto de pollas dibujadas con su respectiva firma orgullosa al lado. Cada palpitante vena había sido trazada minuciosamente con un grueso rotulador de bingo. Los ojos del chico tenían un lejano tono azul; le había salido un sarpullido alrededor de sus finos labios, probablemente por haber esnifado pegamento. El brazo debía de dolerle una barbaridad.

Uno de los hermanos MacPherson estaba en el sofá. Se rumoreaba que eran cuatro hermanos en total, pero las calles del barrio nunca habían visto a más de dos MacPherson juntos a la vez. Pasaban frecuentes temporadas en el centro para jóvenes delincuentes de Polmont, era como si la señora MacPherson estuviera tan harta de ellos que, de vez en cuando, sintiese la necesidad de llevarlos a una casa de empeños; metía a uno y sacaba a otro. Mal MacPherson estaba sentado sobre el raído brazo del sofá, golpeándose las piernas con unas baquetas blancas que no emitían ningún sonido; la izquierda mantenía la rígida base rítmica mientras que la derecha añadía un punto de emoción. En un momento dado, el chico las levantó con mucha ceremonia. Las baquetas formaron una línea recta, los extremos quedaron unidos bajo el tabique nasal del chico. Las mantuvo de este modo durante un instante —Mungo casi pudo oír la pausa— y luego siguió aporreando la sorda batería. Estaba entregadísimo. Se pasaba el día practicando para las competiciones de bandas de la Orden de Orange que tenían lugar en el Auld Resolute, un club para hombres trabajadores, un auditorio tapiado y rodeado de barricadas que se alzaba desafiante en el extremo católico de The Calton.

En la muda televisión, una mujer estaba sumergiendo un jarrón en un líquido con el objetivo de mostrar a la audiencia la técnica del craquelado. Todos los muchachos estaban mirando la pantalla boquiabiertos. Sobre la mesita que tenían delante, un paquete de pañales yacía entre un montón de radios de coche robadas, botellas de MD 20/20 a medio beber y un hacha descomunal.

Se trataba de un tomahawk casero. Le habían quitado el mango a un martillo de bola y lo habían atornillado a un trozo de metal afilado. El tío de uno de los chicos, que trabajaba aún en los astilleros, le traía sobrantes siempre que podía. El hacha parecía un arma medieval capaz de cercenar de un tajo el brazo de un hombre. El muchacho la había pulido con especial esmero y había envuelto el mango con cinta aislante azul, blanca y roja, los colores del Rangers. La hoja estaba tan afilada que chirriaba con solo mirarla. Mungo no podía apartar los ojos de ella.

Sammy-Jo McConnachie estaba sentada en el sillón. Tenía a su rosado bebé en brazos envuelto en uno de los jerséis de Hamish, intentando amamantarlo. Mungo le vio el pecho de perfil. La hinchazón parecía dolorosa, las venas se le marcaban mucho por debajo de cada pecho, y parecía como si alguien hubiese cosido dos grosellas gigantes a la caja torácica de una niña. La chica parecía exhausta, al borde del llanto. El bebé, con sus cinco míseros pelos recogidos en un alegre lazo, parecía tener el cólico del lactante.

La mujer dejó de craquelar el jarrón y lo enseñó a la cámara para que se apreciasen bien los intrincados remolinos. Los jóvenes se miraron asombrados; blancas perlas de acné relucían sobre sus frentes.

—Qué guapo, colega —comentó el chico pelirrojo. Todos asintieron en conformidad.

Sammy-Jo empezó a dar vueltas por la habitación intentando adecentar la mesa antes de que llegase su madre. Mungo la recordaba del instituto. Iba un curso por detrás de él, era un chicazo flacucho, su mirada aún no se había endurecido con esa expresión de voracidad masculina. Siempre olía a champú de manzanas frescas y era considerada la chica más guapa del barrio. Mungo había visto a todos

los chicos del instituto intentar acercarse a ella, pero, por supuesto, fue Hamish quien llamó la atención de Sammy-Jo. Su hermano suponía un reto para las chicas: tenía un carácter tan amargado, tan competitivo, que cuando conseguían arrancarle un gajito de ternura, se crecían, se sentían exultantes por su propio atractivo. Hamish le había dicho a Sammy-Jo que cuando estaba a su lado, él se veía como más adulto; que ella, y solo ella, le hacía querer sentar la cabeza. Mungo se dio cuenta de que Sammy-Jo empezó a comportarse de una forma diferente después de aquello, iba por ahí pavoneándose cual divinidad redentora en sujetador de copa B. ¿Cómo iba a resistirse a los encantos de Hamish?

—¡Ha-Ha! —gritó Sammy-Jo. A Mungo siempre le sonaba raro aquel apodo, como la risa falsa de un actor mediocre—. ¡Ha-Ha! Diles que quiten los pies de la mesa de mi madre.

Mungo sabía que Hamish no quería salir de la casa. No quería llevarse al batallón de chicos a vagar por las calles lluviosas. Era demasiado temprano para liarla.

La chica estaba intentando poner orden entre la montaña de radios de coche, pero los cables estaban cortados de cualquier manera y no había manera de desenredarlos. Entretanto, el bebé no paraba de resoplar bajo el grueso jersey. Mungo recordaba que Sammy-Jo era una chica muy inteligente, capaz de resolver jeroglíficos matemáticos con tanta facilidad que parecían ser su lengua materna. La chica comenzó a agitar los botes de leche de fórmula para ver cuál estaba más lleno.

—¿Te queda dinero?

—Iba a preguntarte lo mismo. —Los ojos de Hamish estaban fijos en la tele.

Sammy-Jo parecía estar a punto de echarse a llorar. Uno de los chicos, harto de ver jarrones en la tele, estaba mirándole descaradamente sus hinchados pechos.

—¡Ha-Ha!

Hamish apartó los ojos del televisor, molesto porque no quería perderse ni un detalle del craquelado.

—¿Qué? ¿No te había dado dinero tu abuela?

—Sí, para hacerle los agujeros de las orejas.

—Escucha, solo me hacen falta un par de libras para el autobús. Tengo que acercarme a Jamaica Street a cobrar el paro. —Señaló con la cabeza hacia la mesa—. Y ya que estoy por allí, puedo pasarme por el Paddy's Market y vender esa chatarra antes de la hora del té. Así tendremos el dinero del paro más lo que saque de las radios.

—No.

—Vas a tener pasta para hacerle cuatro agujeros en cada oreja si quieres.

Resultaba turbador ver a Hamish intentando negociar y razonar con alguien. Mungo estaba acostumbrado a verlo coger lo que quería sin más contemplaciones, lo había visto amenazar a Mo-Maw y a Jodie en cuanto alguna de ellas ponía el más mínimo reparo. Mungo se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que le pegase a Sammy-Jo.

Un cantante empezó a gritar «You make me feel so real» sobre la base tecno. Mungo seguía apostado en la puerta, esperando, nadie le había dado todavía permiso para hablar.

—Yo te puedo dejar algo, Hamish —intervino Mungo—. Si quieres.

Todos los chicos lo miraron. Nadie llamaba «Hamish» al gran hombre.

—Vale. Te lo devolveré. —Hamish miró a Sammy-Jo con el ceño fruncido. Nunca decía «por favor» ni «gracias».

Mungo buscó en el bolsillo del chubasquero. Jodie le había dado dinero para material escolar, pero no se lo había gastado todo. Hamish lo llevó a empujones hasta la estrecha cocina, donde le dio un pescozón.

—No vuelvas a llamarme así delante de ellos. Me llamo Ha-Ha. Cuatro putas letras, hasta un imbécil como tú debería saberlo.

La cocina era pequeña, más incluso que la de Mo-Maw. Mungo sabía que Hamish había cumplimentado los trámites para solicitar un piso propio al Ayuntamiento. La funcionaria se quedó horrorizada: una chica de quince años no debería vivir con un hombre de dieciocho.

Mungo dejó caer las monedas en la mano de su hermano.

—Tengo algunas cosas que igual podrías vender. Por si te viene bien

algo de dinero para la niña.

—¿Como qué?

—Un coche teledirigido y un videojuego de los Space Invaders.

—No. Ya los he vendido. —Hamish cambió rápidamente de tema—: Escucha, tengo una cosa para ti. —Se metió la mano en el bolsillo de atrás de los vaqueros y le enseñó un pequeño objeto a su hermano; de pronto, se desplegó la hoja de una navaja de siete centímetros. Mungo se cayó de espaldas en el cubo de la basura. Luego se agarró a la encimera de melamina y se quedó mirando la pequeña arma. Hamish estaba fingiendo clavársela a sí mismo en el estómago, sonriendo y disfrutando como un loco—. Después de la movida de la otra noche, necesitas algo para protegerte.

No era gran cosa, una navaja pequeña y plateada con un mango de ónix falso. Parecía adecuada para cortar una manzana o un trozo de cuerda de tender. Hamish pareció leerle la mente a Mungo porque la clavó de pronto en una bolsa de azúcar blanco. Una, dos, tres veces. El azúcar salió de la bolsa y sus brillantes granos se esparcieron sobre la encimera.

Mungo se metió las manos en los bolsillos. Se acercó los codos a los costados.

—Qué va, tío. No quiero esa mierda.

—No es una pregunta. —Hamish le acercó la navaja a su hermano.

—Pero ¿y si me detiene la poli? ¿Y si me registran y me pillan con la navaja encima?

Hamish resopló.

—Joder, Mungo, mírate. La policía no va a detenerte ni de coña. Con las pintas de blandengue que tienes… Si es que parece que no tienes ni huesos.

—No la quiero.

Hamish plegó la hoja de la navaja. Despegó el velcro del bolsillo tipo canguro del chubasquero de Mungo y la dejó caer dentro.

—Escucha, so mierda, sabes que voy a tope con los Billies y que los fenianos nos tienen cada vez más ganas, a todos los Hamilton. Si tú no te quieres defender, vale, pero a lo mejor te sirve para defender a

Jodie, cualquier capullo podría hacerle algo. Nunca se sabe. —Hamish cerró cuidadosamente el velcro del bolsillo. Fin de la discusión. Se chupó un dedo y rebañó el azúcar blanco de la encimera, que crujió entre sus paletas—. Y una cosa más, me hace falta que me ayudes este viernes.

—¿Yo? —Mungo señaló hacia el salón, de donde llegaban los repetitivos gritos de un programa infantil—. ¿No puede ayudarte alguno de los Billies?

Hamish estaba revisando los armarios de la cocina en busca de algo dulce que comer y de algo eléctrico que empeñar.

—No, ven tú. Así pasamos un rato juntos. Voy a enseñarte a ser un hombre de verdad. No voy a dejar que hagas más el ridículo.

—Es que justo el viernes iba a echarle una mano a la señora Campbell.

—Dios. —Hamish estaba moviendo la cabeza de lado a lado—. ¡He dicho el viernes y punto! —sentenció. Su labio superior se curvó hacia atrás en una mueca de desagrado—. Y como tenga que ir a buscarte, te vas a cagar vivo, que lo sepas.

A Jodie le costaba concentrarse con los graznidos de las gaviotas. Estaba haciendo los deberes en la mesa plegable, sabía que solo disponía de treinta minutos antes de que su amante volviese con la cena y, entonces, Jodie tendría que esconder cualquier indicio de adolescencia. Solo disponía de treinta minutos antes de que su amante extendiese una sábana bajera sobre la mesa plegable para convertirla en un incómodo catre.

Al fin y al cabo, ¿a quién le importaban «los terribles errores cometidos por los italianos en sus colonias africanas»? La mitad de su clase no era capaz siquiera de situar Edimburgo en un mapa.

Se oyó el crujido de unos neumáticos sobre la gravilla y Jodie volvió a guardar las tareas escolares en la mochila. Como de costumbre, se sentaron juntos, hombro con hombro, en el escalón más alto de la caravana, a contemplar el mar de Irlanda. West Kilbride era lo más

lejos que Jodie había estado de casa. Solo quedaba a cuarenta y cinco minutos de Glasgow, pero ella tenía la impresión de que se hallaba en la otra punta del mundo. El parque de caravanas se ubicaba en un terreno agrícola con vistas al horizonte gris pizarra. Las familias de Glasgow alquilaban las caravanas para pasar allí las vacaciones. Con el fin de darles un toque hogareño, colgaban visillos en las ventanas y plantaban nomeolvides en neumáticos viejos llenos de tierra. Llegaban con sus tumbonas ávidas de sol y sus coches cargados de bebidas, querían romper la monotonía y disfrutar, con suerte, de unas cuantas horas de buen tiempo.

Hacía bastante frío y mucho más viento que en la ciudad, pero a Jodie le encantaba la fragancia fresca y purificante que flotaba en el aire. Olía a limpio y a sal marina. Cenaron fuera, en silencio. Mientras ella miraba el mar, él se dedicó a estudiar su perfil, agradecido por la suerte de que aquella chiquilla tan atractiva y aplicada pudiera ser suya. Cuando los labios de ambos se llenaron de grasa, Jodie cogió los restos carbonizados del *fish and chips* y se los echó a los pajarillos, que enseguida se abalanzaron sobre ellos. Durante un rato el hombre sostuvo las frías manos de la chica entre las suyas; luego la llevó al interior de la caravana y convirtió la mesa plegable en catre.

Cuando terminaron, él se quedó dormido de espaldas a ella, y ella se puso a observar cómo los vellos negros y rizados de sus pálidos omóplatos danzaban al roce de la brisa. La emoción de lo inesperado había desaparecido, estaba convirtiéndose en algo demasiado rutinario. Él la recogía en el coche. Iban al parque de caravanas. Él iba a comprar algo de comida, sudaba encima de ella durante cuatro minutos y, un momento después, se quedaba profundamente dormido. Ella sabía que se despertaría pronto y que se vestiría con prisas. Le haría cosquillas en los pies descalzos y le diría que la quería. Pero enseguida miraría el reloj, se acordaría de sus hijos y del pollo asado que tenía que recoger de camino a casa.

Al principio le prometía que iba a dejar a su mujer. Pero conforme Jodie fue accediendo a sus sudorosas proposiciones, él pareció olvidarse cada vez más de aquella promesa. Jodie se sorprendió de

sentirse tan aliviada.

Se tumbó a su lado y empezó a contarle las pecas de la espalda. Luego las dividió en dos categorías: las marrones de la edad y las de color rojo sangre. En realidad, Jodie no quería ir más al parque de caravanas, pero se sentía obligada. Él la había invitado a cenar *fish and chips* catorce veces y, siendo una chica lista como era, sabía el coste exacto de aquel dispendio. Empezó a hablar en voz baja:

—Si un hombre invita a cenar a una chica catorce veces, a dos libras con veinticinco cada cena, ¿cuánto tiempo pasará hasta que la chica dé su brazo a torcer? A ver, calcula.

Era una pregunta trampa, porque Jodie desconocía el dinero que la chica debía también en gasolina.

Después de todo, no tenía ni un pelo de tonta. Él había sido el primero en decirle que tenía mucho potencial:

—Jodie Hamilton, si te aplicas un poco más, podrías estudiar una carrera. ¿Cómo es posible que seas hermana de Hamish? Es como encontrar un diamante en un zurullo de mierda —afirmó sonriéndole por encima de las cabezas de los demás estudiantes de cuarto.

Los chicos de su edad no parecían fijarse en ella. La mayoría estaba al tanto de las proezas de su hermano y no se atrevían. A otros no les hacía gracia la forma en que Jodie ponía en tela de juicio las respuestas que daban en clase. Esos chicos preferían meterle mano en los baños a la típica facilona mascachicles antes que bregar con la mandona de Jodie y la infame familia Hamilton.

Se tumbó bocarriba y se quedó mirando el revestimiento del techo. Se preguntó si tal vez no estaría buscando una figura paterna. No, era más que eso: Jodie quería dejar de fingir que era la madre de Mungo; tener, al menos, un respiro. Se sentía agotada todo el tiempo. Se trataba de una transacción —lo sabía perfectamente—, pero durante las tres escasas horas en las que ese hombre se ocupaba de ella, Jodie se liberaba de todas las cargas que no le pertenecían. Tres horas de paz a cambio de cuatro minutos sucios y sudorosos.

A estas alturas, a él le daba lo mismo que Jodie disfrutase o no. Al principio le preguntaba si estaba bien, si le molestaba; se mostraba

preocupado por su inexperiencia; ahora, en cambio, parecía encantado si le dolía. Se ponía encima y la miraba a los ojos con una mezcla de lujuria y miedo. Miedo por que Jodie juntase las rodillas y le pidiera que parase. «Por favor, déjame terminar», decían sus ojos grises, y ella sabía que, para él, aquel era uno de los mejores regalos que la vida le había dado en mucho tiempo a juzgar por la forma en que repetía «gracias, gracias, gracias» mientras entraba y salía de ella. Al principio a Jodie le gustaba eso. Pero ahora, a pesar de darle las gracias una y otra vez, no le preguntaba si le dolía. Se limitaba a hacer lo que le venía en gana y luego le daba un beso, uno solo, en la frente. La grasienta huella de aquel beso no era otra cosa que la nota en rojo de un examen. Aprobado.

El hombre se despertó y se sentó en la cama. El señor Gillespie empezó a hacerle cosquillas en el pie. Le faltaban todos los dientes de la encía superior izquierda y Jodie deseó que no le sonriese desde ese ángulo.

Al comienzo de su relación, cuando el señor Gillespie se la estaba aún camelando, la llevó una noche a la feria de Ayr. Allí soltó un crujientito billete de cincuenta libras para que Jodie pudiese montarse en todas las atracciones que quiso y más: la vieja y ensordecedora montaña rusa, el imponente barco pirata, y su favorita: el látigo. Las luces, el algodón dulce y el olor a palomitas completaron los ingredientes de una emocionante velada lejos de casa. Ahora, Jodie se lo imaginaba pagando todas las atracciones, nervioso, escondiéndose en cualquier rincón oscuro, como un padre divorciado, mientras ella disfrutaba de sus setenta y cinco segundos de adrenalina.

En otra ocasión la llevó a West Kilbride. Era una húmeda noche de septiembre y fue la primera vez que Jodie juntó las rodillas en un arrebato de vergüenza y despecho. Su mal humor se fue fraguando en el Ford Sierra. El inconsciente señor Gillespie se pasó todo el trayecto hablando de su hija, estudiante de la prestigiosa Hutchesons' Grammar School y firme candidata para ingresar en la Universidad de Edimburgo. Jodie se puso celosa al oír la jactancia y el orgullo con que hablaba de Gillian. Le dolió darse cuenta de que nadie sentía nada

parecido por ella.

—¿Crees que Gillian haría algo así con su profesor de Estudios Modernos? —le preguntó mientras la mano del señor Gillespie trasteaba con un hilo suelto de su falda escolar.

La mirada de repulsión en el rostro del profesor hizo que Jodie se hundiese aún más en el asiento de cuero. Gillian Gillespie nunca caería tan bajo. A pesar de morderse el labio inferior, Jodie fue incapaz de contener la risa.

—Jaaa-ja.

—Cuanto antes te quites la manía de reírte así, mejor —murmuró el señor Gillespie.

El fiordo se perfiló en el horizonte. El sol bajo se reflejaba en el mar, brillaba como las escamas plateadas de un pez. En ese momento, Jodie decidió que le dejaría hacer lo que quisiera, que no volvería a preocuparse más. Bajó la ventanilla y apoyó la cabeza en el marco de la puerta. El aire del océano mitigó el incendio de sus mejillas.

Mungo estaba sujetando la paloma gris contra el tablero, con firmeza, tal y como James le había enseñado; el pájaro se balanceaba un poco pero no ofrecía resistencia. James mezcló el tinte para el pelo que había comprado en la farmacia y lo fue aplicando a las plumas. Desde un lateral de la caja, una atractiva joven americana les sonreía; los chicos querían teñir las alas de la paloma del color de su cabello.

—Que no le entre en el ojo, un pájaro cegato no puede volar —le advirtió James.

Con largas y suaves pinceladas, James extendió el tinte por todo el plumaje. Cuando las alas quedaron totalmente cubiertas, Mungo levantó las manos; la paloma se había quedado pegada al contrachapado de madera. Parecía que la habían embadurnado en alquitrán y cubierto después con plumas, al estilo de las humillaciones medievales. Luego esperaron a que se fijase el color.

—Es un hecho científico, ¿verdad? —James sonrió agitando sus propios mechones leonados—. Todos las prefieren rubias.

El palomar despedía un acre olor a lejía que a Mungo le provocaba picor de ojos; sin embargo, no le entró el tic. Allí se sentía a gusto. James se acercó a Mungo un par de veces con intención de pintorrearle la cara con el fino pincel del tinte. Mungo consiguió esquivarlo, con cuidado, eso sí, de no soltar a la paloma rubia platino.

Mungo había ido al palomar todos los días de la última semana. James era generoso con él, se alegraba de tener a alguien con quien hablar aparte de las palomas. Le dejaba cogerlas y darles de comer, una dieta a base de bolitas regurgitadas y agua. El segundo día, cuando se sentaron en la húmeda hierba, James compartió su sándwich de jamón con Mungo. El tercer día, James le había preparado un crujiente bocadillo con abundante mantequilla. En comparación con Hamish, James era abierto y espontáneo, nada complicado. Cuando le ofrecía algo, Mungo no mostraba ningún recelo. Sentado en la fría hierba, comiéndose un salado bocadillo de jamón, reparó con sorpresa en que no tenía ganas de volver el lunes al instituto.

La paloma no se convirtió en la despampanante rubia californiana que la caja prometía. Adquirió un tono aguachirle, como el de las medias de una anciana, pero James parecía satisfecho con el resultado. Se dispuso a enjuagarla con cuidado para eliminar cualquier resto de producto químico de sus alas. Cuando la llevó de nuevo con el resto, todas las aves giraron el pescuezo y la miraron con lascivia.

—¡Vaya éxito! —dijo Mungo—, aunque diría que sobre todo se gusta a sí misma.

James estaba organizando las palomas por pares de macho y hembra, dando así comienzo una ronda de cortejo antes de separarlas el fin de semana y enviarlas de excusión por el barrio como una lujuriosa comitiva aviar. De punta en blanco y con la libido por las nubes, no tendrían problema en seducir a los ejemplares de otros contendientes y llevarlos al palomar de James, donde podrían echar el polvazo del que ahora mismo se estaban privando.

Un palomo azulado estaba pavoneándose en su jaula de alambre. Estaba como hinchado, ansioso por echarle la garra a la primera hembra que se fijase en sus brillantes ojillos.

—Míralo, está que se sale, ¿eh? El tío es un rompebragas.

—¿Cómo se llama? —preguntó Mungo.

—No sé, había pensado en ponerle Archie, pero no termina de gustarme.

Mungo miró a través de los hexágonos de alambre.

—¿Por qué no le pones Mungo?

A James le dio un golpe de risa seguido de otro de tos. Mungo se había percatado de que le ocurría a menudo. Una fuerte tos pulmonar, como de anciano, húmeda y flemática. James cogió un palomo de menor tamaño, de plumaje beige y gris. Parecía inquieto; era lo suficientemente pequeño para ser una hembra.

—No, si alguien se tiene que llamar Mungo, es el prenda este.

—Ese no es capaz de ligarse ni a un pollo relleno.

—Por eso mismo. —James acarició el ondulado cuello del pichón marrón—. Pero cuidado con lo que dices, el pequeño Mungo te está oyendo y es muy sensible.

Mungo miró al palomo, le acarició el cuello con el meñique y el animal se estremeció. Tuvo que admitir que el nombre le venía al pelo.

—Es el primer Mungo que conozco. Voy a cuidarlo, ya verás, voy a hacer de él un tipo duro y no va a tener nada que envidiarle al Dolph Lundgren ese.

El suelo del palomar estaba forrado de fragmentos de cristales para evitar que las ratas se comiesen a los indefensos pajarillos de James. Se oyó un crujido de botellas rotas cuando este empezó a bailar emocionado.

—¡Eso es! No se llama Archie, se llama Dolph. —Se giró hacia el pájaro azulado—. Por la presente te bautizo como Dolph el Fornicador.

—Dolph Pichón-gren.

—No, con ese nombre se van a reír de mí. Tiene que ser algo más poético. Algo que infunda miedo en el corazón de los demás palomeros, el Campeón de los Cielos Sanguinarios, algo así.

—¿Qué tal Conan el Sectario?

—Ni de coña, tío.

Pero Mungo se dio cuenta de que a James le había gustado en

realidad.

Salieron fuera y dejaron a las nuevas parejas un poco de intimidad. Se tumbaron bocabajo sobre la maltratada hierba y escucharon el murmullo del tráfico nocturno. Los últimos rayos de sol brillaron bajo las algodonosas nubes y, por un breve instante, todo quedó bañado en un suave resplandor melocotón. Mungo cerró los ojos y trató de sentir su calor.

—¿Cómo empezaste con las palomas?

Mungo imaginó a James encogiéndose de hombros a su lado.

—Fue cosa de mi padre.

Mungo sentía que todo el mundo estaba al tanto de las desventuras de la familia Hamilton, pero James no le había contado nada de su familia.

—¿También es criador de palomas?

—En realidad, no. —James volvió a toser—. Me lo propuso por hacer algo conmigo. Creo que se sentía culpable.

Mungo se preguntó cómo sería tener un padre.

—¿Te pareces a él?

—Sí.

—¿Te comportas como él?

—Sí. Eso es lo que decía mi madre.

—¿Ya no lo dice?

James lo miró, fue una mirada fugaz, como intentando hallar algo en los ojos de Mungo, un atisbo de crueldad, el mohín de una mujer mezquina a punto de enterarse de un buen cotilleo.

—Perdona, pensaba que lo sabías. —James estaba arrancando la hierba de raíz—. Vinieron un montón de coches negros, creía que se había enterado todo el barrio. —Deslizó una brizna de hierba entre los labios—. Por eso mi padre se siente culpable. Después de la muerte de mi madre, necesitaba volver a trabajar. Pasa mucho tiempo fuera. Trabaja en una plataforma petrolífera, poniendo tuberías. Le pagan bien.

—¿En Escocia?

—Sí, pero muy al norte, casi en Noruega. Trabaja dos semanas en la

plataforma y pasa en casa otras dos. Pero no siempre puede venir. Dice que a veces el periquito de parafina no puede despegar cuando hay niebla.

—¿El periquito de qué?

—El helicóptero. En las plataformas lo llaman así, el periquito. Está a cientos de kilómetros de la costa y no puede volar cuando hace mal tiempo. Del mar se levanta la niebla con el sol. Hay días que es tan espesa que ni siquiera se ve Aberdeen. En invierno pasa menos de lo que la gente se cree. Es peor en verano. —Sus ojos se encontraron con los de Mungo—. ¿De verdad que no viste los coches fúnebres?

—No —dijo Mungo, y lo dijo en serio. No sabía que la señora Jamieson hubiese fallecido—. Siento lo de tu madre. ¿Pasas mucho tiempo solo en casa?

—A veces.

—Yo en la mía también. —Mungo sopló sobre el borde de una brizna de hierba que tenía entre los dedos. La brizna vibró y dejó escapar una estridente melodía—. Pues ya sabes, vente cuando quieras.

—Gracias. Pero no te preocupes, no voy a quedarme aquí mucho tiempo. En cuanto cumpla los dieciséis voy a dejar el instituto y voy a largarme de este puto barrio.

—¿Y adónde te vas a ir?

—No sé. Al norte. Donde me den trabajo, un trabajo al aire libre si puede ser. Cualquier sitio es mejor que esto. No sé, aquí me siento como un ama de casa esperando todo el día a que llegue su maridito.

Mungo no podía concebir siquiera una vida lejos de Hamish y del constante miedo a que le ocurriese algo malo a Mo-Maw. Intentó reírse.

—Pues mira, si te esperas un poco, me voy contigo en cuanto cumpla los dieciséis. Nunca he salido del East End. Puedes llevarme a Shettleston y decirme que estoy en España, que no me daría ni cuenta.

James no dijo nada al respecto. Mungo se sintió raro, incómodo. Los segundos parecieron dilatarse. Tendría que haberse quedado callado, pero, dentro de él, las palabras anhelaban llenar aquel vacío.

—¿Sabes? Hace poco pensé que mi madre se había muerto también. Pero no. Estaba asando morcillas enfrente del hospital. —Era una

estupidez contarle algo así a un chaval que había perdido a su madre. Mungo hundió el rostro en la hierba.

Cuando las farolas del barrio se encendieron, Mungo lo ayudó a barrer las jaulas y a dejarlo todo cerrado hasta el día siguiente. De camino a casa, James le entregó una larga pluma marrón, una de las mudas de Munguito.

—Esto es para ti.

Mungo giró la pluma en la mano, era suave y esponjosa por el borde. Munguito era todavía un pichón, tenía que madurar. Iba a mencionárselo a James, pero James se adelantó.

—He quedado con unas chicas en la fuente vieja. ¿Te vienes?

—No, mejor no.

No quería que Jodie volviera de la cafetería y se encontrase la casa vacía, sin ninguna luz encendida.

A James le dio otro ataque de tos. Sacó un inhalador azul del bolsillo del chándal y aspiró con fuerza un par de veces. Tenía las puntas de las orejas agrietadas por el frío; la gorra de lana, como de costumbre, no conseguía cubrirlas.

—Igual te vendría mejor ir a casa y entrar un poco en calor, ver la tele un rato, ¿no?

—Todavía no. No me apetece volver a una casa vacía. ¿Seguro que no quieres venirte? Conozco a una tía que si le das una chocolatina Walnut Whip te deja que le metas el dedo.

Mungo volvió a acariciar la suave cresta de la pluma de Munguito. Se preguntó si llegaría el día en que un plan así le resultase atractivo.

—No. No, gracias.

—Venga, tío —dijo James con una sonrisilla.

Pero Mungo ya se había dado media vuelta en dirección al parque.

Cuando Mungo llegó a casa, todas las luces estaban encendidas y había una mujer sentada junto a la mesa plegable de la cocina. No se había quitado el grueso anorak; estaba bebiendo whisky de una copa de vino de tallo largo y estaba usando otra a modo de cenicero. El rímel violeta

se le había corrido y unas extrañas rayas azules le surcaban el rostro, señal inequívoca de que había estado llorando. La mujer debió de ver a Mungo observarla boquiabierto.

—No te quedes ahí papando moscas —gruñó Mo-Maw—. Ven y dame un abrazo.

El chico se acercó a su madre. Ella lo acunó en su regazo como si fuese una *pietà*. Casi tenía dieciséis años, era demasiado alto, pero a Mungo le dio igual. La abrazó y hundió la cara en sus cabellos. Olían a fritanga y a turba, a cigarrillos y a chicles Juicy Fruit, a todos los perfumes que había echado de menos. Pero, al olfatearle la coronilla, distinguió el olor a jabón de otra persona y, en el fondo del todo, el aroma de la casa de Jocky, el almizcle de la toalla de un extraño. Mungo trató de pasarlo por alto.

—Pensaba que te habías muerto, en serio.

—¡AJÁ! —gritó Mo-Maw cruzando los brazos sobre el pecho como una momia egipcia—. No caerá esa breva. Sigo aquí.

Mungo no podía reírse todavía.

—¿No has visto lo de las adolescentes desaparecidas? Ha salido en el telediario, al final las han encontrado muertas. Estaba muy preocupado por ti.

—Ooh. Qué bonito que me digas eso. —Inclinó la cara hacia la de él. Había arrugas en el rostro de Mo-Maw que no estaban allí la última vez que Mungo la vio. El deteriorado maquillaje se le había incrustado en ellas, dándoles la apariencia de venas—. Si fueras un asesino psicópata, ¿crees que yo podría pasar por adolescente?

Mungo se rascó la cara.

—Claro que sí. —Sabía que a Mo-Maw le encantaría esa mentira.

Llena de alegría, Mo-Maw zapateó el suelo con sus piececitos.

—Ay. Me había olvidado de lo bien que me sienta estar contigo. —Le besó la mejilla. Fue un beso extraño, con la boca abierta. Mungo sintió la humedecida punta de la lengua. Andaba ya bastante achispada—. Ojalá encontrara a un hombre como tú. No sé cómo me has salido tan bueno. Nada que ver con los otros dos.

—Jodie es muy buena —apuntó Mungo—. Va a ser médica o

astronauta. De quien deberías estar más orgullosa es de ella.

Mo-Maw hizo un ruidito de desdén y esbozó una sonrisa conspiratoria.

—Da igual lo que estudie. Con lo siesa que es, ¿quién va a querer estar con ella? —Vertió un buen chorreón de whisky en la copa de vino. Mungo se preguntó si la Bruja Piruja, su versión monstruosa de mirada vacía, haría acto de presencia esta noche. La observó detenidamente, parecía estar divirtiéndose. Quizá todo iría bien—. ¿Cómo puedes estar todo el día aquí encerrado con ella? Qué aburrimiento de niña, de verdad, yo creo que nació con una calculadora debajo del brazo.

—Siempre nos reímos mucho cuando estamos juntos.

—Esa es otra. Anda que le faltó tiempo para cogerte en brazos, no era más que un mico y ya iba por el barrio presumiendo de ti, como si fueras su bebé.

—Mungo, ¿qué haces con todas las luces encendidas? —No habían oído la llave. Jodie estaba delante de ellos con una caja de pizza empapada en la mano—. ¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?

—¿Te parece que esa es forma de saludar a tu madre?

Jodie puso la pizza encima de la mesa. Cogió a Mungo bruscamente por el brazo y lo apartó del regazo de Mo-Maw. Lo obligó a sentarse en su silla y señaló la caja fría.

—Anda, cómete eso.

Mungo hizo lo que se le dijo. Jodie sumergió el dedo índice en la elegante copa de Mo-Maw. Puso cara de asco cuando se lo chupó.

Mo-Maw tenía los ojos vidriosos, rojo diluido en blanco, como si hubiese hecho demasiados largos en la piscina local. Su mandíbula formaba un ángulo extraño, estaba mirando a Jodie con el ceño fruncido mientras se acercaba a Mungo. Este cogió un trozo de pizza con intención de dárselo a Mo-Maw, pero Jodie le apartó la muñeca de un manotazo.

—Cuando estés lleno, y si sobra algo, entonces podrá comer, antes no. —Jodie empezó a recoger los platos sucios—. Bueno, ¿y a qué se debe el honor? Jaa-ja.

—Pues nada, he venido a ver a mis hijos. —Mo-Maw estaba sentada en la silla de la cocina tratando de reunir algo de dignidad en su propia casa—. ¿Qué hay de malo en…?

—Corta el rollo, Maureen. —Lo dijo con frialdad pero sin malicia. Mungo miró a su hermana, parecía agotada—. ¿Qué ha pasado con Jocky?

—Nada. No ha pasado nada. Todo son besitos y arrumacos a la luz de la luna. Solo quería ver a mi hijo. Mi único y verdadero amor. —Se acercó a la mesa y entrelazó sus dedos con los de Mungo. Se miraron como si fuesen novios.

—Genial. Entonces ¿es una visita relámpago? Me alegro de que tengas un hueco para nosotros en tu agenda.

Jodie llevaba el pelo recogido en una cola de caballo que le colgaba por la espalda, gruesa como una maroma náutica. La tensión de su rostro le confería una expresión pétrea. Después de rebuscar por los cajones de la cocina, puso un montón de papeles delante de Mo-Maw. Había tinta roja por todas partes, escrita con furia, las cartas parecían estar gritando.

—Nos van a cortar la luz, el gas y el teléfono. La comunidad nos ha mandado tres cartas diciendo que no les consta que en la casa viva ningún adulto. Como no te presentes, van a llamar a los servicios sociales y se van a llevar a tu querido hijo.

Mo-Maw rugió:

—¿Y cómo coño se han enterado? —Arrojó las cartas rojas al suelo—. ¡Puto barrio de mierda! Todo quisqui tiene que meterse donde no le llaman.

—Tienes que ir el lunes a primera hora y hablar con el Ayuntamiento.

—Vale, vale, ya iré.

—No, «Vale, vale, ya iré» no. El lunes a primera hora coges y te plantas allí.

Mo-Maw se tapó los labios con la mano, se inclinó sobre la mesa y le dijo a Mungo como si Jodie no estuviese allí:

—¿Ves? Te lo dije, es una siesa.

Jodie cerró los ojos. Mungo observó cómo las manos de su hermana se desplomaban a los lados. Mo-Maw sacudió las cenizas de la copa de vino, le echó whisky y un poco de Irn-Bru. Se la ofreció a Jodie.

—Toma, chata, a ver si con esto te calmas un poquito.

Los ojos de Jodie se abrieron de golpe. Mungo no se había percatado antes, pero ahora pudo ver la violencia de Hamish en el rostro de su hermana. Sus ojos se diluyeron en los mismos tonos negros y grises del sílex de Ayrshire, y su mandíbula se endureció igual que la de Hamish cuando estaba a punto de dar mamporros a diestro y siniestro. De un manotazo, Jodie barrió la copa de la mesa, que salió volando y chocó contra la pared. La encimera blanca se tiñó de un tono anaranjado.

—Tú, niñata de mierda. —Mo-Maw no soportaba que se desperdiciase ni una gota de alcohol—. Conmigo no te des esos humos, ¿te enteras?

—¿Por qué has vuelto?

—¿Por qué has vuelto, por qué has vuelto? —Mo-Maw intentó ridiculizarla convirtiendo su pregunta en un lloriqueo infantil—. Pues mira, ya que preguntas, todo ha sido por vuestra culpa. Todo iba bien con Jocky hasta que aparecisteis en el bar.

—¿Por nuestra culpa?

—Sí. —Mo-Maw levantó la barbilla y se puso de espaldas a sus hijos como si hubiese recibido un terrible insulto—. Me sentí mal después de veros. Me sentí culpable. Así que se lo conté a Jocky; en cuanto le dije que tenía hijos, me dejó. Dijo que era mucho lío, que no quería una familia.

Jodie apoyó todo su peso en una cadera. Arrugó los ojos como si le hubiese venido un repentino olor a podrido. Se produjo un largo y horrible silencio antes de que dijese:

—Me he enterado de que Jocky Dunbar tiene cuatro hijos. Tres niñas y un niño pequeño, todos van a la escuela. Jaaa-ja.

—Bueno, ¿y quién ha dicho que no los tenga?

—Has estado jugando a las casitas con los hijos de un desconocido. ¿Les has hecho también de comer?

—Las cosas no son así. Yo no me he hecho cargo de ellos.

—¿Les has planchado los uniformes del colegio? ¿Les has preparado sándwiches para el almuerzo?

—No siempre.

—Espera, ¿qué? —Mungo paseó la mirada de una a la otra—. Maw… —Ella odiaba que la llamara así—. ¿Le has planchado la ropa a otro niño?

—No, Mungo.

Mo-Maw le tendió la mano a través de la mesa, pero él la rechazó. Jodie le tocó la nuca a su hermano, estaba ardiendo.

—Sé que no estás aquí por nosotros —señaló Jodie—. Has intentado engatusar al viudo y a sus estupendos hijos. Y seguro que te ha echado por borracha. Seguro que se ha hartado de verte dar tumbos por Trongate, deshonrando su buen nombre.

—Tú nunca me has querido.

—Te quise una vez. —Jodie asintió con sinceridad. Cogió a Mungo del brazo y lo sacó de la cocina—. Puedes quedarte hasta que hables con el Ayuntamiento, pero luego tienes que irte. Iré a verte todos los viernes para que me des el dinero de las facturas. Hasta que Mungo cumpla los dieciséis estás obligada a pagarlas. Luego serás libre de destruirte como te dé la gana. Y, por cierto, yo que tú, tomaría el camino más rápido.

Jodie deseó que su hermano llorase. Era un lujo que ella nunca se pudo permitir. En su caso había sido distinto, no tenía ningún hombro sobre el que llorar, ni Mo-Maw ni Hamish le habrían ofrecido consuelo alguno. Pero Mungo la tenía a ella. Allí, escondidos en el cobertizo comunitario de las basuras, Jodie deseó que su hermano llorase. La rabia se acaba acumulando si no dejas que el dolor salga, solo hacía falta ver a Hamish. Jodie conocía a demasiados hombres incapaces de exteriorizar sus sentimientos.

—Sabes que es una mentirosa, ¿verdad? —En cualquier otro momento, Mungo habría defendido a su madre. Era su papel en la tragedia familiar, rastrear los últimos restos de bondad de Mo-Maw y

hacérselos ver a sus hermanos. Se sabía el guion de memoria, pero no le quedaban fuerzas para recitarlo—. Sabes que se irá en cuanto Jocky la llame por teléfono.

Mungo estaba atónito, boquiabierto. No le quedaban fuerzas para seguir discutiendo.

—¿De verdad ha estado cuidando de los hijos de Jocky?

—Sí —respondió Jodie—. Creo que te ha vuelto a dar el tic de la mandíbula. Me daba cosa decírtelo.

Se quedaron junto a los cubos de basura a pesar del terrible olor. Pero cuanto más tiempo pasara, más probable sería que Mo-Maw cayese en uno de sus agitados sueños. Estuvieron allí protegiéndose del viento hasta que la señora Campbell, que se llevó un buen susto al verlos, apareció con latitas de pescado para los gatos callejeros. Mungo estaba hablándole a Jodie del chico de las palomas cuando la señora Campbell los obligó a abandonar su oscuro escondite y regresar a casa a dormir. Durante todo el camino de vuelta la mujer no dejó de regañarlos. Pero Mungo vio que había un poso de lástima en la comisura de sus labios.

—Vaya par de mocosos estáis hechos, mira que asustar a una mujer de esa manera. —La señora les dio a cada hermano un brillante trozo de queso naranja. Los había sacado del bolsillo del delantal, como si ese fuese el lugar habitual donde guardar el queso. Estaba reseco por los bordes, pero se aseguró de que se lo comieran antes de dejarlos marchar—. Desde luego, hay que ver… Cada día estáis más escuchimizados.

—Gracias, señora Campbell —dijo Jodie.

La señora Campbell tomó la mano de Jodie. Le apartó los mechones sueltos de la cara.

—Escúchame, guapa, si alguna noche os pasa algo, tenéis algún problema, lo que sea, que sepáis que podéis quedaros a dormir en mi casa, ¿de acuerdo? Yo os preparo una camita para los dos y asunto arreglado. —Hizo una pausa sin dejar de tomarla de la mano—. Eso sí, no se puede enterar nadie, no vayan a decir que me estoy metiendo donde no me llaman, me entiendes, ¿verdad? Pero, nada, que no tienes

más que decírmelo, ¿vale?

Mungo se acercó a la mujer y le dio un abrazo. La señora le dio una vuelta de vals.

—Tararí tarará. Ay, que te como, Mungo Hamilton. Ya no quedan románticos como tú. —Los azuzó para que se fuesen—. Venga, iros ya. Que mi Graham se va a poner celoso.

En el piso de los Hamilton reinaba el silencio. Mo-Maw estaba en su dormitorio, respirando con dificultad. Cerraron la puerta con cuidado. Jodie se puso el dedo índice sobre los labios, aunque Mungo sabía de sobra lo que había que hacer. Llevaban mucho tiempo jugando al mismo juego: no hagas ruido, no despiertes a la Bruja Piruja.

Mungo tenía siete años y Jodie ocho y medio cuando la Bruja Piruja hizo su primera aparición. Jodie vio a su hermano Hamish luchar contra la doble malvada de su madre: la borracha furibunda y destructiva que ocupaba el lugar de Mo-Maw cuando esta se encontraba en sus horas más bajas. Habían estado viendo los dibujos de *Willo the Wisp*, era la hora de la cena, pero Mo-Maw llevaba bebiendo desde antes de que hubiesen vuelto del colegio. Hamish le dijo que quería comer y ella estalló en risas y le explicó cómo funcionaba la cocina eléctrica. En un arrebato de ira, Hamish le quitó la botella de whisky y la tiró por el fregadero como si fuese té frío.

Después de darle una buena tunda de palos a Hamish, el pánico se apoderó de Mo-Maw: ¿de dónde iba a sacar ahora más bebida? Llamó por teléfono a un hombre que vivía en la calle de al lado. Cuando llegó el señor, su madre lo llevó al dormitorio, donde se encerraron con una botella de vino. Hamish tuvo que tumbarse bocabajo, tenía la parte posterior de los muslos llena de marcas de manotazos. Pegados al televisor, los hermanos se comieron unos tazones de gachas saladas que Jodie les había preparado. Cuando el hombre se marchó, Mo-Maw estaba completamente borracha y medio desnuda. Ahora que la diversión había quedado atrás, se sentía sucia y enfadada, y con la lacerante sensación de que la habían estafado.

—¿Sabes lo que he tenido que hacer? —le recriminó a Hamish. Todos lo sabían, aunque aún no conocían las palabras con las que expresarlo.

Se habían quedado bizcos delante de la tele para no oír los gruñidos del hombre. Se habían acercado tanto que pudieron oler la electricidad estática de la pantalla—. Todo ha sido por tu culpa, que lo sepas. —Señaló con un dedo acusador a su hijo mayor.

Estaban uno al lado del otro, en alerta, parecían tres hurones asustados. Ese fue el día en que Jodie inventó a la Bruja Piruja.

Cuando Mo-Maw cayó al fin redonda, Jodie untó un poco de loción de calamina sobre las piernas enrojecidas de Hamish mientras Mungo cambiaba los canales de la tele con el sonido quitado. Finalmente se quedaron viendo una película de un hombre lobo, una comedia sobre un chico estadounidense que trataba de enfrentarse a un aterrador álter ego. Estaban ya casi dormidos, con la boca abierta y la cabeza colgando, cuando Jodie dijo en voz baja: «Anda, le pasa como a Mo-Maw. No siempre es la misma persona. ¿Os dais cuenta?».

Después de comerse el último trozo de queso reseco de la señora Campbell, Mungo y Jodie se quedaron en el oscuro pasillo intentando descifrar el mensaje de la respiración irregular de Mo-Maw. Estaba quedándose dormida. «Bien». Jodie abrazó a su hermano y le dio las buenas noches. Estaban a punto de retirarse a sus respectivos dormitorios cuando, a pesar de no haber hecho el más mínimo ruido, Mo-Maw se movió. Su voz sonó húmeda y pegajosa en mitad de la oscuridad.

—Mungo, guapo, ¿eres tú?

Mungo miró a su hermana; Jodie le estaba suplicando que se callase, todo el color de su rostro se había esfumado. Mo-Maw se incorporó. Se oyó el golpe de un carnoso pie sobre la moqueta; Mungo sabía lo que tenía que hacer para mantenerla a salvo, para que se estuviera quieta.

—Sí, Mo-Maw. Soy yo. ¿Qué pasa?

A Mo-Maw le costaba mucho pensar en ese estado. Sus hijos se quedaron en la oscuridad, esperando su respuesta.

—Ven —dijo una voz lastimera—. Ven y duerme con Mo-Maw esta noche.

«Eres demasiado mayor para eso», articularon los labios de su hermana.

—Lo sé. —No podía admitir delante de Jodie lo mucho que le apetecía estar con su madre, sentirse de nuevo seguro.

—Mungo, no puedes dormir con ella —susurró Jodie.

—Muun… go, Mungo. Vamos, Mungo, duerme conmigo esta noche —gimoteó Mo-Maw.

Mo-Maw arrastraba las palabras. Si Mungo esperaba un poco más, lo más seguro es que su madre se quedaría dormida sola, sin ayuda de nadie. Pero él anhelaba otra cosa que no podía confesarle a Jodie.

—Es mejor que me quede con ella. Así la vigilo. Me aseguro de que no se vaya por ahí de noche.

Jodie no dijo nada más. Irritada, se apartó de él y se encerró en su dormitorio de un portazo. Mungo escuchó el chirrido del pequeño cerrojo. En cierta ocasión, al poco de haberle bajado a Jodie la regla por primera vez, Hamish le dio una patada a la puerta de su cuarto y, en venganza, su hermana le quitó todos los pantalones y les cortó todos los bolsillos interiores. Durante mucho tiempo después del incidente, Hamish tuvo que llevar todo lo que poseía en las manos, como un mendigo de Belén.

Mungo le sirvió a Mo-Maw un vaso alto de agua metálica del grifo y se adentró en el cálido dormitorio.

—Levanta el culo —le ordenó. Mo-Maw se arrastró como un cangrejo, temblando, parecía que iba a caerse de la cama en cualquier momento.

Mungo le aflojó el elástico de las mallas y se las quitó. Con un suspiro de alivio, Mo-Maw se tumbó de nuevo en la cama y le dio una palmadita a las sábanas que tenía delante. Mungo se quedó en calzoncillos y se acostó a su lado. Mo-Maw se acercó a él bajo el edredón y Mungo abrazó su pequeña espalda. Era como una niña, una niña borracha con aliento a alcohol y a nicotina. El chico arrimó sus cálidos muslos a las frías piernas de su madre. Apresó sus diminutos pies entre los suyos y los frotó con suavidad hasta que dejaron de parecer cubitos de hielo.

—No tengo sueño —balbució Mo-Maw.

—¿Quieres que te cuente un cuento? Si quieres te cuento el de la

mujer que gana la quiniela y no tiene que trabajar nunca más. Ese te gusta.

Mo-Maw negó con la cabeza como una niña.

—No. Mejor cántame algo.

—¿El qué?

—Te sabes un montón de canciones. Alguna de esas que grabas de la radio. Una bonita de amor.

Mungo necesitaba que Mo-Maw se quedase allí con él, a su lado. Empezó a susurrarle canciones de amor; no recordaba bien la letra, pero sabía perfectamente cómo hacían que se sintiese.

# 6

El Ford Capri naranja estaba aparcado bajo una farola rota. Algún afanoso joven se había subido a la farola y la había desconectado de la corriente para poder besar a su novia en un ambiente más íntimo. El vehículo estaba en la oscuridad, cerca de la celosía de hormigón que separaba los tendederos de un césped embarrado. Era un coche magnífico. Incluso en la penumbra, la rotundidad de su tono naranja calabaza dejaba en evidencia a los demás automóviles. Era una bestia poderosa, de esas que Mungo solo veía en cajas de juguete importadas de Estados Unidos.

Hamish puso la mano en el tirador de la puerta y, con un destornillador de cabeza plana, forzó rápidamente la cerradura y se introdujo en el coche. Mungo se escabulló. Cuando Hamish consiguió arrancar el motor, Mungo tenía toda la espalda pegada a la celosía de hormigón.

—Súbete, so mierda —fue todo lo que dijo Hamish.

Mungo dedujo que no podría huir corriendo de la bestia naranja, así que se subió.

Con tantos adornos brillantes y los reposacabezas de piel, el interior parecía más un sórdido club de alterne que un coche. Hamish condujo lentamente por calles secundarias mientras Mungo se hundía en el lujoso asiento de terciopelo tratando de que nadie lo viese en un coche robado. Cuando llegaron al semáforo de Alexandra Parade, Hamish pisó el acelerador con la marcha incorrecta. Un feroz rugido resonó en los bloques de pisos, la gente que estaba en la parada del autobús pegó un respingo. Hamish volvió a pisar el acelerador.

—No me gusta. —El tic había vuelto.

Hamish pisó el acelerador una vez más. Los faros de los coches que venían en dirección contraria se reflejaron en sus gruesas lentes.

—No pararé hasta que te sientes derecho y dejes de comportarte como una nenaza.

—Pero lo has robado.

El motor volvió a chirriar y el coche se tambaleó al cambiar de marcha.

—Y qué más da, joder. Para que nos metan en la cárcel, antes tienen que pillarnos.

Las luces de Alexandra Parade emitían un hermoso brillo a esta velocidad. Los relucientes *fish and chips* y los acogedores pubs se reflejaban en la humedad de las calles. Mientras veía pasar un bloque tras otro, Mungo se dio cuenta de que los destellos de las ventanas cambiaban a la vez: familias felices, acurrucadas en el sofá, viendo el mismo programa en la tele. Poco después, los bloques desaparecieron y empezaron a asomar a la derecha los adosados de Royston: tierra de católicos. Los Hamilton no pintaban nada allí.

Más allá se alzaban las promesas rotas de Sighthill. Los rascacielos apenas tenían veinte años y se hallaban en un lamentable estado de abandono. Eran los edificios más altos que Mungo había visto jamás. Las cimas desaparecían entre las densas nubes, como una escalera atravesando la lluvia incesante, o como un puntal sosteniendo oscuros nubarrones para evitar que se derrumben y asfixien a toda la ciudad.

El Capri volaba. Cada vez que Hamish metía un acelerón después de detenerse en un semáforo, el cuerpo de Mungo se pegaba con fuerza al asiento, como cuando su hermano se le sentaba encima del pecho, solo que ahora la sensación era de libertad. Estaban rodeando la isleta donde trabajaba su madre y, en uno de los semáforos, Mungo señaló hacia la caravana. No había mucha gente; Mo-Maw estaba asomada a la ventanilla, la luz fluorescente le iluminaba el pálido pecho. Sus hijos se quedaron observando cómo su madre flirteaba con un basurero. Hamish bajó el cristal e hizo rugir el motor. Seguidamente exclamó a grito pelado:

—¡Putaviejaborracha, chúpamelapolla!

Mungo se agachó en el asiento. Se volvió para pedirle disculpas a Mo-Maw, pero iban ya a toda pastilla camino de Trongate. Hamish

estaba partiéndose de risa y Mungo, muy a su pesar, se dio cuenta de que también se lo estaba pasando bien.

—Tranqui, tío, no va a saber que hemos sido nosotros —dijo Hamish —. Nunca se pone las gafas cuando está con hombres.

La bestia naranja iba tronando por High Street cuando giró a la derecha; luego, tras dejar atrás la fábrica de periódicos, siguió en dirección a George Square. Hamish iba conduciendo como si fuese el amo y señor de la ciudad, con una mano en el volante y con la otra saludando a las muchachas, que no dudaban en devolverle una desdeñosa mirada. Apoyando la frente sobre el frío cristal, Mungo vio mil historias pasar a través de la ventana: jóvenes ligeras de ropa que iban a tomarse algo después del trabajo, grupos de estudiantes de arte hablando y gesticulando animadamente, abogados con carpetas de manila bajo el brazo caminando con aires de superioridad. Tantas vidas a tan solo tres kilómetros de su casa, y todas parecían tener un futuro más brillante que el suyo.

Hamish tomó la amplia arteria de Argyle Street. Por esta zona, la gente era menos refinada, más como ellos. A medida que se fueron acercando al río Clyde, los comercios parecían ser más modestos, nadie se había preocupado de devolverle a las fachadas sus gloriosos tonos dorados. Los viandantes atravesaban la llovizna sin mirar siquiera por dónde iban. Nadie se detenía a contemplar las enormes mansiones repletas de columnas corintias construidas siglos atrás por los ricos mercaderes de Glasgow, los llamados «Señores del Tabaco». Mungo sintió envidia. Si él pudiese transitar estas calles todos los días, jamás pasaría por alto su belleza.

—¿Estás bien? —preguntó Hamish—. No irás a vomitar, ¿verdad?

—Nunca vengo por aquí. No vayas tan rápido.

Siguieron dando vueltas un poco más, atravesaron West Nile y Renfrew Street para continuar después por Hope Street. Se detuvieron en el semáforo de la Estación Central, donde vieron a grupitos de muchachas dirigirse a los pubs y clubes. Tenían los brazos rosados y rollizos, la piel de gallina. Hamish puso el motor en un seductor susurro. Las chicas se rieron de ellos.

Hamish señaló el indicador de combustible.

—Sería una pena desperdiciar esta belleza. ¿Te hace una aventurilla más antes de volver? —Hamish se sacó una lata de Special Brew del bolsillo del chándal y se la ofreció a Mungo. Luego sacó otra y la chocó con la de su hermano. A Mungo le dio pena ver caer restos de espumosa cerveza sobre la tapicería, pero a Hamish no pareció importarle—. ¡Por los valientes hombres Hamilton!

El propietario del coche tenía un montón de casetes en la consola central. Hamish puso el «Stop Your Sobbing» de los Pretenders y, meciéndose al ritmo del estribillo, le suplicó a su hermano una y otra vez que «dejase de llorar». Hamish parecía feliz conduciendo a toda velocidad bajo el sirimiri, con una mano fuera y la lata de cerveza entre las rodillas. Mungo quería observar a su hermano en ese insólito estado de alegría, pero la ciudad reclamó toda su atención mientras cruzaban uno de los puentes del Clyde. Sobrevolaron barrios cuyos nombres desconocía.

Al llegar a la costa resultaba complicado distinguir dónde terminaba la tierra y dónde empezaba el mar. Hamish aparcó en la colina más alta y se sentaron en el capó. Debajo de ellos se extendían constelaciones de lucecitas, granjas solitarias, pequeñas aldeas pegadas al gélido mar de Irlanda. Hamish le pasó el brazo por los hombros. Casi se disculpó.

—La próxima vez podemos venir de día, ¿eh?

A Mungo no le importaba. Era el lugar más tranquilo en que había estado jamás.

—¿Podemos apagar los faros? Un momento nada más.

Su hermano hizo lo que le pidió. Sentados en la penumbra, Hamish apuró su cerveza y luego se terminó también la de Mungo. Después de un rato, dijo:

—No es mi intención ser siempre tan duro contigo.

—Lo sé.

—Es que a veces no puedo con tanta presión. Los Billies, el crío de Adrianna, y encima tener que cuidar de ti.

—Yo no te he pedido que cuides de mí.

—Supongo que eres el menor de mis problemas. —Hamish estaba tirándole suavemente del lóbulo de la oreja. Muy pocas veces oía Mungo a su hermano hablar de esa manera. En casa no había espacio para la ternura. No era prudente decir cosas así, la gente del barrio podría usarlas después en tu contra—. Estamos juntos en esto, Mungo. Te meto caña porque no quiero que acabes siendo un blandengue. —Tiró de la oreja de Mungo y luego se la retorció.

A Mungo le dio pena que su verdadero hermano se retirase tan pronto.

—Creo que a Jodie le pasa algo. No está comiendo bien.

—¿Sí? —Hamish sonó aburrido—. Seguro que ningún tío del instituto se la quiere tirar.

—Espera, ¿no estábamos juntos en esto? ¿Los tres mosqueteros?

—¿Estás de coña? Querrás decir el Padrino y sus dos inútiles secuaces. —Hamish estrujó en la mano la lata de cerveza y la hizo volar por los aires—. Ven, que te voy a enseñar un truco de magia.

Hamish atravesó a gran velocidad una serie de sinuosas carreteras y Mungo cayó en la cuenta de que su hermano había estado aquí antes, sin él, y la idea lo puso un poco triste. El coche pasó junto a altos setos y vallas de granjas colindantes hasta que se detuvo en mitad de una pequeña colina. Bajo los últimos resquicios de luz violeta, Mungo alcanzaba a ver a unos diez o doce metros por delante de ellos.

—Vale —dijo Hamish—. ¿Qué crees que pasaría si quitara el freno de mano?

—Sería una estupidez —respondió Mungo—. El coche saldría rodando hacia atrás.

—Exacto.

Hamish soltó el freno de mano y Mungo se abrazó a sí mismo, esperando que el coche saliese rodando hacia atrás y se alejase del resplandor de sus propios faros. Durante varios segundos no ocurrió nada y, entonces, muy lentamente, el coche empezó a avanzar cuesta arriba. Mungo sintió el calor de la amplia sonrisa de Hamish.

—¿Has visto qué locura? —En efecto, era extraño. El coche iba

cuesta arriba por sí solo—. Este sitio está maldito o algo. Hay como una corriente eléctrica que hace que el coche suba. Es raro, ¿verdad?

Hamish arrancó y continuó subiendo la colina, pero Mungo quería que lo repitiese una y otra vez.

Se detuvieron en un pequeño embarcadero junto al huraño mar. Hamish compró un cartucho de patatas fritas para los dos. No se quejó cuando Mungo las bañó en vinagre de malta, simplemente dijo:

—No te las comas todavía. Antes tenemos que ir a un sitio.

Las patatas estaban aún calientes cuando llegaron a una larga albarrada. Hamish aparcó a un lado de la carretera y se dispusieron a trepar el alto muro. Todo estaba negro como el tizón. De vez en cuando, los helechos les lamían las piernas, haciéndoles bailar de miedo y de placer. A lo lejos, como a un kilómetro y medio, vieron el tenue resplandor de una luz artificial.

Cuando llegaron por fin al castillo, Mungo tuvo que preguntarle a su hermano qué era, ya que nunca había visto nada igual. Conocía el hotel de la Estación Central y la catedral de Glasgow, con su hollinada piedra arenisca, pero aquellos eran lugares públicos, turísticos. Esta, en cambio, era una residencia privada. Una edificación majestuosa, a caballo entre un castillo y una enorme mansión señorial. La estructura principal se emplazaba de espaldas al mar, y estaba rodeada de jardines y muros almenados hasta donde alcanzaba la vista. La débil luz del interior titilaba en los cristales traslúcidos. Las ventanas eran amplias y las habitaciones estaban ostentosamente decoradas. Mungo supo que existía un mundo de belleza dentro y fuera de aquella mansión.

—Es la leche, ¿a que sí? El castillo de Culzean. —Hamish estaba bajo el ramaje de un viejo árbol, con los brazos en jarra, orgulloso como un lord—. Sammy-Jo quiere que nos casemos aquí. —Silbó—. ¿Sabes cuántos coches robados harían falta para pagarlo?

Hamish señaló hacia un puente que atravesaba los jardines. Estaba flanqueado a ambos lados por antiguos torreones defensivos.

—Dentro es un picadero de puta madre —expuso a título informativo —. Es perfecto para traerte aquí a tu pibita con una botella de Buckfast y enseñarle el castillo. Seguro que después se deja meter mano —dijo

Hamish sonriendo. Tenía la boca llena de patatas amarillas.

Mungo observó a Hamish colgado de una gruesa rama y pensó en lo mucho que le gustaba ese lado infantil de su hermano. Aquí estaba lejos de Glasgow, del escrutinio de los chicos protestantes y sus altas expectativas, del resto del barrio y su baja opinión de él. A Mungo le vino a la memoria el niño que Hamish había sido una vez, un chico travieso y valiente, lleno de ideas impulsivas y sin miedo a caerse, siempre y cuando pudiese volar primero. Viéndolo ahora, comportándose como un crío, era como si su carácter no se hubiese agriado nunca. Mungo no pudo evitar emocionarse un poco.

—¿Hamey? —Sabía que estaba tentando a la suerte.

—¿Qué?

—Te quiero.

Mungo estaba mirando a su hermano balancearse cuando sintió unas manos en el cuello. ¿Por qué siempre lo agarraban del cuello? El vigilante nocturno había cruzado a hurtadillas el césped húmedo, el rumor del mar había amortiguado sus pisadas. Puso un brazo bajo la barbilla de Mungo y lo obligó a echar la cabeza hacia atrás.

—¡De aquí no te escapas, cabrón!

A Hamish no le había dado tiempo a soltarse de la rama cuando ocurrió. Después de una vida entera reprimiendo sus más bajos instintos y recibiendo lecciones a cargo de un hermano sádico, la violencia se desató en Mungo. Echó rápidamente la cabeza hacia delante y luego hacia atrás. Sintió cómo el tabique nasal del hombre cedió, no cabía duda de que le había roto la nariz. Después se aovilló y lo empujó con todas sus fuerzas hasta hacerle perder el equilibrio. El vigilante cayó sobre el suelo mojado. Mungo se zafó de su agarre y se puso en pie de un salto.

El hombre estaba rodando por el suelo con las manos en la cara cuando Mungo salió corriendo en dirección a su hermano tratando de hallar refugio en la oscuridad. Al pasar, agarró a Hamish del chándal y se lo llevó lejos del hombre, hacia los helechos. Había sido fácil vencer al vigilante; tal vez no estuviese acostumbrado a que chavales de los barrios bajos de Glasgow asaltasen el castillo. Cuando llegaron a la

albarrada, Mungo se dio cuenta de que su hermano estaba mirándolo con admiración. Sus dientes brillaban bajo la luz de la luna, nada le producía más excitación a Hamish que saltarse la ley. Mientras le hacía el puente al coche para arrancarlo de nuevo, dijo:

—Joder, Mungo. Con lo tímido que parecías. Yo creo que ni tú sabes de lo que eres capaz.

Estuvieron cantando todo el camino de vuelta a la ciudad. Hamish aprovechó también para despotricar de sus rivales católicos y recordar con orgullo la chispa de violencia que había visto prender en su hermano.

—He flipado cuando has tumbado al capullo ese —dijo sonriendo—. El mes que viene tienes que ayudarnos cuando luchemos contra los Royston Bhoys. No se lo van a esperar, ya verás. Estoy loco por ver cómo le clavas un tomahawk a un puto feniano.

Detrás de Sighthill discurría un canal de lodo que bajaba desde el North Side hasta el Clyde; de noche, todos los edificios industriales de alrededor estaban oscuros y cerrados a cal y canto. Hamish dejó el Capri en mitad de la carretera vacía. Quedaba la gasolina justa para prenderle fuego. Mungo había intentado razonar con él; ya que se lo habían pasado tan bien, ¿no podía devolver intacto el precioso coche y no estropear por una vez todo lo bueno que caía en sus manos?

—¿Tú eres tonto o qué te pasa? Joe Morrison me va a soltar ochenta libras por robar el coche y quemarlo. El seguro le va a dar más pasta que si lo vendiera.

Hamish quitó el tapón del tanque de gasolina, metió un trapo en el orificio y, tras encenderlo, se alejó del Capri. Se produjo una explosión tremenda y el coche se convirtió en una estrepitosa bola de llamas. Mungo se quedó sin respiración y un sinfín de pensamientos se sucedieron en su cabeza. Le asombró ver cómo algo tan maravilloso podía ser destruido por completo en un abrir y cerrar de ojos. Los hermanos se alejaron de las llamas, se sentaron en el muro del cementerio de Sighthill y observaron el humo de los neumáticos

ascender hasta las nubes y fundirse con ellas. Mungo se sintió triste porque la noche había concluido. Pronto volverían al barrio. Le habría gustado ir a recoger a Jodie y comer juntos patatas fritas con vinagre frente al mar.

Varios grupos de chavales de Sighthill se acercaron a la hoguera buscando cosas para arrojar a las llamas antes de que llegasen los bomberos y sofocaran la diversión. Más abajo, los edificios industriales se iluminaron con el azul estroboscópico de los camiones de bomberos. Los chicos vieron las luces abrirse paso a través del laberinto de calles en dirección al canal. Hamish habló primero:

—Estoy orgulloso de lo que has hecho en el castillo.

Mungo no se sentía orgulloso. Le daba asco cómo el pelo se le estaba apelmazando por la sangre del hombre.

—Me parece triste estar orgulloso por eso.

Hamish estaba sujetando un pitillo entre los dedos índice y corazón. La ciudad que tenían a sus pies estaba medio putrefacta, corrompida. Mungo era demasiado joven para entender ciertas cosas; además, en quince años no había salido prácticamente del barrio, solo conocía media docena de calles. Hamish apretó el puño izquierdo y trató de mantener su temperamento a raya. No era culpa de Mungo estar tan verde.

—Aquí no hay trabajo, joder. Tienes que espabilar. A ver, ¿qué sentido tiene que sigas yendo al instituto?

—Bueno, tú ni siquiera lo intentaste, ¿no?

La respuesta fue demasiado rápida. Mungo se abrazó a sí mismo.

Hamish le dio un capirotazo a la colilla, que cayó —pirueta mediante — en la oscuridad de la noche. Se dobló sobre sí mismo, como una navaja a medio cerrar, y emprendió el largo camino a casa.

Mungo trotaba detrás de él, un perro apaleado siguiéndole los talones a su amo.

—Aprende un oficio, eso es lo que me dijeron en el colegio. Cuando les conté que quería ir a la universidad y estudiar Ingeniería, me dijeron: «Me temo que eso no es para chicos como tú» —dijo Hamish con su mejor acento del West End; Mungo sabía que estaba imitando a

la señora Newman, la directora del instituto, una mujer siempre ocupada—. Lo más triste es que yo sabía perfectamente a qué se refería la desgraciada esa, pero aun así le pregunté: «Vaya, ¿y por qué no?». Y la vieja levantó la barbilla y me soltó: «No estás hecho para la universidad».

Mungo había oído a Hamish decirle exactamente lo mismo a Jodie; ahora sabía dónde se había originado la herida.

—¿Y la creíste?

—Al principio, no. Newman me dijo que si me gustaba tanto la construcción, que fuera a Govan y pidiera un puesto de aprendiz en los astilleros. Hasta me pagó el billete de autobús para que me acercara una tarde. Total, que iba por el muelle con mi mejor uniforme cuando me encontré de frente con un montón de hombres. Los acababan de despedir. No les había dado tiempo ni a comerse el bocata. —Hamish detuvo por un momento sus largas zancadas y se quedó mirando la ciudad—. Tíos hechos y derechos con caras de echarse a llorar, y yo con el uniforme y la corbatita a ver si tenían un puesto libre de aprendiz. Trescientos cincuenta hombres en el paro y yo pidiendo dinero para el autobús. Menuda vergüenza pasé.

—Lo siento.

Hamish giró sobre sus talones y le clavó a Mungo el dedo en el pecho. Habían cruzado una especie de límite de Glasgow, era como si aquel hombre airado que había dejado atrás estuviese allí esperando a que volviese.

—No necesito que sientas nada.

A Mungo le empezó de nuevo el tic de la cara. Había estado tranquilo toda la noche, incluso cuando le rompió la nariz al vigilante nocturno.

Hamish observó su familiar temblor y suspiró.

—¿Me odias, Mungo?

—¡No! —Fue una respuesta espontánea, casi torrencial, y sincera. Mungo se mordió el labio por dentro y añadió—: Pero no quiero ser como tú.

Esperaba que Hamish le diese un puñetazo. Sin embargo, su hermano se apartó de él y se rio. Mungo retrocedió medio paso para evitar un

posible gancho de derecha.

—Es curioso. Yo pensaba lo mismo de Mo-Maw, y mírame. Hecho un viejo a los quince, y padre a los dieciocho.

—¿Por eso la odias?

—No la odio. —Hamish se rio de una forma amarga—. Bueno, igual sí. Pero todos le echamos la culpa de algo, ¿no?

—Yo no le echo la culpa de nada. Solo intento quererla.

—Porque todavía eres muy joven y estás atontado. Tiempo al tiempo.

Al decir eso, Hamish se dio media vuelta y empezó a correr todo lo rápido que pudo. Mungo sabía que debía correr también. Royston no era el lugar más indicado para que dos Hamilton se diesen un paseo, hasta eso lo había arruinado Hamish. En los adosados sociales había una pintada de un enorme trébol verde. Los hermanos no se pararon a contemplarla. Atravesaron volando las brillantes calles, intrusos en tierra de católicos.

# 7

Mo-Maw se pasó la mañana intentando ganarse la aprobación de Jodie, alternando entre planchar una y otra vez los mismos cuatro paños de cocina y mirar compungida el teléfono. Cada vez que su hija se acercaba, volvía a sonreír para ocultar la vergüenza del rechazo. Luego, por la tarde, como fingiendo que era una mujer nueva y reformada, empezó a meter trocitos de carne y salchichas en una cacerola. La cocina se humedeció por el vapor. El caldo del estofado y el sudor de las cebollas le dieron al aire un toque salado.

Mungo estaba tumbado en la moqueta del pasillo con las piernas apoyadas en la pared, disfrutando de los felices murmullos que llegaban de la cocina: el cuchillo bueno cortando sobre la tabla, el cucharón removiendo el caldo. De vez en cuando, Jodie pasaba por encima de él para ir al baño. La expresión de sus ojos le imploraba que madurase. «¡Traidor! —le increpaba—. Ten un poco de respeto por ti mismo». Finalmente, Jodie dejó de reprenderlo y comenzó a darle patadas en el costado cada vez que pasaba. «Lo siento, lo siento mucho», decía fingiendo que había sido un accidente. Pero Mungo era un perrillo fiel. No había manera de que se moviese de allí.

Al final, Mungo se levantó y fue en busca de su hermana. Jodie estaba secándose la larga melena cuando entró a hurtadillas en su dormitorio, se fue acercando cada vez más hasta sentarse al lado. Luego extendió la mano izquierda con la palma ahuecada hacia arriba para que Jodie echase las pinzas en ella. Le rogó entre susurros que fuese a cenar; estaba claro que no iba a dejarla en paz hasta que aceptase.

Su hermana se unió a ellos en la mesa plegable. Se sentó de lado, como si tuviera pensado irse en cualquier momento, provocando que a Mungo le entrase el temblor del ojo. Mo-Maw sirvió cuencos de patatas grandes y blancas como bolas de nieve entre fibrosas salchichas, tanto

de las alargadas como de las cortadas en cuadraditos. Luego lo sumergió todo en un lago de olorosa salsa.

A pesar de que su madre se había lavado la cara en cuanto llegó de trabajar, aún podían verse restos de rímel ultravioleta cuando sonreía. Mientras rebañaban con pan los restos de salsa, empezó a hablarles de los personajes que frecuentaban la cafetería, criaturas de la noche que se pasaban la vida vagando en la oscuridad. Se acercaban a ella como polillas, decía, y, sin ningún tipo de pudor, le contaban secretos íntimos, cosas que no se atreverían a decir a la luz del día.

—Entonces fue cuando la dueña, Ella la Foca, me dijo que la última chica que contrató vendía más cosas aparte de salchichas y huevos fritos. Por lo visto, la muy zorrona tenía hasta una lista secreta de precios; después de diez pajas, la undécima te salía gratis. —Mo-Maw estaba tronchándose de la risa, parecía bastante contenta para tener el corazón roto—. Las tres primeras semanas, los camioneros no dejaban de preguntarme cuál era el especial de la casa. Yo les decía «Salsa curry y patatas fritas», y todos me miraban como si yo fuera imbécil. «No», respondían, «el especial, especial».

Jodie cruzó los brazos sobre el pecho.

—Pues mira, igual podrías intentarlo tú también.

—¿Qué? No pienso tocarle la picha a ningún tío por esa miseria.

Jodie miró de inmediato a su hermano. Ambos sabían la verdad, que Mo-Maw había hecho cosas peores y por menos. Los pies de Mungo buscaron los de su hermana debajo de la mesa tratando de darle una patada antes de que arruinase la cena. Los labios de Jodie ya estaban curvándose con sorna:

—Si te vendes al peso, lo mismo te hacen mejor precio.

Mo-Maw dejó caer el tenedor. Se tocó con vergüenza sus pequeñas lorzas.

Ambas mujeres se quedaron calladas, cada una mirando a un punto diferente. Mungo se ocupó de llenar el espacio vacío. Jodie solo llevaba un par de bocados cuando dejó de comer.

—¿No tienes hambre? —le preguntó Mungo rebañando su propio plato.

Jodie tenía mal color, estaba como verdosa.

—No mucha.

Mungo le levantó un poco el plato, como si eso pudiese animarla a comer.

—Un poco más aunque sea.

Mo-Maw volvió a empuñar el tenedor y siguió comiendo sin saborear la comida.

—No te preocupes, Mungo, si no quiere, no quiere. —Miró a Jodie—. De todos modos, ahora que eres una mujer, te vendrá bien saltarte alguna comida que otra. No puedes comer como un niño de doce años. La genética, ya sabes.

—¿Cómo se escribe? —preguntó Jodie rápidamente.

—¿Cómo se escribe qué?

—Genética.

Mo-Maw cogió el plato de Jodie. Volvió a echar en la olla todo lo que se había dejado.

El teléfono empezó a sonar. Mo-Maw usó una larga pinza con forma de plátano para recogerse los rizos sueltos. Nunca hablaba de pie por teléfono. Ella veía cada llamada como una oportunidad para sentarse, fumarse su cigarrito y charlar largo y tendido. Quienes llamaban por equivocación eran sus favoritos.

Mungo esperó a que su madre saliese de la cocina. Puso las manos abiertas sobre la mesa.

—¡Joder! ¿Por qué te gusta tanto chincharla?

Jodie no contestó. Apoyó la cabeza sobre la mano de Mungo. La acaramelada seda de su brillante pelo desprendía un olor dulzón. Mungo percibió el murmullo de la palpitante sien de su hermana. Estaba ardiendo. Oyeron a Mo-Maw contestar al teléfono. Siempre recitaba a su interlocutor el número al que había llamado, una afectación que exasperaba a Jodie.

—Muy buenas, residencia de los Hamilton. Ha llamado al cinco-cinco-cuatro, seis-uno… —La pomposidad hizo mutis un momento después—: ¡Ah, joder! Eres tú. ¿Qué coño quieres?

Los hermanos escucharon cómo Mo-Maw empezaba a discutir con

Jocky. Pero la contienda duró poco. La determinación de su madre tenía raíces poco profundas. Lo que empezó siendo como un bloqueo distante y terco se derritió enseguida y, unos minutos después, estaba ronroneándole al teléfono como una quinceañera. Jodie se sentó recta en la silla y soltó un suspiro. Mungo la ayudó a quitarse la vieja laca de uñas y luego ella se las volvió a pintar una a una con el esmalte de Mo-Maw. Era de un tono rosa pastel, el color de los lóbulos de las orejas de un bebé.

Mo-Maw tenía las mejillas sonrojadas cuando regresó a la cocina.

—Ni siquiera ha pasado un fin de semana entero. —Apretó la mano de Jodie, cosa que sorprendió a todos—. ¿Crees que me quiere?

Mungo sabía que su hermana no tardaría en quitarle la ilusión a su madre. Jodie le concedió un instante de ensoñación antes de apartarle la mano.

—¿No pensarás irte otra vez?

—¿Cómo que no? ¿Es que no puedo ser feliz?

Jodie señaló a Mungo con la cabeza. No dijo nada más.

Por un breve instante, Mo-Maw pareció no saber dónde se encontraba. Luego se recompuso y estrechó la cabeza de Mungo contra su pecho. Mungo inhaló profundamente, sin saber cuándo volvería a estar de nuevo tan cerca de ella. Sintió cómo su madre hundía el peso en la cadera derecha, como enraizándose en el suelo; entonces, algo en su tono cambió. Toda la emoción anterior había desaparecido, su voz era plana, como un globo desinflado.

—No, no. Tienes razón, Jodie. Debo quedarme aquí.

Los ojos de Jodie se abrieron como platos de porcelana. Mungo sabía que debería decirle algo a Mo-Maw para que volviese con Jocky, pero no lo hizo. Abrazó a su madre y se quedó callado.

Mo-Maw estaba hablándole a la tele, respondiendo a las preguntas de un concurso y contando las últimas monedas sueltas que le quedaban. Mungo se introdujo el chubasquero por la cabeza, se acercó a ella por detrás y, con disimulo, comprobó que lo que estaba bebiendo era agua

del grifo. Le dijo que volvería a casa en unas horas.

Con la repentina reaparición de su madre llevaba varios días sin ver a James. Teniendo en cuenta que la madre de su amigo estaba muerta —una muerte real, no reembolsable—, Mungo todavía se sentía fatal por haberle contado que Mo-Maw había regresado del Hades.

James no se encontraba en el palomar, pero los olores a mierda fresca de pichón y a serrín revelaban que su amigo había estado allí hacía poco. Regresó al barrio a paso ligero. Era domingo, una noche desapacible, perfecta para darse el baño semanal y planchar los uniformes de trabajo; los bloques de viviendas estaban sumidos en una letárgica desazón. Mungo sabía que la parte de atrás del piso de James daba a su bloque, pero desconocía el número exacto. Fue paseando como si tal cosa por la calle vacía mientras miraba los porteros automáticos. Estaba a punto de darse por vencido cuando en el último portal halló el apellido Jamieson escrito en tinta verde, arriba del todo.

—¿Quién es? —No era la voz de James.

—Hola, ¿está James? ¿Puede salir a jugar?

Le dio un poco de vergüenza, esto no se le daba nada bien.

Pero sonó el zumbido del telefonillo y Mungo se sintió agradecido de poder resguardarse del frío nocturno. Las paredes del portal estaban revestidas de azulejos hasta la altura de los hombros, componiendo un diseño de diamantes dorados y marrones. Cada rellano contaba con una vidriera floral que inundaba el hueco de la escalera de fractales de hermosa luz. Era el mismo tipo de vivienda que la de Mungo, pero resultaba evidente que el administrador de ese bloque se preocupaba más por su mantenimiento. Las familias que vivían allí estaban, aunque fuese por ese mínimo detalle, un poquito mejor.

Los Jamieson vivían en la última planta, tras una puerta doble de seguridad. James estaba inclinado sobre la barandilla del rellano, descalzo, con un grueso jersey de Aran y unos pantalones cortos de fútbol de nailon. Parecía desinflado, cansado, con los brazos cruzados sobre el pecho como un segurata. Su expresión se suavizó al ver a Mungo subir las escaleras. Sin mediar palabra, este lo siguió adentro y se sentó en el extremo opuesto del sofá.

En la televisión estaban dando los resultados de las carreras de caballos. El padre de James estaba quejándose por la lista de ganadores —su caballo había perdido— mientras hacía el equipaje. No saludó a Mungo cuando entró, estaba metiendo maquinalmente las cosas en una bolsa de viaje, como si la hubiese hecho muchas veces antes. El señor Jamieson era alto, igual que James, y anchote; tenía pinta de ser muy mañoso. Su pelo era del mismo rubio que el de su hijo, pero se le veían destellos plateados en las sienes. Tenía las mejillas rosadas, parecía un hombre capaz de bañarse en el mar en pleno mes de enero. Sin apartar la mirada del televisor, se puso una gorra azul marino, y Mungo se dio cuenta entonces de que la que James solía llevar era una versión andrajosa de la de su padre.

Los ojos del hombre, grises como el mar del Norte, se posaron finalmente en su hijo. Fue entonces cuando el señor Jamieson reparó en Mungo. En su mirada había tanto desprecio que el chico escondió la zapatilla izquierda detrás de la derecha, a pesar de que ambas se encontraban en idéntico estado de deterioro. Se preguntó qué historias habría oído el señor Jamieson acerca de la familia Hamilton.

El padre de James salió al pasillo. Arrancó un cable de la pared y, cuando regresó al salón, lo enrolló al teléfono de color crema. Lo introdujo en la resistente bolsa deportiva sin mirar a su hijo.

—Ya conoces las reglas. Si necesitas llamarme, usa el teléfono de la señora Daly.

James asintió lentamente. El señor Jamieson volvió a mirar de arriba abajo a Mungo, que sintió la extraña compulsión de abrir las manos y volver las palmas.

—Muy bien —dijo el señor Jamieson cerrando la cremallera de la bolsa. Sacó varios billetes de un apretado fajo y lo dejó encima de la mesa—. Tres semanas. A ver si esta vez no te lo gastas todo de un tirón, ¿de acuerdo? Intenta… —Empezó a decir algo y luego volvió a mirar a Mungo y se lo pensó mejor—. Intenta portarte bien. Y no faltes a clase. ¿De acuerdo?

No le dio ningún abrazo a su hijo. Se despidió con una leve inclinación de cabeza, como si se hubiese encontrado a un conocido por

la calle.

Mungo no dijo nada hasta que oyó al hombre silbar por la calle.

—No veas tu padre, ¿no? Qué cachondo. —Pero James tenía una especie de rictus grabado en el rostro. Mungo casi no lo reconocía sin la habitual despreocupación de su mirada—. No me dijiste que venía.

—Ya, bueno, en realidad solo ha venido a pasar el fin de semana.

—Pero ¿no tenía dos semanas libres?

—Sí, sí. Pero ha conocido a una tía de Peterhead y quería ir al norte a pasar unos días con ella antes de volver a la plataforma. —Mungo no sabía dónde estaba Peterhead. No dijo nada—. Caroline es azafata, creo, trabaja en la plataforma de Auk. —James hizo una pausa—. Ella y la hija se dedican a criar Yorkshire terriers. Tienen once. Unas pijas de mierda.

Parecía que James no quería hablar más. Cogió el mando a distancia y se puso a cambiar tan rápidamente entre los cuatro canales que Mungo tuvo que sujetarse el pómulo y mirar hacia otro lado. James optó por la reposición de una comedia inglesa. Se quedaron mirando en medio de un pesado silencio cómo un grupo de pensionistas de Yorkshire dejaban que un piano cayese monte abajo.

El salón tenía la misma forma que el de Mungo, pero todo era más grande y de mejor calidad. Había una moqueta y una enorme alfombra de lana. Alguien se había encargado de que el sofá hiciese juego con la moqueta y esta, a su vez, con las cortinas. Daba la lujosa sensación de que todo había sido comprado de una sola vez, no por fases. En la repisa de la chimenea había un par de fotos: un retrato familiar de estudio donde aparecían cuatro personas, y otro donde podían verse dos niños, James y una chica muy guapa de más edad.

—No sabía que tuvieras una hermana.

James siguió la línea de la mirada de Mungo.

—Geraldine. Está casada con un distribuidor de whisky.

—Guay.

James resopló.

—Se llama Gerald, pero le dicen Gerry. Gerry Berry. ¿Te lo puedes creer? En fin, los dos son un caso. Ella se cree que es la hostia porque

vive en un adosado con tele por satélite. Pero yo sé que es todo apariencia. La señora de Gerry Berry viene aquí los martes y jueves después del trabajo y me trae comida congelada.

—Igual quiere asegurarse de que comes bien.

—¿Sí? Pues espero que se sienta culpable.

Mungo se acordó de Jodie. La siguiente pregunta estaba cantada:

—¿Por qué no te vas a vivir con ella?

James se giró y lo miró fijamente a los ojos.

—¿Porque ella no me lo ha ofrecido?

Giró la cara hacia el televisor. James era una persona diferente, no el chico industrioso, afable y desenvuelto que había conocido en el palomar.

—Vamos, no seas así. —Mungo hizo chocar su hombro contra el de su amigo.

Cuando él le hacía eso a Jodie, su hermana le devolvía el empujón y al momento acababan uno encima del otro hasta que el motivo del conflicto se diluía. Mungo le dio otro codazo, pero James no se movió. Mungo se sintió estúpido allí a su lado. Estaba a punto de enderezarse cuando James empezó a moverse levemente. Levantó el brazo y lo pasó por encima de los hombros de Mungo, que se estremeció en espera de que le diese un pescozón o lo agarrase por el cuello. Sin embargo, poco a poco se dio cuenta de que no iba a sufrir ningún daño. En lugar de rechazarlo, James le estaba dejando más espacio.

Mungo se acercó y llenó con su cuerpo la oquedad del costado de James. Se dejó mecer por la marea de su pecho, por el lento subibaja de su caja torácica y el reconfortante suspiro al final de cada inhalación. El brazo de James era pesado, pero a Mungo le gustaba, se sentía seguro debajo de él. La lanolina del jersey de Aran le hacía cosquillas en la nuca; le llegó el perfume almizclado de su axila, los restos del desodorante en barra, la sal de la piel avivada por la lluvia. Los dedos de James estaban danzando en el aire siguiendo el compás de su mente distraída. Mungo cerró los ojos y sintió aquellos dedos tamborilear suavemente sobre su pecho.

De vez en cuando, James se reía de los torpes jubilados de la tele y

todo su cuerpo se estremecía. Mungo se había quedado mudo. Era incapaz de concentrarse en la serie, así que imitaba los patrones de la risa de James, siempre con medio segundo de retraso. Se quedaron así largo rato. Mungo tenía la sensación de que aquello no estaba bien. Pero le inquietaba que se acabase.

—Es mucha pasta, ¿verdad? —Mungo no lo oyó y James tuvo que repetírselo—. El dinero, digo, que es un buen pico.

El señor Jamieson había dejado en la mesa lo que parecían ser doscientas libras. Mungo había intentado no mirar.

—Le pagan un dineral, por eso se va tan lejos. Le pagan las horas extras y un plus por peligrosidad o no sé qué. Allí en mitad del mar no tiene en qué gastárselo.

—¿Es para que compres comida?

—Nunca me pregunta en qué me lo gasto.

James levantó el brazo y se puso de pie. Mungo sintió como si le hubiesen quitado una manta calentita una mañana de febrero.

En una vitrina había varios adornos de cristal y algunos libros con encuadernación de piel. Tenían un aspecto sofisticado, parecía el despacho de un académico. James cogió uno de color burdeos y lo abrió delante de Mungo. No era un libro, sino un estuche para videocasetes. No había ni un solo libro de verdad.

El interior del falso libro contenía un buen puñado de billetes crujientes.

—Alrededor de dos mil cuarenta y nueve libras. No me gasto todo lo que me da. Intento ahorrar lo que puedo para poder irme lo antes posible.

Después de doblar los billetes y guardarlos de nuevo, deslizó el libro por la mesa como si fuese un paquete de tabaco vacío. Se sentó en el sofá, lejos de Mungo, y remetió los pies planos debajo de su cuerpo. Volvió a mirar hacia la televisión.

—¿Cómo está Conan el Sectario?

James se rio; Mungo se alegró al ver sus alegres dientes separados.

—Al final le he puesto Sol Caledonio. Resulta que era famoso. Como no quería quedarse en el palomar, se lo vendí a un tipo de

Garthamlock. Me dio cuarenta libras por él, dijo que Flannigan el Retaco iba a matarme como me pillara.

—Pero tú no lo robaste. Seguiste las reglas, ¿no?

—Sí, claro, tú estabas allí cuando lo atrapé. Pero hay peña que no sabe perder. Así que a Flannigan que le den por culo. Cucurrucucú, cucurrucucú.

—Qué pena que lo hayas vendido.

James sacó un pie y le dio un empellón a Mungo.

—Lo mejor era venderlo. Seguro que habría intentado volver a su casa, y de paso se habría llevado a mi paloma estrella. —Retiró el pie —. Hay que moverlos. Confundirlos. Forma parte del juego.

Mungo sintió un vacío en la zona de su cuerpo que había estado apoyada sobre James. Tal vez James necesitaba el contacto, pensó; tal vez se sentía solo en este piso vacío, sin nadie; pero tal vez era Mungo quien anhelaba ese bálsamo.

—¿Tienes hambre? —le preguntó James.

No tenía —se sentía muy pesado después del plato de estofado—, pero siguió a James a la cocina. Los armarios estaban llenos de cajas de colores. Era la cueva de azúcar de Aladino, repleta de todos los tipos de almidón preenvasado imaginables. Mo-Maw nunca entraba en esos pasillos del supermercado, se quedaba en la sección de carnes y verduras, jamás sobrepasaba los confines de las sopas en lata. James miró las provisiones y suspiró aburrido.

En la pared, encima de la mesita, había una colección de crucifijos. Un collage de cruces hechas con hojas de palma dobladas. Su madre debía de haber escrito los nombres de los niños en ellas, con la misma letra pero con bolígrafos de diferentes colores. Un recuerdo de cada Domingo de Ramos vivido a lo largo de los años.

—¡Joder!

—¿Qué? —James estaba comiéndose dos galletas de chocolate que había juntado a modo de sándwich.

—Nada.

La razón por la que Mungo no conseguía ubicar a James era porque iban a institutos diferentes; la suya no era otra cara más que pasaba

desapercibida entre las hordas de alumnos de un instituto público. James era católico, y el católico estaba allí sonriendo mientras servía dos tazones de leche llenos de bollos de azúcar y copos de chocolate. Mungo cogió su tazón y trató de no mirar los crucifijos. Con un riachuelo de leche bajándole por la barbilla, resolvió que no le hablaría a Hamish de su amigo feniano.

Pasaron la noche iluminados por la chimenea eléctrica, viendo en la tele la actuación de unos comediantes ante la realeza británica. Tumbados bocabajo en la alfombra azul, se metieron entre pecho y espalda una interminable procesión de galletas de mantequilla. De sobra es sabido que los humoristas ingleses tienen poca gracia. Pero los humoristas ingleses, cuando actúan delante de la reina, además de tener poca gracia, suelen hacer gala de una untuosidad rayana en lo irritante. Por si fuera poco, el hombre que salía en ese momento parecía tener la muñeca floja, había algo en él que incomodaba a los chicos. Se trataba de un espectáculo lamentable, el público no dejaba de gritarle, y cuanto más se reía la gente, mayores eran sus amaneramientos.

—¿Adónde quieres ir cuando te marches de aquí? —preguntó Mungo.

James apartó la mirada del humorista. Apoyó la mejilla en el suelo.

—Ya te lo he dicho. Donde sea menos aquí. Quiero vivir en algún lugar donde la gente no se esté yendo siempre. No me importa estar solo, eso me la pela. Lo que no me mola es que la gente se vaya. —James lo miró—. ¿Tú estarías bien si yo me fuera?

Mungo se encogió de hombros.

—Haz lo que te dé la gana.

James se colocó entre Mungo y el televisor intentando descifrar la expresión de su rostro bajo el resplandor parpadeante.

—Qué mal mientes, Mungo Hamilton.

James intentó tocarle el pómulo a Mungo, justo donde se había originado el temblor. Mungo le apartó el dedo de un manotazo.

—Joder, ¿por qué todo el mundo quiere tocarme la cara?

James se incorporó sobre un codo.

Mungo entrecerró los ojos, como si estuviese en el oculista haciendo

un test de visión. Empezó a reírse.

James se giró y miró hacia la tele. Seguidamente volvió a clavar los ojos en Mungo.

—¿De qué te ríes?

—De los orejones que tienes, se transparentan y todo.

James se aplastó las orejas.

Mungo le apartó las manos con los dedos de los pies y sus enormes orejas cobraron vida de nuevo.

—Eres Dumbo.

James se abalanzó sobre Mungo y le retorció el tobillo con brusquedad. Mungo oyó cómo le crujió la rodilla; luego se giró hacia un lado y se zafó de la dolorosa presión.

—Venga, dímelo otra vez —gruñó—. Atrévete, joder.

—Dumb…

Pero antes de que pudiese terminar, James estaba encima de él, con la rodilla hincada en su costado mientras le aplastaba la cara con la mano izquierda. La gruesa alfombra le estaba desollando la magullada mejilla. James le dobló el brazo por detrás de la espalda.

—No te oigo. Dilo más alto.

Hamish siempre ganaba con facilidad a Mungo. Este aprendió rápidamente que ofrecer resistencia solo servía para prolongar la agonía. De modo que se hacía un ovillo, llevaba los codos a las rodillas y escondía la cara entre los antebrazos. Eso enfriaba el ardor de Hamish. No tenía gracia darle una paliza a un cacho de carne con ojos.

—Ríndete —le ordenó James.

—¡Jaja! Ni de coña.

James volvió a retorcerle el brazo.

—Rín-de-te.

—Vale.

Lo soltó y Mungo se alejó. Se sentó de espaldas a él, apretándose la dolorida muñeca. James había ido demasiado lejos, no era mejor que Hamish. La sonrisa de vencedor desapareció de sus labios. Extendió una mano para disculparse. Pero cuando Mungo se dio la vuelta, miró a James desde debajo de su flequillo y una sonrisa se perfiló en su rostro.

—Dumbo. Dumbo. Duuum-booo. Pedazo de orejón. ¿Has aprendido ya a volar con las orejas?

Mungo tenía mucho más aguante del que parecía. James no lo sabía aún.

Siguieron armando jaleo hasta que se encendieron las farolas de la calle. Mungo se mantuvo todo lo alejado que pudo. Se levantó la camiseta y se frotó el hinchado vientre, tanto dulce no le había sentado bien.

—Tengo que volver. Mo-Maw estará preocupada. —Era el tipo de cosas que decían en las series americanas de la tele. Le gustó cómo sonó, aunque sabía que no era cierto.

El rostro de James se tensó. Abrió la boca para decir algo, pero Mungo observó cómo las palabras se le quedaron atascadas en los dientes, como si se lo hubiera pensado mejor.

—Cucurrucucú, cucurrucucú —ofreció como respuesta.

—Mañana me pasaré por el palomar después del instituto. —Mungo trató de sonar todo lo natural que pudo. Fingió que buscaba algo en el bolsillo del chubasquero—. Tú vas a un instituto católico, ¿no?

—Sí —dijo James—. Ya te lo dije, Ha-Ha intentó matarme.

Mungo levantó la vista. Había entendido mal.

—Pensaba que lo decías en general. Como que la había tomado contigo o algo así.

James se sentó y se llevó las rodillas al pecho.

—No. Todos los días, a las cuatro de la tarde, Ha-Ha y los demás Billies venían a por mí. Para ser un enano gafotas, tu hermano corre como un cabrón.

—Sí, una pena que desperdicie así sus talentos.

James se estaba hurgando el dedo gordo del pie. Parecía que iba a decir algo más, pero al final bajó la cabeza, el pelo le tapaba los ojos. Cuando al fin habló, se dirigió a una lámpara de mesa con flecos.

—¿Puedo pedirte un favor, Mungo? No te pienses nada raro, eh. Pero ¿podrías quedarte un poco más? O, no sé, toda la noche, si quieres. —Mungo sabía que le estaba costando decir aquello—. Tengo una caja de bombones navideños, te dejo que elijas primero.

—No puedo. Mi madre. —Mungo señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Anda. Porfa.

Mungo exhaló. Conocía perfectamente esa sensación de abatimiento.

Los chicos fueron al piso de abajo y le preguntaron a la señora Daly si podían usar su teléfono. La mujer parecía que los estaba esperando y los dejó solos en el impoluto recibidor. El teléfono sonó dos veces antes de que Jodie contestara. Su hermana tenía el habitual tono desinflado después de un largo turno en la cafetería. Mungo le dijo dónde estaba, le dijo que se iba a quedar, y que iría a por el uniforme por la mañana.

—Espera, ¿de verdad tienes un amigo? —Parecía sorprendida y aliviada.

—¿Hay algún problema?

—Para nada.

—¿Puedo quedarme aquí entonces?

—Claro. Si te necesito, asómate a la ventana. Te haré señales de humo.

—¿Se lo puedes decir a Mo-Maw de mi parte?

—Se lo diré —respondió. Luego exhaló exasperada haciendo vibrar los labios—. Cuando la vea.

—¿Qué quieres decir?

Jodie se estaba cepillando el pelo. Mungo oyó la electricidad estática a través de la línea.

—Mungo, ¿de verdad pensabas que iba a quedarse?

—Ah.

La señora Daly tenía tantos gatos que Mungo había perdido la cuenta.

—No te preocupes. Ha dejado una nota preciosa.

La habitación de James era una leonera. Las paredes estaban repletas de pósteres superpuestos. La ropa, tanto la limpia como la sucia, estaba desparramada por el suelo. En una esquina había un montón de viejas jaulas de canarios adaptadas para el transporte de palomas. Encima

podía verse un mapa de aves de Escocia; las colinas y los lagos estaban representados con todo lujo de detalles, indicando el tipo de aves que transitaba en cada área. James había rodeado con un círculo varios lugares lejanos a los que le gustaría ir. Y desaparecer.

Los chicos se acostaron juntos en la cama individual, James bocarriba y Mungo con la cabeza a los pies de James, intentando no tocarse. Si uno acercaba la pierna al otro más de la cuenta, este último se movía, dejando medio cuerpo colgando del estrecho colchón.

—¿Cómo es tu madre? —preguntó James en la oscuridad.

Era difícil describir algo así. Madre no hay más que una, ¿no? No se puede comparar con nadie; tampoco viene con una lista de funcionalidades como si fuese un horno nuevo.

—No sé. Es mi madre. —Mungo nunca lo había pensado antes.

Oyó a James rascar una vieja pegatina del cabecero de la cama.

—¿Le gusta bailar?

—Sí.

—¿Y cantar?

—Sobre todo cuando está borracha. —Mungo tenía los ojos abiertos en la oscuridad. La habitación se le antojó extraña y, en cierto modo, familiar. Pensaba que el dormitorio de un católico tendría las paredes desnudas, o llenas de crucifijos, pero no era el caso. Cada vez que se giraba, esperaba ver a Hamish comiendo cereales en su cama—. Mi hermana dice que no se comporta como una madre. Que nosotros somos el error de una niñata imbécil, un error del que sigue arrepintiéndose a día de hoy. Después de la muerte de mi padre, Mo-Maw decidió que iba a mirar primero por ella.

—Se supone que eso no es lo que hacen las madres.

—Ya, Jodie dice lo mismo. —Mungo no quería hablar más de ellas—. ¿Cómo era la tuya?

—Era genial —respondió James de inmediato—. Incluso cuando estaba muy enferma, hacía como que no le pasaba nada. Cuando yo llegaba del colegio, siempre me abrazaba y no me soltaba hasta que le contaba todo lo que me había pasado. Si Geraldine llegaba a casa después que yo, tenía que ponerse a la cola. Podía estar la tira de rato

abrazándote. Mi madre lo llamaba «el exprimidor». Nos abrazaba fuerte para que le hiciéramos caso. Quería sacar todo lo bueno de nosotros. No nos dejaba en paz hasta que le contábamos absolutamente todo.

—Suena bien.

—Pues sí, la verdad. —James tosió como si tuviese la garganta obstruida. Mungo vio que estaba respirando profundamente para evitar llorar.

Mungo no sabía qué hacer. Situó la mano en la afilada pantorrilla de James. Cerró el puño y fue dando golpecitos, arriba y abajo, arriba y abajo, como un médico comprobando si se había fracturado la tibia. Supuso que se apartaría, pero no lo hizo. Entonces Mungo quitó la mano de la espinilla y la llevó al centro del pecho de James.

—¿Y cocinaba bien? ¿Qué plato le salía mejor?

—Era una cocinera de mierda —respondió con un resoplido—. Pero lo que echo de menos no es la comida, sino la sensación de que haya alguien en casa cuidando de nosotros. La casa nunca parecía vacía cuando ella estaba en la cocina. A mi padre le pilló en la plataforma cuando mi madre murió. Ella le había dicho que se encontraba bien, pero no era verdad. Tuvieron que fletar un helicóptero para él y todo, pero tardó ocho horas en llegar. —Ocho horas. Mungo no alcanzaba a imaginar una distancia tan grande—. Yo me quedé junto al cuerpo de mi madre. Esperando a que llegara mi padre. —A James le costaba tragar cada vez más.

Mungo era incapaz de salvar la distancia que los separaba. Lo único que hizo fue situar la mano junto a la de James. Sus meñiques estaban a punto de rozarse, estaban tan cerca que prácticamente se estaban tocando. El calor de la mano de James saltó a la de Mungo y se extendió por todo su cuerpo. Mungo se quedó allí, bocabajo, a un mundo de distancia, escuchando sollozar a su amigo. Quería ofrecerle algo más de consuelo. Pero el valor se resistía a hacer acto de presencia.

Fue James quien tomó la iniciativa. Enganchó su meñique al de Mungo. La ardiente electricidad que se había generado en la frontera de sus cuerpos se convirtió de inmediato en un incendio.

Sin vacilar, Mungo se incorporó y se orientó del mismo lado que James. Se tumbó juntó a él y lo estrechó contra su pecho, sintiendo la humedad de su rostro. Lo abrazó del mismo modo que Jodie lo abrazaba a él, y dejó que aquel niño se acordase de su madre. Estaba bien tener un hombro sobre el que llorar. Un ratito aunque sea.

# 8

Se quitó el uniforme y lo dejó tirado de cualquier manera en el suelo del salón. Hacía calor en el armario del termo; allí dentro, Mungo se sentía tranquilo, en calma. Introdujo la mano entre un montón de toallas y se recreó en el roce de las fibras de algodón contra su piel. Siguió metiendo el brazo hasta la axila y experimentó algo parecido a un abrazo. Llevaba todo el día soliviantado acordándose de James; su amigo, que seguramente estaba avergonzado después de la llantina de la otra noche, no había vuelto a dirigirle la palabra.

La única intención de Mungo había sido ayudar, pero, a la luz del día, James no fue capaz de mirarlo a los ojos. En cuanto despuntó el sol, el chico salió flechado hacia el palomar y dejó a Mungo solo con un tazón de cereales Weetabix y con la sensación de haber hecho algo sucio, algo malo.

Mungo salió del armario y se dirigió a la ventana mirador. Clavó las uñas de los pulgares en la suave madera y ahondó las muescas que llevaba haciendo los últimos meses. Se fijó en un hombre conocido que caminaba por la calle. Aunque miraba hacia abajo, su columna vertebral estaba rígida y su coronilla se alzaba orgullosa hacia Dios. Andaba con pasos cortos, llevaba los brazos pegados a los costados y se aseguraba de no ocupar más espacio del que le correspondía. A diferencia de la mayoría de los hombres —que transmitían que había que hacer espacio a su polla—, este nunca separaba las piernas al andar. Mantenía los brazos rectos, pero la punta de sus dedos se curvaba levemente hacia fuera, como una pluma. Un detalle casi imperceptible. Pero todo el mundo lo percibía.

Rara vez podía verse al hombre sin bolsas de la compra. Todos los días iba a la cooperativa y compraba lo justo para sobrevivir hasta el día siguiente, para abastecer la despensa de un solterón: dos salchichas

de la carnicería, varias cajitas de té y bolsas de verduras congeladas que se conservaban frescas más tiempo si las volvía a cerrar con viejas gomas elásticas.

Varios chicos protestantes se fijaron en el hombre. Al resguardo de la marquesina de la tienda paquistaní, empezaron a darse codazos entre ellos y a imitar su forma de andar. Si Charles Calhoun «el Mariposón» se percató de la pantomima, hizo caso omiso. Un chico con la cara cubierta de grasientas espinillas extendió la mano con vulgaridad, como si tuviese la muñeca rota. Empezó a pasearse frente a las pegatinas con forma de estrellas de neón que anunciaban grandes descuentos en el pan del día anterior. Los demás chicos, pitillos en mano, le rieron la gracia.

—¡Cariiiiiiño! —interpeló al señor con un aleteo de dedos.

Varias amas de casa estaban contemplando la escena desde sus ventanas mientras se tomaban una taza de té y esperaban ociosas a que sus hijos volviesen del colegio. Todo el que veía al pobre señor Calhoun fruncía el rostro con pena.

—Cariiiiño, que te estoy llamando. —El chico gritaba cada vez más fuerte—. No seas tan maleducado, hombre, hazme caso.

El señor Calhoun —como le decían a la cara—, o el Mariposón —como lo llamaban a sus espaldas—, no detuvo el paso. No miró a sus torturadores.

—¿Me has mirado el culo? —El chaval recurrió a la vieja táctica de la provocación. Se giró hacia sus amigos—. ¿Lo habéis visto? El viejo me ha mirado el culo.

Todos coincidieron en que sí. Cual simios en chándal, se acercaron al hombre solitario gesticulando de forma exagerada, salvaje. Lo único que querían era provocarlo para que respondiese, insultarlo de la manera más ultrajante posible para que bajase la guardia. Así podrían decir que el hombre los había atacado, y propinarle, en venganza, una buena paliza. Así podrían recordarle cuál era su lugar en el mundo, por debajo de cualquier humano, por debajo de ellos mismos. Gracias a ese viejo, ellos se sentían mejor. Tal vez el mundo despreciase a esos chicos, tal vez ellos fuesen unos mindundis, unos muertos de hambre.

Pero el Mariposón era peor aún.

El hombre mantuvo su metódico paso, sus labios dibujaron la más tímida de las sonrisas. Mungo no tenía forma de saberlo, pero el Mariposón no estaba allí; no estaba presente en su propio cuerpo, había aprendido hacía mucho el arte de flotar y elevarse sobre los bloques. Ese era su truco. Mientras su cuerpo se abría paso por Alexandra Parade, su espíritu estaba sobrevolando Duke Street en dirección al cine La Scala; allí, sentado en la oscuridad, se quedaba viendo a la incandescente Anne Baxter en *Eva al desnudo*.

El Mariposón vivía en la planta baja izquierda. Todos los niños pasaban corriendo por delante de su puerta. Una puerta marrón como la de Mungo, de aspecto triste y deteriorado después de haber tenido que borrar incontables grafitis ofensivos. En cierta ocasión, un amigo protestante de Ha-Ha había encontrado entre los cubos de basura una lata medio vacía de pintura en espray. Al ingenioso muchacho le dio por escribir AVUSADOR DE NIÑOS en la puerta del Mariposón, en mayúsculas. Jodie hizo lo posible por limpiarlo antes de que el señor Calhoun lo viese. Debió de frotar a conciencia porque el hombre acudió extrañado a la puerta. La encontró allí, con su uniforme del instituto manchado de lejía y pintura.

—Ay, pobres tarugos. No saben ni escribir. Personalmente, prefiero «pedófilo». Suena como más simpático, más musical. ¿No crees?

A Jodie le gustaba el Mariposón. Ella tenía una paciencia infinita con las almas solitarias. Pero Mungo desconfiaba de él; aunque en el fondo sabía que eran mentira, seguía creyendo las calumnias que se contaban del solterón.

Mungo se vistió. Se puso el chubasquero. Quizá lo mejor sería ver a James y hacer como que no había pasado nada, ni tonterías ni llantos, nada de nada. Mientras bajaba las escaleras, el Mariposón oyó sus pasos y abrió la puerta.

—Ah, Mungo, hijo. Gracias a Dios que eres tú. ¿Puedes echarme una mano? —Llevaba a Natalie en brazos, la galga pajiza en que se gastaba la mayor parte del subsidio por discapacidad—. He tenido un problemilla. —Señaló con la cabeza hacia la luz del día y no dijo nada

más—. ¿Crees que podrías sacar a Natalie? Debe de estar a punto de explotar.

Mungo sacó a la perra y la paseó junto a una fila de coches aparcados. Intentó no llamar la atención de los chavales protestantes, que andaban a la caza de un nuevo objetivo; aun así, los oyó murmurar en un tono lo bastante bajo como para poder desdecirse en caso de que Mungo decidiera plantarles cara, cosa que no haría ni por asomo.

—Mungo, Mungoloide.

A la pequeña galga no parecía importarle la fina lluvia. Puso cara de circunstancias, hizo sus cositas rápidamente y arrastró a Mungo de vuelta a la casa.

—¿Ha hecho pipí? —preguntó el Mariposón.

—Sí, ha hecho pipí.

—¿Pipí y popó?

—Sí, pipí y popó.

El señor cogió a su perra en brazos.

—Buena chica. Con lo que le cuesta a una dama hacer popó delante de un hombre extraño.

—¿Ah, sí? Pues debería ver a Jodie. A veces ni se molesta en cerrar la puerta del baño.

—¡Ay, eres un diablillo! —El Mariposón agitó la mano como si fuese un pañuelo de seda—. ¿Puedo entretenerte cinco minutos más? Me hace falta que alguien la sujete mientras le corto las pezuñas. Cada vez que me ve con el cortaúñas, sale corriendo a la otra punta del piso. Mi hermana es la que me ayuda normalmente, pero anda liada con un viudo paquistaní y no sale nunca de casa. —Por un momento pareció invadirle un aire nostálgico—. Eso sí. Tiene unas cortinas preciosas.

Mungo debió de asentir porque el Mariposón se apartó a un lado y dejó que el chico entrase en el piso. Mientras cruzaba el umbral, trató de no mirar las espectrales palabras que todavía manchaban la puerta.

El piso era más pequeño que los de arriba, le faltaba la parte del hueco de la escalera y la entrada; se trataba más bien de un estudio con cocina en vez de un piso familiar propiamente dicho. El Mariposón llevaba un jersey Lyle & Scott de color beige. Tenía la costumbre de

llevar toda la ropa remetida por los pantalones plisados, independientemente del grosor del tejido, siguiendo la anticuada moda de marcar la cintura. Siempre llevaba los zapatos recién lustrados, tanto dentro como fuera de casa, y un fino cinturón rematado con una brillante hebilla metálica. El Mariposón le entregó al desolado animal, que halló fácilmente acomodo entre sus brazos. Mungo la sostenía como si fuese un montón de leña. Toda huesos y ligamentos, era la perra menos acariciable que Mungo había tocado jamás.

Mungo no había visto nunca al hombre pasear a la perra a la luz del día. La semana anterior, sin ir más lejos, Mo-Maw mencionó que había visto a la pareja deambular por las calles vacías, primero de camino al trabajo, y luego cuando volvía a casa. Mo-Maw no se fiaba de él por eso, decía que estaba «merodeando como un ladrón de tumbas». Lo único que ocurría era que el Mariposón prefería pasar desapercibido. En cierto modo, era más seguro entrar y salir al abrigo de la oscuridad.

—No sabes cuánto te lo agradezco, hijo. A mi edad no puedo estar corriendo detrás de ella. —Tomó en su mano una de las patas de Natalie y le fue cortando las pezuñas—. Qué perra más tonta. Todos los meses desde hace ocho años se las corto; pero, nada, no se acostumbra. Eso demuestra que… —dijo entre risas— ni siquiera las bestias pierden la esperanza de que las cosas puedan cambiar. Un día de estos la voy a coger y, en vez de cortarle las uñas, se las voy a pintar de rojo pilingui. A ver si así aprende. —La besó entre las orejas—. ¿Qué dices, eh? ¿Te gustaría?

Mungo echó un vistazo al piso del Mariposón. La casa estaba inmaculada, ordenada hasta el mínimo detalle, y sin una mota de polvo. Mo-Maw había dicho que el señor Calhoun era como un ama de casa sin hijos ni marido.

—Ahí está el solterón —dijo una vez su madre; sus hijos se asomaron a la ventana de la cocina y lo vieron tender sábanas y calcetines.

Jodie resopló.

—¿Qué mal hace el pobre?

—Seguro que se hace tantas pajas que tiene que lavar las sábanas a diario —apuntó Hamish con una mueca de desdén—. Qué asco de

viejo.

Lo único en lo que todos coincidían era en que Mungo no debía entretenerse mucho en la planta baja. Si se quedaba jugando en el bloque, mejor arriba, en el rellano entre los Campbell y los Hamilton.

La manicura terminó rápido. Mungo bajó a Natalie al suelo. La perra se enroscó sobre sí misma y se olió la vagina. El Mariposón se rio.

—Mírala ella. Está asegurándose de que no se la hayas robado. —Contenta de que todo siguiese en su sitio, la perra se dirigió al sofá y se acurrucó en una esquina—. Tómate un refresquito o algo, hijo, que te lo has ganado.

Mungo intentó rehusar el ofrecimiento, pero el Mariposón estaba ya en la estrecha cocina. El chico lo siguió. Había un reproductor VHS y un enorme televisor en color junto a la panera. El chico no pudo contenerse.

—¡Guau! ¿Tiene dos teles?

—Sí. Me gusta ver el canal de deportes mientras cocino. —Le sirvió un vaso alto de gaseosa—. ¿Te gusta el fútbol?

Mungo negó con la cabeza y se miró las zapatillas de deporte. Le avergonzaba su falta de habilidad con el balón. Quiso cambiar de tema, hurgar otra costra que no fuese suya.

—Entonces ¿la señora Calhoun es la que cocina?

El hombre apenas respiró; tenía una mente rápida e impredecible.

—A ver, hijo, ¿te refieres a mi hermana o a mi madre? Porque sé que a mi esposa no.

Por el modo en que la sonrisa se desvaneció de los labios del señor Calhoun, Mungo supo que había ido demasiado lejos. Tal vez quiso ver con más claridad lo que todos intentaban atisbar desde los visillos.

—Lo siento, señor Calhoun. —Luego añadió—: Es solo que llevo viviendo en el piso de arriba toda la vida y supongo que no lo conozco.

—¿Ah, no? —Le entregó el vaso entre risas—. Bueno, al menos eres el primero que lo admite. Por lo general, la gente cree que lo sabe todo de mí.

Había una paloma en el alféizar de la ventana, una paloma cualquiera, sin importancia. El Mariposón se acercó a la ventana y le

echó varias migas de pan blanco. En ese momento, Mungo advirtió la suavidad de su rostro y la reciura de su pelo rubio. No era tan viejo como pretendía, mayor tal vez que Mo-Maw, pero mucho más joven que la señora Campbell. Era una pose, el viejo pensionista encerrado en casa. El hombre podría seguir trabajando, aún podría ser útil. Alguien podría quererlo.

—¿Estás bien, hijo? —Interrumpió los pensamientos de Mungo.

—Sí. Estaba pensando en las palomas —mintió y dobló la apuesta—: Tengo un amigo que tiene un palomar. Compite con otros criadores, lo sabe todo sobre palomas.

—¿En serio? —Le echó el último trozo de pan—. Mi padre las cazaba en cuanto veía alguna en la ventana. Y luego mi madre hacía un pastel de pichón para chuparse los dedos.

—Qué asco. No le cuente eso a mi amigo.

El Mariposón se rio.

—Entonces no le paso la receta, ¿no? ¿Cómo se llama?

Mungo se preguntó si acaso importaba a estas alturas. Tal vez el chico del palomar ya no era su amigo, tal vez se había tomado a mal su comportamiento de la otra noche, por muy buenas que hubiesen sido las intenciones de Mungo.

—James, James Jamieson.

—James, James Jamieson. —El hombre lo repitió en voz baja y golpeteó el alféizar de la ventana con los nudillos—. James. Un nombre anticuado y poco original, pero con fundamento. Los James son muy constantes. Gente en la que se puede confiar.

—¿Eso cree?

—Sí. Ya me cae bien y mira que no lo conozco. —El Mariposón señaló hacia el bloque de enfrente—. Vive en el piso de arriba, ¿verdad? Yo coincidía mucho con su padre en el autobús, cuando iba al trabajo. Valiente desgraciado. El hombre no tenía modales ningunos. No sonreía ni aunque le compraras una dentadura nueva.

—A mí me miró como si le hubiese llenado la moqueta de barro. ¿Trabajaba con él?

—No. Yo era pizarrero para el Ayuntamiento. Él iba siempre con una

bolsa del sindicato. Supongo que trabajaría en los astilleros o algo así. De supervisor o al mando de las calderas. —El Mariposón golpeteó sus pulcras uñas contra el cristal. La paloma pestañeó—. He visto al chico ese mirando por la ventana. Muy tarde, por la noche. A veces de madrugada.

—Creo que está buscando buchones.

El Mariposón asintió con la cabeza, pero la curva de su labio inferior indicaba que estaba en desacuerdo.

—No le pasa nada. Lo único es que es reservado —arguyó Mungo moviendo la cabeza como si quisiera cambiar de tema—. No sé. Me río mucho cuando voy al palomar. Con él nunca me siento mal. —El Mariposón puso cara de no entender a qué se refería exactamente—. A ver. Cuando alguien tiene algo que quiere mucho, por lo general no te deja tocarlo, lo que sea. Hamish, por ejemplo, tiene un álbum de Pink Floyd y no me deja cogerlo. Dentro hay unos dibujos que me encantan, yo solo quiero verlos, pero él no me deja. O la señora Campbell, que no le gusta que toque los adornos que tiene en la mesa del salón. Pero James no es así. Él adora las palomas y se pasa el día con ellas, pero nada más conocerlo me dejó coger una. Creo que eso dice mucho de él.

El Mariposón volvió a golpetear el alféizar de madera con el puño.

—James el Niño Bueno. —Se quedó pensando un momento—. ¿Qué tipo de tejado tiene en el palomar?

Mungo se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿De tela asfáltica?

El señor Calhoun se atusó el bigote.

—No, no, no. Eso no vale. Va a tener que cambiarlo cada dos por tres. ¿Qué pendiente tiene?

A Mungo no se le daba bien la geometría. Formó un triángulo con las manos y se encogió de hombros. El Mariposón tomó las manos del chico entre las suyas y trató de establecer la inclinación exacta de acuerdo con el recuerdo de Mungo. Estuvieron abriendo y cerrando las manos hasta que el chico determinó que se trataba de un ángulo de quince grados.

—No, no, no. A la larga le va a dar problemas. Eso es muy poca

pendiente. Unas cuantas heladas y la tela acabará absorbiendo lo mismo o más de lo que repele. —Se quedó pensativo por un momento, seguía sosteniendo las manos del muchacho. La mejilla de Mungo empezó a temblar y el Mariposón volvió en sí. Soltó al chico de inmediato—. Lo siento, hijo. Es la costumbre. Me pongo a hablar de tejados y se me va la cabeza.

—No se preocupe —dijo Mungo y bajó las manos—. Gracias por el refresco, señor Calhoun.

El Mariposón extendió la mano como si quisiera que el chico se quedase más tiempo, pero luego se lo pensó mejor.

—¿Vendrás a visitarme otro día? Anda, vente y te enseño un truco que hace Natalie, solo hay que darle un trocito de tocino.

Mungo sabía que no iba a volver, pero mintió por no ser maleducado.

—Claro.

—Y dile a James el Niño Bueno que ponga pizarra encima de la tela asfáltica. Como el tejado no esté bien construido, todo se viene abajo.

El Mariposón acompañó a Mungo a través del corto pasillo. La puerta de entrada estaba asegurada mediante cinco cerraduras y tardó una eternidad en abrirla.

# 9

Mungo se había quedado dormido. Cuando se despertó sobre la fría tierra, una luz moteada había inundado la tienda de vida. Gallowgate respiraba de forma irregular; tenía un aliento cálido y pastoso. El brazo del hombre caía a plomo sobre el suave vientre de Mungo, justo debajo de las costillas. A lo largo de la noche se les habían subido las camisas a la altura del pecho, y Mungo pudo sentir el sudor de la barriga de Gallowgate en su curvatura lumbar. La bebida había dejado al joven hombre fuera de combate, pero estaba empezando a mostrar signos de resurrección. Mungo sintió cómo un bulto le rozaba los glúteos, parecía tener latido propio, a cada poco se movía y se llenaba de sangre, empujando cada vez con más fuerza la tela de los vaqueros italianos.

Mungo tenía los puños cerrados. Desprovistos de sangre, blancos; cuando los abrió, sintió un hormigueo de alivio. Contó. La noche del sábado. La noche del domingo. Y a casa.

En la quietud de la mañana, con los guijarros aún mojados por la neblina, Gallowgate llevó a Mungo al lago. Allí le mostró cómo se aparejaba el sedal, el modo en que había que disponer las vísceras de pescado con el plomo y la boya. También le enseñó a asegurar el anzuelo con un nudo de pescador y a lanzar la caña donde el agua estuviese más oscura. De una bolsa hermética sacó varios trozos de maloliente lamprea que pretendía usar como cebo. Gallowgate no dejaba de tragar saliva para contener la amenaza de su propia bilis.

Mungo se quitó las zapatillas deportivas y se metió en el lago hasta que las gélidas aguas le cubrieron los muslos. El frío lo convirtió en un castrato, le entraron ganas de ponerse a cantar. A excepción de los suaves chapoteos y del ocasional zumbido de los mosquitos, el lago estaba en calma. Bajo la claridad del cielo, la superficie brillaba como un espejo. Mungo movió los dedos de los pies, podía verlos con total

nitidez. Delante de él se extendía un vacío inmenso y desconocido.

El otro lado del lago estaba custodiado por una serie de colinas tapizadas. Más allá se alzaban los dentados *munros*, montañas desnudas que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. El sol iluminaba la cara oriental de los peñascos mientras que el resto quedaba sumido en una profunda oscuridad. Sobre estas sombras brillaban montoncitos de nieve, como pintura descascarillada: viejas capas de emulsión blanca desprendidas de las musgosas colinas, la obra de un dios descuidado. Era como si cada montaña se hubiese desgajado de una pieza mayor de sílex. Algunas de las crestas eran tan afiladas que a Mungo le recordaron al tomahawk de Hamish.

Allí, en mitad del lago, un impetuoso viento agitó la tela del chubasquero. Era el aire más puro que había probado jamás. En un momento en que Gallowgate no estaba mirando, Mungo echó la cabeza hacia atrás y sacó la lengua para saborear la brisa. Sabía a verde, a hierba primaveral, pero con un toque a marrón prehistórico, como si llevase siglos atravesando cañadas de turba y bosques milenarios en busca de un destino que nadie conocía.

De haber conocido las palabras para describirlo, Mungo habría dicho que olía a bosques de pinos, al punzante aroma del arrayán brabántico, a alverja y a aulaga; y que bajo esos aromas podía apreciarse también el húmedo almizcle del suelo fértil y oscuro, la lluvia incesante y purificadora. Para el chico todo era verde y marrón, húmedo y limpio. Olía a magia.

A Gallowgate la brisita se la traía al pairo y no tardó en romper la magia escupiendo enormes esputos que acabaron flotando junto a Mungo como un remolino de nebulosas. El hombre apenas había hablado en toda la mañana, el fragor de la resaca lo desalentaba a alzar la voz. Sujetó la caña entre las rodillas y se encendió el quinto cigarrillo del día. Mungo se adentró un poco más en las heladas aguas del lago. No quería compartir con nadie aquellos milagros inmaculados.

A San Christopher tampoco le conmovió la majestuosidad del entorno. Se pasó la luminosa mañana metido en la tienda de campaña individual tratando de aplacar los temblores. Con el paso de las horas,

el alcohol fue abandonando la sangre de Gallowgate, y su ánimo se fue ensombreciendo. Ninguno de los dos hombres había dicho nada desde la noche anterior y, por el modo en que Gallowgate se quedó mirando la tienda de San Christopher, Mungo supo que estaba buscando un lugar donde descargar su mal humor mañanero.

Gallowgate se abrió paso entre la larga hierba y, siguiendo una serpenteante ruta, llegó hasta la tienda de San Christopher y le dio una patada a las cuerdas de sujeción. La tienda se hundió sobre el hombre durmiente, como un sudario. Mungo observó la fina tela de nailon subir y bajar al ritmo de los ronquidos del santo.

Cuando San Christopher se levantó de entre los muertos, el lento sol había abandonado ya el lado oriental de los riscos. Envuelto en su traje de lana, se agachó junto a la orilla del lago y lamió el agua helada como si fuese un animal salvaje. Luego se sentó sobre sus talones y se quedó así largo rato, sin dejar de pestañear. Gallowgate no le prestó ninguna atención y se dedicó a preparar la fogata donde poder calentar las dos latas de judías del desayuno. Finalmente, los tres se sentaron juntos alrededor de las tristes viandas. No tenían abrelatas. Gallowgate tardó una eternidad en perforarlas con el filo de una roca, y algunas judías acabaron en el suelo. San Christopher rescató las legumbres con sus dedos amarillentos y se las llevó a la boca. De vez en cuando se comía algún guijarro por accidente; entonces cesaba el rechinar de sus dientes rotos y se ponía a toser hasta que escupía la piedrecita al suelo.

Mungo estaba sentado en un aparte cuando unas nubes densas comenzaron a acercarse. Los altos *munros* habían conseguido bloquearlas, pero al final hallaron un hueco por el que colarse en la plácida cañada. Las masas nubosas se fueron arracimando y espesando hacia abajo, como el humo en una habitación.

Era algo extraño de ver; el milagro de las luces cambiantes dando color a la tierra. Antes, el sol de la mañana había incendiado las colinas, revelando helechos y líquenes de tonos verdes y acobrados. Ahora, las lanosas nubes caían como cortinas, empañándolo todo hasta convertirlo en un estéril marrón grisáceo. Era como si la tierra no tuviese color propio.

Mientras todos los verdes se fundían en un único gris, Mungo se acordó de James, de la forma en que la luz abandonaba sus ojos sin previo aviso. Echaba de menos aquellos tonos verdosos y dorados. Al momento se deshizo del recuerdo: nunca volvería a verlos.

Los hombres estaban inspeccionando las bolsas vacías y las latas de cerveza aplastadas por si quedaba algún trago que pusiera fin a sus temblores. Por primera vez, Mungo pudo observar a Gallowgate a la delatora luz del día. No era mucho mayor que Hamish. Sus pretenciosos vaqueros le quedaban muy anchos; la única grasa que tenía se ubicaba en las bolsas de sus ojos. Encorvado, se dispuso a sacar las últimas provisiones para colocarlas encima de varias rocas. Quedaba bastante bebida: un pack de latas de cervezas, una botella de whisky y una pequeña botella de algún licor claro. Para comer había dos tabletas de chocolate: una de las que tienen una rana pintada, y otra de las que tienen mucha leche, especial para niños que están echando los dientes. Mungo se preguntó si esa sería para él. Si era esa la estrategia de los hombres para conseguir ganarse el afecto de un chaval desconocido.

Calmado por la fresca cerveza, San Christopher bajó a la orilla. Los temblores eran algo más leves ahora. Había traído varios espadines medio podridos de la ciudad; los llevaba guardados en el bolsillo de la chaqueta, envueltos en papel higiénico, lo que explicaba su desagradable olor. Mungo intentó contener la respiración mientras el hombre le mostraba cómo hundir el anzuelo en la boca del pez. San Christopher arrojó la caña al tranquilo lago y se guardó los peces que le quedaban en el bolsillo.

—No hay nada mejor que esto, ¿a que no? Aquí, a nuestro aire, pescando, sin ninguna mujer dando por saco. —Al menos estaba de mejor humor que Gallowgate—. No me puedo creer que nunca hayas ido de pesca. Una lástima. Ya no se les enseña a los niños a valerse por sí mismos. Mira, hace poco se le pinchó la rueda de la bici a un chaval, y como no sabía arreglarla, cogió y la tiró al canal.

—¿Por qué?

San Christopher negó con la cabeza.

—Ni idea. Pero me quedé esperando a que se fuera, saqué la bici del

canal y me dieron veinticinco libras por ella en la casa de empeños.

—Yo sé arreglar la bici. Estudiar no se me da muy bien, pero sé arreglar cosas. Y también sé de palomas.

—Bah, estudiar no vale para nada. A un hombre que sepa usar sus manos nunca le va a faltar trabajo. Glasgow es una ciudad de currantes.

Mungo pensó en lo que Hamish le había contado sobre los trabajadores de los astilleros; cientos de hombres despedidos mes tras mes. San Christopher debía de haberse quedado anclado en otra época. Mungo lanzó un guijarro al lago haciendo que diese saltitos sobre la superficie.

—Una cosa, ¿cómo se llama el lago este? —Trató de sonar despreocupado, todavía no sabía dónde estaba.

—¡A ti te lo voy a decir! —respondió San Christopher—. Para que vengan todos los niñatos del barrio con sus Escort trucados y sus bicis BMX y echen a perder este paraíso. Sí, tu madre nos habló de tu hermano. —Se quedó pensando un segundo—. ¿Cómo es que tu hermano no te ha enseñado a pescar?

—Pescar es una actividad demasiado tranquila para él.

—¿Y tu padre?

—Está muerto.

—Vaya, lo siento. Con lo joven que eres. Debes de echarlo de menos.

Mungo era incapaz de decir cuánto lo echaba de menos. Era un sentimiento demasiado grande para expresarlo con palabras.

—Yo era muy pequeño.

San Christopher suspiró apenado.

—Qué curioso. Creía que tu madre estaba divorciada. Como tiene tanto carácter. Parece que le han puesto los cuernos o algo así.

Mungo no supo qué responder a eso. Se alegró cuando San Christopher siguió hablando para llenar el silencio.

—Pues mira, yo creo que mi madre se puso la mar de contenta cuando murió mi padre. No era mal hombre, pero le perdía el juego. Al principio pensaba que se iba a casar de nuevo. Todavía era bastante joven, aunque la pobre nunca fue muy guapa. —Miró al chico—. Está feo decir una cosa así de la madre de uno, ¿verdad?

Mungo se encogió de hombros.

—¿No? Bueno, pues es la verdad. Ella no es que volviera loco a nadie con su belleza, pero era una señora muy agradable. Y muy culta. —San Christopher se giró hacia el lago y enrolló el carrete—. ¿Tu madre se ha vuelto a casar?

Mungo negó con la cabeza.

—Lo intenta. ¿Y la suya?

—No, qué va. Eso fue hace años. Después de morir mi padre, Jeanette, mi vieja, vendió la casa familiar y se compró un piso en Govan. Nos dio a cada uno un dinerito, dijo que quería vernos disfrutar mientras pudiera. Vaya, hablando en plata, que nos mandó a tomar por culo. —Se rio—. No volvió a casarse; diría incluso que no volvió a acostarse más con ningún hombre. Pero al final consiguió lo que siempre había querido.

—¿El qué?

San Christopher se rio como si fuera obvio.

—Que los hombres la dejaran tranquila.

Mungo lanzó al lago los últimos guijarros que tenía en la mano.

San Christopher sacó la caña del agua. El espadín había desaparecido; lo único que quedaba era un blanquecino saco de pequeños órganos, las tenues líneas del rojo hígado y del corazón jaspeando la turbia mucosidad. El anzuelo debía de haber sido profunda y dolorosamente clavado para arrancar de cuajo las entrañas del desventurado pez.

—¡Hijo de perra! Se ha ido con el señuelo. Se suponía que tenías que estar pendiente. Seguro que era un puto lucio. ¿Cómo es que no he sentido ningún tirón? —La pregunta parecía dirigida a los dioses del lago en vez de al chico.

Mungo se preguntó qué sería capaz de sentir ese hombre. Las venas romas y cauterizadas del rostro, de sus manos y antebrazos, todas parecían querer salir a la superficie con la esperanza de sentir algo, lo que fuese. Incluso sus ictéricos ojos estaban asediados por pequeños capilares que trajeron a Mungo el recuerdo de los helados del Garibaldi's: cremosas bolas de vainilla surcadas por rojo sirope de

frambuesa.

San Christopher desenganchó los órganos del anzuelo y los arrojó al agua. Le espetó a Mungo por encima del hombro:

—Por tu culpa. Que me haces hablar de mi madre y se me va el santo al cielo. Anda, vete. Me traes mala suerte. —Luego añadió sobre todo para sí mismo—: Con lo bien que se me da a mí pescar.

Mungo no respondió. Era difícil saber si San Christopher era una ruina de hombre, o si nunca llegó a haber gran cosa que arruinar. Enseñar al chico el ancestral arte de la pesca había sido su única contribución hasta el momento. Estas aguas estaban repletas de peces, Escocia entera lo estaba. Pero las tripas arrancadas de un espadín de supermercado evidenciaban que hasta en eso era un fracasado.

San Christopher se remangó la chaqueta. Tenía los antebrazos tan delgados que podía darle varias vueltas a la tela de lana y llegar prácticamente hasta el codo. Ensartó otro espadín en el sedal y lo lanzó al agua. Al instante, el corcho se balanceó un poco y el pez desapareció.

—¡Putos peces de mierda!

Al hombre le llegaba el agua a las rodillas. Se quitó los pantalones y siguió metiéndose hasta la cintura. Los calzoncillos le quedaban anchos, parecían una sábana vieja liada a modo de taparrabos. De repente abrió los brazos y se quedó quieto como un árbol muerto; cuando se acercaba algún pez, hacía el paripé de intentar cogerlo con sus propias manos. En uno de los intentos, se tropezó y el agua acabó cubriéndolo entero. Se levantó entre insultos y balbuceos, sujetándose los calzoncillos para que no se le bajasen. Mungo dejó la caña en el suelo y se excusó diciendo que tenía que ir al baño. Tuvo que ponerse de espaldas al santo para que no lo viera reírse.

San Christopher estaba a lo suyo mientras el chico paseaba por la ribera del largo lago. Un bosquecillo de árboles raquíticos descendía hasta la misma orilla. Mungo fue zigzagueando entre ellos, sintiendo cómo el terreno pantanoso le succionaba los zapatos, el barro le trepaba por sus piernas desnudas. Se adentró un poco más en la arboleda. El lago era

un lugar tranquilo, pero aquí, sin el suave chapoteo del agua, resultaba más sosegado si cabe. Anduvo por rocas cubiertas de musgo y se subió con cuidado a troncos de árboles caídos, disfrutando de los rayos de luz tamizados por el fino ramaje. Se escondió, pero nada se movía. Mungo se preguntó quién habría sido la última persona en ver este recóndito paraje. Entonces se dio cuenta de que estaba completamente solo.

Llegó a un río, un brioso afluente de agua dulce que desembocaba en el inmenso lago. El agua, que serpenteaba entre las rocas, era espumosa por los bordes debido a su riqueza mineral. Por doquier podían verse bancos de peces marrones que saltaban alegres, despreocupados. Mungo fue vadeando el río; el agua, que provenía de las cumbres heladas, le llegaba hasta la cintura y estaba a menor temperatura que la del lago. En cierto momento perdió el equilibrio y, al zambullirse, el frío le cortó la respiración. Saltó y dio un grito, totalmente alerta de repente, hasta que consiguió subirse a la roca más cercana. Finalmente consiguió cruzar el río bajo la atenta mirada de los gordos peces marrones.

Los árboles empezaron a ralear cuando alcanzó la expuesta orilla del lago, lejos de los hombres. Mungo siguió andando por la ribera, deteniéndose solo para coger piedras planas que le valiesen para hacer cabrillas. Al doblar un recodo, se topó con las ruinas de un viejo castillo. Estaba hecho de las mismas piedras grises y parduzcas de las colinas de alrededor, surgía del granito como una enorme grieta en la tierra. En su día debió de ser un lugar majestuoso, se extendía a lo largo de varias colinas y llegaba hasta una península del lago, donde aún podían verse tres paredes de un enorme salón y los restos de una torre, de unos cuatro o cinco pisos, que conservaba las estrechas hendiduras de las troneras.

Mungo trepó por uno de los muros semiderruidos hasta llegar al salón. Parte de la alta torre se hallaba en el corazón del castillo. El tejado estaba completamente destruido, y lo que quedaba parecía tener la robustez de una fortaleza. Salvo el día en que se coló en el castillo de Culzean con Hamish, Mungo no había visto ninguno, y mucho menos por dentro. Mo-Maw nunca le permitía ir a las excursiones que el

colegio organizaba a Stirling o Edimburgo. «Claro, se tira una el día trabajando como una descosida para que el niño se vaya a ver tapices por ahí». Siempre había algo más urgente en lo que gastar cuatro libras con cincuenta.

Quince años viviendo y respirando en Escocia y nunca antes había visto una cañada, un lago, un bosque, un castillo en ruinas. Técnicamente sí los había visto, solo que en latas de galletas y en los laterales de los autobuses turísticos. Mungo se tumbó sobre una de las enormes piedras de la chimenea y dejó que la cabeza le diese vueltas. Era difícil no sentirse un poco borracho.

—Holaaaa. —Su voz resonó en la sala sin techo—. Cucurrucucú, cucurrucucú —le gritó al cielo.

Se preguntó cómo se sentiría al volver a casa ahora que había visto más mundo en un solo día que en quince años. ¿Cómo iba a quedarse en ese barrio? James tenía razón. Deseó que James estuviese con él, o Jodie, pero sobre todo James. Sería genial tener a alguien con quien compartir tantas cosas nuevas, alguien que lo creyese, que supiera que no se lo estaba inventando. Mungo empezó a acariciar la superficie ocre de la piedra, cubierta de liquen, y se sintió frustrado porque sabía que, llegado el momento, le faltarían las palabras para explicárselo todo a Jodie, a Hamish o a Mo-Maw. Y aunque fuese capaz de describirlo, sabía que a ellos les daría lo mismo; le pedirían que recogiese la ropa que quedaba por planchar o que sujetase una caja llena de radios robadas. Lo mirarían con hastío, relamiéndose las encías, preguntándose cuándo acabarían sus relatos sobre ese paraje de tonos verdes y dorados.

Pero James no, quizá él no. James escucharía con atención todas sus historias, y cuando le enseñase la foto del esqueleto del carnero, le preguntaría si olía mal (no, no olía mal), y si había lana debajo del cadáver (sí, había, rizada y de color crema). Deseó que James estuviese con él. A James no le habría dado lo mismo.

Mungo golpeó suavemente la nuca contra la chimenea de piedra.

Se puso en pie. Comenzó a trotar nervioso. Necesitaba moverse, necesitaba sacarse de la cabeza aquellos pensamientos culpables sobre

el feniano. De pie, junto a la podrida repisa de la chimenea, entrechocó los talones. Después se inclinó ante el salón vacío y ejecutó la primera ronda del «Strip the Willow», punta-talón-punta-talón. Había aprendido aquella danza tradicional en el colegio, durante un invierno especialmente desapacible. No les quedó otra que cancelar las clases de Educación Física al aire libre, y los chicos del barrio —provistos de una delicadeza natural para partir palos de hockey sobre cráneos ajenos— tuvieron, muy a su pesar, que bailar por parejas en la fría aula de deportes. Mungo se puso a dar vueltas al recordarlo. Siempre le habían gustado las clases de *céilidh*, aunque nunca pudiese admitirlo. Se puso a dar vueltas por aquel salón en ruinas, sujetando en sus brazos a una Jodie imaginaria.

—Se te da bien, eh —dijo una voz incorpórea. Mungo dejó de dar vueltas. Gallowgate estaba subiendo el muro derruido con un cigarro entre los dientes, tan seguro de sí mismo que no sacó siquiera las manos de los bolsillos—. Me había olvidado de que esta mierda estaba aquí. —Tenía más ganas de cháchara que por la mañana. Abrió una nueva lata de cerveza y se la ventiló en cuatro tragos—. Si no queremos morir de hambre, más nos vale buscar alguna tienda y comprar algo de comer. —Aplastó la lata y la arrojó al derruido salón—. Bueno, también podemos asar al viejo antes de que espante a todos los peces.

Mungo albergaba la esperanza de que los hombres no consiguieran pescar nada. Tenía la esperanza de que se fueran pronto a dormir, hambrientos y ahítos de whisky.

Gallowgate salió del castillo. Mungo se detuvo fingiendo que estaba atándose los cordones de los zapatos; luego se escabulló entre las sombras y encontró la lata de Tennent's. La escondió en el bolsillo del chubasquero, trepó el muro y salió. Gallowgate encaminaba ya sus pasos en la dirección en que habían venido. Mungo se paró un momento y contempló su castillo. Sacó la cámara desechable y se tomó la molestia de encuadrar bien una foto que nadie querría ver.

No sabía qué hora era, pero tenía la sensación de que llevaban mucho

tiempo andando. Iban por la orilla del lago, habían dejado atrás el campamento hacía un buen rato. Caminaban en silencio, muy separados el uno del otro. Mungo iba detrás, entretenido. Estaba cogiendo flores silvestres para Jodie y metiéndoselas en el bolsillo. Mientras arrancaba las flores, se iba inventando sus nombres: eructo de vaca, ojete de señora, picha azul de abuelo.

Aquello ya no era una aldea propiamente dicha. Eran tres o cuatro casas de piedra desperdigadas, los despojos de otra época. Algunas parecían llevar vacías mucho tiempo. Mungo curioseó por todas las ventanas.

La casa más cercana a la carretera era una pequeña tienda que por la mañana hacía las veces de oficina de correos; se trataba, en rigor, de la casa de una mujer con cara de pocos amigos. Todo en la tienda estaba cubierto por una fina capa de polvo. Bajo la mirada vidriosa de la vendedora, cuyo rostro parecía curtido por las inclemencias del tiempo, Gallowgate compró algo de tabaco y agotó todas las existencias de fideos y latas de cerveza. La mujer no les sonrió ni una sola vez. Hablaba con una musicalidad que Mungo nunca había oído antes. Tenía una voz hermosa, al chico le habría gustado oírla hablar más, pero la mujer no tardó en mostrar un ostensible desagrado por Gallowgate, tenía mucha prisa por despacharlos y recuperar su ociosidad perdida. Pareció disgustarle las ropas tan finas que llevaban. Eran forasteros, no cabía duda. Hizo una mueca reprobatoria cuando vio los pantalones cortos de Mungo, sus piernas azules, las deterioradas zapatillas deportivas. Entrecerró los ojos cuando oyó por primera vez la desabrida cadencia del acento de Gallowgate. Glasgüenses. Todo lo que dijo fue:

—La basura os la lleváis. Que los de la capital os creéis que el lago es un vertedero.

En un momento en que la palurda de las Tierras Altas no miraba, Gallowgate le hizo la peineta y se metió una chocolatina en la manga. En el camino de vuelta al campamento, le dio el recalentado tentempié a Mungo.

—Toma, y alegra esa cara, hombre.

Estaban abandonando ya las casas de piedra cuando se encontraron con una cabina telefónica roja. Estaba escondida bajo unos frondosos tejos. Mungo se detuvo de pronto.

—¿Puedo llamar a mi madre?

—No tengo monedas, colega.

Mungo sabía que Gallowgate estaba mintiendo. Había visto a la tendera darle el cambio.

Empezó a temblarle el ojo como si estuviese a punto de sufrir un espasmo. Trató de disimular el desasosiego buscando calderilla en sus propios bolsillos. Del chubasquero sacó dos monedas de plata.

—No pasa nada. Yo tengo.

Le resultó extraño estar en una cabina telefónica que no apestase a meado rancio. El suelo estaba enmoquetado y había una vieja silla de cocina bajo el auricular. Sobre el soporte de la guía telefónica había también un ambientador y una maceta con una planta de verdad, viva. Mungo hundió el dedo en la tierra y notó que estaba recién regada.

Echó las monedas. Sus indecisos dedos repicaron sobre la esfera giratoria el tiempo suficiente para que la línea se cortase y el teléfono le devolviera las monedas. Ojalá pudiera llamar a James; él era la única persona con la que quería hablar. No estaba seguro del número y, además, el señor Jamieson tendría confiscado el teléfono color crema. Y, aparte de todo eso, era una estupidez. ¿Qué le hacía pensar que James querría hablar con él ahora?

De modo que marcó el número de su casa y, sin esperar, colgó. Las monedas cayeron, las introdujo de nuevo y volvió a marcar. Mo-Maw contestó tras el primer tono de llamada. Mungo se sorprendió de que estuviera allí en vez de con Jocky y su nueva familia.

—¿Hola? —Parecía nerviosa—. Cinco-cinco-cuatro… eh… seis-uno, eh… dos-dos.

—Mo-Maw. Soy yo.

—Mungo. Mungo, cariño, ¿de verdad que eres tú? ¿Estás bien? ¿Dónde estás? —Las preguntas salían atropelladas de su boca.

—Sí, soy yo. Estoy bien. —Mungo iba a responder a la última pregunta pero se dio cuenta de que desconocía la respuesta—. No sé

dónde estoy exactamente. Es verde, hay un lago enorme y un castillo antiguo. Era de noche cuando llegamos, no vi ninguna señal.

—¿Te cuidan bien?

—Sí, bueno.

Mo-Maw exhaló, parecía que era la primera vez que lo hacía desde que respondió al teléfono.

—Eso está bien.

Gallowgate movió la mano indicándole a Mungo que se diese prisa.

—Me han enseñado a encender una fogata. Y a ponerle el cebo a un anzuelo.

—¡Mira qué bien! —Mo-Maw sonó aliviada—. Eso mismo le dije a Jodie. Para eso quería que fueras. Actividades masculinas. Ya verás como vienes hecho un hombretón.

Mungo se puso de espaldas al cristal de la cabina. Acarició la cinta de la maceta y le susurró al auricular.

—Quiero volverme ya a casa.

—Vale. Pues vente.

No esperaba que su madre diese su brazo a torcer tan fácilmente. Eso lo sacó de quicio. Todo había sido idea de ella, y ahora estaba dispuesta a recoger velas, a tirar todo el experimento a la basura.

—No puedo. Hemos tardado siglos en llegar. Ellos no querrán volver hasta el lunes.

—Entonces dime dónde estás.

El teléfono emitió tres pequeños bips. Se le estaba acabando el dinero. Sintió que el tic le estaba empezando de nuevo.

—No sé dónde estoy.

—Vaya, hijo. Lo siento, Mun…

La línea se cortó. Mungo se quedó un rato sosteniendo el auricular entre el cuello y la barbilla, fingiendo que seguía hablando con ella mientras intentaba contener el motín de su rostro. Estuvo así hasta que Gallowgate golpeó el anillo contra el cristal.

—Madre mía. Va a ser noche cerrada cuando volvamos. Los mosquitos nos van a comer vivos.

Tenía las piernas llenas de picaduras cuando llegaron al campamento. Aliviado por haber conseguido más alcohol, Gallowgate había exhibido un ánimo más parlanchín en el camino de vuelta. Dijo que le enseñaría a destripar un pez —si es que San Christopher había pescado alguno—, y también a poner una trampa para conejos. El domingo por la noche podrían hacer un buen estofado. Carne de conejo con fideos instantáneos. Gallowgate le juró que no había nada más delicioso que eso.

Mungo intentaba sonreír siempre que procedía mientras observaba al hombre con atención. Era la cuarta cara diferente que Gallowgate le mostraba, y quería tenerlas todas bien presentes. Había sido el hombre huraño del autobús, el tío guarro contando historias sucias junto al fuego, el pescador herido en el lago, y ahora, de buenas a primeras, su mejor amigo, su falso hermano mayor.

Mungo siempre era algo lento de reflejos cuando Hamish intentaba manipularlo. A menudo no se daba cuenta hasta que Jodie intervenía y le decía a Hamish que dejara de usar a Mungo como esclavo, que dejara de regalarle el oído para que hiciese lo que a él le viniera en gana. Estas situaciones solían darse justo después de que su hermano fuese inexplicablemente simpático con él. A raíz de esto, Mungo empezó a sospechar de la amabilidad de los demás; sin embargo, gracias a James, eso había cambiado.

Gallowgate empezó a caminar hacia atrás entre los espesos helechos. Estaba hablando con entusiasmo sobre la construcción de trampas.

—Te voy a enseñar todo lo que sé —dijo el hombre—. Anda, qué suertudo eres.

San Christopher se estaba secando el traje junto al humeante fuego cuando llegaron por fin al campamento. La ropa interior le quedaba tremendamente holgada, sus vértebras lumbares sobresalían de la fina piel de la espalda como tirabeques dentro de su vaina. A Mungo le sorprendió lo mucho que se le marcaban los huesos y sintió lástima por él. Se parecía a uno de esos niños africanos que salían en las telemaratones solidarias, solo que estos tenían los estómagos hinchados

y el de San Christopher se ahuecaba hacia el interior de las costillas, tocando casi la columna.

El santo se alegró al ver que habían vuelto. Sobre una roca había siete pececitos dispuestos en orden, carentes ya de brillo, resecos. San Christopher los rodeó como un gato orgulloso.

—No es gran cosa —dijo mientras acariciaba uno a uno los peces con suavidad—. Pero mañana los podemos usar de anzuelos, igual pescamos una perca o alguna trucha.

—Sí. —Gallowgate hizo tintinear las bolsas de plástico—. Podría funcionar.

San Christopher abrió la última botella de whisky para celebrarlo. Le dio dos buenos tragos y se la pasó a Gallowgate, que hizo lo propio. Luego se la ofrecieron a Mungo y el chico se llevó la botella a los labios pero interpuso la lengua a modo de presa. Gallowgate le dio un tortazo.

—No me seas mariquita, coño. Bébetelo. —Sujetó a Mungo por el cogote y lo obligó a beber de la botella. Un fiero torrente descendió por su garganta, abrasándole a su paso el aire de los pulmones. Gallowgate esperó a que el chico recuperase el aliento antes de inclinar de nuevo la botella—. ¡Venga! ¡Venga! ¡Venga!

Mungo se emborrachó al momento.

Se pasó la noche partiendo largas ramas para la fogata. Una parecía tener brazos humanos y el chico la sujetó como si fuese una hermosa dama. Se puso a dar vueltas y a bailar con ella a la luz de la lumbre. Entre trompicones, llegó hasta la orilla de guijarros bajo la atenta mirada de los hombres, que no dejaban de jalearlo. Luego llenaron las latas de judías vacías con agua del lago y las pusieron a hervir al fuego. Las iban rellenando una y otra vez conforme las vertían en los fideos chinos. Cuando terminaron, cada hombre se había comido al menos dos botes de aquellos gusanos agridulces. Al tumbarse, se sintieron gordos y felices, con las barrigas rebosantes de almidón y aguardiente.

Mungo no estaba mirando nada en concreto. Los párpados le pesaban, sentía el latido del corazón detrás de los globos oculares. De pronto empezaron a caer goterones de lluvia que sisearon al entrar en contacto con el fuego. Las gotas se convirtieron en un aguacero y los

dos hombres se apresuraron a salvar los tristes peces, el traje de tweed y lo que quedaba de bebida. Mungo los perdió de vista entre las repentinas cortinas de agua. Se habían cobijado en la tienda grande del refugio, así que al chico no lo quedó otra que arrastrarse como pudo hasta la tienda junto al lago, que estaba medio derrumbada.

Mungo agradeció el sabor de la cerveza caliente que Gallowgate le había dado. Era suave y reconfortante en comparación con el ardiente whisky. Se acostó y sintió una extraña paz. El suelo bajo la roja tienda parecía moverse. Corrientes de agua le atravesaban el cuerpo fluyendo en dirección al lago. Podía sentir el frío del agua a pesar de no estar mojado. Se terminó la cerveza. Cerró los ojos. Borracho por primera vez en su vida, se dejó llevar por la lluvia.

# 10

Con la oreja pegada a la moqueta y las nalgas apuntando al cielo, los hermanos parecían estar rezando. Allí, de rodillas en mitad del salón, estaban escuchando cómo la molía a palos. Le estaba haciendo mucho daño. Cada vez que le asestaba un golpe, la mujer gritaba de dolor. Un chillido trémulo con un final abrupto, como si, avergonzada, quisiera tragarse el grito en cuanto se le escapaba. Incluso en un momento así se preocupaba por salvaguardar el buen nombre de su marido.

—Va a matarla —dijo Jodie—. ¡Haz algo, Mungo!

—¿Qué quieres que haga? —Quería meterse los dedos en los oídos.

—Yo qué sé. —Jodie iba de aquí para allá con los ojos transidos de pánico y los apuntes de Geografía apresados en los puños—. Si Hamish estuviera aquí, sabría qué hacer.

El Rangers había perdido contra el Celtic. Todo empezó como un apacible día de primavera. Los vecinos tenían los balcones abiertos, los televisores y radios retransmitían el partido a lo largo y ancho del barrio. Ogilvy padre y sus gemelos estaban apostados a la ventana con sus uniformes azules, ran ratapán, inundando las calles de orgullo naranja. Pero el Celtic no tardó en marcar y las calles se sumieron en un tenso silencio, incluso los gemelos Ogilvy abandonaron su puesto de vigilancia. El gol de Collins en la primera mitad fue seguido de otro de Payton, otorgando al Celtic una cómoda ventaja. El Rangers sacó a su chico de oro, McCoist, pero no consiguieron meterse en el partido. Cuando Hateley marcó un gol en el minuto ochenta y cuatro, la calle estalló en vítores desesperados. Que el Celtic se alzase con la victoria era lo de menos —no tenía ninguna posibilidad real de ganar la liga—; lo realmente relevante era el hecho de que estaba poniendo fin a una histórica racha de cuarenta y cinco partidos invictos. Todos los católicos estarían celebrándolo en el Baird's Bar. Al señor Campbell

aquello le sentó como un tiro.

—Tenemos que hacer algo —repitió Jodie.

—¿El qué?

—No sé. Por el amor de Dios. ¿Podrías portarte como un hombre por una vez en tu vida?

Pero Jodie Hamilton no necesitaba a ningún hombre, ella sola se bastaba. Fue a la planta de abajo y llamó a la puerta mientras el señor Campbell arrastraba a su esposa por la moqueta del pasillo. Jodie golpeó con fuerza, como un cobrador de Provident Financial. Mungo apareció un momento después. No se situó exactamente al lado de su hermana, sino un poco por detrás. Meciéndose sobre sus talones y armándose de valor, se atrevió finalmente a ponerse delante. Cuando la puerta se abrió, Jodie se dio cuenta de que Mungo tenía la fregona y el cubo en la mano.

Era muy raro ver al señor Campbell de pie. Cuando abrió la puerta, su figura llenó el espacio por completo, del umbral al dintel.

—¿Qué cojones queréis vosotros dos?

Jodie tenía el inusual coraje de una chica que da por hecho que un hombre no va a pegarle, cosa bastante extraña teniendo en cuenta que los tres hermanos habían visto a su madre padecer en manos de sus novios. No había hombre al que Jodie no fuese capaz de replicar y, aunque Mungo admiraba esa cualidad de su hermana, pensaba que tenía demasiada fe en la decencia de sus congéneres masculinos. Esa confianza, esa gallardía, otorgaba a Jodie una actitud lenguaraz. De pequeños, su hermana no dudaba en ponerse farruca ante las pandillas de barriobajeros, rompiendo platos que Hamish tendría que pagar después. Más de una vez, a Mungo le habían cruzado la cara perfectos desconocidos que habían tenido un encontronazo previo con su hermana la bocazas.

Mungo habló antes de que Jodie pudiese decir nada.

—Hola, señor Campbell —anunció todo lo jovial que pudo—. Es que me toca fregar el portal y me he quedado sin jabón en polvo. ¿Cree que podría pedirle un poco a la señora Campbell?

El rostro del hombre adquirió un intenso color lila. Estaba sudando a

chorros, se había movido más en ese rato que en todos los años pasados; sus obstruidas arterias hacían lo posible por que la sangre circulase por su seboso cuerpo. La fina cortinilla que le cubría la calva se le había desbaratado.

—Annie no puede atenderte ahora. No se encuentra bien. Está en la cama.

Mungo intentó mostrarse apocado, pero su cuerpo estaba segregando adrenalina a destajo.

—¿Está bien?

—¿Y a ti qué más te da?

—¿Le importa si paso un momento? Sé dónde guarda el jabón. No haré nada de ruido.

El hombre no sabía qué hacer con el chico de la fregona. Pero por la cara que puso, Mungo supo que ya había agotado su paciencia.

—No, no puedes. Dale ese cubo a tu hermana y deja ya de dar por culo.

Algo se movió en el portal. Más abajo, en el rellano, un pequeño rostro se había asomado por la barandilla y estaba observando a los hermanos en la puerta de los Campbell. Nadie se percató de él. El señor Campbell apoyó el brazo en la puerta con intención de cerrarla.

—Disculpe, pero ¿va todo bien? —La oportunidad se le estaba escapando de las manos, Jodie debía ser más directa que Mungo—. Antes he oído un golpe muy fuerte. Han temblado todos los platos del Jubileo de la reina que guarda mi madre en la vitrina.

—Nada, Annie, que se ha resbalado —dijo el señor Campbell—. ¿A quién se le ocurre subirse en una silla a limpiar el polvo? —Luego sonrió—. Pero ha aprendido la lección, no te preocupes.

El señor Campbell empujó la puerta antes de que Jodie pudiese decir nada más. Estaba ya casi cerrada cuando una voz sonó desde el hueco de la escalera.

—¡Graham! —La voz tenía una claridad autoritaria—. ¿Qué es todo este jaleo? —El Mariposón estaba subiendo lentamente las escaleras en dirección al piso de los Campbell. Era la mitad de alto y la mitad de ancho que Graham Campbell. Se acarició el cinturón con el dedo y se

introdujo el grueso jersey por dentro de los pantalones—. Ya te has tomado tus cervecitas. Te lo has pasado bien. Pues ahora lo que tienes que hacer es acostarte.

—¿Quién coño te crees…?

—No me vengas con eso —lo atajó el solterón—. No me das ningún miedo, Graham, que a mí me criaron a base de hostias.

—¿Qué?

—Sí. Tengo agresividad reprimida. El doctor Doak me lo dijo. ¿Quieres ayudarme tú a que me sienta mejor?

Graham Campbell se había pasado la vida doblando acero; los huesos de Charles Calhoun se romperían como pizarra de un solo golpe. El señor Campbell estaba lleno de furia, su semblante se tornó violáceo, sus puños parecían codillos de cerdo. Dio un paso hacia el hombrecillo.

—Cállate la boca, maricón.

Se cubriría de gloria si le diese su merecido a este desviado. Correrían los vasos de whisky y las pintas de cerveza caliente en cada pub al norte de Duke Street.

—Cielo santo, pero cuánta rabia —dijo el Mariposón sin amilanarse —. A ver si al final va a resultar que tú también… En fin, no serías el primero. Igual necesitas que entre y te dé un abracito. —El Mariposón se llevó una mano a la cadera mientras se humedecía el labio inferior con la lengua—. ¿Qué? ¿Es eso lo que te hace falta? ¿Quieres que el Mariposón te arrope como a ti te gusta?

Fue un gesto amable. Valiente. Absurdamente generoso. Y terminaría por destruir lo que quedaba del buen nombre de Charles Calhoun. Los vasos de whisky y la cerveza caliente y barata seguirían esperando al señor Campbell. Todavía podría ser un héroe. «Iba a pegarle una paliza, pero no sabéis lo que dijo el maricón. Me quité de en medio no fuese que le diera por rellenarme como a un pollo. Puto degenerado».

Los niñatos protestantes se enterarían de todo. Y aprovecharían para hacer leña del árbol caído. «¡Ey, señor Calhoun! ¿Quiere arroparme y contarme un cuentecito?».

Tuvo lugar una inhalación profunda, como si alguien se hubiese olvidado de respirar durante un buen rato. La señora Campbell

apareció de entre las sombras del pasillo, es posible que llevara detrás de la puerta todo el rato.

—Déjate de tonterías, Charles. Estoy bien. He tenido una caída tonta, eso es todo.

Su pálido rostro exhibía un moratón desde la barbilla hasta el ojo. Bajo la órbita ocular, la piel debía de haberse roto porque el pañuelo tenía manchas de sangre. El brazo izquierdo le colgaba inerte, y por la forma en que la mano se torcía en el bolsillo del delantal parecía que tenía el brazo partido.

Todos se quedaron callados largo rato. Mungo oyó los susurros y el arrastre de pies tras las mirillas de todo el bloque.

Jodie fue la primera en romper el silencio.

—Ay, señora Campbell. No tengo arreglo, se me ha quemado la cena otra vez. Jaaa-ja. —Obviamente era mentira, pero nadie se atrevió a cuestionarla. Al ver a la señora Campbell, los ojos de Jodie se habían llenado de lágrimas, pero sería fácil fingir que estaba muy afectada porque se le había chamuscado un pastel de carne y riñones—. Necesito que me ayude antes de que me echen la bronca. —Jodie se adentró en el oscuro pasillo. La pequeña mano que estaba atravesando el umbral era a la vez audaz e imprudente. Mungo vio cómo la mano pasaba junto al señor Campbell y se acercaba a su mujer. Temía que el señor Campbell se lo tomase como una afrenta personal y le diera por rompérsela con la misma facilidad con la que partiría la rama de un árbol joven. Le pareció que pasó una eternidad hasta que la señora Campbell tomó su mano; cuando lo hizo, Jodie suspiró aliviada—. Ay, gracias por salvarme la vida. No sé qué haría sin usted.

—No te preocupes, chata. —Algo aturdida, la señora Campbell se acercó a Jodie y se dejó guiar escaleras arriba con movimientos vacilantes, como si hubiese olvidado el camino. El señor Campbell bloqueaba toda la luz de la puerta. La señora Campbell se volvió hacia él, con el pañuelo aún pegado a la mejilla, y le dijo en voz baja—: Ya has bebido bastante, Graham. Acuéstate ya, cariño. Te pondré la cena en cuanto vuelva.

El Mariposón parecía querer decir algo más, pero se lo pensó mejor.

Golpeó la barandilla con los nudillos anunciando que la función había terminado y que nadie debía hablar de lo ocurrido, ni hoy ni nunca. Se dio media vuelta y bajó tranquilamente las escaleras. Una vez que el Mariposón se marchó, el señor Campbell se retiró a sus aposentos como un cuco violento.

Mungo siguió a las mujeres al piso de arriba. Jodie rodeaba a la señora Campbell con un brazo. La mujer parecía tan pequeña que Mungo imaginó a su hermana llevándola a cuestas el tramo restante. Pero Jodie no se impacientó, fueron pasito a pasito, con la solemnidad de un cortejo fúnebre. El chico observó los talones de la señora Campbell subir y bajar sobre sus zapatillas de lana. Tenía los tobillos azulados por la mala circulación; Mungo decidió que, en cuanto llegasen a casa y estuviesen a salvo, le dejaría unos calcetines de deporte bien gruesos.

Cuando llegaron al rellano, la luz de la vidriera le iluminó el moratón de la cara con una claridad enfermiza. La señora Campbell dijo:

—No sabéis lo bien que bailaba. Viéndolo así tan grandote no lo parece, pero sí, bailaba divinamente. —Lo dijo tan bajo que parecía que estaba hablando consigo misma.

Jodie exhaló con brusquedad por la nariz.

—Bueno, yo creo que es vergonzoso que los hombres pierdan los nervios así por el fútbol. ¡Son todos unos desgraciados!

La señora Campbell se zafó del agarre de Jodie. Subió unos pocos escalones y luego se dio la vuelta. Parecía confusa.

—No. Las cosas no son así.

—Sí lo son. Con la excusa del fútbol los hombres se ponen a beber y se creen con derecho a pelearse y a sacar toda su rabia…

—Qué sabrás tú de hombres y de rabia con lo joven que eres. —La señora Campbell sacó el brazo del bolsillo del delantal, lo acarició, lo acunó como si fuese un pobre corderito—. Ese hombre se ha pasado veintisiete años en los astilleros moviendo vigas como camiones, toneladas de acero que podían caerle encima en cualquier momento y matarlo, dejándome a mí con tres niños y un colchón demasiado grande para mí sola. Y él lo sabía. Lo sabía. Todos lo sabían.

Jodie apretó la mandíbula.

—En ese caso debería estar aliviado de que todo eso haya quedado atrás.

La mirada de la mujer se posó en la colorida vidriera que daba a la parte de atrás del edificio. Quedó bañada en un mosaico de luces verdes y azules, fragmentada, como el diagrama de los mejores cortes de vacuno que colgaba de la pared de la carnicería.

—Cuando llegaba el descanso para el almuerzo los hombres no hacían otra cosa que beber cerveza. Se tomaban seis y hasta siete pintas en cuestión de una hora. El camarero se pasaba la mañana sirviéndolas, cientos, miles de pintas, para que en cuanto sonara el timbre los hombres las tuvieran ya preparadas en la barra. Y salían corriendo a bebérselas, ¡vaya si corrían! ¿Te parece que esos hombres eran felices?

—Lo siento, señora Campbell. Pero conozco a mucha gente que no es feliz. Y eso no es excusa para que su… —Jodie inclinó la cabeza al ver el rostro de la mujer. Parecía no atreverse a decirlo en voz alta.

La señora Campbell clavó los ojos en Jodie y, un segundo después, apartó la mirada con desdén. Nadie trataba a Jodie como si fuese estúpida, como si fuese una ignorante, y a Mungo le sorprendió verlo ahora.

—Cuando Graham venía a casa y nos sentábamos a cenar, siempre le preguntábamos qué tal le había ido el día, y él decía: «Bien, muy bien. No me puedo quejar». Así que yo me ponía a hablar de fulanita y de su nuevo novio, o le contaba que a Mary McClure no le gustaba el nuevo pastor. —La señora Campbell dio un suspiro y se estremeció—. Imagínate tener todo ese miedo y esa frustración y que nadie te pregunte cómo estás, si estás contento, si te pasa algo. Esos hombres no podían decir cómo se sentían, porque si lo hacían, se echaban a llorar, y ya tenemos lluvia de sobra en esta puñetera ciudad. —La señora Campbell presionó el pañuelo contra el corte. Luego lo apartó y miró la sangre coagulada que empapaba la tela—. ¿Y qué soluciones les dieron, eh? Los despidieron unos petimetres de Westminster que no sabían ni dónde estaba Glasgow, que les importaba tres pepinos si los hombres tenían familias que alimentar. Les dicen que son el problema de este

país, que están frenando el progreso porque no le tienen miedo al trabajo duro. Y entonces llega una zorra pelirroja y de un plumazo los pone a todos de patitas en la calle. Adiós muy buenas y si te he visto no me acuerdo. —La señora Campbell se había transformado por completo delante de ellos. Toda la fragilidad anterior se había esfumado, ahora los miraba con una ira efervescente—. Así que no, Jodie Hamilton, el problema no es el fútbol. Ni que empine el codo ni que no le guste lo que yo cocino. No sois más que unos críos. No tenéis ni idea de nada. De nada.

Jodie juntó las manos.

—¡Por favor! Se está engañando a sí misma. Está dejando que él se salga con la suya.

La señora Campbell comenzó a bajar las escaleras. Jodie le puso la mano en un hombro, pero la mujer la apartó de una sacudida. Cuando llegó al rellano, se giró y miró a los hermanos Hamilton.

—Os conozco desde que ibais en pañales, y a esa madre egoísta que tenéis la conozco desde hace más tiempo todavía. Vosotros dos, mejor que nadie, deberíais saber lo que es poner excusas por alguien a quien quieres. ¿No podéis perdonarme a mí por lo mismo?

# 11

San Christopher apareció de mal humor en la tienda de Mungo. Los hombres habían estado discutiendo en el refugio, una pelea de borrachos, letárgica y lastimera. Mungo los oyó hacer recuento de reproches y deslealtades de un pasado lejano, arañazos en sus empañados orgullos. Por el tono, ambos parecían heridos. Con el aguacero, Mungo solo captó algunos retazos de conversación, pero le pareció que San Christopher se puso a llorar —tal vez ambos llorasen —, y luego les dio la risa a los dos, o quizá estaban riéndose el uno del otro, no le quedó muy claro. Entretanto, Mungo, presa del estupor, no dejaba de rodar sobre el suelo de la tienda.

Ahora era el santo quien estaba tumbado junto a Mungo. La tienda era demasiado pequeña para los dos, pero el hombre había conseguido meterse a pesar de todo. Tuvo el detalle de ponerse la chaqueta empapada, pero no llevaba pantalones, ni calcetines; sus pies ensangrentados nadaban en sus zapatos buenos de los domingos. San Christopher se quedó observando al chico sin decir palabra. Mungo parpadeó varias veces, confuso ante la aparición. Tenía las tripas revueltas por el whisky. Albergaba la esperanza de vomitar y expulsar el veneno.

Mungo apretó la espalda contra el lateral de la tienda y se llevó las rodillas al pecho. Sintió cómo la lluvia le golpeaba la piel, pero estaba extrañamente seco. El agua se estaba acumulando en el techo de la tienda y el chico tuvo que presionar la lona para evitar que se viniese abajo por el peso. En la penumbra, San Christopher se quedó mirándolo fijamente, con los ojos estancados como el agua de un charco.

Mungo quería llenar aquella oscuridad. Empezó a contarle la larga historia de cuando Hamish le enseñó a montar en bicicleta. Pero San Christopher no tenía el cuerpo para nanas.

—Cállate —dijo tamborileando los dedos sobre la rodilla de Mungo. Al principio era un suave golpeteo, pero luego cerró el puño y le golpeó el hueso con fuerza. La vieja costra palpitó—. No puedo dormir así, me estás clavando los huesos.

—¿Por qué no se va a la tienda grande?

—Porque es un capullo. Siempre intenta pegármela. Por eso.

Mungo estiró las piernas y el santo se acomodó. Al principio pensó en volver a tumbarse bocarriba, pero el repugnante aliento del hombre invadiéndole las fosas nasales era insoportable. Además, la tienda era demasiado estrecha para estar tumbados los dos hombro con hombro. San Christopher empezó a resoplar y a hostigar al chico hasta que este se giró y se puso de cara a la fría pared de nailon. La lluvia seguía cayendo; debajo de ellos, el suelo se desintegraba. Al igual que la noche anterior, un brazo se posó encima de Mungo, pero esta vez el hombre estaba lejos de dormirse.

Algo golpeó contra la parte posterior de su pierna. Parecían dos dedos cacheándolo, tratando de abrirse hueco entre sus muslos desnudos. Era cálido, viscoso, tenía una adherencia propia y, por un segundo, se quedó pegado, como cuando dos pieles de diferente temperatura entran en contacto, una resbaladiza y húmeda, la otra seca como el polvo. Se pegó a él durante un segundo y después se deslizó entre sus muslos. El hombre comenzó a jadear.

Al principio, San Christopher parecía satisfecho con eso. Pero luego empezó a serrar, hacia delante y hacia atrás. Su aliento fétido alborotaba los cabellos del muchacho.

—¡Para! —Mungo apretó los muslos con fuerza y entrelazó los tobillos—. ¿A qué coño estás jugando?

Se zafó del hombre y San Christopher soltó un grito de dolor. Seguidamente empujó a Mungo contra la pared de la tienda. No tenía escapatoria.

Desde que lo vio por primera vez, Mungo tuvo la impresión de que San Christopher estaba vacío por dentro, como madera de balsa, le pareció un ser famélico, desabastecido de nutrientes y de bondad. Ahora le resultó más hambriento de lo que parecía, como si hubiese

resuelto saciar su apetito de una vez por todas. El hombre agarró al chico por la garganta; cada dedo de su mano era como un tornillo. Le clavó las sucias uñas en la laringe y tiró de la piel como si quisiera arrancarle la tráquea. Seguidamente le puso la desnuda pierna encima y Mungo sintió cómo las costuras de los zapatos de cuero Goodyear le arañaban la pantorrilla.

—No seas tonto, hijo. Cuanto más te resistas, más va a durar.

—Por favor. No lo hagas —balbució Mungo.

San Christopher no respondió. Reanudó su ardorosa fricción entre los muslos del chico y se puso a canturrear. Y así estuvo un buen rato, empujando y tarareando, tarareando y empujando. Tenía la chaqueta del traje arremangada en el antebrazo. Con una de sus largas manos le sujetaba ambas muñecas por detrás de la espalda. Con la otra le obstaculizaba la entrada de aire a la garganta. Bajo la postrera luz del día, Mungo podía ver el brazo peludo del hombre. Los vellos negros contrastaban con su pálida piel, como un bosque en la nieve. Cambiaban de dirección al ritmo de la entrecortada respiración del muchacho, como largos juncos mecidos por la brisa del río. Mungo intentó pensar en la belleza de las colinas. Llovía con una fuerza endemoniada.

Estaba aovillado en un rincón de la roja tienda cuando Gallowgate se asomó por la puerta. El interior estaba prácticamente a oscuras, pero las débiles ascuas de la hoguera iluminaron su perfil. Mungo oyó a San Christopher orinando en el lago. Su espalda debió de curvarse por la satisfacción, o por el alivio quizá; el alto arco que describía la orina salpicaba ruidosamente sobre la superficie del agua. Después aflojó las tripas y se tiró un cuesco en mitad de la noche.

—¿Estás bien? —preguntó Gallowgate con suavidad—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué está silbando San Christopher?

Mungo negó con la cabeza. Varios sentimientos que no podía procesar luchaban por abrirse paso y salir de su boca. No conocía las palabras que explicaban lo que San Christopher acababa de hacerle.

Incluso de haberlas sabido, la vergüenza le atenazaba la mandíbula, el dolor de la garganta sofocaba cualquier posible sonido.

Gallowgate rozó el saco de dormir con el dedo. Se frotó las yemas y se las olió. Dejó a Mungo en la oscuridad de la tienda y volvió a internarse en la noche. Mungo no sabría decir si le dio un puñetazo o un empujón, pero oyó a San Christopher caer al agua antes de ponerse a gritar y resoplar con pánico mientras intentaba volver a la orilla. Gallowgate abrió de nuevo la tienda, parecía enfadado de verdad.

—¡No estás bien de la cabeza! Eres un puto guarro. Voy a llamar a la policía.

El chico oyó las risas de San Christopher seguidas del plof de su chaqueta mojada al caer sobre las rocas. Después lo oyó arrastrarse hasta la otra tienda y suspirar aliviado cuando sus agotados huesos tocaron al fin el saco de dormir.

Gallowgate buscó a Mungo en la oscuridad.

—Estoy aquí, estoy aquí —dijo intentando tranquilizarlo y haciéndole señas con la mano—. Lo siento mucho. Mira, hablaremos con él por la mañana. No pasa nada.

La voz de Mungo sonó lejana. Su garganta estaba inflamada por el estrangulamiento. Le dolía al tragar.

—¿Cómo que no pasa nada? ¡Me ha tocado, joder! No tendría que haber hecho eso.

Gallowgate tuvo que acercarse para oírlo bien.

—Lo sé.

—Mi hermano lo va a matar. Lo va a matar.

—Lo sé.

—Por favor. Quiero irme a mi casa.

—Lo sé, lo sé. Mañana por la mañana nos vamos. —Tiró del chico hacia él y le echó un brazo sobre el hombro.

Mungo se desahogó contándole a Gallowgate todas las cosas que Ha-Ha le haría a San Christopher. Imaginó a su hermano con el tomahawk escondido en los vaqueros recorriendo los alrededores del Saltmarket, Trongate, el Briggait, pub tras pub, bajo los arcos del ferrocarril, preguntándole a todos los borrachos habidos y por haber hasta

encontrar —y seguro que lo encontraría— al hijo de puta que le había hecho eso a su hermano. Entonces, la afilada hoja del tomahawk haría de las suyas.

Gallowgate escuchaba pacientemente, suspiraba en todos los lugares adecuados a la espera de que la respiración del chico se relajase. Le pasaba la mano por la espalda, calmándolo como un padre paciente, dándole palmaditas como si fuese un bebé al que hubiera que ayudar a eructar. Allí, sentados juntos en silencio, se oía el chubasquero crujir bajo las caricias del hombre. Mungo empezó a tocarse el tic de la cara.

—¿Gallowgate?

—¿Sí?

—Si quisiera irme ahora, quiero decir, ahora mismo, ¿en qué dirección debería andar?

—Chsss… enseguida amanecerá. Todo se ve mejor a la luz del día.

El brazo de Gallowgate debió de cansarse. La mano paternal empezó a moverse en círculos, bajando cada vez más hasta introducirse debajo del chubasquero. Al rozar el cálido surco de la parte baja de su espalda —el pequeño valle donde empezaba a brotar una fina pelusilla—, Mungo se estremeció. Después sintió cómo los fríos anillos de Gallowgate recorrían sus vértebras lumbares.

Mungo no se había dado cuenta de que estaba llorando hasta que Gallowgate le dijo que parase. Nunca había sido un niño muy llorón. A Hamish le encantaba hacerlo rabiar, desde siempre; nada le gustaba más a su hermano que perforar el globo de lágrimas que todos tenemos dentro. Se sentaba encima del pecho de Mungo e iba hundiendo los dedos sobre su esternón, con fuerza, como si se tratase de una máquina de escribir. Al final de cada frase le retorcía la oreja y le daba un manotazo en la cara. Siguiente frase.

«¿Por qué yo, Mungo Hamilton, soy un niño tan inocente y tan bobo?», dedos sobre esternón, oreja retorcida, manotazo. Siguiente frase.

«¿Por qué yo, Mungo Hamilton, siempre me meto en líos?», dedos sobre esternón, oreja retorcida, manotazo.

Incluso Jodie había usado el estoicismo de Mungo a su conveniencia.

A veces lo convencía para que robase *scones* del alijo secreto de Mo-Maw. Luego se sentaban tranquilamente en el armario del termo y se atiborraban de aquellos deliciosos triangulitos de patata. Si Mo-Maw los pillaba, Jodie decía que había sido idea de Mungo, y era él quien se llevaba los chancletazos en las piernas. Ella se escondía detrás de la puerta de su cuarto y esperaba a que su hermano volviese, escocido, pero con los ojos secos. Jodie le daba un abrazo y le decía que por eso asumía él la culpa, porque nunca lloraba, nunca le daba a nadie la satisfacción de mostrar sus lágrimas.

Gallowgate siseó para pedirle a Mungo que dejase de llorar mientras intentaba quitarle los pantalones. Mungo usó toda la fuerza de su cuerpo para sujetárselos con una mano y repeler con la otra el pecho del hombre. Después de años defendiéndose de Ha-Ha había adquirido cierta fuerza defensiva: piernas musculosas que podían soportar el peso de otro hombre, un cuerpo tenso capaz de cerrarse en banda como un molusco. Por un segundo pareció que iba a levantar a Gallowgate a pulso.

Las últimas ascuas de la fogata iluminaron los ojos del hombre. Por su forma de apretar la mandíbula, Mungo supo que iba en serio. Gallowgate le hundió el puño en la cara de una forma que Ha-Ha no habría hecho nunca. Le rodeó con el brazo la magullada tráquea y lo obligó a echar la cabeza hacia atrás. Luego le dio la vuelta.

# 12

Durante las semanas que siguieron a su resurrección, Mo-Maw estuvo en una especie de tierra de nadie. Cada vez que Jocky la llamaba, Mo-Maw metía su vida en el bolso y volvía corriendo a sus brazos. Cuatro o cinco días después, Jocky la devolvía como un libro en préstamo y ella regresaba a casa hecha un trapo y borracha como una cuba. Según Jodie, Jocky también debía de empinar bastante el codo porque era capaz de llamarla a cualquier hora del día o de la noche. Siempre le decía que era una mujer encantadora y, aunque Mo-Maw quería creerlo, sabía que de encantadora tenía poco. Estaba demasiado agotada, ya no le quedaban encantos por ninguna parte.

El turno de noche había hecho de ella un animal nocturno. Más de una vez, al levantarse para ir al instituto, Mungo se encontraba la puerta de la casa abierta de par en par y a Mo-Maw sentada a la mesa de la cocina con el pesado abrigo puesto.

Las tripas de su bolso marrón acababan esparcidas por el suelo de la casa; también fuera, en el portal; Mo-Maw iba dejando restos por todo el bloque hasta que conseguía llegar a trompicones a la puerta y sacaba las llaves.

La señora Campbell se presentó en su casa dos veces en la misma semana. Con la cara aún amoratada y el ojo amarillento, le preguntó a Mungo qué tal le iba en el instituto. Sin mediar palabra y sin apartar la mirada de sus ojos, le cogió la mano y le dio el sujetador blanco de Mo-Maw. Mientras comentaba el mal tiempo que estaba haciendo, le cerró los dedos al chico y se fue sin mancillar en ningún momento el nombre de Mo-Maw. La siguiente vez le trajo un pastel de carne y riñones de Fray Bentos que había asado en su propio horno. Luego, guardados en una bolsa de plástico, le entregó los restos que Mo-Maw había dejado la noche anterior: media docena de salvaslips, un frasco de perfume Avon

y unas cuantas salchichas descongeladas.

Mungo cerró la puerta principal e introdujo con cuidado todas las pertenencias en el bolso de Mo-Maw. Su madre había vuelto a quitarse el sujetador, pero esta vez lo había dejado sobre la mesa de la cocina. Estaba comiendo cacahuetes y echando las cáscaras en una taza. Al lado había una botella de vino vacía. Parecía que llevaba allí fumando y bebiendo desde antes del amanecer.

—He cerrado temprano —le explicó, aunque él no le había preguntado nada—. Hoy no tenía cuerpo para aguantar más tonterías.

Mungo le dio un beso en la coronilla. Se había hecho la permanente con un dinero que no tenían. Por el olor supo que se había abrasado el cuero cabelludo con algún producto químico. Encendió el hervidor y le sirvió dos tazas de té negro fuerte, como a ella le gustaba. La cabeza le caía sobre el pecho, se balanceaba de lado a lado, como un bebé somnoliento. Mungo, viendo cómo su madre luchaba contra el sueño, intentó quitarle el consumido cigarrillo de entre los dedos, pero ella lo apartó.

—Deja de dar vueltas. Por favor. Pareces una mujercita.

Mo-Maw se echó la ceniza en las medias, luego la sacudió y la tiró al suelo. Mungo no se atrevió a barrerlo.

En los pisos de enfrente, al otro lado del cobertizo de la basura, ya había luces encendidas. Vio luz en la casa de James, una única luz que él apagaba cuando se iba. Mungo sabía que se levantaba temprano para ir al palomar. Estaría una hora dando de comer a las palomas y entrenándolas antes de que existiese el peligro de que otro palomero enviase un señuelo al cielo. Es lo que ocurría con los criadores del East End: casi todos estaban en paro, así que no tenían un horario normal.

La silueta de James se perfiló sobre la brillante luz de la cocina. Se asomó a la ventana y vio que Mungo estaba observándolo. Todavía no habían hablado, ni siquiera una vez, pero levantó los pulgares y puso cara interrogativa. Mungo le devolvió el saludo apuntando los pulgares inequívocamente hacia abajo. James se rio.

—Quítate de la ventana —le reprendió Mo-Maw—. Deja de espiar a las mujeres. Lo que me faltaba. Haber criado a un mirón.

De un tiempo a esta parte, Mo-Maw había empezado a robar carne de la caravana, restos de morcillas y lonchas de beicon medio descongeladas. Mungo encendió la placa eléctrica y se dispuso a prepararle algo sólido y calentito que le asentara el estómago. Los huevos rodaron por la sartén en su propio líquido blanco y grasiento, atrapando a su paso trozos de grasa y morcilla. Esperó a que el centro se hiciese bien y luego le dio la vuelta. El plato emitió un sonido calcáreo cuando lo deslizó por la mesa. Estaba exactamente como a ella le gustaba.

A Mo-Maw le dio una arcada.

—No puedo ni mirarlo.

—Si quieres te hago unas gachas.

—Déjame tranquila, anda. —Sonaba cansada pero sin nada de sueño.

—¿No te quieres echar un rato?

Apagó el cigarrillo sobre el huevo. Sus ojos se aclararon. Tenía el cuerpo hecho al turno de noche.

—Lo que quiero es salir.

Apenas podía caminar. Mungo le echó el brazo por los hombros y la condujo escaleras abajo. Mo-Maw se sentó en la barandilla y al chico no le quedó otra que sostenerla mientras ella se deslizaba como una niña. *Eeeeeoooo*. Luego empezó a reírse a carcajada limpia, era imposible no dejarse arrastrar por su alegría. Jodie se pondría furiosa por no haber sido capaz de mantenerla alejada de la puerta, por no haber hecho uso de todas sus artimañas para llevarla al sofá y hundirla en un estado de amodorramiento del que no pudiera salir.

La pálida luz azul de la mañana atenuaba el brillo de todo cuanto rozaba, usurpaba la vida de los rostros desconocidos con los que se iban cruzando. Mientras recorrían Alexandra Parade, Mungo tuvo que rodear a su madre con el brazo para evitar que se tropezara. A veces se apoyaba en él con tanta fuerza que tenía la sensación de estar llevándola literalmente a cuestas. Luego, de pronto, le daba por cambiar de dirección y Mungo tenía que seguirla entre tambaleos, empleando toda su fuerza y concentración para no acabar los dos estampados en la cuneta.

Los trabajadores del turno de mañana los observaban desde los cálidos autobuses. Por la aflicción de sus miradas, Mungo sabía que estaban ofreciendo un espectáculo lamentable. El chico trató de mantener la columna erguida y la vista en el horizonte, como si su viaje tuviese algún propósito, a pesar de no tenerlo en absoluto; a ella se le había metido entre ceja y ceja que quería dar un paseo y él no había sido capaz de detenerla.

—Cuando eras pequeño siempre hacíamos esto. —Mo-Maw no estaba más sobria, pero el frío le había pellizcado la nariz y parecía totalmente despierta. Mungo la sostenía por la cintura mientras ella lo rodeaba con ambos brazos, como si fuesen una pareja de enamorados—. Nada más cruzar la puerta tú te agarrabas a mi falda. A los otros dos les habría dado igual que me atropellara un autobús. Pero tú, no, tú siempre estabas ahí.

Mo-Maw estaba enfilando sus pasos hacia el centro de la ciudad; tal vez el casino siguiese abierto, o las tragaperras de debajo de la Estación Central. A la Bruja Piruja le gustaban las luces. Mungo albergaba la esperanza de que su madre fuese perdiendo fuelle, pero no parecía el caso. La bebida podía dejarla tumbada o dotarla de un extraordinario vigor. Lo horrible era que él nunca sabía por dónde irían los tiros.

Para llegar al centro de la ciudad debían pasar por la Necrópolis. Allí, el aire sería más fresco y la empinada cuesta la ayudaría a aclararse la mente. El lugar estaría tranquilo a esa hora de la mañana, nadie vería el desasosiego ni la vergüenza que enturbiaban el rostro de Mungo. Como si fuese un remolcador, la fue guiando con suavidad hacia el cementerio. La Necrópolis ofrecía buenas vistas de la ciudad. Los altos tentáculos de Sighthill y el tupido racimo de edificios victorianos del centro. La cervecería Tennent's ya estaba expulsando levadura al cielo.

—Creo que Jocky no me quiere. —Sus zapatillas americanas estaban llenas de barro cuando Mungo la soltó en las escaleras del monumento a John Knox—. Se piensa que soy imbécil.

Mungo se agachó cerca de la estatua de un clérigo con el ceño fruncido, quería recoger flores de azafrán abiertas. Era difícil encontrar alguna que no se hubiese marchitado ya.

—A lo mejor no le gustas cuando bebes.

—Joder. Tengo treinta y cuatro años. Lo único que debería hacer es beber. Beber y bailar y reír. —Sus facciones parecían hundidas a la luz de la mañana. Sacó una botella de vino del bolso. Los párpados de Mungo empezaron a llenarse de electricidad. A pesar de habérselo vaciado antes de salir, ella había tenido la astucia de meter la botella de nuevo mientras él no miraba—. Seguro que, para ti, treinta y cuatro años es ser un carcamal, ¿verdad? Yo no era mucho mayor que tú cuando tuve a Hamish. Tendrías que haber visto la cara de tu padre, se quedó pasmado. Y tu abuela me puso a parir, no sabes las cosas que me dijo.

Mungo no recordaba a su abuela. Tenía la difusa imagen de una arrogante señora presbiteriana, una mujer que untaba mermelada en las galletitas saladas y fingía que eran un sofisticado refrigerio.

—Cuéntame, ¿cómo era mi padre?

—No, no, otra vez no. —Se encendió con dificultad un cigarrillo doblado. Mungo temía que hubiese olvidado la pregunta, pero la nicotina pareció ayudarla a concentrarse—: No tenía nada de especial y tampoco es que fuera muy guapo. Pero le echaba mucha cara y tenía mucha labia. Valiente por fuera como Hamish y tierno por dentro como tú. —Mo-Maw tenía la mirada fija en algún punto del serpenteante Clyde.

—¿Por qué lo dejaste luchar en las bandas después de tener hijos? —Mungo le había hecho la misma pregunta mil veces antes. Los tres se la habían hecho.

—No pude pararlo. Lo intenté, pero él nunca me hacía caso. Solo llevábamos medio año viviendo juntos cuando lo apuñalaron. Jodie todavía dormía en el cochecito porque no podíamos permitirnos una cama para Hamish. No éramos más que niños jugando a las casitas. —Mo-Maw tenía los ojos irritados por el frío—. Y bueno, la policía ni siquiera me avisó cuando ocurrió. Esa noche, al ver que no llegaba, llamé a su madre. Ella fue la que me dijo que lo habían matado. Allí estaba yo, en un piso sin muebles cuidando de sus dos hijos, y ella ni siquiera tuvo la decencia de llamarme.

Mungo había pensado en darle los azafranes medio marchitos a su madre. Al final dejó que se fuesen volando colina abajo.

—No quería que te pusieras triste.

Ella le tendió la mano y él se sentó a su lado.

—No seas tonto, tú nunca me has puesto triste. —Mungo la oyó sorberse los mocos—. Fue una sorpresa maravillosa cuando me enteré de que ibas a nacer. Lo enterré un martes y, al lunes siguiente, el doctor Doak me dijo que estaba embarazada de ti.

—Seguro que te asustaste un montón.

—Pues imagínate. Yo que fui para que me diera antidepresivos. —Lanzó la colilla a las lápidas de un capirotazo—. Vinieron a verme, ¿sabes?

—¿Quiénes?

—Los cuatro fenianos que lo apuñalaron. Los chavales aparecieron con los trajes de comunión; supongo que fue cosa de sus madres, parecían una delegación extranjera cuando llamaron a la puerta. La verdad es que fueron muy valientes de venir a este barrio después de haber matado a Ha-Ha. Debieron de sentirse culpables. Recuerdo que estaban calados hasta los huesos y temblando de frío. Se esperaron a que cayera una buena tormenta, así era más seguro.

—¿Y no te entraron ganas de pegarles un puñetazo?

—Al principio sí. Me puse a gritar como una loca. A Jodie no había manera de darle el pecho, siempre fue una niña muy difícil, y con todo lo que había pasado, yo estaba que me subía por las paredes. Pero luego vi que eran muy jóvenes, vendrían a ser de tu edad más o menos. Supongo que se creyeron muy hombres cuando lo apuñalaron. Salió en todos los periódicos. Fueron sus propias madres las que los obligaron a venir a verme cuando se enteraron de que Ha-Ha tenía dos hijos. Fueron las mujeres las que se sintieron mal. Ellos no eran más que niños jugando con tijeras.

—Hamish se vengará algún día.

—Eso dice. Pero lo gracioso es que le compraban pañales a Hamish. Y estuvieron mandándome dinero durante un tiempo, cheques de Provident Financial, y un billete de diez libras por Navidad. —Respiró

profundamente—. En fin, que todo es jaja y jiji hasta que la cosa se tuerce, ¿no?

Cuando se sentía triste, Mo-Maw tenía una especie de afectado ritual para tranquilizarse. Extendía los dedos de una mano y los iba acariciando uno a uno con la otra, los frotaba de arriba abajo y luego presionaba la suave membrana que los separaba, un pellizquito, como si llevase unos guantes de encaje. Mungo decidió que iba a ahorrar algo de dinero y comprarle unos de verdad. De repente, Mo-Maw se puso de pie, el frío del escalón de piedra estaba entrándoles en el cuerpo.

—¿Te he dicho alguna vez por qué te llamas así?

—Sí, cientos de veces.

—Oye, ¿te estoy aburriendo? Debí de estar loca para ponerte ese nombre.

—Es un nombre feniano.

Mo-Maw movió la mano con desdén.

—No. Los santos son de todos. Pero recuerdo que el hombre del registro me miró como si estuviera loca. Y lo estaba. Ni siquiera podía decir que era su viuda. Tu padre siempre era «el hijo de la pobre Jocelyn Hamilton», a nadie se le ocurría decir «el novio de la pobre Maureen Buchanan». Quería que tuvieras algo de Glasgow. Glasgow era lo único que tu padre adoraba de verdad. Pensé que nos traería algo de paz.

—Pues a mí no me ha traído ninguna.

—Mungo significa «el estimado», «el querido», y eso es lo que eres para mí. —Le frotó el dorso de la mano—. Supongo que es un nombre difícil.

—Stephen habría estado bien. David. John.

Sentados en la cima de la colina, olieron el dulce diésel que portaba el aire fresco de la mañana. Alexandra Parade estaba ya atestada de coches intentando acceder a la ciudad gris. Mo-Maw le besó la fría mejilla.

—Me va a dar algo.

—¿De qué hablas?

—Cuando conozcas a una chica y me dejes.

—¡Pero si eres tú la que siempre me dejas a mí! —Su voz sonó más alta de lo que le habría gustado.

Mo-Maw hizo un gesto con la mano como si él no entendiese nada.

—Jo-Jo casi no me deja estar contigo. —Había algo de verdad en sus palabras. Una verdad que los incomodaba—. Sé que ella cree que soy una mala madre. Siempre que puede me lo recuerda, que ella podría criarte mejor que yo. Con esa cara de mojigata que tiene.

—¡Maw!

Mo-Maw le dio un manotazo en la rodilla.

—Te tengo dicho que no me llames así. —Al menos le frotó donde le había golpeado—. Pero sí, me va a dar algo. Me va a dar algo cuando le eches el ojo a alguna. —Sin mirarla, Mungo sabía lo que vendría después: no era una mujer especialmente sutil; casi pudo oír cómo sus ojos se giraban para mirarlo de frente—. Entonces ¿has conocido ya a alguien?

—No. —Tiró de su madre hacia él—. Tú eres mi única chica.

Mo-Maw se apartó sin sonreírle en ningún momento.

—Cariño, estás empezando a preocuparme. En Navidad vas a cumplir los dieciséis, tendrías que ir ya detrás de alguna muchacha. Cuando Hamish tenía tu edad, no había padre en todo el barrio, desde Govan hasta Garngad, que no viniera a casa a pedirme cuentas. —Se quedó callada un momento—. ¿Te pasa algo?

—No. —Sintió que se estaba poniendo rojo.

Mo-Maw parecía inusualmente preocupada. Jodie le había comentado lo del posible desalojo y le había importado un pimiento. Hamish había dejado embarazada a una cría de quince años y ella ni se inmutó. Pero ahora estaba mirándolo fijamente a los ojos y parecía preocupada de verdad.

—Es que no tengo mucho interés. —Luego añadió con esperanza—: De momento.

Mo-Maw dio un resoplido.

—Escucha. Que sepas que aunque a veces no esté, siempre estoy pendiente de ti. La señora Campbell me lo cuenta todo. Me dijo que el otro día estuviste en la casa del Mariposón.

—El señor Calhoun necesitaba que le echara una mano.

—¡Claro, no te jode! —La mandíbula posterior de Mo-Maw sobresalía anunciando guerra—. Y seguro que se quedó encantado con esas manitas tuyas tan suaves. Hazme el favor de alejarte de él, Mungo. ¿Me estás oyendo? Como me salgas un solterón de esos, me vuelvo loca.

Mungo se alegró de ponerse en pie. Se acercó a su madre y le colocó bien la capucha del fino anorak. La piel de coyote de imitación le hacía juego con las mechas.

—Vámonos a casa, pareces muy cansada.

—Muchas gracias —respondió y se limpió el rímel corrido.

Al ponerla en pie estuvieron a punto de caerse en los azafranes.

—Escucha, necesito que me ayudes. Tengo que dejar de beber. Esta vez va en serio. —Acto seguido, sin ningún tipo de ironía, se bebió lo que le quedaba de vino. Mo-Maw se dio un golpecito en sus pequeños pechos, los elevó unos centímetros, y suspiró cuando volvieron a su sitio—. Mira, no puedo dejar que Jocky se me escape. Igual esta es mi última oportunidad.

Mungo no dijo nada. Condujo a su madre a través de la colina embarrada. Cuando perdía el equilibrio, él la sujetaba.

Ese día no fue a clase. Mientras los demás chicos corrían tras oír el primer timbre, Mungo le estaba dando a Mo-Maw un baño de agua tibia. Metió en el horno un montón de toallas y, cuando acostó a su madre, se las puso encima para que entrase en calor. Mo-Maw estaba inquieta, agitada. Mungo se quitó el uniforme, se acostó a su lado y la abrazó hasta que los temblores remitieron y se quedó dormida.

El cielo había vuelto a oscurecerse cuando Jodie llegó del instituto. Abrió la puerta del dormitorio y sus miradas se cruzaron en mitad del silencio. Mungo pensó que se sentiría aliviada, pero solo creyó ver su habitual decepción.

Cuando llegó el telediario de la noche, Mungo le preparó a Mo-Maw un plato lleno de tostadas y se sentó a su lado mientras ella intentaba comerse todo lo que podía. No le quitaba ojo por si acaso le daba por

buscar alguna botella de vino escondida con la que mitigar las tiriteras. Luego le sacó del armario la ropa que debía ponerse, y juntos tomaron un autobús al centro.

Mungo había estado otras veces en aquella sala de reuniones de Alcohólicos Anónimos, pero rara vez sin Jodie. Mo-Maw llevaba años intentando completar los Doce Pasos, pero sus periodos de sobriedad eran efímeros e inconstantes. Como un niño temerario que cree que puede montar en bicicleta sin ruedines, se autoproclamaba curada a las pocas semanas y enseguida volvía a estrellarse —y a desollarse viva— contra el muro del alcohol. Desperdiciaba muchísimo aliento argumentando que no era lo mismo tomarse una copita que ser alcohólico. Acompañado por Jodie, Mungo había presenciado reuniones de sobra como para saber que si eras alcohólico, daba igual una copa que cien. Mo-Maw, en cambio, no estaba de acuerdo: la sobriedad la aburría.

Las reuniones tenían lugar en la parte de atrás de un antiguo salón masónico. El suelo entarimado y el escenario de madera le conferían el aspecto de un salón de actos escolar. Un pasillo conducía a una pequeña cocina sin ventanas, donde, antes y después de cada reunión, los miembros se congregaban en torno a un enorme hervidor y se preparaban un té. Mungo se quedó allí sujetando el abrigo de Mo-Maw, era el sitio donde se sentía más cómodo. En cuanto la reunión dio comienzo, se apoyó en el hervidor y dejó que el calor se propagase por su cuerpo mientras escuchaba las confesiones de todo el mundo.

Al finalizar la sesión, los alcohólicos acudieron a la mesa plegable del té, sujeta mediante caballetes. Este grupo en concreto estaba formado por una comunidad unida; gente humilde que, con independencia del tamaño de sus sueldos, se trataban con respeto y empatía. A Mungo le agradaba estar entre ellos y, aunque le picaban los ojos por el humo, le gustaba la sensación de abrazo de oso que le procuraban los abultados abrigos invernales cuando intentaba abrirse paso entre sus cuerpos.

Mo-Maw lo cogió de la mano y lo llevó hacia un grupo de mujeres que mordisqueaban sándwiches de jamón ahumado mientras se ponían al día de todos los cotilleos.

—Bueeeno, hay que ver lo que has crecido. Y pensar que hace dos días estabas haciendo la voltereta en el salón de mi casa —le dijo Nora «Cada Dos Miércoles» sujetándole la cara entre sus frías manos.

Una voluta de humo salió de su cigarro. Los ojos de Mungo empezaron a temblar, no mucho, pero lo bastante para ser evidente. Mo-Maw suspiró.

—Bueeeno, ¿todavía tienes la cara así?

Cada vez que Nora lo veía, le preguntaba lo mismo. Era una mujer robusta, trabajaba como empleada del hogar en el barrio de Roystonhill, tenía unos ojos fisgones y la piel amarillenta, como la pared de una cocina después de años sin pintar. Lucía un pelo entreverado de canas, y unas finas arrugas le surcaban el contorno de la boca tras cuarenta años fumándose dos paquetes de tabaco al día. Todo lo que decía iba precedido por un prolongado «bueeeno». Era una especie de «no soy quién para decir nada», como intentando quitarse importancia, no fuese que a Dios le diera por bajar de los cielos y contradecirla.

—Bueeeno, no te preocupes por el tic, hijo. Y dime, ¿estás rompiendo ya muchos corazones? Seguro que eres el terror de las nenas —dijo guiñándole un ojo a Mo-Maw. Eso también se lo decía siempre.

—Ojalá, Nora. Pero de momento parece que se lo está tomando con mucha calma.

—Pues eso es una suerte. Disfruta de él mientras puedas. Yo ya no veo nunca a mis hijos. Tendrías que ver las pelandruscas con las que se han casado.

Mo-Maw señaló con el dedo la entrepierna de Mungo.

—Le pedí a Hamish que le echara un vistazo. Por lo visto está todo en su sitio y funciona.

—¡Mamá! —exclamó Mungo con la voz rota y aguda.

Varias cabezas se giraron con cigarrillos entre los dientes.

—¡La leche que te dieron! Te he dicho que no…

El círculo de mujeres estaba evaluando a Mungo como si fuese un novillo de segunda categoría. Nora puso una mano tranquilizadora sobre el brazo de Mo-Maw.

—Bueeeno, tu madre se preocupa por ti, Mungo. No es fácil criar a un hijo estando sola. —Luego se dirigió a Mo-Maw—. Mira mi hijo mayor, por ejemplo: que si un coche nuevo, que si un porche acristalado, que si dos semanas en Torremolinos a tutiplén, y yo aquí en este barrio de mala muerte, en una casa que se cae a cachos. —Dejó caer la ceniza del cigarro en el vaso de poliestireno—. A Rod Stewart pongo por testigo que si empezara de nuevo, solo tendría hijas.

Mo-Maw dijo en tono burlón:

—Dios. Cualquier cosa menos eso.

# 13

Jodie se quedó mirando los campos en barbecho de North Ayrshire. Después de una helada tardía, los terrenos se asemejaban a una colcha de retazos cosidos con hilo de blanca nieve. Los prados marrones se extendían hasta el horizonte, donde el mar de carbón se ensamblaba con el cielo triste y opaco. Entre traqueteos —la suspensión del autobús había muerto hacía tiempo— fueron abriéndose paso en dirección a ese inhóspito confín. Mungo no quería hablar con ella. Se puso la capucha y no se atrevió a mirarla siquiera.

El señor Gillespie había huido. Tenían una relación tan discreta que Jodie se enteró por Mungo de que había desaparecido.

Por lo general, Jodie y el profesor frecuentaban áreas diferentes del vasto complejo de educación secundaria. Ella prefería la tranquilidad de los pabellones prefabricados de artes e idiomas; el señor Gillespie, en cambio, solía esconderse en el despacho de profesores. En ocasiones, Jodie lo sorprendía mirándola a través del cristal de seguridad de la escalera principal. Una sonrisa se dibujaba en su rostro, una chispa de lujuria se encendía en sus ojos para extinguirse un momento después. A Jodie le gustaba aquello. Se sentía segura y atractiva.

El jueves era el día en que quedaban para follar en la caravana; también algún sábado que otro, cuando el profesor le decía a su mujer que iba a jugar al golf, pero sobre todo se veían los jueves por la noche. No era la primera vez que el señor Gillespie le daba plantón y la dejaba esperando entre las sombras de los bloques de pisos para ofrecerle después alguna excusa barata: que si tenía un crío con sarampión, que si la mujer estaba con lumbago. Cuando esto ocurría, la semana siguiente iba detrás de ella como un perrito faldero, recorría los pasillos siguiendo la fragante nube de Cachet que Jodie dejaba a su paso. A veces la llamaba a gritos, se inventaba alguna infracción sin importancia,

cualquier pretexto para atraerla a sus dominios y conseguir que sus ojos color avellana lo mirasen de frente.

El jueves anterior, cuando el profesor faltó a su cita, Jodie se alegró, en el fondo le apetecía un poco de tranquilidad. Pero, a la semana siguiente, nadie la persiguió por los pasillos del instituto, y cuando fue al bloque de Estudios Modernos, el señor Gillespie no estaba allí como de costumbre.

Su hermano estaba vistiéndose frente a la chimenea eléctrica cuando dijo canturreando:

—Hay una cosa que tú no sabes y yo síií. —Estaba abrochándose la camisa del uniforme y, entre botón y botón, se agachaba para meterse una cucharada de cereales Weetabix en la boca. Y todo sin apartar la mirada de los dibujos animados—. Venga, adivina.

Mungo estaba con el culo al aire, inocente como un bebé. En el resto del piso no había calefacción, pero no estaba bien que anduviese en cueros delante de ella, tenía ya quince años. Su cuerpo era casi el de un hombre aunque mentalmente siguiese siendo un niño. De sus ingles y muslos había brotado un fino vello castaño, y sus glúteos habían ganado músculo, las redondeces estaban cediendo el paso a formas más angulosas. Mungo meneó el culo desnudo.

—Déjate de tonterías y ponte los calzoncillos.

Jodie echaba de menos al niño dulce y bueno que solía ser. De un tiempo a esta parte no había noche que no lo escuchase al otro lado de la pared frota que te frota con arrojo y fruición. Sabía perfectamente lo que hacía durante aquellos baños eternos en los que agotaba las reservas de agua caliente. En alguna ocasión hasta tuvo que ir detrás de él con una toalla para que se limpiase.

—Hay una cosa que tú no sabes y yo síií. —Intentó incitarla con una amplia sonrisa, pero Jodie no tenía ganas de adivinanzas—. ¡Vale! Gillespie el Gordo se ha largado. El señor Goodart dice que va a ser nuestro profesor a partir de ahora. Por lo visto, Gillespie no fue a trabajar ni llamó para decir que estaba enfermo ni nada. Desapareció sin más. —Mungo estaba poniéndose unos largos calcetines negros—. Goodart nos preguntó si Gillespie nos había mandado deberes, pero le

mentimos, no te jode.

Puso una rodilla en el suelo y rasgueó una guitarra imaginaria. No se esperaba que Jodie empezase a llorar.

Su hermana sintió cómo se tambaleaba el suelo bajo sus pies. Fue como una demolición programada, la fachada de Jodie se desplomó y, con ella, todas sus intimidades. Todos los trapos sucios quedaron a la vista de cualquiera. Sabía por qué se había marchado el profesor. Sabía que el señor Gillespie se había ido por culpa de ella.

En el autobús, Mungo no estaba al lado de su hermana. Se había sentado en el asiento de enfrente; tenía la cabeza apoyada en el cristal y la mirada clavada en los negros campos. Jodie no recordaba haberlo visto nunca tan decepcionado con ella.

Pasó mucho tiempo antes de que Jodie dejase de llorar. Luego le contó a Mungo todo lo que había ocurrido con el señor Gillespie: la caravana con vistas al inmenso mar, la emoción de las atracciones de la feria de Ayr. Por cada cosa que le decía, había otra que tenía que callarse. No mencionó que el señor Gillespie le había dicho que tenía fe en ella. No le dijo con qué facilidad le había hecho creer a esa ingenua muchacha que se irían de la ciudad, que escaparían de las lúgubres calles, que se liberaría, al fin, de la carga de sus hermanos. Era lista, sí, pero nada del otro mundo, nada en comparación con esas chicas de Perth con sus profesores particulares, nada en comparación con las distinguidas jovencitas de la Mary Erskine School de Edimburgo. Tenía la cabeza bien amueblada, sí, pero solo gracias a él conseguiría llegar lejos. ¿Cómo podría confesarle a Mungo que desde el minuto uno en que el profesor le metió mano, ella empezó a confiar plenamente en él y a dudar de sí misma?

El señor Gillespie había prometido ayudarla a ingresar en la Universidad de Glasgow; Jodie no confiaba en sí misma, pensaba que no era lo bastante inteligente. Para Jodie, la universidad era como una ciudad totalmente distinta cuyo código postal servía de foso para mantener a raya a la escoria del East End, a la gente como ella. Era la

sede elegida por los hombres ingleses respetables que querían estudiar cuatro años fuera sin dejar de recibir una educación de calidad y, de paso, pasarse por la piedra a todas las escocesas que se les pusieran a tiro, de esas que se dejan hacer de todo cuando van hasta el culo de éxtasis, whisky de garrafón y cerveza negra.

Hamish decía que tenía calados a los novatos de la universidad. Cada vez que pillaba hachís, lo adulteraba con tabaco de liar normal y le añadía una pastilla de caldo de buey. Y se lo vendía así a los muy lerdos. Una cantidad mínima de costo le daba para una clase entera.

Lo más importante era elegir el momento adecuado. Preferiblemente, la primera semana de clase, cuando todavía no se habían gastado el sobre que les daban las abuelas y la ciudad no les había metido aún los palos de rigor. Siempre trataba de disimular la risa mientras Toby y Dom husmeaban las bolsitas —tabaco mezclado con caldo en polvo Bisto caducado— y juraban que olía igual de bien que «la mierda aquella que se fumaron en Goa».

Hamish llamaba a esta última semana de septiembre «la temporada de los ciruelos». Había que darles el sablazo antes de que madurasen más de la cuenta y se pudriesen en la parra de Glasgow. Pronto, la ciudad les mostraría su auténtica cara y, entonces, sería demasiado tarde. Gracias a estos incautos «ciruelos», Hamish había conseguido amasar una fortuna en los tres últimos años, suficiente para pagar todos los préstamos de Mo-Maw, comprarse un reproductor de vídeo y pagarle una sesión de rayos UVA a Sammy-Jo.

La última vez que Hamish entró por la puerta después de haberle sacado los cuartos a los novatos, Jodie estaba ya acostándose con el señor Gillespie, imaginándose una vida nueva en el West End. Se quedó boquiabierta cuando Hamish le habló de los enormes apartamentos donde vivían los estudiantes, algunos de auténtico lujo como los de Byres Road, con entarimados de madera, techos altos y brillantes lámparas de centro que proyectaban la luz hacia arriba en vez de hacia abajo. Jodie no pudo evitar soñar despierta.

Cada nueva temporada, los ingleses llegaban en los sufridos Volkswagen de sus madres para no alardear de su riqueza; el Mercedes

era demasiado ostentoso para el norte. Paseaban desgarbados por Great Western Road con sus pantalones de pana y sus chaquetas enceradas Barbour. Llevaban el cabello estudiadamente despeinado y un bolso de tela del que asomaba algún Proust con las esquinas manoseadas. Parecía que estaban cazando urogallos en Aberdeenshire.

—Para mí que tenían la música del walkman muy alta cuando sus madres les dijeron que Glasgow estaba llena de rufianes. Los muy gilipollas debieron de entender «faisanes». —Hamish les había contado el mismo chiste a todos los chicos protestantes de su banda, y dos veces a Jodie—. La gente que se viste como si le diera igual es porque tiene mucha pasta. Me refiero a pasta de verdad, cuando ya no sabes ni el dinero que tienes.

Las adolescentes de Glasgow, ataviadas con las mejores prendas que podían permitirse, bien perfumadas y requetemaquilladas, observaban sus anchos pantalones de pana desde el piso superior del autobús y sentían una punzada de vergüenza. Poder comprarte toda la ropa bonita que quisieras era un sueño. Y poder pasar de todo y vestirte como te diese la gana, un sueño completamente distinto.

Hamish les sacaba el dinero rápidamente. Los miraba con cara de asco cuando decían que iban a la Universidad de Saint Andrews o a la Robert Gordon de Aberdeen a visitar a sus hermanas mayores, las cuales se llamaban invariablemente Tilly o Tanya o Tess. A veces, los estudiantes le preguntaban cuál era la mejor estación para visitar la isla de Skye.

—¿Y yo qué coño voy a saber? —les respondía Hamish—. No soy un puto guía turístico.

Los estudiantes regresaban a sus casas todos los periodos vacacionales. Si algún amigo les preguntaba dónde estudiaban, ellos respondían «Glasgow», y el amigo en cuestión les daba una palmadita en la espalda; un tipo listo y valiente el joven Dominic Buxton, con el puntito justo de descaro e impudicia. Los estudiantes siempre se iban después de la graduación. Ninguno de ellos se quedaba a vivir en Glasgow.

No obstante, para Hamish, los peores no eran los ingleses. Los peores

eran los pichaflojas del West End, de Perth o de Edimburgo. Aunque eran escoceses, hablaban el inglés de la reina con más afectación que un pijo del Eton College. Se sabían de memoria más de un poema de Robert Burns, y nada les gustaba más —y lo decían sin ningún tipo de ironía— que un baile tradicional y una gaita. Se conocían las mejores rutas por los alrededores del lago Voil y eran de la opinión de que en el Drovers Inn preparaban los mejores asados de carne «a pesar de haber perdido cierto encanto con tantos turistas, o sea». Para Hamish, estos escoceses no eran más que vulgares bufones. Y luego estaban los glasgüenses de clase media: unos chaqueteros sin lealtad ninguna; cuando les convenía, eran más de Glasgow que nadie, pero ni conocían el frío ni las necesidades de la ciudad. Los ingleses los toleraban bien; eran, de hecho, una fuente de diversión inagotable para ellos. Sus padres no habían perdido sus trabajos en el Clyde y tampoco tenían que picar carbón en las minas de Cardowan. Sus papaítos cogían un vuelo a Londres y se atiborraban de salmón ahumado escocés durante sus almuerzos de negocios en Canary Wharf. Les untaban paté francés a las tortas de avena y bebían *uisge beatha* —whisky de toda la vida, vaya— en elegantes vasos de cristal.

Hamish no podía ni verlos. Los envidiaba de todas las maneras posibles. Y por eso no tenía el menor reparo en venderles una pastilla de carne en polvo a precio de oro.

Le dijo a su hermana que la vida universitaria estaba fuera de sus posibilidades, que no era para gente como ella.

Jodie oyó el graznido de las gaviotas y supo que no podía contarle nada de eso a Mungo.

Lo que le había dicho era más que suficiente. En casa, mientras Mungo se comía los cereales y se ponía perdido de leche, Jodie le confesó que llevaba al bebé del señor Gillespie en su vientre. Por eso el profesor se había quitado de en medio. También le dijo que el señor Gillespie negó que fuese suyo. Que, presa del pánico, se puso a pegar gritos en el área de descanso como una rata de alcantarilla acorralada por una jauría de Staffordshire terriers. Tenía gracia, pensó Jodie entonces, que se sintiese tan acorralado, cuando no sería él, sino ella, la

que tendría que comerse todo el marrón. Con los nudillos blancos sobre el volante, el profesor empezó a nombrar uno a uno a sus compañeros de clase. Iba diciendo los apellidos por orden alfabético, con brusquedad, como si estuviese pasando lista por la mañana.

—¿McConnachie?

—No.

—¿Neely?

—No.

—¿Nicholson?

—Nooo.

—¿Rattray?

—*Nein!*

—Venga ya. No me mientas, jovenzuela. Seguro que ha sido Rattray. Te he visto escribiendo su nombre en el pupitre y te pasas el día tonteando con él.

—Por Dios. ¿Qué dices? —No, no había sido el intrépido Rattray.

—¿Buchanan? —le preguntó el profesor—. Entonces ha sido Buchanan.

—Espera, ¿qué? Buchanan no va después de Rattray —se mofó ella —. Te estás liando.

El señor Gillespie le dio golpecitos al volante con los dedos.

—¿Murchison?

—¡No! —Jodie dejó escapar un largo suspiro—. No me he acostado con nadie, solo contigo. —El rostro del profesor palideció como un repollo después de rebasar el punto de cocción—. *Señor*, este bebé es suyo.

Por lo general le gustaba que Jodie lo llamara «señor». Le pedía que lo llamara así cuando se ponía encima de ella. Pero ahora no. No creía que el feto fuese suyo.

—Eso es lo que hacéis las chicas del barrio, ¿no? Vais por ahí como perras en celo. Lo sabía. Sabía que eras una fulana más. —No dejaba de refunfuñar y de reprenderse a sí mismo por su estupidez—. Ya no podrás ir a la universidad.

Jodie no fue capaz de decirle que odiaba acostarse con él; había

disfrutado tan poco que tendría que pasar mucho tiempo antes de permitir que otro chico la penetrase.

Aquel día, el señor Gillespie no la llevó de vuelta al East End. La dejó cerca de donde él vivía, en Golf Street, por el barrio de Kirkintilloch. Cuando le preguntó dónde se encontraban —Jodie no había estado nunca por esa zona—, él respondió «En *Golfa* Street», y cerró la puerta. Cualquiera de los chicos que había nombrado antes al pasar lista se habría comportado con más madurez, pensó Jodie.

Así pues, el señor Gillespie se hallaba en paradero desconocido mientras los hermanos iban en autobús a Largs, donde harían trasbordo hasta West Kilbride para continuar después hasta el parque de caravanas. Había sido idea de Mungo, una idea bastante estúpida, pero ella no tenía ninguna mejor.

Jodie salió al pasillo y se sentó junto al asiento de su hermano. Se acercó tanto que lo aplastó contra la ventanilla y lo obligó a mirarla. Supuso que hallaría decepción o enfado en sus ojos, pero cuando este le devolvió la mirada, solo vio una tristeza profunda; le desagradó tanto aquel espejo que deseó que se diese de nuevo la vuelta. Mungo abrió la mano. En ella tenía un puñado de gominolas Jelly Babies, le había guardado las rojas para ella.

Mungo nunca había visto el mar a la luz del día. Cuando se bajaron en Largs, intentó convencer a su hermana para acercarse a la playa; a Jodie le dio cosa, pero no podían quedarse más tiempo. El siguiente autobús los dejó en la entrada del parque. Anduvieron por los caminos pavimentados hasta dar con la hilera de caravanas que Jodie conocía tan bien. Aunque todavía hacía frío, los jubilados de Glasgow estaban preparándose ya para el fugaz verano, replantando geranios enanos en viejos barriles de whisky y reparando las tuberías de agua que se habían congelado. Miraron con recelo a los hermanos cuando los vieron pasar; Jodie se arrepintió de no haberse cambiado el uniforme del instituto.

Era una idea absurda, pero en parte esperaba encontrarlo en la

caravana por la sencilla razón de que no podía imaginárselo en ningún otro lugar. En realidad, Jodie guardaba pocos recuerdos del señor Gillespie: en clase, frente a un mapa de Sudáfrica, o tumbado encima de ella en la mesa plegable. Ya está. Nunca lo había visto paseando por la calle. No sabía si se pondría a silbar «Billy Boy» como el señor Campbell, o si tendría un andar altivo como el de Hamish. No lo había conocido en otros contextos que no fuesen el instituto y la caravana. Lo que el profesor le daba a su mente y lo que luego se cobraba con su cuerpo.

La caravana era básicamente una fría lata rectangular de color beige. Al llegar echaron un vistazo a través de los orgullosos visillos. Luego, Mungo empezó a tirar de la puerta.

—¿Qué haces?

Jodie sabía que una docena de ojos estaría observando cada uno de sus movimientos, preguntándose qué hacía semejante chusma entre sus preciosos parterres.

—A lo mejor ha dejado una nota dentro —dijo Mungo—, o igual encontramos su dirección escrita en algún sitio. Algo que nos sirva para dar con él y pedirle cuentas.

Jodie no había pensado en nada de eso. Ni siquiera sabía qué quería de él. Sabía que era una estupidez, pero necesitaba cerciorarse de que no se había producido ningún malentendido. Tener un alma tan cándida podía ser un lastre. A veces, Jodie era incapaz de ver las dobleces de la gente. Después de tantos años con Mo-Maw debería estar más curtida en ese tipo de cosas.

Mungo volvió a tirar del pomo galvanizado. Era una puerta fina que Hamish habría abierto de una patada, él habría sabido el lugar exacto donde estampar las Adidas Samba. Rebuscó en el bolsillo del chubasquero hasta dar con la pequeña navaja que le había dado su hermano. No tenía ni idea de cómo forzar una cerradura, pero aquello ni siquiera podía considerarse una como tal. Introdujo la navaja por detrás y la puerta se abrió de golpe.

Dentro estaba limpio y hacía frío. Los Gillespie habían dejado los muebles justos para vendérsela a los próximos glasgüenses. Jodie no

reconocía el espacio sin ninguno de los recargados cachivaches de la señora Gillespie. Tuvo que revisarlo todo para asegurarse de que no se había confundido de caravana. Pero no, era esa. Pasó la mano por debajo de la mesa plegable y palpó los afilados montículos de mocos resecos. Al señor Gillespie le gustaba hurgarse la nariz después de follar, y siempre pegaba los mocos debajo del tablero contrachapado. Esta era la caravana.

—Es como el sombrero de un mago —dijo Mungo impresionado por aquel espacio vacío. Los Gillespie tenían dos niños mimados, no habían escatimado en comodidades.

Mungo encontró el inodoro químico y empezó a mear. Hacía mucho ruido, parecía un cubo de plástico barato.

—¡Mierda! —gritó levantando los pies del suelo—. Creo que esto no tiene desagüe.

Se estaban formando charcos de orina azucarada alrededor de la base del inodoro. De forma instintiva, Jodie fue a buscar un paño de cocina para limpiarlo.

—¿Qué haces? —le preguntó Mungo.

Antes de que Jodie pudiera responder, Mungo le dio un manotazo al único adorno que colgaba de la pared. Era una cursilada, una foto en blanco y negro de Inveraray coloreada con acuarelas. El cristal se hizo añicos contra el suelo. Mungo sonrió.

A Jodie empezó a hervirle la sangre. Se dirigió a la cama de matrimonio —la cama que pertenecía a la señora Gillespie, la que ella tenía vedada— y desgarró las sábanas. La barriobajera de su alumna tenía que conformarse con la mesa plegable o con el banco de tweed y su incómodo tapizado de bouclé. Y cuando el profesor tenía mucha, mucha prisa, Jodie se apoyaba en el fregadero metálico y se entretenía escuchando el tintineo de los cubiertos mientras él le subía la falda del uniforme.

Luego pasó la mano por la almohada. Parecía que la habían lavado hace poco, pero aún conservaba restos de sudor y gomina. Olía al señor Gillespie. Jodie arrancó las fundas y empezaron a salir plumas de ganso. Destripó dos almohadas enteras mientras gritaba como una loca,

desgañitándose y con la cara roja. Mungo estaba en la estrecha puerta de la caravana viendo cómo los hombros de su hermana temblaban por el esfuerzo. Luego, a medida que la ira salía de ella, se fueron redondeando poco a poco, al ritmo de su respiración.

—Espera. ¿Las almohadas están llenas de plumas? —Los ojos de Mungo se abrieron de par en par—. ¡Que le den!

Cogió una y le metió un almohadazo a Jodie. Su hermana salió despedida contra la pared y rompió un panel de palisandro con el hombro. Mungo volvió a darle con la almohada y el aire se llenó de fresca nieve de ganso. Jodie se agenció su propia arma y empezaron a saltar de la cama al banco en una suerte de batalla campal, golpeándose mutuamente sin piedad y destruyendo todo a su paso. La caravana no dejaba de chirriar y de mecerse sobre los neumáticos.

No se detuvieron hasta que la última almohada quedó completamente vacía. Jodie tenía un poco de sangre en la oreja izquierda, se le había salido el pendiente de oro, pero no pudo importarle menos, ni siquiera le riñó a Mungo. Todas las superficies de la caravana estaban cubiertas de hilachos y plumas.

—Se lo merece —dijo Mungo con orgullo.

Pero, en realidad, aquella venganza era demasiado infantil. No era suficiente.

Cuando salieron, el sol invernal se estaba ocultando tras las nubes y Mungo pudo ver al fin la linde entre el cielo y el mar. Los hermanos tenían plumas pegadas en el pelo y en los uniformes. Mungo se agachó y quitó los ladrillos de las ruedas traseras, que servían de freno a la caravana. Jodie lo observó con una risita nerviosa.

—Estás perdiendo el tiempo. Seguro que la vende. No piensa volver.

Su hermano se quedó cavilando un segundo. No estaba bien hacerle algo así a quienesquiera que fuesen los próximos veraneantes. A Hamish le habría dado lo mismo. Pero era cruel que unos completos desconocidos saliesen rodando al mar de Irlanda.

—Eres una cortarrollos —protestó Mungo, pero no colocó los ladrillos en su sitio. Levantó el soporte delantero y puso la rueda guía en contacto con el suelo. Le dio un empujón a la caravana y esta

empezó a rodar cuesta abajo, cada vez a más velocidad—. ¡A la mierda! —gritó—. Corre. ¡Corre!

Jodie estaba acurrucada en el sillón mientras su hermano intentaba leer a John Donne. La cara de Mungo estaba encendida del esfuerzo, pero ella no le estaba prestando atención. Tenía la cabeza en otra cosa. Él ni siquiera se había dado cuenta de que su hermana estaba llorando.

—¿Por qué coño nos manda McGregor leer esto? —se lamentó—. No es justo. Está todo el día metiéndose con nosotros por nuestro acento escocés y luego coge y nos hace leer esta mierda.

El señor McGregor era famoso por ello. A los chavales que se quedaban atrás —los balas perdidas— les prescribía «el gran Donne». El profesor de lengua inglesa sabía que no tenían remedio. El poeta era como un chutazo de penicilina para un enfermo terminal de tuberculosis. No perdía el tiempo con ellos explicándoles las vicisitudes de *El alcalde de Casterbridge*. Los ponía al final de la clase y les metía al gran Donne en vena. La mayoría de ellos se pasaba la hora haciendo dibujitos en la página interior de la cubierta. Al señor McGregor se la traía al fresco.

*A mí chupó primero; ahora, a ti.*
*Y en esta pulga mezcladas nuestras sangres van.*[*]

Mungo se rascó.

—Le está escribiendo una canción de amor a una tía con sarna. El capullo de McGregor tiene la cara de pegarte con la regla como pronuncies mal una vocal. Pero el viejo verde este escribe como le sale del culo y resulta que es un puto maestro. —Mungo lanzó el delgado volumen al otro lado de la habitación.

—Me gusta ese poema —dijo Jodie sobre todo para sí misma. Se enjugó el rostro y trató de sonreír—. El poeta está intentando embaucar a una mujer para que se acueste con él. Deberían enseñárnoslo a todas las chicas en cuanto nos salieran las tetas.

Mungo negó con la cabeza.

—Me encantaría desenterrar a John Donne y darle un puñetazo.

—¿Le darías un puñetazo? ¿En serio?

—Sí. —Mungo la miró con desconfianza—. ¿Qué pasa ahora?

Jodie se tiró de las medias de lana. Se puso de pie y se acercó a su hermano.

—Te hago una tostada de queso fundido si haces una cosa.

Esa amabilidad tan repentina… Mungo sabía que Jodie estaba a punto de manipularlo de alguna manera.

—No tengo hambre.

—Me hace falta tu ayuda. Tengo que pedirte una cosa y necesito que te comportes como un hombre.

Otra vez, la dichosa frase. Todos querían ver al hombre que llevaba dentro.

—No pienso responderte hasta que me digas qué es.

—Bueno. —Hizo una nueva pausa—. Quiero que me pegues un puñetazo, todo lo fuerte que puedas.

Mungo estalló en estridentes carcajadas. Pero Jodie no se rio. Cogió la mano de su hermano y la llevó a su vientre, sobre el jersey acrílico. El tejido tenía pelotillas e irradiaba un calor uniforme.

—Si tengo este bebé, no podré leer más poemas.

Mungo apartó la mano.

—¿Te has vuelto loca?

Jodie no soltaba a su hermano.

—Si no es nada. Todavía no es un bebé, es un simple renacuajo. Pero si espero más, tendrá nervios. Y lóbulos… —A Jodie siempre se le había dado bien la biología. Estaba haciendo uso de todos sus conocimientos para presionar a su hermano—. No te preocupes. No es más que un poco de mucosidad y cuatro células. Si consigo sacarlo, lo puedo tirar al váter y asunto zanjado.

—No puedo. Es un bebé.

—No lo es. Y cuando todo termine, nunca lo habrá sido. —Jodie suspiró e intentó hablarle con suavidad—: Mungo, si tengo este bebé, seré como Mo-Maw. No querrías eso, ¿a que no?

—Por supuesto que no. Pero, no sé, yo podría cuidar de él. No me voy a ir a ninguna parte, así que no habría problema. Tú puedes seguir estudiando, ir a la universidad. El Ayuntamiento nos dará un pisito y tendremos muchas ayudas.

La idea la dejó helada. Jamás había imaginado una vida con su hermano y un bebé.

—No. No pienso vivir así. Si no me ayudas, tendré que buscar trabajo. En el mejor de los casos, me cogerán en el Maguires para doblar cartones. —Acarició el bello rostro de su hermano y sonrió—. Pero tú vas a ayudarme. Sé que lo harás.

—No.

Jodie se alejó de él. Con un ágil movimiento se subió en una silla y luego se encaramó al alféizar de la ventana.

—¿A qué estás jugando?

Se giró.

—¿Te acuerdas de cuando la Bruja Piruja quería que Mo-Maw se tirara por la ventana? Como no me deshaga de este bebé, pienso tirarme. —Mungo lo recordaba perfectamente. Nunca olvidaría a su madre en el poyete mojado de la ventana; se subía allí a veces, cuando sentía que sus hijos no la querían lo bastante. Una sombra atravesó los ojos de Jodie, un leve temblor que a veces la asaltaba cuando resolvía una ecuación especialmente difícil—. Ahora entiendo por qué lo hizo. No pienso vivir así.

Mungo la abrazó por la cintura y la apartó de la ventana. Luego le dio un empujón tan fuerte que Jodie salió volando y acabó despatarrada en el sillón.

—Vete a la mierda.

—Mun…

—Vete a la mierda.

Mungo huyó cabizbajo a la oscura cocina. Pasó el dedo por el papel pintado de motivos florales, el modo en que estaba dispuesto le confería una curiosa sensación tridimensional. Miró hacia el piso de James. Todavía no habían hablado desde la noche en que se echó a llorar. Deseó tener un amigo cerca en este momento.

El estante del medio de la alacena estaba lleno de vasos de pinta que Mo-Maw había robado de los bares de viejos de Duke Street. Mungo eligió uno y vertió en él todos los líquidos y condimentos que encontró en la cocina: salsa marrón, salsa roja, salsa amarilla y leche desnatada agria. Añadió un huevo crudo, medio bote de pimienta negra y una cucharada del analgésico glasgüense por excelencia: los polvos Askit. Para coronar la copa helada, echó un buen chorro de lavavajillas y una pizca de lejía para el baño. Y como colofón: unos cuantos escupitajos.

—Toma, bébete esto. —Le dio la poción a Jodie.

Su hermana estaba sentada en el alféizar mirando la estrecha calle. Había estado llorando otra vez. Luego se rio. Pero entonces se quedó atrapada en algún lugar entre el llanto y la risa. Ofendido, Mungo se apartó de ella.

—Me has pedido ayuda. Pues bébete esto.

Jodie lo rodeó entre sus brazos, le despeinó el pelo por detrás. Le sentó bien.

—Qué tontorrón eres. Mungo, no están conectados. El útero y el estómago. Lo mismo me cago encima, pero todo lo demás va a seguir igual. —Puso el repugnante vaso en el alféizar. Todavía podían olerlo desde la otra punta de la habitación—. Dame un puñetazo, o una patada si lo prefieres. Solo una vez. Te lo prometo.

Mungo estaba pálido. Negó con la cabeza.

Su reticencia confundió a Jodie. Durante muchos veranos habían jugado a cerrarse la puerta en las narices, esperaban el momento exacto en que el otro cruzaba el umbral y, entonces, ¡zas! Obtenías el doble de puntos si llevaban una taza de té en la mano.

—Tantas horas —comenzó a decir en voz baja—, tantas tardes que me he pasado en el armario del termo cuidando de ti cuando estabas mal. Y para una cosa que te pido, ¿no eres capaz de ayudarme? —Jodie se limpió las lágrimas—. Pensaba que me querías. Jaaa-ja.

—Te quiero.

—No, no me quieres. Solo me quieres para lo que te conviene. Eres malo, igual que los demás.

Mungo se hundió el nudillo del pulgar en el párpado.

—¿Una vez y ya está?

Jodie asintió.

—Sí. Una vez y ya está.

—Vale, tú lo has dicho. Una vez. Y ya está. —Mungo necesitaba repetirlo y que quedase registrado.

Jodie se apartó el pelo de los ojos. Le hizo saber que estaba bien.

—Una vez y ya está.

Estuvo un rato preparando el golpe sin llegar a tocarla con la esperanza de que su hermana cambiase de opinión. Jodie le gritó. Finalmente, Mungo se puso en posición y, con un grito de angustia, la golpeó en mitad del estómago. Se quedó corto. El puñetazo ni siquiera le sacó el aire de los pulmones. Pero ahora Mungo tenía el brío que Jodie necesitaba.

—Bien. Otra vez, Mungo. Más fuerte.

—Pero has dicho que una vez y ya está.

—Sí, pero un puñetazo en condiciones.

La golpeó de nuevo, más fuerte, pero con la muñeca aún floja.

—Más fuerte.

La golpeó de nuevo. Fue él quien resolló, no ella.

—Más fuerte.

La golpeó de nuevo. Ella apenas se movió.

Jodie apretó los dientes.

—Por favor, Mungo. Por el amor de Dios. Por una vez. Sé un hombre.

Mungo preparó el golpe. Todo se volvió blanco y rojo. Se acercó a ella siguiendo la curva de su puño, impelido por la fuerza de su estrecho hombro. Cuando impactó, el aire salió de ella. Mungo no esperaba sentir lo que sintió: la dureza de su puño contra el tierno abdomen de Jodie. Las carnes de su hermana absorbieron el golpe fácilmente, sin resistencia. Ella se dobló en dos, él se quedó maravillado; un diseño superior de mujer capaz de soportar los golpes y neutralizarlos con una sensación de calidez y protección. Darle un puñetazo a un hombre era totalmente distinto. En las raras ocasiones en que se había atrevido a plantarle cara a Hamish, el propio cuerpo de su hermano —todo hueso y fibra, cartílago y músculo— le había devuelto

el impacto al brazo de Mungo. Cuando le haces daño a un hombre, el daño regresa a ti.

En ese momento le vino la imagen de la señora Campbell y se odió a sí mismo.

Jodie se recompuso en cuanto recuperó la respiración. Tomó a Mungo en sus brazos. Todo el color se había extinguido del rostro de su hermano; incluso el tic, necesitado de sangre, estaba quieto. Era ella, a pesar de tener las tripas magulladas, la que estaba consolándolo una vez más. Como en todas las facetas de la vida, él fue incapaz de mantener el tipo, de apoyarla. Ambos lo pensaron pero ninguno dijo nada. «Inútil».

—Gracias, Mungo —dijo tratando de calmarlo—. ¿Te parece si caliento un poco de caldo de la señora Campbell y nos quedamos un rato en el sofá así acurrucados? Ya mismo empieza *Scooby-Doo*.

Al final no funcionó, pero Jodie no se lo dijo a Mungo. Era mejor no volver a hablar de ello. Había conminado a un alma noble a sacar su lado violento; se sintió como si hubiera pisoteado un manto de nieve virgen.

No funcionó, su vientre siguió hinchándose. El Mariposón —siempre vigilante tras los visillos— se dio cuenta de que la chica feliz ya no sonreía cuando se la encontraba por la calle. Se lo dijo a la señora Campbell y la señora Campbell le trajo a Jodie un pastel de carne y riñones. La siguiente semana hizo lo que las chicas de su época habían hecho, llevó a Jodie al barrio de The Calton a ver a una gitana, y adiós al bebé nonato. Mungo creyó que había sido por su culpa.

# 14

Mungo estaba tumbado sobre la tierra. Después de que los hombres lo usaran, no pegó ojo ni se movió un ápice. Si se hacía el muerto, pensó, podría invitar a la muerte a que se lo llevara con ella. En varias ocasiones intentó bloquear su propia respiración: no acumulando oxígeno en los pulmones como le había dicho Jodie que había que hacer para nadar, sino intentando no introducir más después de exhalar todo el aire. Pero nada, aquello no funcionaba. Su cuerpo era muy traicionero.

El sol salió temprano. La lluvia había cesado pero el aire era espeso y húmedo al tacto. Los rayos iluminaron la tienda roja y el interior quedó bañado en un impetuoso resplandor cereza. Gallowgate no se había molestado en cerrar la cremallera cuando salió, pero tuvo el detalle de limpiar a Mungo, casi con ternura; incluso le subió el pantalón. Aunque la tienda estaba abierta, el aire era sofocante y le costaba respirar. Apestaba a sudor, a whisky, a sangre y a mierda líquida. Dos tábanos orondos se posaron sobre el nailon y empezaron a follar a escasos centímetros de la cara de Mungo.

Mungo se dio cuenta de que tenía un ojo morado; el simple roce de los dedos le hizo ver las estrellas. Vaciló un momento antes de seguir palpándose el resto del cuerpo. La cremallera del saco de dormir le había ocasionado un corte en la barbilla que, a su vez, la estera impermeable había abierto con el rozamiento. Le dolían las costillas y sentía como un zumbido en la parte superior de la cabeza, justo donde Gallowgate le había tirado del pelo. Tenía las piernas húmedas y pegajosas de su propia sangre, de su propia mierda y de otras cosas que no eran suyas. Pero el dolor más intenso residía en su interior. En algún lugar por encima del estómago y debajo del corazón. Intentó tocarlo con los dedos, pero no era posible, y el dolor se ensanchó.

No se oía ninguna voz fuera de la tienda, solo el suave chapoteo del agua y el perezoso rumor de los tábanos. Necesitaba ir a la orilla, sumergirse en las aguas anestesiantes y lavarlo todo, hundirse bajo la superficie y no salir a flote jamás.

Mungo se giró. Percibió otra sensación, una nueva; como si necesitara ir al váter y vaciarse por completo. Se quitó un calcetín. Lo usó para limpiarse un poco las piernas desnudas. Luego salió de la tienda a rastras.

Los hombres estaban sentados frente a la fogata apagada, en silencio. Las chocolatinas para niños, encima de una roca, como una trampa para conejos.

—Pero, bueno, ¿qué horas son estas? —San Christopher miró al chico directamente a los ojos, en su rostro no había ningún rastro de remordimiento. Contra su voluntad, Mungo bajó la mirada al suelo. Quería mirar al hombre a la cara, desafiarlo, pero descubrió que era incapaz—. Ya empezaba a creer que te ibas a pasar el día entero durmiendo. Con la de truchas que tenemos que pescar, habría sido una pena.

Gallowgate estaba de espaldas al chico. No dijo nada. San Christopher se acercó y se quedó mirándole el ojo morado.

—Joder, qué moratón tienes ahí, chaval. ¿Tanto bebimos? —Había un extraño matiz de orgullo en su voz. Parecía estar recreándose en la inocente idea de que la cosa se había ido un poco de madre; Mungo se preguntó si el viejo borracho se acordaría de algo—. Me cago en la puta. No me acuerdo de nada. Cuando me emborracho, soy capaz de liarme a hostias en un ataúd vacío.

Mungo retrocedió sin darles la espalda en ningún momento. Estaba caminando hacia la linde de los árboles, intentando regresar al lugar fresco y tranquilo donde se había sentido libre y sin restricciones el día anterior.

—¿Adónde vas? —preguntó San Christopher—. No has tocado los fideos.

—Es que necesito… —Mungo tragó con dificultad— ir al baño. —El sonido que escapó de sus labios era áspero, carente de fuerza. Se tocó la

garganta, la tenía muy hinchada.

Gallowgate estaba destripando una pequeña perca. Por el rabillo del ojo vio cómo Mungo se internaba en la arboleda. Le habló por encima del hombro:

—No te vayas lejos, Mungo. Que en los bosques oscuros les pasan cosas malas a los niños.

Mungo se adentró en el bosque. Corrió y corrió hasta que llegó a su caudaloso río. Se agachó sobre unos helechos altos y dejó que su cuerpo se vaciase. Le escocía mucho, debía de tener un desgarro. Cuando terminó, se quitó toda la ropa y se metió en el río. Nuevos moratones violetas estaban haciéndole compañía a los que ya traía de Glasgow. El día anterior, el agua helada le había hecho encogerse y gritar. Ahora había sumergido todo el cuerpo, pero apenas sintió frío debido a su incandescencia interior. Cogió un pedrusco poroso del fondo y se frotó con él, como si fuese una piedra pómez, hasta que la piel se volvió rosa y fría y empezó a dolerle. No sirvió de nada. Se sentía sucio. Entonces vomitó, una enorme cascada de color amarillo y púrpura. La vio flotar río abajo en dirección al lago.

—Fue un juego sin importancia —dijo Gallowgate—. Se me fue un poco de las manos, ya está.

El hombre estaba apoyado en un haya, cerca de la ropa de Mungo. Estaba fumando y quitándose la suciedad de la uña pulgar con una navaja. La hoja captó uno de los pocos rayos que se colaban entre los árboles y arrojó un destello amenazador.

El labio inferior de Mungo empezó a temblar. Lo pellizcó, hundió la uña en él hasta que se estabilizó.

—Para mí no fue un juego.

—Bah, venga ya. Los tíos somos así. El que más y el que menos lo ha hecho alguna vez. Es como un rito de iniciación. Es más fácil que conseguir a una chica.

Mungo estaba enfadado consigo mismo. Era incapaz de mirar al hombre a la cara y acabó hablándole a la superficie del río. Aquella voz rasposa no parecía ser la suya.

—Ya, ya. Tú espérate a que le diga a mi hermano mayor lo que has

hecho. Te va a matar. Te va a partir el cráneo con el hacha que tiene.

Gallowgate no estaba al tanto de las hazañas de Ha-Ha. Se rio mientras se atusaba el flequillo.

—Qué pena, con lo bien que me queda este corte de pelo.

Mungo le lanzó la improvisada piedra pómez, pero Gallowgate fue rápido y la esquivó. Se estrelló contra el tronco de un árbol y cayó entre los helechos. El sotobosque se tragó todo el sonido. Volvían a estar solos. Gallowgate dobló la navaja y la guardó.

—Mira, igual me pasé un poco, vale. Pero ¿estás seguro de que no te gustó? —Sonrió dejando ver sus dientes, pequeños y afilados—. ¿Ni un poquito?

Mungo negó lentamente con la cabeza.

—No.

El hombre se relamió entre los dientes.

—Joder, entonces lo siento mucho, amigo. —Gallowgate lo consideró por un momento, incluso parecía un poco arrepentido—. Pero me sorprende. No fue eso lo que Mo-Maw nos contó.

No quedaba nada de sangre en su interior, pero cada centímetro de Mungo pareció inflamarse por una ira abrasadora. Estaba pálido y encendido al mismo tiempo.

—Lo que sea que te hayan contado no es cierto.

—¿Ah, no? —Gallowgate pareció compungido por un segundo, pero sus afilados incisivos asomaron por el labio inferior y se convirtió de nuevo en un animal—. Pues no es eso lo que tengo entendido. Por eso mismo te han mandado aquí con nosotros. Para que te enderecemos. Y te convirtamos en un hombre hecho y derecho.

—¿Así es como me vais a convertir en un hombre?

—Ya. Supongo que no —respondió—. Pero estamos haciendo esto porque somos buena gente, hemos llevado a un pobre niño desamparado a que vea el bosque. Así que la próxima vez que te hagan un puto favor no seas desagradecido. —Gallowgate recogió la ropa interior del chico, la camiseta y los pantalones cortos—. En Barlinnie no te dejaban llevar tu propia ropa. Nunca te daban los mismos calzoncillos dos veces, y nunca, nunca te quedaban bien. Y daba igual

que los lavaran, siempre olían mal, al tío que los llevó antes que tú, a los cientos de tíos que los habían usado antes que tú. —Pellizcó el algodón gris, luego lo arrojó todo al río—. Lava la ropa, hombre. Que no somos animales salvajes.

Mungo tuvo que nadar río abajo para recoger la ropa. Miró las prendas, cosas familiares que había usado mil veces y que ahora se le antojaron extrañas.

Gallowgate se estaba aburriendo de ver al chico nadar como un perro. Con la sobriedad se volvía irritable.

—Venga, date prisa. Que Chrissy tiene que enseñarte todavía a pescar truchas. Por lo menos nos reiremos un rato. —Empezó a andar hacia el campamento, pero se detuvo de pronto y arrojó la colilla en dirección a Mungo—. Ah, y que sepas que no puedes contarle a nadie lo que ha pasado. Ni a tu madre, ni a tu hermano. Nunca serás un hombre de verdad si saben lo que hiciste y lo mucho que te gustó.

—No me gustó. —Habló con toda la claridad que pudo.

—¿Seguro?

Fue entonces cuando Mungo se dio cuenta. Su madre no podría solucionar esto con un beso, sana sanita colita de rana. Tampoco se trataba de un abusón del instituto al que su hermano pudiese asestar un navajazo. Nadie podría arreglarlo con una sopa caliente. Era él quien tendría que cargar con la vergüenza y la culpa. Mungo sabía que Gallowgate tenía razón. No podía contárselo a nadie.

—Además —dijo Gallowgate mientras desaparecía entre los helechos —, todo el mundo sabe que eres maricón. Un puto sarasa de mierda. Sería tu palabra contra la mía.

En ese momento, Mungo supo que los hombres volverían a hacerlo.

Cuando volvió al campamento, Gallowgate estaba vaciando la mochila de Mungo para llevársela a la tienda del pueblo. El chico lo vio arrojar el bloc de dibujo y el juego de mesa a los guijarros. Eran cosas que pertenecían a un niño pequeño. Cosas que ya no sentía como propias. Podría haberlo tirado todo al lago que a Mungo le habría dado

exactamente lo mismo.

Gallowgate comprobó el alcohol que les quedaba. Cuando se dio cuenta de que solo había un culillo de whisky y varias latas de cerveza, el pánico se apoderó de los hombres. Se pusieron a dar vueltas rebuscando por todas partes. Todos tenían el estómago vacío, pero hasta que Gallowgate no se percató de que en breve tendrían también el gaznate seco, no tomó la decisión de volver a la tienda.

Mungo vio su oportunidad.

—Si quieres te acompaño y te ayudo con las bebidas —se ofreció intentando sonar todo lo natural que pudo.

En la oficina de correos podría preguntarle a la tendera dónde estaban. Luego llamaría a Mo-Maw, que a su vez llamaría a Hamish y vendría con el tomahawk casero a despedazar a los dos hombres. Tenía que llegar como fuese a la pequeña aldea.

Gallowgate percibió la sonrisa doliente de Mungo y se rio para sí.

—Mungo. ¿Te crees que me he caído de un guindo? No vas a ir a ninguna tienda con la cara como la tienes.

—¿Por qué? —Mungo se llevó la mano al magullado ojo. Tenía la cuenca hinchada y el párpado se le estaba cerrando. Había perdido algo de visión periférica, pero el tic estaba completamente sometido, la mejilla le dolía tanto que no podía portarse mal.

—Porque no. —Gallowgate se echó la mochila vacía a la espalda—. La palurda esa ya nos ha puesto la cruz. Como te vea la cara, seguro que llama a la poli y nos meten en la cárcel. No. Quédate aquí. Estate pendiente de que este imbécil no se ahogue. —Gallowgate se dio la vuelta y se alejó de ellos. Se detuvo al borde de los helechos y añadió —: No te vayas. No intentes ninguna estupidez. Es tu palabra contra la mía, y tu familia ya sabe cómo eres —sentenció, y desapareció entre los árboles.

Mungo se desplomó sobre una roca cubierta de líquenes. Si quisiera podría echar a andar, podría correr, pero ¿en qué dirección? Se preguntó qué le habría contado Mo-Maw a Gallowgate, se preguntó por qué su familia creería a este extraño antes que a él. Con la cara ardiendo y las entrañas palpitando de dolor, se llevó las rodillas al

pecho y apoyó el ojo bueno sobre la rótula. De repente volvió a sentirse solo, no de la forma mágica del día anterior; en esta ocasión se trataba de una soledad que le helaba el cuerpo. Tuvo entonces el sombrío presentimiento de que no volvería a casa, de que no volvería a ver a Jodie ni a James nunca más.

—Anímate, hijo. No tiene por qué pasar nada malo. —Mungo estaba observando a San Christopher enganchar pececillos al anzuelo y arrojarlos al lago. Debido a su impaciencia natural, no dejaba reposar la caña el tiempo suficiente para que algún pez se acercara. El hombre estaba encorvado buscando alguna presa, tenía la cara demasiado cerca de la superficie—. ¡Joder! Vaya mierda de lago, no hay ni un solo pez. —Su lamento no tenía ningún destinatario concreto—. Yo iba a pescar al río Cart todos los sábados con mi padre. Volvíamos a casa con cubos llenos de percas, unos bicharracos enormes. Pescábamos tantos que se los acabábamos regalando a los vecinos, mi padre me hacía ir puerta por puerta. —El hombre se quitó el gorro y se rascó la calva—. Pero este lago está muerto, me cago en todo.

Aún faltaba mucho hasta que Gallowgate volviese y Mungo estaba harto de escuchar las monsergas de San Christopher. Se le ocurrió una forma de mandar al hombre lejos de él, así tendría la oportunidad de pensar en lo que iba a hacer después.

—Por allí pasa un río. Hay un montón de peces enormes. —Separó las manos a la anchura de los hombros para indicarle el tamaño.

Los ojos de San Christopher se abrieron de par en par.

—Conque ahí es donde se meten los muy cabrones. —Recogió el sedal—. A ver, dime, dónde es.

Al tener que hacer de guía de San Christopher, tardaron más en llegar que cuando había ido él solo. El hombre no era capaz de saltar las ramas caídas; tenía que parar, sentarse, pasar una pierna y después la otra. Era extraño ver a San Christopher enfundado en su viejo traje y abriéndose paso a trompicones entre la tupida alfombra de helechos. De vez en cuando, el anzuelo se le enganchaba en una rama o una hoja y Mungo tenía que ir a ayudarlo. La tercera o cuarta vez que ocurrió, Mungo aprovechó para fijarse bien en el rostro del hombre mientras sus

diestros dedos desenganchaban la tripa del pez. A través del tamiz de las hojas, la luz del sol se refractó al incidir sobre sus ojos, los cuales parecían velados por una fina película que Mungo no había percibido antes.

El chico sabía ahora por qué el hombre acercaba tanto la cara al agua, por qué se resbalaba en todas las rocas. Sus ojos se estaban muriendo. San Christopher apenas veía.

Mientras seguía al chico en dirección al río, el hombre no paraba de hablar. Mungo no le prestaba atención y tampoco se detuvo a contemplar la quietud del valle. Aquel sitio había perdido la magia para él. Ahora iba arrancando a patadas las campanillas que se encontraba, pasaba la mano con violencia por los helechos, despojándolos de todas sus frondas, dejándolos agonizar.

Llegaron al río y hallaron el punto donde las aguas alcanzaban mayor profundidad. En una especie de poza, Mungo atisbó perezosos peces comerse los insectos que sobrevolaban la superficie. Los señaló con el dedo y vio a San Christopher seguir la dirección de su brazo. Pero el chico sabía que no podía ver los peces por sí mismo. El hombre lanzó la caña y la aseguró entre dos rocas. Se encendió un cigarro, se metió las manos en los bolsillos y se quedó allí como si estuviese esperando el autobús.

Mungo vadeó el río. Quería alejarse del hedor del hombre. Llevaba mojado desde que cayó el primer aguacero, pero la humedad lo ayudaba a abstraerse de la picazón de la cara y del sordo latido que se extendía por su tórax. Las rocas ofrecían un apoyo sólido si se avanzaba poco a poco, solo había una que era un poco inestable. En cuanto la sintió tambalearse bajo su peso, Mungo se irguió con cuidado para evitar caerse al río. Era una chiquillada, pero decidió no decírselo a San Christopher.

En el extremo opuesto había un tronco en el suelo, bajo el húmedo barro. Cuando Mungo puso los pies encima, se oyó una especie de pedo húmedo. Se balanceó un rato, aflojando y aumentando la presión sobre la madera mientras soñaba con adentrarse en el sotobosque y se preguntaba a qué velocidad podría correr entre los helechos.

—Vaya mierda —dijo finalmente San Christopher—. Aquí no pica ni un puto pez.

Mungo vio el hilo de pescar agitarse en el agua. El hombre había errado el objetivo que le indicó Mungo; el colorido lastre se balanceaba con violencia por acción de la corriente.

—¿Por qué? —preguntó Mungo.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué me hiciste eso anoche?

San Christopher estaba a poca distancia, el río apenas tenía seis metros de ancho en este punto. Aun así, Mungo se dio cuenta de que no lo estaba mirando directamente a él; el hombre creía que sí, pero en realidad no.

—¿Es que no has ido de acampada con los boy scouts?

Mo-Maw nunca había podido costearle el uniforme. Total, ¿de qué te servían los nudos y las chapitas de astronomía en las calles del East End?

—Bueno, lo hace todo el mundo. Es lo que hacemos los chicos cuando estamos solos. Por pasar el rato, hombre. Aparte, es como una tradición. Si eres pobre se supone que no puedes decir nada, pero los ricachones… Bueno, bueno, si yo te contara. Oxford está plagado, con la de internados que hay, imagínate. Están todo el día refregándose los bajos. —San Christopher sacó la chocolatina y se la ofreció a Mungo.

Mungo se preguntó cuántas veces habría contado San Christopher esa historia a otros niños. Le salía con tanta facilidad. ¿Cuántas veces le habría ofrecido una chocolatina a un crío lloroso? Le palpitaban las sienes solo de pensarlo.

—No estuviste en la cárcel por vagran… —A Mungo se le encasquilló la palabra.

—¿Por vagancia? —apuntó San Christopher rápidamente—. No. No me metieron allí por eso.

Los dos se quedaron callados. El río fluía entre ellos.

Gallowgate le daba miedo. El joven borracho sacudía la cabeza como un pitbull de pelea; su musculatura parecía haber sido tallada con un cuchillo romo, era rugosa y llena de astillas, como madera sin lijar.

Pero San Christopher no le daba ningún miedo, ya no. Ahora estaba furioso por haber permitido que el viejo se saliese anoche con la suya. Tragó saliva y gritó todo lo fuerte que su dolorida garganta le permitió:

—¿Por qué no coges la chocolatina y te la metes por el culo?

El hombre dejó la chocolatina en la orilla del río, como si Mungo fuera un perro al que pudiera tentar con comida.

—Tú mismo. Además, deberías pillarle el gustillo, es más seguro. Con una chica te puedes meter en problemas.

La misma mentira, otra vez. Mungo pensó en Jodie y en su problema. Se acordó de su pequeño y dilatado vientre y, de pronto, le asaltó la duda: tal vez el hombre de la caravana la había forzado.

San Christopher suspiró. Se rascó la barba de tres días y cambió de tema como si hubiesen estado hablando del tiempo.

—Mungo, hijo, ¿dónde están esos peces que me prometiste?

Mungo estaba en la otra orilla del río. Podría haberse dado la vuelta y desaparecer entre los helechos; San Christopher no habría sido capaz de seguirle los pasos. Pero ¿adónde iba a ir? Lo único que sabía era que estaba a miles de kilómetros de casa. Tal vez tendría que atravesar los *munros* hasta encontrar algún indicio de civilización.

Sobre sus cabezas, el repique de unas gotas de lluvia sobre las hojas anunció el inicio de un fuerte chubasco. Gallowgate iba a acabar empapado. Mungo señaló un banco de peces que había cerca de él. En realidad no eran marrones, las escamas emitían un brillo iridiscente.

—No vas a conseguir pescarlos desde ahí. La corriente se va a llevar el señuelo. Aquí es mejor, mira, puedes cruzar por esas piedras grandes. —Se dio la vuelta, ya que no estaba seguro de no volver a gritarle.

Mungo estaba desflorando algunas campanillas cuando oyó a San Christopher meterse en el río. El hombre empezó a rezar cuando las gélidas aguas lo dejaron sin aliento. Mungo, que estaba concentrado en machacar los pétalos azules hasta convertirlos en una espesa pasta, no reprimió una sonrisa al oír a San Christopher decir por lo bajo «Virgen santísima, Virgen santísima» una y otra vez mientras avanzaba a contracorriente. Estaba a punto de alcanzar la orilla opuesta cuando la salmodia cesó.

San Christopher había pisado la roca suelta. Sus zapatos de cuero resbalaron sobre el musgoso lecho del río. El agua apenas le llegaba por la cintura, pero se cayó de bruces, soltó la caña y la bolsa de aparejos. Mungo vio cómo el gorro de lana se alejaba flotando mientras el hombre gritaba de miedo y dolor.

Mungo temió que se ahogara y, sin pensarlo dos veces, saltó al agua y fue a por él. El santo no dejaba de agitar los brazos y de tragar agua.

—¡El tobillo!

Mungo lo agarró por la solapa de la chaqueta. No pesaba nada, era un saco de huesos sin tuétanos. Empleando todas sus fuerzas, lo estabilizó en mitad de la corriente y consiguió que se pusiera en pie.

San Christopher estaba escupiendo agua, tenía los pulmones muy debilitados después de tantos años de fumar como un carretero. Mungo fue guiando al hombre hasta que este tocó el lecho del río con el pie bueno. Entonces, el santo rodeó los antebrazos del chico con sus dedos.

Había tantas particularidades en las que podría haber reparado: la inelegancia del borracho, la repentina calidez del agua del río en comparación con las gélidas gotas de lluvia, los viejos aparejos de pesca. Tantas cosas que podrían haber captado su atención y, sin embargo, Mungo se fijó en el detalle más insignificante. Se quedó mirando las manos del hombre, la forma en que sus largos dedos le envolvían los antebrazos. Esos dedos amarillentos por la nicotina; las uñas marrones, estriadas; el vello negro que brotaba sobre los nudillos, nudosos como injertos de árbol. Eran los mismos dedos que lo habían inmovilizado la noche anterior. Las mismas uñas sucias que habían perforado la piel de sus muñecas mientras introducía su maloliente polla entre sus cálidos muslos.

Ha-Ha le enseñó una vez un truco. Un truco infalible. Lo llamaba «el amigo sonriente» y servía para desarmar a los abusones que se acercaran con ganas de gresca. Ha-Ha le enseñó que había que mirar al tipo directamente a los ojos, sin que el entrecejo se moviese o mostrase indicios de agresión. Había que mirarlo y sonreír con la boca y, lo más importante, con los ojos; había que ofrecerle una sonrisa resplandeciente, amplia y generosa, como cuando ves una cesta de

cachorros o los fuegos artificiales iluminando el cielo la noche de Guy Fawkes. Entonces, cuando el abusón se preguntaba por qué sonreías como un imbécil, le hacías la zancadilla con la pierna derecha y le dabas un fuerte empujón en el pecho. Acto seguido, si llevabas una navaja —y siempre deberías llevar una—, se la hincabas hasta el fondo.

De la punta de la nariz picada de viruelas del hombre caían gotitas de agua. Mungo sonrió de oreja a oreja, iluminando el nublado cielo del atardecer.

Levantó la pierna buena de San Christopher y, agarrándolo por las solapas de la chaqueta, lo empujó hacia atrás. El santo le soltó las muñecas al chico y extendió los brazos buscando tierra firme donde solo había agua. Mungo lo retuvo allí y contó hasta cinco.

A pesar de las lecciones de Ha-Ha, Mungo era un manantial de bondad. Contó hasta diez y luego agarró al santo por las solapas y lo sacó del agua. Su única intención había sido darle un susto. Su única intención había sido evitar que le pusiera de nuevo las manos encima.

San Christopher emergió como un géiser y le escupió en la cara toda el agua que tenía en los pulmones. Sus turbios ojos se movían feroces. Estaba desesperado, invadido por el pánico. «Bien —pensó Mungo—, que tenga miedo».

Mungo estaba a punto de advertirle de que ni se le ocurriese volver a tocarlo cuando San Christopher le asestó un puñetazo en el ojo. Mungo lo soltó. Sintió la orilla del río bajo sus desgarradas nalgas, y mientras daba vueltas bajo el agua, el mundo desapareció de su vista.

Cuando se incorporó, Mungo tenía una roca en la mano. Era una roca pequeña, del tamaño de una mandarina de Navidad; la estampó contra la sien de San Christopher, que cayó de espaldas al agua.

Mungo volvió a agarrarlo del cuello. Le puso la rodilla en el pecho y lo hundió con todas sus fuerzas. Lo hundió hasta que sintió que el hombre tocaba el lecho del río. Entonces le puso un pie encima. Los dedos del santo intentaban asir el cielo, pero Mungo se lo impidió. San Christopher no tardó mucho en ahogarse.

# 15

Gallowgate iba más rápido sin el chico a la zaga. Al otro lado del lago, las nubes se agolpaban sobre las colinas, como si estuvieran atrapadas y no pudiesen encontrar la salida. El lago parecía inquietarse a medida que el viento descendía por el valle y erizaba su superficie. De pronto empezaron a caer cortinas de lluvia y, cuando llegó a la tiendecita, el agua le había calado hasta los huesos.

La palurda no le quitaba ojo mientras Gallowgate caminaba por el único pasillo de la tienda cogiendo a dos manos raviolis y macedonias de frutas en lata. La limitada selección de alcohol parecía la despensa de un pobre. Gallowgate se vio obligado a elegir un whisky demasiado caro para bebérselo a morro y un pack de cervezas cubiertas por una espesa capa de polvo.

—¿Cuánto cuesta una sonrisa? —le preguntó intentando ganar tiempo.

Pero la tendera era inmune a sus encantos. Lo despachó rápido y, en cuanto Gallowgate salió a la lluvia torrencial, cerró la puerta con llave.

El hombre se guareció en la roja cabina telefónica y se sentó en la silla de madera. La lluvia repiqueteaba contra el cristal, pero el interior estaba prácticamente seco. Puso los cigarrillos encima de la guía telefónica, como pequeños soldados heridos. Salvó todos los que pudo, rompió los que no tenían arreglo y se guardó las hebras de tabaco en el bolsillo. Después de soplar el polvo de una de las latas de cerveza, le dio un largo y gratificante trago.

El cielo estaba bajo, totalmente cubierto de nubes, los últimos rayos de sol se habían marchado ya. Tardaría mucho en dejar de llover. Gallowgate se puso a hojear el listín telefónico. Tenía muy pocos números, y los apellidos se repetían una y otra vez. No había mucho movimiento de gente por aquellos pagos. Eligió un nombre al azar y le

dio la vuelta a una moneda. No le quedaba mucho dinero; se habían excedido con el presupuesto de alcohol; de hecho, cuando contó el cambio, se dio cuenta de que no había suficiente para regresar los tres a Glasgow en autobús. Pensó en Mungo y se preguntó si sería buena idea llevar al chico de vuelta a la ciudad, donde podría contar su versión de la historia.

Ocurría a menudo. Jóvenes de la ciudad que se ahogaban en lagos cuyas aguas, a diferencia de las piscinas cloradas, eran turbias y profundas. El diario vespertino estaba lleno de historias de muchachos inexpertos que morían congelados en las montañas o que se partían la crisma al caerse por un empinado *munro*. Sería perfectamente creíble. Pasaba mucho. Gallowgate introdujo la moneda en la ranura. Marcó el número y esperó. Estaba a punto de colgar cuando una débil voz respondió al otro lado de la línea.

—Hola, ¿podría hablar con la señora E. Beaton?

La mujer estaba jadeando, como si hubiese recorrido un largo camino hasta llegar al teléfono. Quizá estaba en otra cabina telefónica en la otra punta de la aldea, o tal vez la había pillado en mitad de un baño caliente.

—Soy el doctor Procter, la llamo del hospital. Ya sabe, del grande.

—¿De qué hospital, doctor? Nunca he estado en ningún hospital.

—Del graaande. El de Edimburgo. Bueno, ya tenemos los resultados de las pruebas, su médico de cabecera me envió su caso y tal. El doctor Deacon, eso es. Bueno, he estado revisando las notas y me temo que tendremos que cortar las dos.

—¿Las dos qué? —preguntó la mujer—. Si fui a ver al doctor Deacon porque tenía tos.

Gallowgate estaba dibujando flores en el vaho del cristal.

—Esa es la cuestión, señora Beaton. Tenemos que amputar las dos piernas para que la tos mejore. Todo está conectado. No llore. Tal vez podamos salvarlas de rodilla para arriba, pero el cirujano no puede asegurarlo hasta que la vea.

Se oyeron los tres bips y la llamada se cortó. Gallowgate se rio.

Ahora la lluvia caía de lado. El lago había desaparecido, también las

casas blancas y el tejo. Gallowgate volvió a hojear la guía telefónica. Encontró un nombre que le gustaba y decidió decirle a su dueña que él era su hijo, el que se había ido hacía mucho tiempo. Esperaba que la mujer fuese lo bastante mayor; aunque, bueno, aquí todo el mundo parecía mayor; cualquiera al que le quedase una chispa de vida se había marchado a la ciudad o al sur.

Durante su estancia en Barlinnie pasaba muchas horas muertas haciendo eso. Como no tenía a nadie a quien llamar, empezaba a marcar números de Glasgow al azar y hablaba con quien respondiese. En general, la gente se mostraba amable, algo confusa tal vez, pero amable. Iban a la ventana y le describían el tiempo con bastante precisión. Casi siempre llovía, por supuesto, pero escuchar a aquellos desconocidos describir los mil tipos de lluvia escocesa le procuraba una placentera calma. Algunos incluso le leían los titulares del *Evening Times*. A veces olvidaban con quién estaban hablando y dejaban a medias una noticia sobre violaciones o asesinatos y buscaban algo sobre política local. Los viejos solitarios eran la mejor compañía. Le contaban los partidos de fútbol con tal lujo de detalles que parecía que los estaba viendo en el estadio, como cuando ganó el Celtic.

Otras veces, Gallowgate había dado con alguna niña que estaba en casa sola mientras su madre hacía la compra. Cuando le tocaba un niño, casi siempre colgaba al momento.

Estaba marcando el número, imaginando cómo sería el hijo de esta mujer, cuando se detuvo. Esperó a que cayesen las monedas y marcó un número diferente. Un número grabado en lo más profundo de su memoria.

Una joven contestó al teléfono. De fondo se oía el sonido metálico de un disco pop y, por la maraña de voces, dedujo que la casa estaba llena de gente, y de alegría.

—Hooo-la —canturreó ella.

—Jacqueline, ¿eres tú? Soy yo. Angus.

Casi pudo oír cómo se endurecían las facciones de la chica, el tono cantarín abandonó sus labios.

—¿Qué quieres? Creía que te habíamos dicho que no llamaras más.

—Lo sé. Pero he salido, estoy fuera, me están ayudando. Cada vez estoy mejor.

—¿Fuera? ¿Fuera, dónde? ¿Dónde estás, Gus?

Había una nota de pánico en su voz. Gallowgate la imaginó mirando a su alrededor, como si él fuese a salir del armario del pasillo o de detrás del sofá.

—Estoy en el norte, me he ido de pesca el fin de semana con un par de colegas. Me acabo de acordar del día que es y he pensado que estaría bien llamar. —Tomó un trago de la polvorienta lata—. He dejado el alcohol, Jax. Eso ya ha quedado atrás. Oye, ¿me puedes pasar con mamá?

Jacqueline no respondió. Gallowgate la oyó poner el auricular suavemente sobre la mesa y hablar con alguien en otra habitación. Sucesivas puertas se cerraron y la canción pop se desvaneció. Una voz familiar dijo:

—¿Angus? ¿Qué quieres?

—Hola, mamá. —Introdujo más monedas—. Nada, que me apetecía llamarte.

—Muy bien. ¿Ya está?

Gallowgate se preguntó qué aspecto tendría ahora.

Imaginaba a su madre en épocas pasadas, felices, como cuando alquilaron una caravana de color crema y burdeos en la costa de Saltcoats, durante la Feria de Glasgow. Su madre llevó a los tres en tren, a Angus, a Jacqueline y al joven Evan. Había estado diluviando durante toda esa semana. La mujer se pasó la primera tarde llorando y mirando por la ventana mientras la ensordecedora lluvia retumbaba sobre el techo de hojalata de la caravana. Él sabía lo mucho que había trabajado su madre para costearse aquella semana de vacaciones. Era limpiadora en la escuela local y había estado todo el año ahorrando.

Mientras los niños daban saltos en el sofá, su madre salió de la caravana y bajó a la playa. Volvió con cubos llenos de húmeda arena y los volcó hasta formar un arenal en el suelo de linóleo. Estuvo toda la tarde llevando arena de la playa a la caravana, en mitad de aquella lluvia torrencial, para que sus hijos pudiesen jugar. Gallowgate no

recordaba un momento más feliz que aquel: los cuatro resguardándose de la lluvia, disfrutando de su playa privada. El vapor que desprendía su madre, empapada de la cabeza a los pies, de rodillas frente a la estufa de gas.

Ahora no quedaba nada de esa calidez en su voz.

—Te pedí que no llamaras más.

—Lo sé. Solo quería decirte que he salido de la cárcel, mamá. Que estoy esforzándome mucho.

—Eso he oído.

Gallowgate estaba frotando el pulgar en el micrófono.

—He conseguido un trabajillo. Nada del otro mundo. Instalando moquetas para una tienda que hay en Royston Road. —Esperó a que ella dijese algo, pero se quedó callada—. Estoy yendo a las reuniones de Alcohólicos Anónimos por la noche. Estoy haciendo todo lo posible por no beber.

—¿Desde dónde estás llamando? —Gallowgate percibió el mismo velo de preocupación que en su hermana.

—No te preocupes —respondió—. No estoy cerca de casa. Me he ido de pesca por ahí.

Creía que ese punto de normalidad la tranquilizaría. Estaba muy lejos. Era imposible que la molestara. Pero en lugar de calmarse, la voz de su madre subió de tono.

—¿Con quién has ido a pescar?

—Con nadie en especial. Un tío mayor que conozco de las reuniones de Alcohólicos Anónimos.

Su madre debió de haber acercado la boca al auricular porque las siguientes palabras sonaron amortiguadas.

—Angus. ¿Hay algún niño?

—No. Conozco las reglas.

Gallowgate era un mentiroso nato. Había dominado el arte de la mentira desde muy temprana edad, y no había hallado desde entonces mejor manera de alcanzar sus objetivos: ganarse la simpatía de los demás, hincharse de huevos de chocolate, una tarde sin ir al instituto, las nuevas botas de fútbol Diadora, o verle las partes íntimas al hijo de

la vecina. Durante un tiempo no hubo prácticamente nada que no pudiese conseguir mintiendo. Sus comienzos fueron bastante perversos, pero cuando lo encerraron en Barlinnie, la cuestión pasó a ser algo más que una forma de abrirse paso en la vida, acabó integrándose en su misma esencia. Gallowgate era un mentiroso nato; fue un duro golpe para su madre cuando se enteró.

—Dios mío —susurró—. Angus, por favor, no le hagas daño al chico.

Gallowgate no sabía en qué momento su madre había dejado de quererlo, pero le habría gustado saber cuál era y retroceder en el tiempo, justo antes de ese instante. A estas alturas, ella ya había aceptado la auténtica naturaleza de su hijo mayor. Se había posicionado del lado de Evan, había creído la versión de su hermano. Y luego llamó a la policía. Ahora, mientras Gallowgate dejaba morir el último penique, sabía que jamás volverían a aquella caravana de color crema y burdeos en la costa de Saltcoats.

El teléfono emitió tres rápidos bips. Gallowgate paladeó los últimos suspiros de su madre. Se oía una especie de silbido al final de cada respiración, un sonido arenoso que indicaba que era demasiado tarde para que aquella mujer dejase de fumar.

# 16

Mungo estaba paseando por los alrededores del palomar. De vez en cuando se paraba y fingía interesarse por algo que tenía a sus pies. Nadie se había percatado de que estaba allí; a cada minuto que transcurría, daba un paso más, hasta que estuvo tan cerca que ya no podía fingir que andaba casualmente por allí. James estaba dentro, inclinado sobre una jaula de palomas marrones. Sostenía una jeringa en la mano, estaba dándole un medicamento a uno de los pájaros, susurrándole mientras le introducía un chorro por el pico. Todo a su alrededor resultaba borroso, desvaído. James y el polluelo, en cambio, iluminados por el tragaluz, eran un lienzo al óleo. Los cielos, además de procurarles a sus cabellos un hermoso brillo acaramelado, parecían sonreír al muchacho.

Mungo se acercó al marco de la puerta y apoyó la mejilla sobre la madera pintada.

—¿Sabes qué? A una mujer que conozco por poco la mató el marido el otro día.

James no se inmutó, no pegó ningún respingo al oír su voz. Mungo supo entonces que lo había visto orbitar alrededor del palomar y que no se había molestado en decirle nada.

Mungo miró alrededor, estaba buscando cualquier cosa sobre la que hablar. En un rincón, debajo de un banco, había dos montones de tejas de pizarra. Mungo se valió de ellos para entablar conversación.

—¿Has comprado tejas?

James miró hacia el rincón.

—No —dijo, y allí pareció acabar la conversación. Mungo sintió las fibras de su cuerpo alejarse del marco de la puerta. Era evidente que su amistad había terminado y que era el momento de marcharse. Entonces James volvió a hablar—: Una noche me encontré un par de tejas en la

puerta. A la noche siguiente había un par más. Pesan como un muerto. Es rarísimo.

—¿Así, sin más?

Mungo sabía que no había sido así de fácil. Sabía que al Mariposón le habría supuesto un gran esfuerzo llevarle las tejas. Habría tenido que hacer varios viajes por la noche, el carro de la compra chirriando en la oscuridad, la inquieta Natalie tirando de la correa, los dos manteniéndose al abrigo de las sombras.

James le dio a Mungo un sobre de manila. En su interior había innumerables clavos especiales para pizarra, un punzón y un esquema indicando el punto exacto donde había que fijar los clavos. Mungo desdobló la hoja de papel, el dibujo estaba trazado con buen pulso, pero no tenía firma.

—¡Toma ya! Un tejado de pizarra. Vas a tener la choza más guapa del barrio.

—Sí. —Pero James no parecía contento. Todavía no era capaz de mirar a Mungo a los ojos.

Mungo entendió esa timidez y vergüenza, y sintió ternura por James.

—Mira, si conectamos el palomar al agua corriente, podrías conseguir cuarenta y cinco libras a la semana por él. Son casi dos pisos. Aquí caben fácilmente una madre soltera, seis niños y cuatro pitbulls.

James no parecía estar de humor para bromas. Le dio la espalda de nuevo y reanudó sus quehaceres, se puso a limpiarle a la paloma el serrín y la mierda que tenía incrustados en las garras. Parecía que quería estar solo.

Mungo se giró con intención de irse, pero su boca empezó a balbucir:

—Escucha, no sé lo que hice, James. Pero lo siento. De verdad que lo siento.

Los cristales antirratas crujieron bajo sus zapatos. Mungo solo le había ofrecido consuelo a un amigo que echaba de menos a su madre. No había nada sucio en ello y, sin embargo, se sentía fatal.

—Anda, no seas tonto.

La luz proveniente de la trampa para palomas proyectaba definidas sombras sobre el rostro de James. Sus orejas parecían sobresalir más si

cabe.

—No soy un rarito de esos, si es lo que estás pensando. Solo fue un abrazo. No había ninguna intención.

—Lo sé. —James cerró el sobre de los clavos y lo tiró a un lado—. ¿Te has estado toqueteando el labio otra vez? —Hizo una pausa y añadió—: ¿Quieres un trozo de tarta?

—¿Tarta?

James señaló hacia la esquina. Había una caja blanca encima del banco. Mungo levantó la tapa y vio una tarta Victoria con nata montada entre capas de dorado bizcocho, además de un oso de peluche decorativo y unas letras comestibles que decían «Felizidades», con zeta.

Mungo se quedó mirándola largo rato. Se sintió mal por James.

—¿Tienes bici?

—¿Cómo? ¿Me has comprado una?

—James, no sabía que era tu cumple…

—Estoy de broma. Sí, tengo bici.

—Pues vamos a algún sitio.

—¿Adónde?

—No sé. A algún sitio que mole. Donde nunca hayamos ido.

—Pero ¿adónde?

Mungo se encogió de hombros. Alargó el brazo, extendió el dedo índice y empezó a dar vueltas sobre sí mismo, lentamente.

—Dime cuándo paro.

Era la primera sonrisa que James le dedicaba ese día. Pequeña y torcida, pero deslumbraba más que el tragaluz del palomar.

—Estás loco, tío. —Observó a Mungo dar varias vueltas—. Vale, vale. Para.

Mungo se detuvo. Su brazo apuntaba al este. Era una dirección tan buena como cualquier otra.

En la mochila de James metieron latas de refrescos y la tarta. Con una bomba de aire para balones de fútbol volvieron a inflar las ruedas de la legendaria Rattray del señor Jamieson. Estaba oxidada por la falta de

uso y los manillares de goma se habían desgastado por el sudor, Mungo tenía las manos renegridas y pegajosas en cuanto sacó la bicicleta a la calle. El cuadro estaba decorado con cinta adhesiva dorada y verde. «Orgulloso de ser feniano». James percibió la reticencia de Mungo a subirse en el estrecho asiento.

—Bendecida por el mismísimo Papa.

—Tío, es que no veas. Me van a rajar la cara.

James iba delante pedaleando y Mungo detrás, de paquete, con el cuerpo rígido sin rozar apenas la cintura de James. James estaba encorvado, se movía arriba y abajo, pedaleando sin descanso para tirar de los dos, como un caballo de Shire. Al principio pasaron por calles que conocían, se cruzaron con las mismas caras que veían a diario. Mungo alternaba entre el temor de que James dejara de pedalear y quisiera volver a casa y el miedo a encontrarse con la banda de Ha-Ha y que le dieran una paliza por ir en una bici con los colores del Celtic.

—No vas bien. Tienes que ir en la dirección que has elegido. Esa es la única regla.

James resopló pero giró la bici hacia el este; cuando una calle se desviaba de la ruta correcta, tomaba la siguiente a la izquierda y, de este modo, continuaron su particular huida del sol de tarde. James se quedó indeciso en varios momentos, como queriendo dar media vuelta. Las calles tenían cada vez peor pinta. Pasaron por delante de una serie de bloques amontonados que anunciaban escasez y penuria a los cuatro vientos. Pasaron entre hileras de pisos bombardeados con todas las ventanas tapiadas. Cuando James vacilaba, Mungo le clavaba las manos en el costado. «Sigue, sigue, sigue». Tenía que haber algo más.

Finalmente, la ciudad comenzó a expandirse, parecía estar respirando; empezaba a haber más separación entre las casas, podía verse más cielo que arenisca. Las viviendas sociales se hallaban agrupadas de cuatro en cuatro, pero casi todos los jardines estaban descuidados, invadidos por las malas hierbas. Cuando llegaron a la prisión de Barlinnie, Mungo estuvo a punto de tirar la toalla. James estaba jadeando después de subir la cuesta, y se quedaron mirando el monolito alambrado, enorme y amenazador como un asilo victoriano.

—Mi tío, Paddy Grant, está ahí por agresión grave —dijo James.

—Mo McConnachie está aquí también —indicó Mungo—, y Joe McConnachie.

Todo el mundo conocía a alguien preso en Barlinnie.

¿Esto era todo? ¿Este era el final del camino, todo lo lejos que sus piernas podían llevarlos? Mungo sintió que el entusiasmo de su amigo se estaba desinflando. Le cambió el puesto a James, obligó al chico más grande a ir en el sillín de atrás.

—Diez minutos más. Si no encontramos ningún sitio que merezca la pena, nos volvemos a casa. ¿Vale?

—Venga, vale.

Siguieron pedaleando, más despacio ahora, con cierta pesadez. No tenían claro si debían cruzar el puente que atravesaba la atronadora autopista. Mungo desconfiaba de los pasos elevados, eran la frontera que separaba a los Billies protestantes de los católicos Bhoyston. Al otro lado había más bloques, pero un poco más allá solo se veían árboles, no había torres ni fábricas de gas que profanasen el paisaje.

Alcanzaron la linde de los árboles y se alegraron cuando varias colinas verdes se recortaron en el horizonte. A un lado se extendía un campo de golf por el que pululaban jubilosos señores de mediana edad ataviados con jerséis de tonos pasteles. Más allá había un gran estanque, era casi como un lago pequeño. Estaba lleno de algas, y sus aguas —a pesar de ser turbias, como un ojo con cataratas— estaban transitadas por elegantes cisnes. Era un lugar tranquilo. Solo para ellos.

—¿Ves? Te lo dije. Feliz cumpleaños.

James le dio un codazo en el costado.

—Un cabrón con suerte —dijo, pero estaba sonriendo.

Mungo condujo la bicicleta haciendo eses, describiendo grandes círculos con el propósito de que James se resbalara y se cayese. Luego estuvieron jugando en la orilla, riéndose sin parar, intentaban tirarse mutuamente al mugriento lago de los cisnes. Las aves, hartas ya de ellos, se fueron nadando a otra parte, y los chicos subieron una pequeña colina. Mungo dejó caer la vieja bici entre la crecida hierba; sobre los radios de las ruedas brillaban gotitas de rocío. Desde la cima

podían divisar, a su izquierda, la densa ciudad gris; al otro lado se alzaban las casas nuevas, a medio construir, generosamente espaciadas, hechas de brillantes ladrillos naranja, para familias con coches y trabajos bien remunerados.

James abrió la caja. La tarta estaba aplastada y las letras se habían derretido. Daba igual. Empezaron a comérsela a manos llenas, se tumbaron sobre la hierba y se atiborraron de caliente crema pastelera. James tenía una botellita de Famous Grouse escondida en el bolsillo del anorak. Le dio un largo trago y se la pasó a Mungo.

—Anda, bebe como un tío. No pueden detenernos por ir borrachos en bici.

Mungo le dio un único sorbo. La bebida lo intimidaba, pero no dejó que James se diese cuenta. A pesar de que el whisky le cosquilleó la garganta, bajo aquel cielo cerrado de nubes y sobre la fresca hierba, a Mungo le gustó el sabor a humo de bosque y a turba. Era como la noche de las hogueras antes de que echasen neumáticos viejos a arder, antes de que Ha-Ha arrojase botes de laca para el pelo y saltaran por los aires.

James sacó un arrugado paquete de tabaco.

—Mira esto. —Giró la cabeza, y cuando volvió a mirar a Mungo, tenía cuatro cigarrillos en la boca, cada uno en un hueco interdental. Sonrió y puso cara de payaso.

—Estás grillado, colega —dijo Mungo entre risas—. De verdad. No entiendo cómo puedes tener tantos cambios de humor. Ahora estás aquí riéndote y haciendo el tonto como un capullo. Y hace dos horas parecía que ibas a tirarte del tejado del palomar.

—Bueno, gracias a ti me he animado.

James le ofreció un cigarrillo encendido, pero Mungo lo rechazó. Cualquiera que hubiese visto a Mo-Maw tosiendo por la mañana, con los dedos manchados de ceniza y apurando cualquier colilla que encontrase en el cenicero, no fumaría en su vida. La voz de Jodie resonó en su cabeza. Jodie la hipócrita, que había hecho algo mucho, mucho peor que fumar.

James frunció el ceño.

—¿Qué te pasa ahora?

Mungo no se había dado cuenta de que había arrugado el rostro.

—En tu instituto, ¿los profesores católicos se intentan follar a los alumnos?

—No. No seas tonto. Bueno, estaba el entrenador de fútbol, el padre Peter al que llamábamos padre Pedo, por pedófilo. Se metía en el vestuario con nosotros y se quedaba en una esquina para «controlarnos». Pero yo creo que era un cabrón y ya está. —James lanzó anillos de humo al aire. Se quedaron mirándolos mientras flotaban hacia el estanque—. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Te ha intentado meter mano algún profesor protestante?

—No, qué va —dijo Mungo—. Pero yo me dejaría a cambio de no tener que estudiar matemáticas nunca más.

—Oh. Métamela, señor. Solo una fracción pequeña más —dijo James entre risas. Observaron a los jubilados pasear lentamente alrededor del estanque—. Las matemáticas las llevo bien. Pero los idiomas se me dan fatal. A los curas les encanta el puto latín.

—¿Tienes que ir mucho a la iglesia?

—No, pero en el instituto rezamos casi todas las mañanas.

Mungo se quedó pensativo. Ellos tenían asamblea semanal en el instituto protestante y debían recitar el padrenuestro a la hora del almuerzo. ¿Dónde radicaba entonces la enorme diferencia entre ellos y los católicos? ¿Qué era exactamente lo que se suponía que debía odiar de ellos?

—¿Y cómo podéis acordaros de todos los rituales esos que tenéis?

—¿De la misa? Bah, nos los enseñan de niños. Después te acuerdas. A los católicos no se nos da muy bien improvisar. —James se persignó—. Por lo menos es solo en el instituto. En casa ya no vamos a la iglesia los domingos. No desde que murió mi madre. A mi padre no le gusta arreglarse tanto para sentarse en un triste banco de madera. Dice que es como tener un Jaguar último modelo que pierde aceite.

—Qué poeta. El próximo Robert Burns. —Los ojos de James brillaron bajo su flequillo rubio. Ya no se parecía al chico huraño del palomar. Volvía a estar contento y a tolerar las bromas. Mungo se llevó la mano

a la cadera, se contoneó y dijo—: Además, el que pierde aceite eres tú, que estás hecho un mariquita.

Algo refulgió entre ellos. Mungo no había calculado bien. Había ido demasiado lejos. Por un segundo pensó que James bajaría las persianas de sus brillantes ojos y volvería a su ensimismamiento anterior. Se arrepintió de haberlo dicho. Entonces James le dio una última calada al cigarro.

—¿Mariquita yo? Mira quien fue a hablar.

Fue lo que no dijeron a continuación lo que puso nervioso a Mungo. James no apartó la mirada y se quedó callado. Su sonrisa se fue volviendo más amplia y, a cada milímetro que crecía, la sonrisa de Mungo se agrandaba también para corresponderla. Se quedaron así, sonriendo hasta que les dolió la cara.

—Te pareces a tu padre —declaró Mungo finalmente.

—Y una mierda. No me parezco en nada.

—Sí que te pareces. Solo que tú eres un poco más simpático. Cuando quieres, claro. —Mungo se puso a darle pellizquitos a la hierba—. Podrías intentar no estar siempre tan serio.

James levantó la mano y le apartó el pelo a Mungo de los ojos. Con tanta rapidez que fue como si no hubiese ocurrido. Una mano furtiva y fugaz, como una paloma cruzando el cielo.

Una fisura cuya existencia Mungo desconocía se abrió en su pecho; debajo de ella habitaba una sensación de vacío que nunca le había perturbado anteriormente. Le resultó agónico no levantar su propia mano y tocarse los pelos que los dedos de James habían rozado. Le quemaban. Solo deseaba sentir el calor que estos habían dejado. Cerró los ojos y dijo:

—No me encuentro bien.

Fue como si un cielo lleno de nubes surcase el rostro de James, era lluvia y era miedo. Mungo observó el cambio. Le hizo levantar la mirada. Llevaban un rato sentados uno al lado del otro enviándose torpes mensajes en clave, como si el valle del Clyde los separase. James salvó la distancia entre ellos y le plantó un beso en los labios. Fue un beso seco, y sus dientes rozaron el labio inferior de Mungo. Sus cabezas

chocaron.

Mungo se frotó la frente.

—¿Me acabas de dar un coscorrón?

—Podemos fingir que ha sido un coscorrón si quieres. —La sonrisa volvió a huir de los labios de James.

—No seas tonto.

Mungo miró a la vez arriba y abajo de la colina y le dio a James un apresurado beso en los labios. Le supo como una tostada caliente con mantequilla cuando estás muerto de hambre. Así de bien.

Enterraron a la madre de James en el cementerio de Lambhill un día de primavera en que el viento había arrancado todas las flores de los árboles y había esparcido pétalos blancos sobre todos los coches fúnebres.

Después del entierro, su padre estuvo un tiempo ayudando a James a construir el palomar. Todo había sido idea de su padre; las palomas eran una actividad decente y varonil que le enseñaría a James a ser disciplinado y a cuidar de algo más pequeño que él. Además, de este modo podrían construir algo juntos sin tener que hablar de su madre.

Su padre se ausentó del trabajo tres turnos. Trató de mantenerse alejado de las plataformas todo el tiempo que pudo. Antes de irse le prometió:

—Mira, tienes que pasar una hora en el palomar todos los días; ya verás, habré vuelto antes de que te des cuenta.

Seguidamente hizo la maleta y dejó a James en una casa vacía y con todas las lágrimas que jamás podrían derramar los dos juntos.

James se quedó tumbado en su cama, en una casa sin madre. Las sábanas estaban limpias pero olían mal. Su padre las había dejado demasiado tiempo en el tendedero, no se le había ocurrido darles la vuelta y airearlas mientras se secaban. Eran estos pequeños detalles los que más afligían a James. Las pequeñas cosas que su madre habría sabido hacer.

Siguió el consejo de su padre. Después del colegio, fue al palomar y

regresó antes de que se hiciera de noche. Se la cascó un rato, cenó, y luego se la cascó un rato más. Una vez que la efímera sensación de euforia desaparecía de su cuerpo, lo único que le quedaba era el silencio de otra noche vacía. Después de encender la radio de la cocina y la televisión del salón, se tumbó en la cama y se preguntó si lo estarían castigando por algo.

Intentó apartar las imágenes que acudían a su mente, pero no había forma. Todo empezó en Año Nuevo, cuando llevaron a los niños católicos al North Field a jugar al shinty. Allí estaban todos, con las piernas azuladas como la tela escocesa. No podían dejar de moverse para contrarrestar el azote de la lluvia y el viento. Intentaron subirse los calcetines hasta los muslos, pero el padre Strachan les ordenó que dejasen de dar un espectáculo tan bochornoso.

—Si tenéis frío —gritó envuelto en su forro polar de cuello alto—, corred más rápido.

Después de noventa minutos dando golpes con palos de shinty, los chicos agradecieron la ducha, a pesar de que el tibio chorro de agua apenas les devolvió el tacto a los dedos de los pies y les aclaró el barro de las piernas. James estaba en la ducha del fondo. Se metió los dedos azules dentro de la boca. Intentó apartar la mirada de Paddy Creek y de su sonrisa perezosa y de sus hombros anchos y musculosos. Intentó apartar la mirada del hilo de espuma que le bajaba por la espalda y se introducía entre sus glúteos. Cual obstinada pelusa que se resiste a despegarse de un tejido acrílico, cierta electricidad estática invisible lo obligaba a mirar al chico. James se dio la vuelta. Sabía que, si lo pillaban mirando, lo llamarían de cien maneras distintas antes de que él mismo supiera cómo llamarse a sí mismo.

James sacó la pierna por el borde de la estrecha cama y cogió el periódico que guardaba entre el cabecero y la pared. Fue en busca del teléfono color crema y lo llevó al dormitorio, marcó el número que había encontrado en el reverso del periódico. Podría haberlo marcado de memoria. Hizo tres intentos antes de que sus dedos reuniesen el valor de marcar el número entero. Se oyó un clic seguido de una voz metálica pregrabada que le daba la bienvenida al Party Line.

«El lugar donde puedes conocer a otros chicos como tú».

No sabría decir cuántos hombres había en la línea, pero se oían muchas voces en la oscuridad. Algunas eran como la suya, marcadas por una glotalización glasgüense, pero otras provenían de rincones más remotos de Escocia, con dejes cantarines o refinados; otras sonaban bien educadas, o incluso se avergonzaban por pronunciar las vocales correctamente. Charlaban y reían. Hablaban de música, de los bares que les gustaban y de los pubs que frecuentaban, sitios donde podían reunirse, lugares donde los propietarios eran más tolerantes y podían disfrutar tranquilamente de una pinta de cerveza. Los hombres mayores solían tirar los tejos con más descaro. Decían sin rodeos lo que querían, palabras cuyo significado James desconocía, pero le gustaba cómo sonaban. A veces, dos de ellos encontraban lo que andaban buscando y acordaban ser transferidos a una línea privada y más cara.

Por lo general, James no decía gran cosa. Le resultaba reconfortante el simple hecho de escuchar. Esa noche sabía que algunos de aquellos hombres ya se estaban tocando. La primera vez que llamó se quedó tan impactado que tuvo que tapar el auricular con la mano para que no se oyese su risa nerviosa. Pero se fue acostumbrando a ese sonido rítmico, a la forma en que sujetaban el teléfono entre la barbilla y el pecho, a las respiraciones entrecortadas, al aire saliendo de las dilatadas fosas nasales de esos hombres mientras usaban las manos para menesteres más sucios. El inicio era fácil, a veces, de hecho, todo ya había empezado cuando llamaba. Un hombre (siempre era alguien con voz de hombre mayor) le pedía a alguno de los chicos que se describiese, y este hacía lo que se le pedía. El chico joven dibujaba detalladamente el mapa de su cuerpo, el color de su piel, la pelusilla de melocotón que crecía sobre su abdomen y bajo sus firmes glúteos.

—Cuerpo de nadador, no muy musculoso, pero delgado, te haces una idea, ¿verdad? —dijo aquella noche el chico de Dundee.

—Eso me gusta —jadeó el granjero de Perthshire—. ¿Cuántos dedos puedes meterte?

Aquel semicírculo de desconocidos escuchaba al joven con la esperanza de que las hermosas cosas que decía de sí mismo fuesen

ciertas.

El granjero se alivió. Algunas líneas se desconectaron, otros sonidos nuevos se sumaron a la reunión. Del fondo le llegó una voz melódica y ligera, la voz que James estaba esperando escuchar entre la multitud.

—Hooo-la —dijo—. ¿Hay alguien ahí?

—Fraser, ¿eres tú? —preguntó James.

—Sí, soy yo —respondió con su alegre cadencia gaélica—. Qué bien que estés aquí, Tonalt. —James solía mentir cuando le preguntaban el nombre. Le había dicho que se llamaba Donald, con una glasgüense D plana, pero prefería la forma en que Fraser lo pronunciaba. *Tonalt*—. Por fin he escuchado la canción, Tonalt —prosiguió Fraser—. Me quedé despierto hasta las tantas, hasta que la pusieron en la radio.

—¿Y te gustó?

—Sí, mucho —respondió el chico con verdadero placer. Su voz parecía flotar en una nebulosa, como si estuviera escondido en un armario con el teléfono pegado a los labios—. La grabé, pero en casete se oye muy mal. La próxima vez que vaya a Inbhir Nis me voy a pillar el vinilo. Aunque mi vieja está hasta la coronilla. Me ha dicho que primero tengo que ahorrar y comprarme unos auriculares.

A James le gustaba el modo en que Fraser salpicaba las frases con palabras en gaélico, destacaban como tachuelas a medio clavar. Una vez, los chicos estuvieron una hora riéndose de las distintas formas de decir «maricón» en gaélico. La línea se quedaba en silencio cuando Fraser presentaba la palabra; seguidamente, los demás la iban repitiendo: *Càm*, *càm*. Uno a uno, los hombres incorpóreos pronunciaban el insulto, como estudiantes de un idioma extranjero. *Fliuch*, *boireanta*, o la favorita de James, *Gille-tòiin*, literalmente «chico-culo».

—Yo te podría mandar el vinilo —dijo James—. Si supiera dónde vives.

—No te preocupes, Tonalt. Quizá en otra ocasión. —Fraser rehusó el ofrecimiento, había gente de todas partes escuchando, sería poco discreto—. Mi padre y yo fuimos a Tober Mhoire el fin de semana. Vi una paloma en el puerto, una gris muy normal, pero me acordé de ti.

—Lo mismo era una mía —dijo James entre risas—. Se me da regular el tema este de las palomas. He perdido más de las que he cazado.

—Vaya, qué pena. Bueno, tú sigue ahí, dale duro —lo animó Fraser.

—Duro tengo el rabo yo ahora mismo —irrumpió una voz ronca. James se estremeció. Por un momento se había olvidado de que no estaban solos—. Duro como una piedra.

Se pasaron la tarde tumbados en la crecida hierba mientras observaban las nubes bajar desde las colinas Campsie. Mungo se alegró de no estar de pie, ya que no habría sabido qué hacer con las extremidades. Olas de arrobamiento y belleza se iban intercalando con olas de vergüenza. Como cuando Jodie alternaba entre los grifos de agua caliente y fría para ajustarle la temperatura del baño. Pero ahora no podía llevarse las piernas al pecho y esquivar el chorro: o se achicharraba, o se quedaba helado. No había escapatoria.

Los chicos estaban a una discreta distancia. El meñique de James encontró el de Mungo y los engancharon igual que aquella primera noche en el cuarto de James.

—¿Te importa? —tanteó James, todo cortesía y consideración en su constante búsqueda del siguiente paso en la oscuridad.

—No, no me importa —dijo Mungo—. ¿James?

—Sí.

—No le gusto a tu padre, ¿verdad? —Era una espinita que llevaba dentro—. ¿Qué le he hecho?

—Nada. Además, me odia a mí. No a ti.

—¿Cómo es posible que no le gustes a tu propio padre? —James se giró. Abrió la boca con intención de hablar, pero se tragó las palabras y acabó por no decir nada—. Puedes contármelo. Soy bueno guardando secretos.

Finalmente, James le habló del Party Line, del número del periódico que llevaba consigo desde que era incapaz de quitarse a Paddy Creek de la cabeza.

—Las llamadas no tenían nada de sucio. Eran solo voces, chicos

hablando de música, de sus tiendas preferidas de ropa, tonterías así. A veces aparecía un tío mayor y te preguntaba alguna guarrada, pero casi siempre eran chicos jóvenes charlando, pasando un buen rato, contando chistes y tal. —James se sentó y acercó las rodillas al pecho —. Había un chico, Fraser, que tenía un acento muy divertido, cuando me contaba algo supertriste me costaba mucho no reírme porque lo decía todo como si fuera un pajarillo cantando. Era el que me caía mejor. Su padre tenía una granja de ovejas, se quejaba de que no veía a nadie, nada más que ovejas con la cara negra, que se pasaba días enteros allí solo. Decía que era un horror, pero yo lo envidiaba, me habría gustado estar en su lugar, poder ser yo todo el tiempo sin tener que fingir.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con tu padre?

James meneó la cabeza.

—A eso voy. Pero quiero que sepas que yo apenas decía nada cuando llamaba. —Se limpió las palmas de las manos en los vaqueros—. No sabía que costaba una fortuna, de verdad. Lo juro por Dios. Un día mi padre llegó de la plataforma y abrió todas las facturas. Llamó a la compañía telefónica mientras yo estaba en el instituto y le dijeron lo que era. «Una línea de sexo para hombres a los que les gustan los hombres», eso le dijeron. —James meneó la cabeza—. No era solo eso. En serio.

Mungo se incorporó. Sintió que Jodie había abierto el grifo de agua caliente, la vergüenza le llegaba al cuello.

—Mi padre lo sabe. Sabe lo que soy. —James tomó un expiatorio trago de whisky—. Desde entonces no ha vuelto a mirarme a la cara.

James era más alto que él, le sacaba una cabeza, era un año mayor. Ante él se extendía un oscuro camino que ya había empezado a recorrer. Mungo sabía que no debía seguir sus pasos, si no entraba en el camino, aún podía dar media vuelta. James lo miró, y como si le hubiese leído el pensamiento, le puso el dedo sobre la temblorosa mejilla y le dijo:

—No seas como yo, Mungo. Todavía estás a tiempo.

Pero ya era demasiado tarde. Siempre había sido demasiado tarde.

Un día, de niños, Mungo y Hamish llenaron de agua el lavabo del baño y se pusieron a jugar con los Action Men a una suerte de batalla submarina. Hamish estaba apoyando su peso en el filo del lavabo con forma de concha. Como Mungo no alcanzaba a ver bien, saltó un poco pero se dio un cabezazo. La porcelana tenía una fractura ínfima —a Mo-Maw se le había caído una vez un cenicero de cristal encima—, y con el golpe se terminó de romper; el agua empezó a derramarse por todas partes. Justo antes de que el lavabo se partiese, Mungo puso la mano en la grieta tratando de contener el agua. Funcionó, pero solo al principio, y Mungo acabó empapado de agua y manchado de sangre. Estuvo intentándolo toda la tarde, pero no había forma de arreglar aquella grieta.

Mungo se incorporó sobre los codos y besó a James. Un beso torpe y con demasiada presión en los labios, pero aun así le pareció que era el primer beso que le daba en condiciones. Enterró la punta de la nariz en su mejilla y dejó escapar un jadeo al sentir el calor secreto y excitante de la lengua de James. Tenía un sabor dulce, a nata y a vainilla en polvo; sintió el incendio de su boca, turba ardiente y tabaco dorado.

Fue James quien puso la mano en el pecho de Mungo y lo empujó con suavidad. No era seguro, aquella colina estaba demasiado cerca de la prisión.

La bicicleta estaba volcada de lado y James empezó a girar la rueda delantera para ver a qué velocidad podía llegar.

—¿Se lo merecía? —preguntó después de un rato—. Tu vecina, la que el marido estuvo a punto de matarla.

Mungo no quería pensar en la señora Campbell ni en su ojo morado, ahora no.

—No. Nadie se merece una paliza así.

James puso el pie en la rueda y se detuvo al instante.

—¿Ah, no? Pues díselo a mi padre.

—¿Es rápido de puños?

—No. Él es más de darte un guantazo. Que sepas que va a matarme como se entere de lo que acabamos de hacer. —James hizo girar la rueda de nuevo y soltó una carcajada—. Pero primero te matará a ti.

Ahí estaba de nuevo, el camino, el desvío, la advertencia.

—No, hombre. Soy un Hamilton —dijo gallardo—. Como se ponga tonto, me cargo al feniano.

James lo apartó de un empujón.

—Pues ahora te besas con fenianos, imbécil. —El grifo, el agua caliente, más vergüenza—. No puede enterarse nunca, Mungo. Es malo. En serio. —James giró la rueda—. Por ejemplo, cuando era pequeño y me tocaba fregar los platos, a veces me olvidaba de cerrar bien un armario o un cajón. Estaba casi cerrado, pero no del todo. El juego favorito de mi padre era esperar a que me estuviera quedando dormido, justo cuando estiras los dedos de los pies y empiezas a hundirte en el colchón, que parece que estás como flotando, ¿sabes lo que te digo? Bueno, pues él esperaba siempre hasta ese momento. Entonces entraba en el cuarto, encendía la luz y me despertaba para que fuera a cerrar la puerta del armario. No paraba de darme cogotazos hasta que me levantaba y la cerraba, y luego, una bofetada tras otra hasta que volvía a acostarme.

—¿Porque te dejabas la puerta del armario abierta?

—Sí. Él podría haberla cerrado con un dedo, pero no, se esperaba hasta la noche a que yo la cerrara.

—Ni siquiera Ha-Ha es tan retorcido.

—Una vez mi hermana Geraldine, que tiene el culo muy gordo, se sentó en la mesita del salón y rompió el cristal. La cabrona me echó la culpa a mí, y mi padre me molió a palos. Y encima tuve que estar un año entero trabajando los fines de semana como aprendiz en una cristalería de Parkhead para que entendiera el valor que tiene el vidrio. Solo tenía doce años.

—¿Y cuánto vale?

—¿Cómo coño voy a saberlo? Mi trabajo era quedarme solo en la furgoneta cuando la dejaban aparcada en doble fila para hacer algún porte. —Detuvo de nuevo la rueda de la bici—. Me pasé todos los fines de semana de aquel año metido en aquella furgoneta blanca. Y encima mi padre tuvo la cara de preguntarme que por qué no tenía amigos.

—Lo siento.

—Tú no tienes la culpa. Pero lo que dije la otra noche iba en serio. —James recogió los restos de pastel. El oso decorativo rodó en la palma de su mano. Una baratija de plástico, mal impresa y desalineada, parecía que se había derretido. Un osito con una banda cruzada en el pecho que ponía «Dieciséis» era algo demasiado infantil. James estaba ya emancipado. Podía hacer lo que quisiera. Era un hombre—. Me quedaré todo el tiempo que pueda. Pero cuando tenga que irme, me iré.

James iba a tirar el oso, pero Mungo lo detuvo. Se lo quitó de la mano. Lamió los restos de azúcar y, en un momento en que James no miraba, se lo metió en el bolsillo.

A la vuelta, James iba a los pedales, cuesta abajo, en dirección al East End. La Rattray volaba atravesando la llovizna, cortando el viento, escurridiza y veloz como un galgo. Mungo mantuvo el cuerpo separado del de James, igual que antes, pero ahora, cuando ponía las manos en su cintura, usaba toda la palma y se agarraba a los afilados huesos de sus caderas. Introdujo lentamente los pulgares debajo del jersey Fair Isle y rozó su cálida piel. Una nada que se sentía como un todo.

El tráfico se volvió más denso y los chicos tuvieron que ir por la acera; iban en contra de todo el mundo, subiendo y bajando los bordillos mojados. La lluvia se adhería a todo lo que tocaba. A Mungo le caían gotas de la punta de la nariz y de las pestañas, los faros de los coches se convertían en explosiones de luz.

—Pensaba que tenías algo con una pava —le dijo Mungo por encima del rugido de un autobús.

—No, yo solo tengo palomas.

—No te hagas el tonto. Sabes que me refiero a una chica.

—¿Qué chica? ¿Alguna de la fuente? —James dejó de pedalear, se apoyó en el sillín y se deslizó entre las piernas de Mungo. Descendieron lentamente, juntos, más cerca de lo que habían estado en todo el día—. No, no tengo nada con ninguna pava —aclaró James—. Pero estaba intentando conseguir alguna como fuera. Después de lo de la factura del teléfono, mi padre, como te podrás imaginar, me llamó de todo

menos bonito. Me echó de casa y tuve que dormir en el palomar, encima de todos los cristales del suelo. Serían las once y media cuando mi padre apareció. Intentó echar abajo el palomar a patadas, conmigo dentro. Habría sido capaz de retorcerle el pescuezo a todas las palomas, y a mí también, si lo hubiera dejado. Tuve que escapar por la trampa de arriba y bajar por la parte de atrás. Me llevó a rastras por la calle, insultándome, me llamó cosas que no había oído jamás en mi vida. Gritaba tan fuerte que todas las vecinas, desde Culloden hasta Ballindalloch, se asomaron a la ventana.

Mungo apoyó la barbilla en el hombro de James.

—Por la mañana me dijo que solo me dejaría vivir bajo su techo si me echaba una novia. Me dijo que podía dejarla embarazada si quería. Lo mismo le daba. Así que nada, o me conseguía una piba, o me piraba de casa. —Los faros de unos coches los deslumbraron—. Le prometí que lo intentaría. Después de todo, aún no había hecho nada irreparable, en realidad, no. Me compré un paquete de tabaco y me fui al parque a intentar ligarme a alguna. Conocí a un par de chicas de mi clase que no tenían padre. Para ellas, yo era una furgoneta de helados con patas. Ellas me utilizan, y yo las utilizo a ellas.

A Mungo empezó a picarle la cara ante la amenaza de perder un regalo de una forma tan repentina. Separó ligeramente las piernas y soltó a James. El aire húmedo inundó el espacio que antes había ocupado él.

Pasaron por delante de la prisión y, sin mediar palabra, James se acomodó en el estrecho sillín, empujando su columna vertebral hacia la cavidad de Mungo, sellando el hueco entre ellos. Cada vértebra era un nudillo que se clavaba en los lugares que más dolían. Mungo exhaló sobre el pelo color arena. Sus desobedientes brazos envolvieron la cintura de James. Apoyó la mejilla sobre la lana de Shetland y absorbió la grasa de la lanolina y el almizcle de sus axilas. James se inclinaba hacia atrás con la misma fuerza con que Mungo presionaba hacia delante. Los frenos neumáticos de un camión diésel sisearon bajo la lluvia.

—A ver, no… no tenemos por qué hacer esto más. Si tú no quieres —

dijo James.

# 17

En aquel recodo del río se alzaba desafiante un abedul torcido; el árbol se mantenía en pie gracias a la maraña de raíces expuestas que se aferraban a la ribera medio desmoronada. Luchando contra la corriente, Mungo arrastró el cuerpo hasta allí. San Christopher estaría a salvo en aquel oscuro recoveco, donde la tierra erosionada y las raíces del árbol configuraban una guarida secreta.

La caña y la bolsa de aparejos se quedaron flotando junto al hombre, pero Mungo no consiguió encontrar el gorro de tweed. Le castañeteaban los dientes cuando salió del río. La lluvia caía con tanta fuerza que parecía granizo.

Le temblaba el cuerpo entero cuando llegó al campamento. Las pertenencias de Mungo, que Gallowgate había sacado de la mochila, estaban tiradas por el suelo de cualquier manera; las fichas del parchís estaban esparcidas entre los guijarros y su bloc favorito de dibujo era una masa mojada que sangraba tinta. Las puertas de las tiendas estaban abiertas, y la de dos plazas tenía la entrada encharcada. El saco de dormir, los aparejos de pesca, todo estaba empapado. Mungo entró en la tienda y trató de barrer el charco, pero fue en vano. Se sentó contra la pared del fondo y sintió cómo la adrenalina abandonaba su cuerpo.

En el cielo solo quedaba un débil reflejo azulado. Las nubes colgaban bajas mientras Gallowgate trataba de encontrar el camino de vuelta. De no haber sido por la silueta del ruinoso refugio, se habría pasado el campamento de largo. Con la lluvia se habían soltado varias cuerdas de las tiendas. Estaban medio desinfladas, caídas. Nadie había encendido ningún fuego.

Había demasiado silencio en el campamento. Gallowgate fue a la

tienda grande esperando encontrarse a un San Christopher malhumorado y sobrio. Tuvo que internarse en la oscuridad hasta dar con algo que no fuese poliéster mojado o agua encharcada. Sus dedos rozaron piel. Era una pierna y estaba congelada. Encendió el mechero y el chico se incorporó.

—¿Dónde está Chrissy?

—En la otra tienda —dijo Mungo, todavía le dolía hablar—. Se fue a dormir, estaba cabreado.

Gallowgate estaba a punto de ir a ver cómo estaba su amigo cuando Mungo lo agarró de la muñeca intentando que el pánico no lo traicionase.

—Déjalo. Si está durmiendo, no querrá beber —dijo—. Además, prefiero compartir la tienda contigo.

Gallowgate sonrió, el blanco de sus dientes parecía casi ultravioleta en la postrera luz azul. Después de quitarse el anorak en mitad de la lluvia, el hombre se tumbó bocarriba e hizo lo propio con los pantalones vaqueros, que estaban también empapados. Intentó achicar más agua de la tienda. Cerró la cremallera y se sentó junto a Mungo en la oscuridad. La chispa de un mechero encendió una pequeña vela de té, que iluminó el espacio entre ellos. El hombre la había comprado en la tienda, era como las que ponían en los restaurantes chinos en Navidad, un toque alegre y festivo. Mungo se tocó la mejilla herida y se preguntó si la vela serviría para prenderle fuego a la tienda de campaña.

—¿Qué tal la pesca? —le preguntó Gallowgate intentando calentarse con la pequeña llama. Su piel desnuda estaba cubierta de tatuajes, desde los tobillos hasta las muñecas.

—Fatal. —Mungo no sabía aún qué iba a contarle, no le había dado tiempo a pensar nada. Lo único que tenía claro era que, hiciera lo que hiciese, tendría que ser por la mañana, cuando todo estuviera seco y pudiera salir corriendo.

Vio a Gallowgate abrir de golpe la mochila y sacar los raviolis en lata y la botella de whisky Isle of Skye. Cuando el hombre le ofreció una lata, Mungo se dio cuenta de que no había probado bocado desde la

noche anterior. La lata tenía una anilla y se abrió fácilmente. La tapa estaba afilada como una hoja de afeitar. Mungo la lamió y se sintió reconfortado al notar el borde cortante, y la colocó con cuidado a un lado. Después puso la lata sobre la vela de té para intentar calentar la pasta, pero la tienda se llenó de bocanadas de humo negro, así que desistió y se comió los raviolis fríos. Tenía tanta hambre que se estaba comiendo la correosa pasta a puñados, respiraba por la nariz para tragar más rápido. Gallowgate abrió la botella de whisky y se la ofreció. Mungo le dio un buche como si nada, se había acostumbrado rápido al sabor.

—¿Tienes ganas de volver a casa mañana?

Mungo se limpió la boca con el dorso de la mano pero se dejó una mancha en la barbilla.

—Sí. ¿Cuándo nos iremos?

—Ah, no hay prisa —respondió Gallowgate. No le interesaba la comida—. Vamos a dejar que el pobre Chrissy pesque alguna trucha, ¿no?

La débil llama de esperanza se apagó dentro de Mungo. Gallowgate le puso la mano en la rodilla.

—¡Oye! —exclamó—. ¿Cómo te has hecho eso?

Mungo tenía un corte en la pantorrilla, no era profundo pero sí bastante largo. Debió de rozarse con alguna roca mientras dejaba a San Christopher sin aire. Gallowgate se echó un poco de whisky en la boca. Se inclinó sobre la pantorrilla y derramó algunas gotas. El whisky le escoció al entrar en contacto con la herida. Mungo intentó apartar la pierna, pero Gallowgate la tenía sujeta por la corva. Luego le lamió el corte con su ardiente lengua, como si fuese un polo de hielo.

—La saliva va bien. ¿No te notas mejor?

—No quiero hacer eso —dijo con el tono de voz más neutro que pudo. Mungo se sentó sobre sus propias piernas, cubriéndolas con el chubasquero.

Gallowgate bebió otro trago de whisky, la luz de la vela proyectaba su sombra sobre un lateral de la tienda.

—Si no quieres hacer eso, ¿por qué me has guardado el saco de

dormir al lado del tuyo, eh? —Gallowgate le quitó al chico un cadillo que tenía pegado en la cara. Lo quemó con la vela.

Mungo se dio cuenta de que había cometido un error. Solo se había preocupado de ocultar lo ocurrido con San Christopher, pero no de lo que vendría después. El hombre se retorció como si estuviera incómodo. Estiró la pierna izquierda, dejando ver encima de la rodilla un cartel escrito en gruesas letras azules que rezaba: «Retroceder nunca, rendirse jamás».

—Es curioso —dijo Gallowgate—. Cuando tu madre nos contó lo que te había pasado, supuse que estarías loco por escaparte un fin de semana. Estaba muy disgustada contigo, lo sabes, ¿verdad? Le faltó pedirnos de rodillas que te lleváramos con nosotros. Le da pánico que te conviertas en un blandengue como el feniano ese con el que andabas.

Las facciones de Mungo se tensaron, el tic del ojo estaba deseando hacer de las suyas a pesar de la hinchazón. Tenía la columna pegada a un lateral de la tienda y, por la inclinación de su cuerpo, sabía que estaba todo lo lejos que podía del hombre. Gallowgate acercó de nuevo la mano, le agarró la nuca y lo arrastró hacia él. Inclinó la cabeza hacia un lado y puso los labios sobre los del chico. Su pertinaz lengua trataba de abrirse paso a toda costa. Mungo consideró abrir la boca y dejarla entrar; así podría morderla y arrancársela de cuajo, un trozo de carne fresca y temblorosa de los que le gustaba comprar a Mo-Maw en la carnicería.

—Para. —No podía darle un empujón y apartarlo, así que se escurrió y se zafó del agarre del hombre—. No quiero hacer eso.

Los labios de Gallowgate estaban húmedos de su propia saliva. Había dolor en sus ojos.

—Bueno, ya veremos. —Se limpió la boca y bebió más whisky—. Además, si no somos amigos, igual no te dejo volver a Glasgow. No puedo permitir que vayas por ahí contando cosas de mí, ¿verdad que no?

—No voy a decir nada. —Era verdad. Después de lo ocurrido, él era una especie de ser inferior a ojos de su familia; Mungo era incapaz de soportar más vergüenza. Se imaginó al Mariposón, el señor Calhoun, en

el piso de su difunta madre, con sus cómodas zapatillas de andar por casa, sus rebeldes mechones de pelo sujetos mediante las patillas de las gafas para evitar que se le metieran en los ojos. Sabía qué opinión tenía el barrio de él—. Por favor.

Gallowgate parecía estar sopesando algo importante. Movió la cabeza y miró al chico con gran tristeza.

—No sé si puedo confiar en ti, Mungo.

La lluvia torrencial hacía que el suelo se estremeciese bajo la tela impermeable. Los pequeños riachuelos rodeaban la tienda en busca de terrenos menos elevados. Mungo sintió como si la cabeza le diese vueltas también. Todo se movía. Esta era la sexta cara que Gallowgate le había mostrado: la víctima, el hombre herido y desengañado.

Intentó tranquilizarse pensando en Glasgow, en Jodie, en el cálido salón de su casa, en el olor a electricidad estática los días en que se quedaban viendo la tele, apartados del mundo.

—Puedes confiar en mí. —Mungo intentó sonreír.

Gallowgate cogió al chico por la muñeca. La tienda tembló a causa del viento.

—Pues si no somos amigos, igual no debería ser tan amable contigo.

# 18

Los últimos días le había invadido un optimismo absurdo, estúpido, se sentía totalmente embriagado de felicidad. Pero ya no quedaba nada de eso. La reciente seguridad en sí mismo se fue por el desagüe, sus hombros recuperaron su habitual curvatura. Mungo volvió a hacerse pequeño. Lleno de vergüenza, escondió el regalo detrás de la espalda y deseó no haber dicho nada.

James estaba tumbado en la moqueta azul marino con la cabeza apoyada en el sofá de su padre, el cuello formaba un extraño ángulo, parecía que se lo había roto.

—Venga. No te pongas así.

—Olvídalo.

James se levantó y se enganchó a Mungo como si fuese un mono; tal vez era eso lo que Mungo había deseado todo el tiempo. James quería quitarle el regalo de las manos y Mungo hacía lo posible por mantener la caja fuera de su alcance, pero los brazos de James eran más largos.

—Vale. Muy bien. Suéltame.

—No quieres que te suelte, lo sé. —James estaba sonriendo, pero hizo lo que le pidió.

Mungo se puso en cuclillas y, de mala gana, le hizo entrega del pequeño regalo. Estaba envuelto en un papel que él mismo había dibujado: cientos de palomas con las alas desplegadas surcando un cielo lleno de algodonosas nubes. Lo había hecho especialmente para James. Cuando arrancó la página del bloc después de terminarlo no pudo evitar contener la respiración. Horas y horas de meticulosos e intrincados trazos con un bolígrafo de punta fina al estilo de los delicados estampados Toile de Jouy.

James desenvolvió el casete y lo hizo girar en las manos.

—¿Qué tiene? No será música rave, ¿verdad?

Mungo se encogió de hombros.

—No. No es nada. Cosillas que me gustan de la radio.

James dejó el casete a un lado, como si no le importase mucho. Mungo se tocó la mejilla intentando arrinconar el dolor —que ya había estimulado el músculo— y evitar de este modo que se extendiese más. No era más que un casete, pero a juzgar por cómo se sintió cuando James lo dejó a un lado, bien podría haber sido el corazón de Mungo. Entonces James hizo algo inesperado. Alisó el papel y, sosteniéndolo a contraluz, se quedó mirándolo como si fuese la cosa más extraordinaria que hubiese visto nunca. Mungo observó cómo sus dedos seguían con delicadeza el trazado de las espirales.

—¿Esto también es para mí?

—Si lo quieres.

—Sí, me encanta.

—No tienes por qué decir eso.

James se acercó y le dio un beso. Le resultaba tan familiar ahora. Habían dejado atrás los torpes arrumacos y mordisquitos. Mungo paraba a menudo para disculparse, se sentía desmañado, y James le sujetaba la cara y acercaba sus labios a los suyos. Ahora sus besos eran suaves y tiernos, despojados del temor al rechazo. Un beso podía durar horas. Se tumbaban con las bocas unidas y Mungo acomodaba la nariz sobre la mejilla de James; luego iniciaban un silencioso periplo, uno cambiaba de dirección y el otro lo seguía, y así hasta que algún brazo se quedaba dormido o sonaba el timbre del microondas. Tal vez alguna mano se metiese debajo de la camiseta del otro, pero nunca se atrevían a ir más allá. Mungo sería capaz de pasarse la vida entera besando a aquel chico. No había ninguna prisa.

Mungo arrugó el ceño. Tenía los labios hinchados y enrojecidos de tanta ternura. Parecía que le había picado una abeja.

—¿Quieres que descansemos un poco?

Normalmente, James no se detenía; continuaba besándole la mejilla, luego el lóbulo de la oreja seguido de la pálida piel que se escondía bajo el cuello de la camiseta. Habían tenido suerte. Más de una vez se habían dejado llevar y Mungo había tenido que pasar veinte tensos

minutos frente al espejo del pasillo comprobando si tenía chupetones de amor, mientras James, a su espalda, hacía malabares con cubitos de hielo.

Se habían creado su propio nido de suciedad y desorden, mochilas tiradas de cualquier manera, bolsas vacías de patatas fritas por todos lados. Sobre la moqueta, los cuencos de cereales rodeaban el enorme televisor a modo de altar. Las películas de vídeo, que siempre dejaban a medias, se amontonaban fuera de sus estuches de falsas enciclopedias junto a los deberes sin hacer que habían abandonado en beneficio del noble arte del besuqueo y la contemplación. Mungo pensó que si *El Señor de las Moscas* hubiera ido más en esa línea, le habría prestado alguna atención.

De forma subrepticia, Mungo tomaba a veces prestadas prendas de James, cosas íntimas que intercambiaba por su propia ropa, perfectamente limpia, si bien no especialmente bonita. Empezó con un par de gruesos calcetines tras quejarse de que tenía frío, a pesar de que en el piso de James había calefacción central y Mungo siempre acababa un poco deshidratado y con un leve dolor de cabeza. Otro día robó del tendedero unos calzoncillos bóxer que le quedaban grandes; los estuvo llevando tres días seguidos debajo de los pantalones del uniforme, fruncidos como si fuesen bombachos victorianos.

Por la mañana se veían en el palomar; luego, cada uno se iba a su instituto y, al acabar las clases, volvían a quedar. Pasaban la tarde en el salón de James, en el último piso, con vistas al arisco cielo, a salvo de las miradas ajenas. Después, cada chico regresaba a su dormitorio, donde consagraban horas a mirarse mutuamente por la ventana, fingiendo que alguien los asesinaba o haciéndose la peineta mientras intentaban no reírse demasiado fuerte. Así estuvieron una semana entera.

Una tarde, mientras Jodie fregaba los platos sucios, Mungo se quedó pasmado mirando por la ventana de la cocina.

—Pero ¡oh! ¿Qué luz asoma por esa ventana?

—¿Qué? —Mungo apoyó la mejilla en el cristal y agradeció el frío vaho.

—¿Cómo se llama? —preguntó Jodie.

—No es asunto tuyo. —Mungo ya no era un alma solitaria, se sentía envalentonado.

—Pero bueno. Andarse con secretos no está bien. —Jodie le hizo cosquillas en los costados, luego le inspeccionó los doloridos labios.

—¡Mira quién fue a hablar! —exclamó enfurruñado—. La Finders Keepers de los secretos.

Le tocó el vientre y Jodie se estremeció. Mungo lo había dicho sin pensar. Se refería a un anuncio que veían los sábados por la mañana cuando eran pequeños. En él, unas chicas estadounidenses escribían secretitos absurdos y los guardaban en la barriga de un oso de peluche. Risueñas jovencitas cuyos vientres no portaban el bebé de ningún profesor; jovencitas estúpidas sin ningún secreto real que mereciese la pena guardar.

Jodie le apartó la mano.

—Cada día te pareces más a Hamish.

—Dios, Jodie, lo siento. No sé en qué estaba pensando. No era mi intención.

—Hazte la cena, Romeo —dijo y le arrojó el paño de cocina—. Y si tu novia te deja la cara así, yo que tú me lo pensaría antes de acercarle otra cosa a la boca.

Las lentas horas que pasaba sin James le resultaban insoportables. No podía parar de mover las piernas y eso irritaba a Jodie. Las horas le parecían vacías. Era el momento de dormir y comer y pensar en cosas que decirle a James cuando lo volviese a ver, nimiedades sin interés real, pero sabía que a él no le importaría.

Una tarde, tumbados en el salón, Mungo vio que James estaba inquieto, no dejaba de balancear el palo de shinty mientras veían la tele. El chico se incorporó de repente con una mirada de loco, riéndose para sí mientras se cubría el cuerpo con una manta y se echaba después una toalla sobre los hombros. Se recolocó el gorro de lana de modo que solo le cubría la parte superior de la cabeza, como si se tratara de la mitra de un arzobispo.

—Espera. Espera.

Con el palo sujeto a modo de maza ceremonial, James miró a Mungo. Luego extendió la mano derecha y levantó los dedos índice y anular como para indicarle a un autobús que parase.

—Adivina quién soy.

Mungo resopló.

—Pues no sé. ¿Un tonto con una toalla en la cabeza?

—No. Soy tú.

Sobre la mesa había una taza con agua del grifo de la que bebían los dos, el agua parecía tener un sabor más dulce cuando la compartían. Mungo le hizo un gesto a James para que se la acercase.

—No me jodas, James. ¿Qué voy a ser yo ese?

James abrió los brazos en un gesto de divinidad. Agitó los dedos invitando a los fieles a que se acercaran y lo adorasen.

—Ven a mí, hijo mío.

Mungo se lo pensó. Quería obedecer.

—Eres tú. San Mungo. —James se giró hacia la luz del día—. La estatua que hay en el museo Kelvingrove. ¿No la has visto?

Mungo no había estado en el Kelvingrove; a pesar de encontrarse a escasos kilómetros, nunca había ido al West End. Admitir eso pondría en evidencia un sentimiento de inferioridad, y Mungo deseaba seguir siendo iguales a toda costa, totalmente iguales, así que puso cara de «claro que la he visto» y pidió que le devolviese el cáliz común.

James le entregó, floritura papal mediante, la taza de agua del grifo.

—Bendito seas, hijo mío.

Mungo tomó un largo trago de agua y dijo:

—Oye, ¿llevas el chándal de tu hermana?

James se miró las piernas al momento.

—¡No! —Eran los mismos pantalones de chándal que había llevado los últimos tres días. No les vendría mal un lavado—. Vete a la mierda. No te hagas el listo con un santo, hijo. —Mungo estaba riéndose cuando James volvió a alzar la vista—. A ver, un momento, ¿y ese corte de pelo? —Dio un paso adelante y le tiró a Mungo del flequillo—. ¡Pero si pareces un champiñón!

Habían cruzado esa línea hacía cosa de un par de días. La timidez y

la ternura habían cedido el paso al afecto envuelto en insultos. Era el código perfecto para dos chicos: honesto, emocionante, inmaduro.

—¡Anda ya! —Mungo sorbió el agua metálica. Miró a James por encima del borde descascarillado de la taza—. Buen intento, Dumbo. Pues ya que eres un santo y haces milagros, podrías arreglarte esas orejas de soplillo.

—¿No te gustan mis orejas? —James estaba encima de él.

—Sí —sonrió—. Pero ¿puedes echarte un poquito a la izquierda? Es que me tapas el cielo.

James cogió la taza. La inclinó y vertió el agua sobre el regazo de Mungo.

—Tú te meas mucho encima, ¿no?

Mungo le puso la zancadilla y consiguió tumbarlo fácilmente en la moqueta; había salpicones de agua por todas partes. Había encontrado a alguien a quien podía decirle las cosas más crueles sin que pasara nada. Ya le daba igual que le dolieran los labios. Se besaron y se lamieron y se mordieron y se pasaron todo el informativo de la noche uno encima del otro, hasta mucho después de que sonasen las tristes trompetas de *Coronation Street*. A pesar de haberse besado hasta la saciedad, la cosa no había ido a mayores. Mungo se conformaba con poner la mano en la camisa de James y sentir los ondulantes músculos de su espalda mientras se refregaban mutuamente. James prefería mantener las manos en las lumbares de Mungo e ir bajando hasta acariciar con suavidad la pelusilla que brotaba de sus nalgas. Las caricias adormilaban a Mungo, lo hacían sentirse seguro.

Esa noche, sus cuerpos estaban buscándose con más ardor. Mungo sintió a James endurecerse a través de la gruesa tela del chándal. Con el dorso de la mano le frotó el punto de más calor, luego ahuecó la palma y sujetó el bulto con suavidad. James dejó escapar un suspiro. Pegó su frente a la de Mungo, su aliento era dulce, sabía a azúcar y a leche y a cereales.

—¿Quieres hacerlo?

—No lo sé.

Mungo no estaba seguro de lo que le estaba preguntando. Hasta

ahora, James siempre le había sacado ventaja, lo había llevado prácticamente de la mano todo este tiempo, Mungo se limitaba a seguirle los pasos. En varias ocasiones, Mungo había sentido una punzada de dolor al pensar que el chico de las orejas de soplillo podría haber explorado ese camino con otra persona. A él le habría gustado que fuese la primera vez para los dos.

James se incorporó sobre los codos y se puso de pie; tenía una húmeda tienda de campaña a la altura de la bragueta. Cuando salió de la habitación, Mungo se sintió abandonado, expuesto. Se acercó las rodillas al pecho y se preguntó qué habría hecho mal.

—Quería enseñarte una cosa. —James volvió al salón con una revista en la mano. La estaba hojeando, buscando algo en concreto; Mungo sabía qué tipo de revista era cuando vislumbró los cuerpos desnudos y contorsionados y oyó el sonido barato del papel—. Una vez fui a Dundee a ver a mi tía. Las vendían en la estación. Perdí dos autobuses hasta que fui capaz de comprarla.

—¿Y te la vendieron?

James se encogió de hombros.

—Sí, a fin de cuentas, doce libras con noventa y nueve son doce libras con noventa y nueve.

La revista estaba plagada de americanos hinchados. Hombres con los músculos hipertrofiados y un bronceado ambarino que contrastaba con la marca de sus inexistentes bañadores. Sus extremidades no eran largas y delgadas como las de Mungo o James, estaban desprovistas de suave vello, su piel no era blanca ni se enrojecía al tocarla, ni se tornaba azul o rosa según la temperatura o la emoción que los embargase. Tenían el cuerpo afeitado, depilado, lleno de artificiales redondeces. Allí, tumbados bocarriba y con las piernas en alto, parecían pavos de Navidad. Tenían los ojos vidriosos y su cara exhibía un rictus de dolor entremezclado con falsas muecas de placer. Un hombre sonreía a la cámara mientras se tocaba la polla, flácida, estrangulándola, como si fuese un tubo de dentífrico a punto de acabarse.

—No puede ser. Se la ha metido por el culo. —Mungo estaba

señalando a dos jugadores de béisbol en un banco.

En la revista no podían aparecer penes completamente erectos, pero por la postura de los hombres, estaba claro lo que estaban haciendo. Mungo había pensado en el montículo curvado de los glúteos de James, pero el centro, la parte oscura y oculta, no era algo que de momento le hubiese llamado especialmente la atención. Y en la página siguiente, *voilà*: un hombre tumbado bocarriba, con las piernas en alto, hurgándose ahí con los dedos. Aquello tenía pinta de doler bastante.

—Sí. —James apoyó la cabeza en el hombro de Mungo—. Eso es lo que hacemos nosotros.

—¿Quiénes somos *nosotros*? —se burló Mungo.

—La gente como nosotros.

—¿Y quién es el hombre y quién la mujer? —le preguntó Mungo con sincera curiosidad.

—Bueno, tú eres la mujer.

Mungo apartó a James con brusquedad.

—La mujer eres tú.

Las imágenes lo excitaron. A veces, cuando Jodie estaba en la cama y Hamish se quedaba a dormir en casa de Sammy-Jo, Mungo cogía una acartonada revista que guardaba su hermano, una llena de mujeres de piel suave y brillante. Él elegía las fotos donde salían hombres también; doblaba la página y dejaba a las mujeres debajo, les daba un descansito. La primera vez que lo hizo, dobló la fotografía con excesiva firmeza y, luego, por más que intentaba alisarla, el pliegue delator seguía allí. Fue un auténtico suplicio montar la chirriante tabla de planchar sin despertar a su hermana. Planchó la página a conciencia, hasta casi derretir la tinta, pero aún podía verse una leve doblez. La lengua de la mujer seguía separada del laxo miembro del hombre por una fina línea.

James pasó la página. Entre todos los estadounidenses con sus jeeps del ejército —hasta los coches parecían hinchados—, apareció una escena más realista que representaba a un conductor de autobús y a un estudiante haciendo novillos. Parecía que estaban en el piso superior de un autobús de Glasgow; el chico estaba echado sobre las rodillas del

conductor mientras este le daba azotes en el culo. El estudiante sonreía a la cámara.

—Se habrá olvidado el pase mensual —dijo James.

—Seguro que quería un descuento juvenil.

—Ya, juvenil, cuarenta y cinco años debe de tener por lo menos.

James le quitó la revista de las manos. Mungo vio cómo se la llevaba, pero las imágenes ya se habían grabado en sus retinas. Permanecerían allí para ser proyectadas más tarde bajo su edredón, como las películas del cine Parade.

La primera vez que Mungo vio a James desnudo estaban tan pegados que no pudo apreciar la totalidad de su cuerpo. Mungo quería apartarlo, inmovilizarlo en el suelo, ponerse encima de él y contemplarlo. En vez de eso, sus cuerpos se entrelazaron, frente contra frente, boca contra boca, era como mirar a través de la rendija de una puerta: la visión de alabastro y rosa, el azul glacial de la cara interior de los brazos surcados por los ríos violetas de sus venas, los codos despellejados que Mungo anhelaba besar, los campos de claveles febriles que brotaban de su pálida clavícula. El chico era todo huesos y piel impoluta; una paleta de suaves blancos.

Tumbado bocarriba, las costillas de James se asemejaban al casco de un barco; estaban coronadas por dos pezoncitos rosados, cómicamente pequeños para un pecho tan ancho. La piel de su estómago se hundía bajo el dosel de su caja torácica. Los pronunciados huesos de las caderas formaban un armazón que aún no se había llenado del todo; no obstante, los músculos de la espalda y los sinuosos glúteos auguraban que lo haría en breve. Su cuerpo estaba cubierto por una fina capa de vello blanco y dorado, como restos de polen. Emitía un tenue brillo bajo la débil luz del día.

La plumosa humedad de sus axilas y la pelusa que le recubría las nalgas cosquilleaban las yemas de los dedos de Mungo. La piel de James era un paisaje más inmenso e inesperado que cualquier otro lugar que hubiese visitado antes, y estaba encantado de poder

explorarlo. Recorrió las vías del tren que el ajustado elástico de sus calzoncillos bóxer había grabado en su cintura, nervada y musical al roce de sus dedos. Se afanaron en inspeccionarse mutuamente: desgarbadas extremidades enredadas, torpes e inexpertas, manos llenas de urgencia, dedos ávidos de nuevas delicias. Al rato, sus cuerpos se separaron y James recostó la frente sobre la de Mungo, y este sintió su cálido aliento de caramelo y té con leche.

Empezaron a usar las manos. Separados pero juntos. Robándose el placer el uno al otro, compartiéndolo en una respiración conjunta, cada vez más rápida, más superficial, hasta que el labio inferior de James se enganchó a la punta de la nariz de Mungo, y su respiración se aceleró aún más, húmedos labios sobre dientes secos. Sus ritmos se acompasaron. Y entonces, con la misma rapidez con la que había empezado, James arqueó la espalda y fin de la historia.

Mungo estaba aturdido, feliz, hasta que James lo dejó solo en la alfombra por segunda vez esa misma tarde. Fue en su busca, pero James estaba de espaldas, limpiándose el estómago, arrodillado frente a la ventana mirador. Mungo pudo apreciar las arrugas de la moqueta en sus riñones y costados. Cogió una botella de refresco de tamaño familiar, el plástico se iba arrugando a medida que se bebía lo que quedaba.

La pasión había explotado demasiado rápido. Ahora James estaba aovillado en un rincón. Los remaches de su columna vertebral y los puntales de sus costillas parecían una de esas reliquias industriales de Govan. Cuando por fin se dio la vuelta, apoyó la espalda contra la pared, cabizbajo. Apenas los separaba una alfombra, pero no cruzaron ninguna mirada, como si el profesor los hubiese separado por portarse mal.

—¿Qué he hecho? —preguntó Mungo.

Era lo que le habían enseñado. En vez de «¿Te pasa algo?» o «¿Estás bien?», él siempre decía lo mismo: «¿Qué he hecho?».

James tosió con su habitual carraspera. Se frotó el centro del pecho. A veces, sus orejas y sus dientes separados le brindaban un gesto amable a su rostro, caricaturesco, pero no era el caso en este momento.

Ahora, bajo la luz mortecina, al inclinar la cabeza y mirar a Mungo bajo el entrecejo, los músculos de la mandíbula se le tensaron y su mirada atravesó el salón, helada como una corriente de aire. Sus ojos verdes moteados eran tejas de pizarra, más grises que verdes, afiladas y brillantes.

—¿Crees que soy raro?

—¿Raro en qué sentido?

—Diferente, ya sabes. Como… como el Mariposón. —James le dio una bocanada al inhalador.

Mungo no sabía qué responder. Se esforzó por entender lo que estaba diciendo, pero no conseguía imaginarse a James escondido en una planta baja, sin el aire fresco revolviéndole el pelo, sin una amplia sonrisa dibujada en el rostro.

—No tenemos por qué hacerlo más.

—No se lo vas a contar a nadie, ¿verdad? —El miedo reemplazó a la vergüenza en los ojos de James.

—No. ¿Por qué? ¿Y tú? —Mungo sabía que no lo haría, pero el vínculo requería expresarlo en voz alta.

—Jamás. —Hizo la señal de la cruz y esto pareció relajarlo un poco. Se limpió los mocos de la nariz—. Mira qué desastre. Mi viejo vuelve en tres días. Me va a despellejar vivo como no encuentre a una chica.

—Te va a despellejar vivo de todos modos —añadió Mungo—. Suena muy a lo que haría Hamish.

James parecía tener los ojos irritados, ensombrecidos. Se había alejado tanto. Una distancia enorme en tan solo siete minutos.

—No sé cómo aguantas a tu hermano.

Mungo se estaba quitando pelotillas de entre los dedos de los pies.

—Me resulta más fácil desde que te conozco —dijo intentando esbozar una sonrisa.

—Ja. ¿Quieres ser mi novia este fin de semana cuando mi padre venga a casa?

—¿Qué? ¿Quieres que me ponga una peluca y me haga pasar por Mairead del Parade?

—Lo sabía. Sabía que eras la mujer. —James se rio, esa risa como

ahogada tan suya.

Mungo habría hecho cualquier cosa por que no perdiese su sonrisa.

—¿Qué estás mirando, orejón?

—Nada —respondió James—. Es que me gusta mirarte. Es una pena en cierto modo. Llevamos toda la vida viviendo al lado.

—No pasa nada. Tenemos tres días más antes de que vuelva tu padre.

—Tres días más —concedió James—. Y se acabó el Mariposón.

Entonces Mungo se abalanzó sobre él y le hundió el puño en el pecho. Lo retó a que le devolviese el golpe. La violencia siempre precedía al afecto, Mungo no conocía otra cosa. Mo-Maw blandía su sandalia Scholl sobre su espalda hasta casi partirla, la cremosa piel del chico acababa llena de cardenales; luego su madre se daba cuenta de que había ido demasiado lejos y lo abrigaba en la suavidad de su pecho. Jodie lo reñía a menudo, menospreciaba su cerebro de chorlito, pero luego se sentía culpable y le preparaba un tazón de leche caliente con cereales Weetabix y azúcar blanco. Hamish le asestaba un puñetazo y se sentaba sobre su pecho. Cuando Mungo empezaba a pedir ayuda, Hamish le tapaba la cara con la mano, los dedos cubrían sus ojos, la carne de la palma se introducía en su boca. Hamish se quedaba así un buen rato, lo dejaba sin aire hasta que al fin Mungo cedía, dócil como hierba aplastada, tierno como un corderito.

Primero llegó el dolor, luego el beso. James lo envolvió con sus largos brazos, un abrazo de oso, y luego levantó a Mungo del suelo. Lo apretó con todas sus fuerzas hasta dejarlo sin respiración. Mungo deseó que el abrazo no acabase nunca. Justo entonces, James se tiró un pedo, largo y atronador. Olía fatal, a podrido, a lácteos y a azúcar blanco. Mungo intentó liberarse, pero no pudo. Y se alegró.

El baño de los Jamieson era de color menta cremosa. De los cuatro estantes que colgaban sobre el inodoro, solo uno contenía artículos de aseo. Mungo rebuscó entre los botes de desodorante, el espray antihongos para los pies y un tubo oxidado para las hemorroides. Al fondo halló un viejo kit de afeitado compuesto por una brocha de piel

de tejón y una navaja; no había visto nunca nada parecido. Cogió la brocha de afeitar del señor Jamieson del estante. La olfateó. Los restos de espuma olían a hombres de otra época. Distinguió el aroma del mentol y del pino, y un vago toque medicinal, como a anís o a jabón carbólico incluso. Se pasó las suaves cerdas de tejón por el labio inferior, disfrutando de las cosquillitas.

Mientras esperaba a que se llenase la bañera, siguió deslizando la brocha por la clavícula y el cuello, después por el pecho desnudo y el pezón izquierdo. Simultáneamente inclinó la cabeza hacia atrás y se puso a observar el techo. La señora Jamieson debía de haberlo decorado ella misma. Había clavado alfileres a lo largo de todo el perímetro y luego fue ensartando un cordel de un lado a otro siguiendo un patrón semejante al del macramé. Sobre la cisterna descansaba un bol de flores secas aromáticas, pero cuando Mungo acercó la nariz, no percibió ningún aroma. A excepción de ese detalle, no había nada que indicara que una mujer hubiese vivido allí.

El agua de la bañera estaba ya tibia cuando se metieron. Mungo entró primero y reclamó el lado sin grifos. Estaba sudoroso, como si acabara de salir de un estado febril, pero feliz y tranquilo en cada rincón de su piel. James se introdujo y lo rodeó con sus largas piernas. Puso un plato lleno de rollitos de salchicha sobre la tapa del váter.

—¿Quién es ahora la señora, eh? —preguntó Mungo señalando los aperitivos.

James no respondió a la provocación; en vez de eso, le dio un mordisco a uno de los rollitos. Un montón de restos de hojaldre se le pegaron al pecho y se disolvieron en la humedad de su piel. Otro tanto acabó flotando en el agua, como hojas otoñales en un charco. Mungo probó uno. La fibrosa carne estaba ardiendo. Tuvo que echarse algo de agua tibia a la boca.

James llevaba la gorra de pescador, estaba masticando y riéndose con la boca abierta. Mungo acercó la mano y se la quitó.

—No pienso estar sentado en una bañera contigo mientras lleves esa gorra puesta. Es demasiado raro.

James se tapó las orejas con las manos.

—Ojalá me las pudiera aplastar. No sabes lo que es ir al instituto con estas dos. Ni se te ocurra sentarte en primera fila.

—A mí no me molestan.

James se echó un chorro de salsa marrón agridulce en la boca. Se metió otro rollito humeante y sus labios sonrieron alrededor de la salchicha.

—Creo que yo te gusto.

—Tal vez. —Mungo bajó la barbilla a ras del agua—. Solo tengo que verlas tres días más. Intentaré no vomitar.

—Tres días. —James lo había olvidado momentáneamente. Los ojos verdes volvieron a poblarse de tonos grisáceos.

Mungo metió los dedos de los pies debajo de los huevos de James, hasta que este se movió y una ola de agua cayó sobre la moqueta. Entonces Mungo se acercó, lo agarró por las mejillas y lo obligó a que sus gruesos labios sonriesen.

—Mira, solo tengo tres días, así que no quiero pasarlos con un cascarrabias.

Mungo volvió a tumbarse en la bañera mientras James lo miraba con cara de asesino y se frotaba la cara.

—¿Quieres pelea? ¿A que te doy una paliza?

—A que no.

—Pero porque tienes ayuda. —Levantó la barbilla desafiante—. Dices eso porque tu hermano es quien es.

Mungo asintió.

—Correcto. Así que cuidadito con esa boca de feniano o le diré a Ha-Ha que me has enseñado el pito.

—Pero si te ha encantado, chaval. —Empujó una ola de agua hacia Mungo.

—Sí, pero no le voy a decir eso. ¿Verdad que no?

Se recostaron en el agonizante calor. Mungo tomó el pie de James en su mano. Aún no lo había visto de cerca. La planta era sorprendentemente suave, no olía a nada de nada. Se metió el dedo gordo en la boca y se quedaron así, con expresión impasible, hasta que James se rio y trató de apartarlo. Mungo se quitó un hilacho de calcetín

de la punta de la lengua y dijo en voz baja:

—No te mereces ni el agua de mi bañera.

—¿Qué? —James estaba comiéndose los restos de hojaldre que aún flotaban en la superficie.

—Es una tontería que dice Mo-Maw algunas veces. Por ejemplo, si en la carnicería ve a una señora mayor que la mira de arriba abajo, ella coge y dice: «Esa vieja no se merece ni el agua de mi bañera». Me imagino a un montón de mujeres con termos haciendo cola en el pasillo de mi casa y a Hamish en la puerta del baño, de segurata. «Tú no, Irene, no puedes entrar. Esa ortopedia que llevas no me gusta. No hay agua para ti».

—Tremenda. Me gustaría conocerla algún día.

Mungo negó con la cabeza.

—Ni hablar. Seguro que da el espectáculo, me moriría de la vergüenza.

—Parece divertida.

—Jodie no la ve así. Pero a mí no me molesta; es verdad que es un peligro, pero sobre todo para sí misma. —De pronto, Mungo tuvo una idea brillante. Se acercó el pie de James a la cara y marcó un número imaginario en el talón—. Hola, hola. ¿Quiere una cita con la señora Hamilton? ¿A las once? ¿Para tres personas? ¿La mesa de siempre, señor?

A James le entraron cosquillas.

—Sí. Por qué no… —Empezó a toser de nuevo. Buscó el inhalador.

Mungo le soltó el pie.

—Tienes que ir al médico. No me gusta esa tos que tienes.

James se frotó el pecho desnudo y trató de recuperar el aliento.

—No es nada.

—¿Cómo que no? Creo que es de las palomas.

—Probablemente. —Intentó llevar la conversación a otro terreno. Quería borrar la preocupación de la frente de Mungo—. Pero mola que alguien se preocupe por mí.

Mungo sumergió lentamente la cara debajo del agua tratando de ocultar una amplia sonrisa. Se incorporó de nuevo.

—¿Ahora sí? ¿Qué te crees, que eres mi novio? —preguntó Mungo.

—Solo si tú eres mi novia.

Mungo le clavó la rodilla en el interior del muslo. El chico rubio tuvo que rendirse.

—¡Vale! No le diremos eso a Mo-Maw, pero vale, seré tu novio, Mungo Hamilton, durante los próximos tres días.

Ahora era Mungo quien se había olvidado de todo por un instante. Se quedó un rato pensando en el tiempo que le quedaba, racionando su asignación, decidiendo de qué modo invertir su ternura. Por supuesto, podrían seguir así después de la visita del señor Jamieson, pero eso no parecía importar ahora. Se sentía como un niño caprichoso. ¿Por qué tenía que venir el padre ahora? James observó cómo el rostro de Mungo se ensombrecía. Obligó al niño caprichoso a darse la vuelta en la bañera y a acomodarse sobre su pecho. En la moqueta cayó más agua.

—De acuerdo, puedes conocerla, pero un minuto nada más —concedió Mungo.

Cuando James volvió a hablar, tenía los labios junto a la oreja de Mungo. Lo apresó por las muñecas y lo inmovilizó.

—Mira, quién sabe. Igual podría salir con tu madre y ser tu nuevo padre. Dos pájaros de un tiro. Además, tú me estás saliendo un poco rarito.

Mungo fue antes para asegurarse de que su madre estuviera bien, de que no se le hubiese ido la mano con el alcohol. James sabía dónde tenía que ir y cuándo. Mo-Maw le dio un beso a Mungo y luego lo sentó detrás de la barra, fuera de la vista de los parroquianos. El chico se quedó observando a su madre seducir a los clientes con sus chismes y carcajadas de postín. Cuando esta bajaba la mirada hacia donde estaba su hijo, no quedaba ningún rastro de sonrisa.

Mo-Maw daba sorbos furtivos de un vaso de poliestireno. En un momento en que ella no miraba, Mungo le echó un vistazo al vaso. Estaba lleno de vino, olía a medicina fría y a fruta podrida. El vaso

estaba mordido y manchado de pintalabios, debía de llevar un buen rato bebiendo de él.

El bar olía a cebolla frita. En la radio sonaba soft rock que Mo-Maw escuchaba en sus años mozos: Dr. Hook, Eric Clapton, Kenny Rogers. Mungo se sentó en la nevera de plástico y Mo-Maw le entregó un cubo lleno de panecillos.

—Ya que vienes a darme la murga, por lo menos haz algo útil.

La nueva permanente se le había fijado más de la cuenta. Mientras llenaba los panecillos con patata y beicon grasiento, acercó el pelo a la chisporroteante plancha e intentó alisárselo con ayuda del vapor.

—La perra de Pauline ha tenido la cara de cobrarme dieciocho libras por esto. Por esto. Me lo hizo en su casa, con los niños dando por saco todo el rato. Mira, cuando salí de allí, parecía Annie la puta huerfanita. —Se tiró tanto del pelo que puso cara de dolor. —«El sol brillará mañana», eso me dijo. La madre que la parió.

—Yo te veo muy bien. —Parecía que la hubieran electrocutado.

—Hasta el té que me puso sabía a rayos.

Mungo estaba quitándole —y comiéndose— la miga a los panecillos. Luego, con un cuchillo de plástico, untaba brillante margarina amarilla por ambos lados. Pensó que estaba haciendo un trabajo minucioso, imaginó que los conductores adorarían sus grasientos panecillos, pero Mo-Maw le dio un golpetazo en la mano con la espumadera.

—Deja de comerte los panecillos, hombre. Y no les pongas tanta margarina, que la dueña me va a echar la bronca. —Volvió a retocarse la permanente—. Bueno, ¿y por qué has venido? ¿Te hace falta dinero?

—¿Cómo? ¿Tienes dinero?

—No.

—Ah, pues he venido porque te echaba de menos.

Mo-Maw le hizo cosquillas bajo el mentón.

—Me imagino. Lo siento, cariño. ¿Has estado yendo al instituto?

Mungo se limpió un poco de margarina del jersey.

—No mucho, la verdad. Mi idea es dejarlo. Irme de aprendiz a algún sitio, conseguir un trabajillo o algo.

Mo-Maw se acuclilló a su lado y se encendió un cigarro debajo de la

barra, a escondidas.

—A mí me gustaría que terminaras el instituto.

—No sé, yo no me veo. Creo que estaría mejor trabajando por ahí.

—Bueno, pues haz lo que quieras. No puedo obligarte. Yo odiaba estudiar. —En ese momento entrecerró los ojos—. Pero una cosa te digo, Mungo, como los de la junta escolar vengan a por mí, te van a faltar piernas para correr.

—No te preocupes. Seguro que se alegran de que me pire.

—Sí, bueno, ya eres casi un hombre. Va siendo hora de que madures y te busques las habichuelas. —Mo-Maw apuró el vaso mordisqueado. Al abrir la botella de vino para rellenarse el vaso, el tapón metálico del Buckfast salió rodando por el grasiento suelo—. Sus muertos.

Se encogió de hombros y le dio un buen tiento a morro, como si lo más conveniente fuese acabársela rápido. Luego se la ofreció a Mungo, que negó con la cabeza.

—Y ojalá no bebieras tanto.

—Me da como un subidoncillo. Me mantiene activa toda la noche. —Un momento después añadió—: Y soy más divertida. Los hombres prefieren a las mujeres divertidas. Les dejan más propinas.

De todo el alcohol que Mo-Maw tomaba, al que más le temía Mungo era al Buckfast. Los chicos de la banda de Ha-Ha se referían a él como «el superpelotazo». Su alto contenido en alcohol, sumado a su alto contenido en cafeína, se traducían en una madre borrachísima a la par que ingobernable. Mungo abrió un panecillo y le ofreció las migas a Mo-Maw, que las apartó de un manotazo.

—¿Tú me has visto? Como engorde más, se va a volcar la caravana por un lado.

Mungo se metió el pan en la boca.

—¿Qué tal está Jocky?

Mo-Maw se animó de repente. Dio una vuelta y extendió los dedos de las manos. Mungo se dio cuenta de que había dado con un filón de oro. Era tal el grado de excitación de su rostro que, en combinación con la rígida permanente, parecía sufrir convulsiones.

—Dios. Mío. De mi vida. No me puedo creer que no te lo haya

contado. Resulta que a una viuda le robaron la alianza, y el ladrón que la robó intentó venderla en la casa de empeños de Jocky. Bueno, pues a Jocky le han dado una recompensa, y ha reservado una caravana en Burntisland durante dos semanas. ¿Te lo puedes creer?

Tenía un agujero en los pantis transparentes de color canela, justo a la altura de la pantorrilla. Mungo lo acarició con el dedo.

—¿Puedo ir?

Mo-Maw le apartó el pelo de la cara y puso cara de circunstancias.

—Vaya, lo siento, hijo. Es que todavía estamos en la fase de luna de miel, como dicen en la tele. De momento tenemos que centrarnos en nosotros. Es muy importante. —Se rascó la cintura—. Estos pantis me están matando. ¿Quién me habrá mandado ponérmelos con el calor que da la plancha esta?

Mungo metió el dedo por el agujero.

—¿Puedo?

Mo-Maw dio un resoplido y asintió.

—Venga. Si eso te hace feliz.

Mungo sintió los vellos de la pierna rozarle los nudillos. Rasgó el agujero y los pequeños puntos se soltaron, derramándose por la pierna cual gotas de lluvia. Metió más dedos y siguió tirando. El tejido se rompió desde el tobillo hasta la falda. Luego agujereó la otra pierna y procedió de idéntica forma. Mo-Maw se agarró a la barra y dio un grito de placer. De niños adoraban ese juego. Cuando las carreras de los pantis sobrepasaban los límites de la decencia, dejaba que los niños los destrozasen. Nunca los rompían por el refuerzo de arriba ni por los dedos de los pies; su madre se sentaba en una silla y ellos empezaban a tirarle de los pies hasta que, entre risas, ella se caía al suelo y sus piernas, pálidas y suaves, se desplomaban en la moqueta, como carne de pollo que escapa de una malla.

—Ay, qué bien, por fin respiro. —Mo-Maw se quitó sus destrozados pantis. Volvió a ponerse las zapatillas de deporte. Seguidamente colocó el pie encima del estante de abajo, se rascó unos vellos enconados y se acarició una variz—. Esa me salió de darte el pecho. Eras un ansioso. No soltabas la teta ni a la de tres.

Algo en la oscuridad llamó la atención de Mo-Maw. Mungo la observó asomarse y mirar más allá de las luces fluorescentes.

—Hola, hijo. Dime, ¿qué te pongo?

Mungo se incorporó y miró por encima de la barra. Allí estaba, moviéndose inquieto, al borde de la luz. James Jamieson tenía la tez rosada de haberse dado un baño caliente, llevaba el pelo engominado y bien peinado. Mungo sonrió por el evidente empeño que había puesto en cuidar su aspecto, luego se recochinearía un buen rato de él a cuenta de eso.

—Mo-Maw, este es mi amigo. Jamesy.

—Espera. ¿Te has hecho un amiguito? —Mungo observó cómo se tensaban los músculos de la pantorrilla de Mo-Maw cuando se inclinó en la oscuridad para estrecharle la mano a Jamie—. Encantado de conocerte, hijo. Soy Maureen, la hermana mayor de Mungo.

Mungo abrió la puerta de la caravana y salió afuera de un salto. Se dio cuenta de que Mo-Maw estaba valorando favorablemente a James. Pero cuando este le dio la espalda para saludar a Mungo, Mo-Maw se despegó sus propias orejas con los dedos y vocalizó en silencio: «Qué barbaridad».

—Bueno, ¿y hace mucho que jugáis juntos? —preguntó.

—Por Dios. Ya no somos niños, no jugamos.

—Ay, hijo, es que estoy desfasada. Bueno, pues ¿hace mucho que vais al bingo? ¿Jugáis al bridge, a las cartas? —Esbozó una sonrisa de listilla—. ¿Así mejor?

El ojo de Mungo empezó a palpitar.

—James tiene un palomar. Cría palomas.

Mo-Maw puso cara de asco, como si fuese a vomitar.

—Uy, qué horror de bichos, con esos ojos saltones que tienen. Siempre se me cagan encima, os lo juro. —Mo-Maw se asomó por la ventanilla y se quedó observando al chico de cabellos leonados. A Mungo le habría gustado que llevase la blusa abotonada. James permitió que la mujer lo escrutase a sus anchas. Finalmente, a Mo-Maw se le encendió la bombilla—: Ahora caigo, eres el hijo de Jimmy Jamieson, ¿verdad? —Antes de que James pudiera responder, Mo-Maw

golpeó la barra—. Claro que sí, puñetas. Eres igual de guapo que tu padre.

James no respondió, pero parecía incómodo. Mo-Maw sacó un vaso de poliestireno y le sirvió a James un poco de su vino.

—Toma. Tu padre y yo tuvimos un tonteo hace muchos años. A tu abuela por poco le dio un jamacuco cuando se enteró de que yo era protestante. Pero yo siempre he creído en unir las religiones.

James se levantó y cogió la copa con ambas manos, como si fuese el cáliz de la comunión.

—Gracias por su labor, señora Hamilton.

Mo-Maw se encariñó con el joven al instante. Alzó el vaso en señal de saludo.

—Ay, Mungo, qué diferente sería todo si el señor Jamieson fuera tu padre, ¿verdad? —Resopló e hizo un gesto esquivo con la mano—. No, calla, ¿qué estoy diciendo? James, imagínate lo divertido que sería si yo fuera tu madre. ¿Eh?

—Me encantaría —mintió. Tenía las paletas manchadas de vino—. Me gusta su permanente.

—¿Ves? —Mo-Maw tenía debilidad por los cumplidos, nunca parecía importarle que fuesen sinceros o no. Señaló a Mungo con un índice acusador—. No lleva ni cinco segundos siendo mi hijo y ya me ha dicho algo bonito. Así es como se le habla a una mujer.

# 19

La voracidad del primer encuentro se esfumó la segunda vez que se acostaron. Ya no había urgencia ni egoísmo. Luego se tumbaron frente a la estufa eléctrica de tres barras y no se apartaron hasta que el calor empezó a ser excesivo. La estufa tenía una capa de carbones de plástico que imitaban a una chimenea; debajo, un ventilador giraba y proyectaba sobre el techo una danzante luz como de fuego. Mungo se recostó en la moqueta azul y observó el titilar de las llamas artificiales. James le contó que su madre odiaba esa estufa. Al principio, cuando ellos eran niños, le encantaba, pero a medida que la enfermedad la fue acercando a su fin, decía que las llamas le recordaban al infierno.

Mungo lo abrazó con fuerza. James empezó a recorrer el vientre de Mungo con dos dedos. Se permitió soñar despierto mientras trazaba la senda de ese caminante imaginario por el pálido abdomen, se adentraba en la cuenca de sus caderas y alcanzaba después la cumbre de su esternón. La piel de Mungo era una estepa nevada, un paisaje de un vacío inmaculado. James rozó la línea de fino vello que discurría por el centro de su estómago. Sopló sobre la pelusilla y dijo que le recordaba a un arcén de hierba entre dos campos.

—Imagínate cómo sería vivir en un sitio tan tranquilo. Sin ver nada más que campos y campos, ni un alma en kilómetros a la redonda.

Mungo se exasperaba cada vez que James hablaba de marcharse. Quería que James estuviese en el aquí y ahora, no con la mirada puesta en el futuro, angustiado por el regreso de su padre. Entonces decidió probar suerte:

—¿Por qué quieres irte, si ya eres dueño de todo esto? —le preguntó señalándose su propio cuerpo.

—¿Todo esto es mío?

Mungo asintió.

Con el borde de la mano, James fingió cortar el pegajoso vientre de Mungo en rebanadas.

—En ese caso, ¿cuánto crees que me darían si lo subdividiera para hacer adosados?

—Nada. Nadie más lo quiere.

James le acarició la tenue línea de vello que iba desde el pubis hasta el ombligo.

—No sé. ¿Cuántos cerdos crees que podría alimentar con esto? —Acercó la nariz a su vientre, rozándolo con suavidad.

Los tiernos besos relajaron a Mungo.

—Si te fueras, ¿adónde te irías? ¿A Edimburgo?

James se desplomó encima de él.

—No. Fui con el colegio una vez. Cuatro libras por un sándwich de queso. Son unos pijos de mierda. ¿Te imaginas lo que dirían de nuestro acento?

—¿Y a Londres?

—Ni de coña. Es carísimo. Además, allí siempre hay follones. Por Brixton y toda esa zona. Es incluso más peligroso que Calton. —James empezó a entonar «The Guns of Brixton» siguiendo una melodía bastante distinta de la original—: «Podéis machacarnos, molernos a palos, pero tendréis que responder ante los tambores de la Orden de Orange de Calton».

Mungo se acordó de Hamish al escuchar la letra de The Clash; una vez, su hermano estuvo dándole patadas a un chico hasta dejarlo inconsciente mientras cantaba «Police and Thieves». Mungo le tapó la boca a James para que se callase. Luego le introdujo dos dedos entre los labios por ver cómo era la sensación. Palpó la suave grasa de la mejilla interior, las crestas de sus molares traseros. Se quedó un rato callado registrando esas texturas íntimas.

James escupió los dedos.

—Ardnamurchan.

—¿Ardna qué?

—Ardnamurchan. En gaélico significa «que se introduce en el mar» o algo así. Estuvimos allí cuando mi madre estaba enferma. Fueron

nuestras últimas vacaciones en familia. Es como un pedazo de Escocia muy tranquilo y solitario que se adentra en el mar. Había más ovejas que gente, en serio, y la carretera era tan estrecha que solo podía pasar un coche a la vez. Un día, mi madre no pudo salir porque hacía mucho frío y yo me fui a dar un paseo por mi cuenta. Llegué hasta una bahía muy tranquila, tuve que bajar un acantilado para llegar. No veas qué miedo, y cuando llegué, me encontré con un montón de casas antiguas de piedra, abandonadas. Un pueblo entero. Todo el mundo se había largado de allí en plan maricón el último.

—¿Maricón el último? ¿En serio? —Mungo se rio.

James se dio la vuelta y reanudó sus remolonas carantoñas.

—Nunca he estado en un sitio tan apartado. Hay otra playa menos escondida al otro lado de la península, forma como una especie de herradura y tiene playas increíbles de arena blanca y agua cristalina todo el año. Arena blanca, blanca, como el azúcar. Mi familia me picó para que me metiera en el agua, y al final me metí, fui nadando hasta una roca enorme y volví.

—El aire del mar te vendría bien para la tos.

—Pues nada, quizá me vaya allí. Mi padre dijo que a los granjeros les cuesta mucho encontrar gente que los ayude, como está tan lejos. A la vuelta paró el coche en una granja, intentó vender a Geraldine porque se había mareado y no paraba de quejarse.

Mungo acarició los dorados cabellos de James. Le entraron ganas de zarandearlo, de gritarle. En lugar de eso trató de mantenerse impasible:

—Si te esperas a que cumpla los dieciséis, podríamos dividir los gastos. Te saldría más barato.

James detuvo las carantoñas. Faltaban siete meses para que Mungo cumpliese los dieciséis, para que terminase el instituto y los servicios sociales lo dejaran tranquilo. Parecía una vida entera.

—¿Y si no puedo esconderme hasta tu cumpleaños?

—Catorce, solo son catorce permisos en tierra de tu padre. Visto así tampoco es tanto. —Mungo extendió los dedos—. Mira, casi caben en dos manos.

—Me matará, Mungo. Sé que lo hará. ¿Y si no llego vivo a entonces?

James volvió a recostar la cabeza sobre el estómago de Mungo y frotó la cara contra su vientre como si le picara la nariz. A Mungo le gustaba contemplar el intacto tono rosáceo de detrás de sus orejas, ver cómo el pelo del color del trigo se ensortijaba en su peregrinaje hasta la nuca, adquiriendo mil tonalidades distintas. De todas las partes íntimas que había descubierto de James, esta era su favorita. Se complacía en pensar que él era la única persona que se había fijado en ella.

Se le estaba formando una espinilla en el cuello; Mungo lo hurgó con las uñas.

—Seguro que lo consigues. Ya has sobrevivido hasta ahora. Estoy dispuesto a irme contigo a donde sea. Pero si me voy antes de los dieciséis, voy a ser una carga. Además, antes tengo que asegurarme de que Mo-Maw esté bien. No puedo encasquetársela a Jodie. Ella tiene que ir a la universidad, se ha esforzado mucho para eso.

—Mo-Maw parecía estar bien.

—No la has visto con una tajada encima. Cuando Jocky la deje, alguien tendrá que estar ahí para ayudarla.

James se giró y lo miró de frente, entornó los ojos con incredulidad.

—El Mariposón.

—¿Qué?

—Vas a acabar siendo como el Mariposón. Ahora lo veo claro.

—No digas eso.

—Veo perfectamente lo que quieres y no es nada bueno. Como te descuides, vas a quedarte atrapado con ella, con Mo-Maw, el resto de tu vida. El solterón del tercero, cuidando de su madre, yendo con su chubasquero a hacer la compra como un pobre mártir. El mejor momento del día será el rato que pases en la carnicería charlando del tiempo con las viejas. Luego volverás a casa con la cena y te encerrarás a cal y canto. Y todo ¿por qué?

—Por ella.

—Entonces no es que parezcas tonto, es que lo eres.

—Tú no puedes entenderlo. —Mungo inhaló bruscamente, como queriendo aspirar las crueles palabras que acababa de soltar—. Lo siento, lo siento. —Notó cómo James se ponía rígido como un palo.

—Vaya, perdona si te molesta que mi madre haya muerto.

—No he querido decir eso.

James frunció el ceño.

—Bueno, supongo que podría esperar. Supongo que podría intentarlo en serio con las chicas de la fuente. Ver si maduras de una puta vez.

—Pues nada. Hazlo. Si es lo que crees que debes hacer.

Quería que James se apartara, pero Mungo no tuvo que pedírselo, este se incorporó de repente y se limpió la espuma de la comisura de la boca.

—¿Cómo puedes ser así?

—¿Así cómo?

James se inclinó hacia delante y apagó la estufa eléctrica. Las llamas del techo parpadearon antes de morir.

—Por Dios, Mungo. ¿Estás borracho o qué? Sabes de sobra cómo son las cosas. Si alguien se entera, ¡nos matarían! Nos rajarían desde los huevos hasta la barbilla y luego lo contarían en el pub como si tal cosa.

—Lo sé.

—Para ellos, nosotros somos la peor escoria que puede haber.

—Lo sé.

—Esas chicas. Si intento algo con ellas, es por ti.

—¿Por mí? Yo nunca te he pedido nada.

Los chicos se miraron fijamente. James se estaba sonrojando, hurgándose con la lengua el hueco entre las paletas.

—¿Es que no te das cuenta? Si te espero, tengo que seguir sus reglas. Si me quedo bajo su techo, no me queda otra.

Parecía uno de los trucos de Ha-Ha. Esto es por tu propio bien. Pum. Solo lo hago porque me lo has pedido. Pum. Ya me lo agradecerás. Pum.

Se distanciaron más aún; afiladas rótulas, clavículas pronunciadas, angulosos huesos envueltos en piel blanquiazul. Icebergs a la deriva en mitad del mar cerúleo de la moqueta, alejándose cada vez más. Mungo empezó a recoger su ropa.

—¿Adónde vas?

—Me largo.

—No.

—A mí no me digas lo que tengo que hacer, joder.

James lo agarró del tobillo y empezó a arrastrarlo por el suelo. La moqueta ardía. El cuerpo se le llenó de electricidad. Mungo se sentía dividido, por una parte quería patearle la cara, pero lo que más le apetecía, con muchísima diferencia, era quedarse a su lado, amarrado a él.

James estrechó a Mungo entre sus brazos hasta que los temblores se detuvieron y el deseo de huir amainó. Estuvieron peleándose durante un rato. James intentaba coger a Mungo por la barbilla y obligarlo a mirarle a los ojos. Pero una y otra vez, Mungo se escabullía y acababa enterrando la cara en su cuello. No quería entrar en razón. No quería ser un adulto.

—Hay que ver cómo eres, eh.

—Mira quién fue a hablar —dijo Mungo, pero tenía los labios pegados a los músculos del hombro de James y sus palabras fueron ininteligibles.

—¿Qué? ¿Qué? —James le hizo cosquillas. Solo quería una sonrisa más.

Mungo estaba dejando un charco de saliva en el hombro de James, pero este no se la limpió, ni le pidió a Mungo que se moviese, ni siquiera después de que los brazos se le quedaran dormidos y empezara a sentir pinchazos de alfileres y agujas en las piernas. Permanecieron envueltos el uno en el otro durante largo rato, el suficiente para que el frío se colase en la estancia. Se oyó el lejano tintineo de la furgoneta de los helados. James le dio un beso.

—No tienes de qué preocuparte. Ahora eres mi chica. Haré todo lo que haga falta hasta que puedas venirte conmigo.

James hundió los dedos entre las costillas de Mungo y empezó a moverlos arriba y abajo, tocando una melodía silenciosa, como si se tratase de un acordeón.

Al final, los tres días de felicidad se redujeron a dos y cuarto. Mungo se

sintió estafado, como si le hubiesen roto una promesa; había elegido la bolsa más grande de patatas fritas y, al abrirla, resultó que casi todo era aire.

—¿Seguro que quieres venir? —dijo James.

Le había preguntado lo mismo cuatro veces. Ya casi era de noche, el parque estaba oscureciéndose. Lejos del resplandor ámbar de las farolas, el cielo se había teñido de un gris acuoso.

—Sí —respondió Mungo. Sabía que si volvía a casa, su mente imaginaría cosas infinitamente peores.

Los dos apestaban al mismo aftershave barato. Se habían puesto tanto desodorante que tenían las camisas empapadas por las axilas. James chocó el hombro contra el de Mungo y lo sacó del sendero.

—Escucha, no te machaques, ¿vale? Tengo que hacerlo y ya está.

—No te preocupes por mí. —Mungo trató de sonreír y descubrió que no podía—. Lo mismo te hacen un dos por uno. Te follas a una, y consigues un polvo gratis.

—Pídele una tarjeta de puntos si tienes huevos. —Se rio, sus ojos verdes refulgieron—. Y luego sal por patas.

En el parque las hojas de los árboles empezaban a salir. A pesar de que la fría lluvia había dado un respiro, todo seguía mojado. Un camino negro zigzagueaba entre la hierba como una lengua resbaladiza. Las chicas de la fuente estaban apoyadas en el respaldo de un banco podrido, con ojos inquietos y brillantes, como palomas esperando a que los jubilados les echasen un trozo de pan. Llevaban jerséis de hombre sobre faldas escolares y tenían el pelo engominado y repeinado hacia atrás. Todas lucían un tieso flequillo que habían moldeado y lacado con ayuda de un cepillo redondo. Se cernían sobre sus relucientes rostros como el toldo de un escaparate.

—¿Qué nos has traído? —preguntó Nicola, la más voluminosa de las tres chicas.

James empezó a buscarse en los bolsillos del anorak y sacó una pequeña botella de MD 20/20 y una caja de Embassy Lights de diez; de debajo de la manga extrajo un ejemplar enrollado de la revista *NME*, en cuya portada aparecía Morrissey con aureola. Lo dejó todo sobre el

banco y dio un paso atrás.

—Esa revista es antigua. ¿Quién es el de la portada? —preguntó Nicola, su boca era una jaula de ortodoncias metálicas.

La revista pertenecía a la hermana de James y tenía casi una década de antigüedad. Nicola miró a Morrissey con asco y dijo que habría preferido algo como Take That, EMF o The Shamen.

—Ya va siendo hora de que escuches también a los clásicos.

—Tienes los mismos gustos que mi abuela Eileen —replicó Nicola y dio un resoplido—. En fin, ya creía que pasabas de nosotras.

—Eso —convino la chica más pequeña y guapa. Su piel era clara y pálida como la luz de la luna, sus finos huesos la hacían parecer incluso más joven de lo que era. Su rostro delataba que aún estaba aprendiendo a usar el maquillaje; parecía una niña que había estado jugando en el tocador de su madre. Pero al hablar, tras darle una calada al cigarro, su voz sonó más grave que la de un hombre. Más adelante, James le contó a Mungo que Ashley tenía siete hermanos mayores y que era más malhablada que un tabernero el día del derbi Celtic-Rangers. La chica siguió diciendo—: Desde luego, ya te vale dejar plantadas a tres chicas tan guapas como nosotras. Se me ha puesto el culo cuadrado de todo el rato que llevo aquí sentada esperando a que llegue el príncipe Orejón.

Mungo vio a James recolocarse el gorro de lana.

—Las palomas se han puesto enfermas.

—A nadie le importan tus palomas. Qué pesadito, chico, de verdad. —Ashley miró hacia las puertas del parque. Seguidamente bostezó—. Me podría haber ido con Jimmy Fitzsimmons. Su hermana mayor se ha comprado una lámpara de rayos UVA.

—No digas eso —dijo James—. Ya te he dicho que me gustas un montón.

Mungo debió de estremecerse. Sabía el motivo por el que James estaba allí —le había rogado que lo dejase ir—, pero le dolió oír cómo sus labios dedicaban palabras tiernas a otra persona. Ashley lo recorrió con la mirada.

—¿Y quién es este pringado?

James lo presentó.

—Me dijo que le gustaba tu amiga Angela. —James señaló hacia la chica que no había hablado aún.

—Me llamo Angelique. —Lo pronunció con un acento extraño—. A ver si te lo aprendes. —Miró a Mungo con el ceño fruncido. Él la conocía de oídas; al parecer, se le daba sorprendentemente bien el alemán y, además, nadaba más rápido y aguantaba más tiempo debajo del agua que ningún chico del barrio—. Eres el hermano pequeño de Ha-Ha, ¿no? Le dije a tu hermano que no se juntara con Sammy-Jo. Todo el mundo sabía que estaba loca por tener un crío para que el Ayuntamiento le diera una casa y no tener que vivir más con la madre.

—Pues tendrá que esperar —apuntó Mungo—. No puede irse hasta que cumpla los dieciséis, e incluso entonces su madre debería echarla por estrés emocional o no sé qué.

—Sí, eso mismo le dije yo. Zorra ingenua. —Soltó una risa amarga. Ya le caía bien Mungo—. Eres mucho más guapo que tu hermano.

—¿Y también besas mejor? —preguntó Nicola, que todavía sujetaba a Morrissey a una recelosa distancia.

Las chicas prorrumpieron en estentóreas risotadas. De repente, volvieron a tener quince años; después de todo, no eran más que unas crías.

—¿Qué nos has traído? —preguntó Ashley.

James tenía ya la mano sobre la rodilla de la chica, sus labios estaban bajando desde el lóbulo de la oreja hasta el fino cuello.

Mungo se sacó del bolsillo del chubasquero tres barritas de chocolate con menta Terry's.

Nicola se lanzó de inmediato sobre el chocolate.

—¿Qué pasa? No he cenado. Mi madre está en el hospital con mi hermano pequeño. Se tragó un adorno de Pascua.

Los labios de James estaban sobre los de Ashley. Sus bocas se abrían y cerraban tanto que Mungo pudo apreciar la tensión muscular en la mandíbula de James. Era más una agresión que un beso, pero Ashley parecía embelesada y no dejaba de animarlo con gemiditos de placer. El cigarro se estaba consumiendo, la ceniza cayó al húmedo suelo.

Las demás chicas se comieron las chocolatinas y bebieron por turnos

de la botella de Mad Dog.

—Mira, si lo mezclas, parece un cóctel de lujo.

Mungo estaba en mitad del húmedo sendero tratando de no mirar a James. Las chicas no le prestaron la más mínima atención, se pusieron a hojear la revista y a reírse de los anticuados cortes de pelo de grupos de pop que llevaban disueltos mucho tiempo. Estaba seguro de que si se iba, nadie lo echaría en falta. Entonces Angelique levantó la vista y lo observó por un momento. El rostro de la chica estaba salpicado de hermosas pecas pelirrojas.

—Mi madre dice que tienes *roulette*. ¿Es verdad?

—¿*Roulette*?

Angelique parpadeó media docena de veces seguidas. La lengua le colgaba por la comisura de la boca como si fuese un perro estrangulado.

—¿Sí o no?

Mungo observó los autobuses de dos pisos que circulaban por la avenida. Se imaginó a sí mismo en el piso superior, yendo a algún lugar, a cualquier sitio lejos de allí. No sabía si tenía el síndrome de Tourette, ni quería saberlo. La primera vez que el parpadeo y los tics hicieron acto de presencia, Jodie lo llevó al médico. El doctor Chaudhry no pareció darle demasiada importancia. Le preguntó a Mungo si estaba estresado, si estaba pasando por un momento de mucha ansiedad. Jodie se echó a reír, no con su risa afectada habitual, sino con una risa nerviosa que se acrecentaba cuanto más intentaba contenerla. Era muy contagiosa, y Mungo empezó a reírse también cuando vio a su hermana tratando de mantener la compostura. El doctor Chaudhry se molestó mucho y los reprendió por haberle hecho perder el tiempo. Una vez que consiguió calmarse, Jodie pidió disculpas y dijo que sí, que creía que Mungo estaba estresado, y que no era nada nuevo.

El médico dijo que el temblor de los músculos faciales no era preocupante, todavía no. Dijo que Mungo debía incluir más vitaminas y magnesio en la dieta, y que si los tics no remitían en seis o nueve meses, que volviera, porque, en tal caso, podría atribuirse a algún tipo

de daño nervioso o, más probablemente, al síndrome de Tourette. Habían pasado catorce meses desde entonces y Mungo no había vuelto a la consulta del médico. Prefería no saber nada y vivir con la frágil esperanza del ignorante, rezando por que algún día se le quitara, igual que había ocurrido con la erupción de acné adolescente.

—No lo sé —dijo Mungo.

En ese momento aparecieron cinco hombres en el horizonte. La tenue luz crepuscular los iluminaba de forma intermitente conforme avanzaban bajo las ramas de los árboles. Andaban con las piernas arqueadas, palos de golf al hombro, en dirección a los jóvenes amantes. Mungo se quedó helado. James dejó de maltratar a Ashley y trató de discernir si eran maleantes o golfistas de verdad. Los chicos se pusieron imperceptiblemente de puntillas. Al pasar junto a ellos, uno de los hombres empezó a mover el palo de golf, como si quisiera abrirse paso a través de un matorral. Mungo dio un paso atrás y prosiguieron su camino sin incidentes. Mungo y James se miraron un instante sin apartar los ojos de los hombres hasta que desaparecieron de la vista.

—Entonces ¿cuál de las dos te gusta? —preguntó Angelique.

—¿Qué? —Mungo miró a la chica y se encogió de hombros—. Creo que las dos sois encantadoras.

—Ya, pero no puedes besarnos a las dos, no somos unas guarras.

—Me quedo yo con él —dijo Nicola con la ortodoncia llena de chocolate—. Como ya tuve un flirteo con su hermano…

—¿Qué? ¿Es una cuenta familiar?

—No. Pero como todo el mundo sabe que he estado con un Hamilton, no contaría como alguien nuevo. Sería medio punto o algo así. Por eso.

—*Wie du willst* —dijo Angelique en un rudo alemán. Cogió de nuevo la revista *NME* y se puso a hojearla—. Pero no me voy a quedar vigilando en los arbustos mientras vosotros hacéis vuestras cosas.

Nicola se bajó del banco y le tendió la mano como invitándolo a bailar. La seguridad de la chica aterrorizó a Mungo. Lo llevó a un terreno lleno de barro y rodeado de espesos rododendros sobre el que se cernía una lúgubre oscuridad. Sin vacilar, Nicola se acercó a él y lo tomó en sus brazos.

Nicola le sacaba fácilmente una cabeza a James, y Mungo tuvo que arquear la espalda y ponerse de puntillas cuando la boca de ella descendió y se unió a la suya. Olía a champú de manzanas frescas y a tabaco, a un hogar de fumadores. Sintió los bordes dentados de la ortodoncia mientras ella abría la boca de par en par.

Mungo trató de imitarla mientras contaba de mil a cero. Llegó a 944 antes de que Nicola le diese un empujón. La chica se relamió los labios de chocolate, como si hubiera probado algo desagradable. Lo miró en la oscuridad. La última luz del atardecer, que sucumbía en algún lugar lejos de allí, se reflejó en sus pupilas.

# 20

Mungo se detuvo tras doblar la curva y se quedó mirándolas a través de la llovizna. Se puso a pellizcar un trozo de pintura verde que colgaba de la oxidada valla. Mientras observaba a las sonrientes chicas, se introdujo la pintura descascarillada entre la uña y el lecho ungueal, y apretó los dientes al sentir cómo se le clavaba en la blanda carne.

Las chicas estaban apiñadas en la entrada del portal, al resguardo de la lluvia. Estaban forcejeando, dos empujaban hacia dentro mientras la más pequeña intentaba mantenerlas a raya. Parecía una pelea, pero estaban gritando de alegría; hablaban tan fuerte que todas las vecinas se habían asomado a las ventanas. Nicola se puso delante de Ashley y apretó el viejo telefonillo con el dedo. El pitido retumbó a lo largo de la angosta calle, piiiiiiii-ii, piiiiiiii-ii, piiiiiiii-ii.

—Te voy a matar —masculló Ashley, aunque en el fondo estaba encantada. Se dio la vuelta para correr, pero Nicola la tenía sujeta por la capucha del anorak, así que se cubrió la cara con sus dedos llenos de anillos dejando el hueco suficiente para seguir viendo lo que ocurría—. Me muero, por favor, qué vergüenza.

—Hola. ¿Hay alguien ahí? —Era la voz de James, encantadora y amable, tal y como debió de parecerles a los pajilleros del Party Line.

Las chicas fueron gritando por turnos al telefonillo declaraciones de amor, le confesaron que Ashley bebía los vientos por él. Ashley intentaba taparles la boca a sus amigas, pero estas se zafaban sin dificultad, era una batalla que en realidad no quería ganar.

—Si vienes al parque, Ashley dice que te dejará hacer lo que quieras con ella.

Ashley dio un grito.

—Oh. Dios. Mío. No me puedo creer que le hayas dicho eso.

Mungo no prestó más atención al resto de sus chiquilladas. Estaba

demasiado ocupado observando la ventana del último piso. El señor Jamieson tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón. La espalda arqueada en señal de orgullo, balanceándose sobre los talones. Estaba observando a las colegialas declararle amor verdadero a su hijo. Mungo atisbó su sonrisa de satisfacción.

—¿Has estado mordisqueando otra vez el mando de la tele?

Jodie abordó a Mungo en cuanto entró por la puerta. No era una pregunta, y no esperaba respuesta. La mayor parte del tiempo, Mungo no era consciente de que lo hacía, pero le gustaba masticar aquel mando gris. Le cabía perfectamente en la boca y, cuando lo mordía con los molares, sentía cierta tranquilidad. El plástico emitía un satisfactorio chirrido; su consistencia le permitía apretar fuerte, hasta que la mandíbula le empezaba a vibrar. Aplastar el mando entre los molares posteriores lo ayudaba a someter la tensión que le recorría el cuerpo. Llevaba tiempo sin morderlo, pero esa tarde se reencontró con aquel consuelo familiar. Jodie arrugó la cara mientras lo limpiaba con la falda.

Había seis libros en la moqueta: tres de arte, una novela con las esquinas estropeadas, un manual de punto Fair Isle y un libro sobre costura tradicional escocesa. Cada libro estaba abierto por una página en concreto, diferentes objetos personales de su hermana servían de marcapáginas. Jodie había dispuesto los libros en semicírculo.

—¿Qué son? —preguntó enfurruñado.

Jodie parpadeó una vez, muy lentamente.

—Libros.

—¿Qué vas a hacer con ellos?

—Leerlos.

—¿Y por qué?

Jodie le lanzó una de esas miradas que las mujeres dirigen a los chicos estúpidos cuando están hasta la coronilla; era difícil saber si sentía más lástima por él o por ella misma, por tener que aguantarlo. Ataviada aún con el uniforme del trabajo, parecía exhausta. El

anticuado traje de heladera, con los ribetes de color frambuesa y los bordados del cuello, le daba un aspecto de mojigata; Mungo se dio cuenta de que al uniforme le hacía falta un planchado y decidió lavárselo él mismo. Su hermana llevaba puestas las horquillas que le sujetaban el sombrero de papel y, cuando se las quitó, las usó para señalar los libros.

—En realidad, los libros son para ti.

—¿Y por qué?

—Por el amor de Dios, pareces un crío con tanto «y por qué y por qué y por qué». Pues porque como no leas, vas a ser siempre un barriobajero.

Mungo se quitó las zapatillas deportivas.

—No sabía que te avergonzaras tanto de mí.

—¿Es que no quieres llegar a ser algo en la vida, Mungo? —Jodie había perdido la paciencia—. Por Dios. Te los he traído porque tengo que hablar contigo.

Se sentó en el suelo presidiendo el semicírculo y empujó uno de los libros hacia Mungo como si fuese un tablero de güija. La cubierta era blanca con dibujos de cajas de colores apiladas: *Ellsworth Kelly, The Museum of Modern Art*. Estaba algo amarillento, pero el registro de la biblioteca indicaba que era la primera vez que alguien lo retiraba.

—Los he sacado de la biblioteca Mitchell. He tenido que esperar varios meses para conseguir algunos.

Mungo hojeó el libro; en todas las páginas podían verse ordenadas marcas de sombreado o dibujos lineales trazados con gran exactitud. Rectángulos de líneas finas que colisionaban y formaban patrones y distintas profundidades tonales a partir de la superposición de capas. Era todo muy metódico, le procuró calma.

—¿A qué viene esto?

Jodie suspiró. Metió la mano en la mochila y sacó una carta de algún organismo oficial. Se la dio y habló con frases cortas, como si así se hiciera entender mejor.

—Me han aceptado. Me han confirmado que tengo plaza. Empiezo en septiembre. Voy a ir a la universidad.

—¿De Glasgow?

—Sí. Voy a estudiar Biología.

Mungo se abalanzó sobre ella y la aplastó con el peso de su cuerpo. Sintió cómo su hermana se relajaba, como si hubiese estado rígida por la tensión. Se apoyaron en el sofá y Jodie le devolvió el abrazo.

—De puta madre —le dijo al pelo de su hermana—. Lo sabía. Lo sabía.

Cuando volvieron a sentarse, Jodie estaba llorando de alivio. Tenía la cara empapada de lágrimas y el pelo se le pegaba a las mejillas.

—Dios. Me alegro de que estés contento. Estaba preocupada. Recibí la carta la semana pasada y no tenía a nadie a quien contárselo. Jaaa-ja.

Mungo se palpó el pómulo mientras los recuerdos de James se empañaban con sentimientos de culpa. Se había dejado llevar por la gula estos tres días. Había sido un egoísta.

—Espera un momento, ¿vale?

Antes de que Jodie pudiese decir nada, Mungo se fue corriendo. Cuando volvió, tenía un plato con un sándwich enorme en las manos. Ocho rebanadas de pan blanco untadas con espesa mermelada de frambuesa. Le había dado forma cilíndrica al conjunto y luego lo había cortado en cuatro partes. La tarta estaba coronada con una vela de cumpleaños azul medio gastada. Jodie aplaudió y contó las rebanadas de pan aplastado.

—*Huit-feuille* . Dele la enhorabuena al chef de mi parte.

—No sé qué tontería habrás dicho, pero si cierras los ojos, seguro que sabe igual que la tarta Victoria.

Se sentaron con las piernas cruzadas en la moqueta y Mungo aplaudió cuando Jodie sopló la vela. Su hermana no le dijo el deseo que había pedido. Intentaron comerse una rebanada cada uno, pero solo Mungo llegó más allá del primer bocado, la mermelada escarlata se amontonaba en las comisuras de su sonrisa.

—¿Vas… a ser… médica? —No podía comer, hablar y respirar al mismo tiempo.

Jodie se puso a toquetear el sándwich dulce.

—No, me interesa más el océano. Quiero especializarme en biología marina. Supongo que eso se lo puedo agradecer a Gillespie el Gordo. Después de estar tiempo en la costa de Ayr, me di cuenta de que no sabía nada sobre el mar.

—¿Y por qué no miras los documentales de David Attenborough? —Mungo se metió más pan en la boca—. Ah, y una cosa. ¿Cuánto tardas… en llegar en autobús?

—¿Cómo? ¿Hasta el mar?

—No. Hasta la universidad. Tendrás que hacer trasbordo en la ciudad, ¿no?

Jodie alejó el plato.

—No voy a ir en autobús.

—Pues andando vas a tardar una eternidad. —Mungo no daba crédito a la estupidez de su hermana. Jodie podía ser cualquier cosa menos estúpida.

—No, tienes razón. —Jodie se limpió la boca—. Tendré que mudarme al West End. Me alojaré en alguna residencia para estudiantes.

La imagen de James cruzó por la mente de Mungo.

—Pero yo no puedo ir.

—Lo sé —dijo, y le apartó el pelo de la cara—. Las camas son individuales. Tengo que ir yo sola. Tienes que quedarte aquí. Jaaa-ja.

—Ah. —Varias expresiones se sucedieron en el rostro de Mungo. De la felicidad pasó a la incredulidad, y luego trató de ocultar el rechazo y la vergüenza tensando estoicamente los labios y los párpados.

—¡Mungo, te está saliendo sangre!

Jodie se puso de pie al instante. Había sangre en la moqueta y en la cubierta del libro de Ellsworth Kelly. No soportaba que un libro se estropease. Casi siempre los guardaba en su dormitorio, a salvo de su doble vida como posavasos o ceniceros. Jodie tomó la ensangrentada mano de Mungo en la suya.

—Tienes un trozo de metal clavado en el pulgar.

—¿En serio?

—Mungo, ¿cómo es posible que no te hayas dado cuenta?

Jodie le arrancó con los dientes el trozo de pintura que tenía clavado en el lecho ungueal. Sin pensárselo dos veces, se introdujo el pulgar de su hermano en la boca y succionó toda la sangre. Mungo sintió la presurosa lengua deslizarse por el borde de la uña. La sacó y miró de nuevo la uña con atención.

—Mira que eres, de verdad. ¿Cómo no te has dado cuenta de que tenías eso ahí clavado? Te van a tener que poner la vacuna del tétanos.

—No me duele.

Jodie estaba apretando la uña, comprobando si tenía más óxido, y limpiando la sangre que salía.

—Bueno, y entonces ¿cuándo te vas?

—¿Qué?

Jodie había olvidado las buenas nuevas con todo el asunto del pulgar. La alegría anterior que había inundado el rostro de Mungo había desaparecido. El pómulo le temblaba mientras los ojos se enrojecían con un malestar que intentaba ocultar a su hermana.

Jodie se sentó en el cómodo sillón de Mo-Maw. Tiró de Mungo hacia ella; al principio, su hermano se resistió. Pero Jodie lo sujetó con fuerza.

—Venga. Deja que te dé un abrazo, que tampoco eres tan mayor. —Lo llevó a su regazo y lo abrazó con fuerza. Ahora Mungo era mucho más alto que ella. Sus larguiruchas piernas se doblaron sobre sí mismas hasta que los dos acabaron acurrucados, uno encima del otro, como gatos siameses, sobre el desvencijado sillón reclinable—. Creo que pesas demasiado para esto. —Jodie le cogió el pulgar a su hermano y lo obligó a que se lo metiera en la boca. Mungo lo chupó durante un rato. Sabía a sangre, a saliva y a mermelada de frambuesa—. Ay, mi niño, que cada día está más grande.

—¿Y me dejaraz vizitarte? —El pulgar sangrante le hacía cecear.

—Siempre que quieras. Y si hace falta, te cojo así como a un bebé delante de quien sea.

Mungo jugueteó con la cola de caballo de su hermana.

—Enhorabuena, Jodie. Deberíaz eztar orgulloza de ti mizma. No quería eztropeártelo.

Jodie señaló hacia los libros del suelo con el dedo del pie.

—Vamos a ver si algo de esto te sirve de inspiración.

Mungo se sacó el pulgar de la boca para comprobar si tenía sangre. No tenía, pero siguió chupándoselo. Luego lo mordió y lo aplastó con los dientes posteriores.

—Te gusta dibujar, ¿verdad? Igual podrías seguir por ese camino cuando termines el instituto.

Mungo miró los libros. Luego se acurrucó de nuevo en el hombro de su hermana.

—Nah. Yo no soy tan listo como tú.

A Jodie se le erizó el vello de la nuca cuando oyó las muelas de su hermano chirriar mientras se mordisqueaba el pulgar.

—Eres más listo de lo que crees. Y perfectamente capaz. —Apretó a su hermano entre sus brazos—. ¿Oye? ¿Esto no tendrá que ver con Mo-Maw?

Mungo no le contestó. Jodie observó cómo la mirada de su hermano se escabullía a la televisión sin sonido. Algo se apagó en sus ojos.

La pregunta de Jodie sobraba. Todo en la vida de Mungo tenía que ver con su madre. Se desvivía por ella a pesar de que ella nunca se desvivía por él. Mo-Maw era una especie de titiritera que tenía en sus manos los enredados hilos de Mungo. Ella movía cada uno de sus gestos: la sonrisa tímida, los temblores, los ansiosos mordisqueos, la preocupación, la necesidad de agradar, su forma de empequeñecerse siempre que iba a algún sitio, su recelo y sus reservas antes de hacer cualquier cosa, su bondad, su inmenso amor.

Aunque en cierto modo le resultaba admirable, a Jodie le repugnaba la forma en que entregaba su amor a Mo-Maw sin esperar ninguna recompensa. O quizá lo que hacía era amontonarlo poco a poco con la esperanza de obtener una pequeña parte a cambio, como si su amor fuese una moneda devaluada. Jodie se acordó de las chicas de la clase de economía doméstica que, después de las vacaciones de verano, volvieron con trencitas de cuentas en el pelo y quemadas por el sol desde la punta de la nariz hasta los muslos. Dos semanas en Benidorm y ya iban diciendo que eran millonarias. Pero sus nuevas riquezas se

contaban en pesetas, y Jodie sabía el valor exacto de esa moneda.

La capacidad de amor de Mungo le resultaba frustrante. No era un amor interesado, simplemente no podía evitarlo. Mo-Maw necesitaba muy poco y él producía demasiado, por lo que el despilfarro era enorme. Se trataba de una cosecha que nadie había sembrado, florecía de una vid que nadie había regado. Tendría que haberse marchitado hacía años, como el de ella, como el de Hamish. Sin embargo, Mungo tenía todo ese amor que dar, se esparcía a su alrededor como fruta madura que nadie se molestaba en recoger del suelo.

La señora Campbell dijo en cierta ocasión que la capacidad de perdón de Mungo era bíblica, pero a Jodie la Biblia le importaba tres pepinos; según ella, era un estúpido por dejarse explotar de esa manera. Le parecía un poco triste y enfermizo. Su hermano era capaz de amar y de perdonar a una mujercilla que única y exclusivamente pensaba en ella misma y en nadie más. Era una mala madre. A Jodie no le gustaba decir eso de otra mujer, pero era la verdad. Era mala. Hamish lo sabía. Jodie lo sabía. La pregunta era cuánto tardaría Mungo en darse cuenta.

Mungo suspiró de tal manera que los huesos de su hermana temblaron. Jodie vio la televisión reflejada en sus límpidos iris; las pupilas se le habían dilatado, tenía la mirada desenfocada.

—Me gustaría que hablaras conmigo, Mungo.

Le respondió sin mirarla.

—Hablo contigo todos los días.

—No. Quiero que me digas cómo te sientes.

—¿Que cómo me siento? —Lo pensó un momento y dijo—: Pues siento que tengo hambre otra vez. Pero no me apetece levantarme.

Jodie lo apartó de un empujón.

Era el hijo menor de Mo-Maw, pero también su confidente, su doncella, y el chico de los recados. Era el espejo que la halagaba, su diario de adolescencia, su manta eléctrica, su felpudo. Era su mejor amigo, el perro al que apenas sacaba a pasear, su mayor historia de amor. Era la luz en las mañanas grises, el único público que le reía las gracias.

Jodie le dio otro empujón, pero Mungo se limitó a gruñir y se

acurrucó más en ella.

Su hermano era la luna y el sol de Mo-Maw y, al mismo tiempo, un pequeño satélite relegado al olvido. Mungo orbitaría eternamente alrededor de su madre, incluso cuando esta se rompiese en mil pedazos, y él después.

Jodie le acarició la punta de la nariz.

—Sputnik.

—¿Qué? Chsss… Estoy viendo esto.

Jodie le tocó el pelo. Olía a algo raro, un desodorante nuevo quizá, algo animal y fuerte. Era el tipo de olor que desprendían los feromónicos chicos de su clase, un perfume que prometía violencia y sexo. A su hermano no le pegaba. Se puso a olfatearle la coronilla.

—¡Déjame!

Mungo se movió como si estuviese incómodo. Luego volvió a acercarse lentamente a su hermana asegurándose de no aplastarla. Jodie pensó cómo Mungo se había moldeado a sí mismo en función de los antojos y caprichos de Mo-Maw, cómo esta lo había convertido en la pieza exacta que le faltaba, y cómo, ahora que ya no lo necesitaba, su hermano se había quedado atrapado en esa forma de existencia tan extraña. Se preguntó qué futuro le esperaba. ¿Qué mujer lo querría? Jodie albergaba la esperanza de que alguna chica se sintiese atraída por su apostura y su actitud reservada. Que agradeciera sus mansas atenciones, que acogiese todo su amor y lo guardase a buen recaudo. Habría chicas que querrían ser sus madres toda la vida, que ante el brillo indefenso de sus ojos sentirían una necesidad imperiosa y primitiva de cocinar para él, limpiarle la casa y cuidar de él. Habría otras que se aprovecharían, que se sentirían tan mal consigo mismas que verían su amor por ellas como una debilidad, como algo por lo que castigarlo.

Los ojos de Mungo volvieron a enfocarse. Cuando giró la cabeza, se cruzó con la mirada de su hermana y frunció el ceño.

—¿Qué coño miras?

—A ti, Mungo. Me gustas. Eres bueno.

Mungo pareció un poco sorprendido.

Jodie volvió a centrar su atención en los libros del suelo.

—Sé que ella no se preocupa por ti. Pero eso no significa que tú no debas preocuparte por ti mismo.

—¡Puaj! ¿De qué revista de mujeres has sacado esa gilipollez? —Mungo se limpió el pulgar en los pantalones—. De todos modos, creo que voy a ponerme a vender speed para Hamish. Te puedes sacar un buen dinero.

Jodie le golpeó en el centro del pecho. Mungo parpadeó asombrado.

—Escúchame, te abrazaré todo lo que quieras, Mungo. Aunque tengamos ochenta y cinco años, te dejaré sentarte en mis rodillas hasta que me rompas las caderas, ¿de acuerdo? Pero, por favor, no empieces a trapichear con Hamish.

Mungo asintió con parsimonia. Lo pasaba mal cuando le mentía a su hermana, y ella lo sabía.

Jodie aparcó el tema de la educación con la esperanza de que si dejaba los libros donde estaban, a Mungo le picaría la curiosidad y les acabaría echando un vistazo. Se sentaron juntos, acurrucados, y vieron el final de *EastEnders*. Y luego, Jodie se comió el trozo de tarta que le quedaba solo por complacerlo. Cuando se fue a la cama, le costó conciliar el sueño debido al exceso de azúcar y a los sentimientos de culpabilidad por su hermano.

—¿Dónde cojones te has metido?

Hamish lanzó una torva mirada a Mungo mientras le hacía pasar al piso de los McConnachie. Eran las doce de la mañana y Hamish llevaba unos holgados calzoncillos que dejaban ver sus piernas delgadas y musculosas. Se dejó caer en el borde del sofá y siguió viendo la tele, un programa infantil sobre unas marionetas que le chillaban a una luna de queso.

Adrianna estaba en la mecedora mirando a su padre. No dejaba de gorjear con el regordete puño metido en la boca y la barbilla cubierta de babas. Con el pie descalzo, Hamish le dio un empujón a la mecedora. La golpeó como si fuese un maquinista al que le acababan de

decir que no le iban a pagar las horas extras. Distraído con la televisión, estaba meciéndola con excesiva fuerza. Sobre la mesa había una importante cantidad de speed que había estado fraccionando y metiendo en bolsitas transparentes. Mungo se preguntó cuánto tiempo llevaría allí, con su adrenalina crónica.

—¿Dónde te has metido? —volvió a preguntarle.

—En ningún sitio.

—Le dije a Jodie hace cuatro días que me hacía falta tu ayuda.

Mungo imitó los arrullos que la señora Campbell les hacía a sus nietos. Sacó al bebé de la mecedora antes de que Hamish le hiciese daño. Se puso rápidamente a un lado para no taparle la tele a su hermano. La niña estaba húmeda, empapada en sudor. Decidió desvestirla; sin duda estaría mejor si le daba el aire seco y frío que chorreando de calor con el bodi puesto.

Los ratones salieron disparados en un cohete. Hamish inhaló profundamente, como si se hubiese olvidado de respirar y hubiera descubierto de repente la magia de llenarse los pulmones de aire. Miró los montones de anfetaminas que había sobre la mesa y luego levantó la vista a su hermano y su hija. Mungo no habló hasta que su hermano lo instó a ello.

—Entonces ¿dónde te has metido? —Hamish se había estado mordiendo el labio inferior.

—Por ahí. —Mungo roció a la niña con talco y esta parpadeó sorprendida. Luego la hizo rodar sobre los polvos, como si estuviese empanando pollo.

Hamish señaló el speed.

—Tú, cuidado con eso.

Luego se lo pensó mejor y le quitó el bote de talco. Aflojó la tapa, añadió un puñado a las anfetaminas y empezó a remover. Metió el dedo y se lo chupó para ver si era demasiado. Puso cara de asco.

—Está perfumado —aclaró Mungo.

—Ya lo veo. ¿Qué quieres decir con «por ahí»?

Mungo envolvió a la niña en una toalla y la sentó sobre sus rodillas, contento de tenerla como talismán entre Hamish y él.

—Yo qué sé, por ahí, ¿dónde iba a estar si no? —Intentó desviar el interrogatorio—. ¿Te hace falta algo?

—¿Que si me hace falta algo? —A Hamish se le crispó el rostro—. Nada. Estoy aquí tratando de construir un negocio familiar y cuidar de una cría que no para de llorar. Y entretanto, tengo que andar a escondidas porque le he reventado la cabeza a un madero. Y todo porque tú querías jugar un ratito a los médicos y enfermeras con un puto pelirrojo. No. Estoy genial, Mungo. Gracias por preguntar, pero ya me las arreglo yo solo.

En la televisión, dos osos de peluche estaban leyéndose un libro el uno al otro mientras un obtuso señor rubio fingía no estar sorprendido. Hamish lo miró un rato y se pasó la lengua por la boca. Parecía incapaz de dejar de morderse los labios.

—Entonces ¿qué? ¿Es una chica?

—¿Quién es una chica?

—Con quien coño hayas estado «por ahí».

—No.

Hamish parpadeó una vez tras sus gruesas lentes. Luego se rio, una risa falsa, profunda y amenazante.

—Estás hoy fanfarrón, eh. Me quito el sombrero. Pero que sepas que te voy a meter tal guantazo que vas a salir por los aires, y me da igual que tengas a mi hija en brazos. Así que haznos un favor a los dos. Corta el puto rollo.

—He estado por ahí, Hamish. Tengo un amigo nuevo.

—Ah, ya veo. Conque yo estoy aquí preparándome para la batalla y mientras tú jugando como un crío. ¿Habéis estado haciendo pastelitos de barro? ¿O sois más de volar cometas por el parque? —Hamish lo dijo sin intención de hacerlo reír—. ¿Quién es?

—No lo conoces. —Mungo intentó decirlo como quien no quiere la cosa.

—Igual sí, a ver, dime.

Mungo se sintió acorralado.

—Se llama James.

Hamish se chupó los dientes delanteros.

—¿Jimmy Gilchrist? ¿Jimmy el Cojo? ¿El gemelo de Rabbie, Jamesy-Samesy? Venga, no tengo ganas de jugar a las adivinanzas. Dime quién es.

—James Jamieson.

De pequeños a veces jugaban a una máquina tragaperras que había en el bingo favorito de Mo-Maw. Esta la llamaba «la niñera»; le daba a cada uno un puñado de monedas a cambio de veinte minutos de tranquilidad. Al meter un penique, se oía el traqueteo de una serie de clavijas en las entrañas de la máquina. Había que esperar una eternidad antes de que se encendiesen sus cegadoras luces. A veces la máquina no pillaba bien la moneda y volvía a salir. Hamish odiaba cuando eso ocurría, la decepción tras la larga espera después de haber soplado el penique y haberle sacado brillo pensando que de este modo la suerte estaría de su lado.

Mungo estaba nervioso mientras esperaba que el proverbial penique de Hamish cayese. Esperaba que le hubiese entrado por un oído y le saliera por el otro, que no desencadenase ningún recuerdo. De ese modo, podría hacerse el tonto y meter el nombre de James bajo la alfombra.

—¿James Jamieson? —Hamish negó con la cabeza. Pero entonces arrugó la nariz con desagrado y sus gafas se movieron levemente hacia arriba. Se había acordado—. ¿No será el papista ese? —Se encendieron todas las luces, se puso en pie de un salto y puso el brazo en posición de ataque.

Mungo se echó hacia atrás en el sillón, se acercó las rodillas al pecho y colocó al bebé entre ellas. Hamish trató de esquivar a la risueña niña pero Mungo la movía rápidamente, como si fuese un escudo humano.

—Somos colegas y ya está, no hacemos nada del otro mundo —dijo casi gritando.

Hamish dio un paso atrás, aflojó los puños y la sangre regresó a sus nudillos. Empezó a pasearse por el salón. Mungo sabía que no debía hablar a menos que Hamish lo instase a ello. No se atrevió a bajar el sonriente escudo.

Cuando Hamish volvió a dirigirle la palabra, estaba sentado en el

borde de la mesita de centro, con las rodillas pegadas a las de su hermano, de frente a su hija. El brazo del sillón estaba repleto de ropa limpia de Adrianna. Hamish empezó a doblar las prendas con cuidado y a hablarle con suavidad a su hija, como si Mungo no estuviese allí.

—No te vas a juntar más con ese.

—Hamish, venga ya.

—He dicho que no te vas a juntar más con ese. Punto.

—No eres quién para decirme lo que puedo o no puedo hacer.

Hamish asintió una vez, Mungo vio cómo los músculos de sus hombros se tensaron y volvieron a relajarse. Empezó a susurrarle carantoñas al bebé:

—Qué cosita más bonita, ¿verdad que sí? —Y luego añadió en voz baja—: No te vas a juntar más con ese, y el sábado por la noche, los Billies vamos a darle una paliza a los Bhoyston, así que te quiero a mi lado.

—Pero no tengo más amigos.

—¿Y esta cosita tan preciosa? ¿Quién es? Llevamos tiempo esperando este momento. Sus dos mejores luchadores acaban de volver de Liverpool. Llevan meses provocándonos. Vas a venir y vas a apuñalar a esos putos fenianos.

—No entiendo, Hamish. ¿Por qué? ¿Por qué tenemos que luchar contra ellos?

Hamish besó la barrigota del bebé.

—Uy, qué barriguita más gorda te está saliendo, igual que a tu mamá, ¿verdad que sí? James Jamieson vive en la calle de atrás, ¿verdad? Tiene un palomar por detrás de los bloques nuevos, ¿no?

Más que ninguna otra cosa, Mungo no quería tener que responder a esa pregunta.

—Es posible.

—¡Es posible! ¡Ja! Anda, mira, tu tito Mungolito se está haciendo el duro. —Hamish siguió doblando las ropas del bebé—. ¡Es posible! —Volvió a reírse para sí. Estaba genuinamente impresionado por la repentina audacia de su hermano—. Te crees que eres la puta hostia, ¿verdad? ¿Crees que eres más inteligente que el resto de los mortales?

—Hamish negó con la cabeza—. Bueno, cada día te pareces más a Jodie Hamilton, eso desde luego. Tendría que haber puesto remedio a eso hace años.

—Lo único que he dicho es que no sé por qué tenemos que luchar contra los católicos.

—Verás, el problema de Jodie es que se cree que el barrio no va con ella. Siempre ha sido así. Y a la que pueda, se larga, fijo. ¿Y crees que cuando se vaya va a querer volver a verte?

—Es mi hermana. Siempre será mi hermana mayor.

—Seguro que Jodie ni siquiera piensa en ti como un hermano. Te ve como el puto crío coñazo del que le ha tocado hacerse cargo. Está harta de ti. Ella sí que te tiene tirria.

—No es verdad.

—Ya verás, llegará el día en que te la encuentres por la calle y se cambie de acera. Jodie está loca por largarse de una puta vez y por que la dejes tranquila. Me apuesto lo que quieras.

Mungo se reclinó en el sillón. Rodeó a la niña con sus brazos, su cabecita desprendía un dulce olor, a talco y a leche en polvo. Los hermanos se quedaron en silencio un rato. El hombre de la televisión estaba ensamblando varios rollos de cartón de papel higiénico para hacer un telescopio. Hamish se quedó mirándolo boquiabierto. Mungo no podía hacer otra cosa que esperar.

Hamish no miró a su hermano. Seguía embobado con el hombre que convertía la basura en tesoros.

—¿Me estás escuchando, Mungo?

—Sí.

—Bueno, pues que sepas que como no asomes el pelo el sábado por la noche, voy a ir al palomar y le voy a meter fuego, con tu amigo el papista dentro. Y me da igual que se ponga a llamar a gritos a su madre, James Jamieson va a terminar asado como un pollo. —Hamish hizo una pausa y luego le preguntó—: ¿Me entiendes?

Mungo asintió, aunque Hamish no se giró para comprobarlo. El hombre de la televisión pegó trozos de celofán azul y rosa en un extremo del telescopio y de repente se convirtió en un caleidoscopio. La

pantalla se llenó de preciosos colores. Hamish sonreía como un loco. Se dio la vuelta y colocó suavemente la mano en la rodilla de Mungo. Enrolló la lengua en forma de U mientras pensaba en la pregunta que Mungo le había formulado antes.

—Me has preguntado que por qué luchamos contra los católicos. ¿Por honor? ¿Por una cuestión de territorio? ¿Por reputación? —El bebé extendió la mano y agarró el meñique de Hamish, que le sonrió con ternura—. La verdad, no te sabría decir. Pero yo me lo paso de puta madre.

# 21

Mungo realizó hasta tres peregrinaciones al cruce de Glasgow Cross en el transcurso de dos días. Tardaba cuarenta y cinco minutos en llegar y, con el peso de la derrota, una hora y veinte en volver.

La casa de empeños estaba escondida en un callejón de mala muerte, detrás del Saltmarket. Estaba cerca de varias tiendas con las persianas medio echadas —sus propietarios intentaban ganarse la vida como podían— y de un modesto pub que ocupaba toda la esquina. De vez en cuando, un hombre salía a la luz del día, como un cuco, miraba al cielo y parpadeaba intentando adivinar qué hora era; luego, al comprobar que seguía haciendo el mismo mal tiempo que siempre, se metía dentro otra vez. Mungo se asomó un momento y no pudo evitar sonreír al ver un grupo de corpulentas mujeres bailando juntas, dando vueltas como una lavadora centrifugando.

La calle de atrás parecía ser una especie de atajo, una forma rápida de acceder al mercadillo de The Barras desde el Briggait. Se compró un cartucho de patatas fritas en el *fish and chips* y se apoyó en una farola. Le gustaba observar el ir y venir de la gente: los vendedores ambulantes y las amas de casa, los engominados yupis y los demacrados yonquis. Varias bailarinas de mediana edad con zapatos de claqué y leotardos plateados salieron de una de las puertas laterales. Iban por la calle dando vueltas y riéndose, diciendo chascarrillos que solo ellas entendían, y compartiendo un único cigarrillo entre todas. Se pusieron a bailar alrededor de Mungo, sus rojos labios no dejaban de sonreír.

En cada una de las peregrinaciones, Mungo había podido observar a los prestamistas desde distintos ángulos, pero en ningún momento llegó a ver a su madre, y aún no había reunido el coraje de entrar. Sobre la fachada de color burdeos unas orgullosas letras doradas rezaban: «Nadie te da más por tus joyas» y «Contamos con una amplia selección

de anillos de compromiso». Sin embargo, cuando Mungo miró a través del cristal, solo vio trastos y más trastos. En uno de los escaparates había televisores y equipos de música y un revoltijo de antiguos aparatos electrónicos envueltos en sus propios cables, como si los hubieran colocado allí a toda prisa. En el otro pudo observar un batiburrillo de pesados instrumentos musicales y herramientas de trabajo: un radial usado, antiguos aviones de madera y un orgulloso estante de cuchillos Stanley que le recordó a los Billie Boys nada más verlos. Había también una vitrina repleta de marcos de fotos y baratijas, deslustrados objetos de coleccionista que a ojos de Mungo carecían de valor; no obstante, cuando leyó la pequeña pegatina del precio, se irguió de la sorpresa. Por último, había un expositor de cámaras fotográficas. Parecían buenas; de hecho, Mungo nunca había visto a nadie usar ninguna parecida en la vida real.

Mungo fingió interesarse por un estante de cucharas de bautizo mientras trataba de avistar al fornido hombre del mostrador. Era difícil verlo bien. El interior estaba poco iluminado; Jocky parecía tener el rostro tenso mientras contaba el dinero detrás de la mampara de seguridad de plexiglás.

Casi había reunido el valor para entrar cuando una furgoneta se subió de repente al bordillo. Un joven con un chaquetón de trabajo negro entró en la tienda portando un deteriorado estuche que debía de contener un saxofón o una tuba. Mungo se apartó y llevó la mirada de nuevo a los escaparates.

—Disculpe. ¿Sabe usted cómo funcionan las casas de empeño? —le preguntó un joven con acento pijo.

Mungo se sobresaltó al oír la voz. Se giró hacia el chico que tenía al lado. Estaba frente a las cámaras de foto japonesas y tenía una expresión erudita y serena en el rostro que revelaba que tal vez supiese cómo utilizarlas.

—No. Lo siento. Nunca he empeñado nada —le respondió Mungo.

—De acuerdo. Gracias.

El joven era alto y anguloso, su cuerpo se perdía en una enorme parka negra. Su pelo de ébano era demasiado largo, pero estaba

pulcramente peinado. Parecía preocupado.

—A ver, no creo que sea muy difícil —dijo Mungo—. ¿Qué quieres empeñar?

El joven cogió la bolsa que llevaba al hombro. La abrió con cuidado y Mungo miró dentro. Había varios adornos de porcelana escrupulosamente colocados entre suaves telas; Mungo distinguió una tímida pastora y varios gatitos jugueteando.

—Ni siquiera sé cuánto pedir.

—Yo tampoco. —Mungo se encogió de hombros—. ¿Cuánto necesitas?

—Todo lo que pueda conseguir. Empiezo en la escuela de peluquería la semana que viene. Quería comprarme unas tijeras nuevas.

Los ojos de Mungo volvieron a escudriñar el escaparate, le pareció haber visto un par de maquinillas eléctricas en algún lugar. Ambos se quedaron un rato mirando el interior de la casa de empeños, observando al joven trabajador regatear con Jocky. El primero se movía animadamente, como si estuviera contando alguna anécdota sobre el linaje del saxofón, pero el rostro de Jocky seguía siendo una máscara impasible.

—A mi madre no le gustaban mucho las casas de empeño. —El chico lo dijo de tal manera que parecía estar hablando consigo mismo—. Las encontraba vulgares, ordinarias. Un mal necesario, decía ella.

—¿Por qué no le preguntas a ella cómo funcionan?

Los ojos del joven parpadearon hasta cruzarse con los de Mungo, y luego apartó de nuevo la mirada.

—Bueno. Es que no puedo.

El trabajador salió de la tienda dando tumbos. Llevaba un fino fajo de billetes en la mano.

—Eres un pirata. Un puto parásito. Ya te vale, robarle a gente trabajadora. Se te debería caer la cara de vergüenza. —Cerró la puerta con tanta fuerza que los postigos de los escaparates temblaron. Luego se volvió hacia Mungo—: Escucha, amigo, hazme caso. Si tienes algo que empeñar, llévalo a otra parte. Este tío es un puto ladrón. Es capaz de sacarle los dientes a tu abuela.

Mungo se quedó sin palabras. Y sin aliento. El hombre tenía las pestañas gruesas y oscuras, y los ojos de un tono azul tan pálido que no pudo evitar quedarse embobado al verlos. No estaba preparado para la rara belleza de ese hombre. Poseía unos labios gruesos y una mandíbula poderosa, incluso enfadado no dejaba de sonreír, sus ojos refulgían.

—¿Puedes hablar, amigo? —Por la forma en que el joven sonrió, Mungo dedujo que estaba acostumbrado a causar ese efecto en la gente —. ¿O tengo que llamar a un médium para comunicarme contigo?

Mungo se recuperó demasiado tarde. Rezó por que los músculos oculares no lo traicionasen.

—Sí, puedo hablar. He oído lo que ha dicho.

El joven preocupado de pelo negro se le adelantó.

—Señor. Ya que no es aconsejable que empeñe mis cosas aquí, ¿sabría de algún otro lugar donde pueda llevarlas? —Inclinó la bolsa hacia el hombre, que no pareció inmutarse al ver el contenido.

—¿Estás robándole la porcelana a tu madre para pillar caballo?

El joven peluquero en ciernes se enojó.

—No. Por supuesto que no.

El hombre sonrió. Mungo se obligó a mirar hacia otro lado. Más tarde soñaría con ese hombre, se imaginaría sus gruesos dedos hurgando en los bolsillos de sus vaqueros, la gruesa lana de su chaqueta cosquilleando la incipiente barba de su musculoso cuello. El hombre se rio.

—¿Qué os pasa a vosotros dos? ¿Es vuestra primera noche en la tierra? —Volvió a mirar dentro de la bolsa de lona—. Jocky está bien para cuchillos, navajas, un oboe, cosas así. Pero eso lo llevaría al West End, por Byres Road. Allí hay casas de lujo y tiendas de antigüedades. Te lo creas o no, hay gente que compra esas mierdas del año catapún. —Se guardó el dinero en el bolsillo. Cruzó la acera y se subió a su furgoneta; el motor volvió a la vida con un enorme traqueteo.

Se asomó por la ventanilla y le dijo al peluquero:

—Ey, tú, el de las baratijas. Si quieres te llevo, voy a Finnieston. Te puedo dejar cerca del West End, luego tendrías que darte un paseíto y ya está.

El joven asintió y se dirigió al asiento del copiloto. El hombre se quedó mirando a Mungo. Se asomó a la ventanilla y golpeó la puerta con la mano, como indicándole que se acercase. Mungo le hizo caso.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó el hombre.

Mungo dudó un instante.

—Dieciséis, casi.

El hombre sonrió y Mungo sintió que el pulso se le aceleraba. Después señaló el lateral de la furgoneta.

—¿Te importaría leer eso?

Mungo miró hacia donde estaba señalando el hombre. «Davey MacNeil. Fontanería, instalación de baños y cocinas. Rápido y económico. Duke Street. Tel.: 554 6799». Mungo asintió, estaba confundido.

—Sí, ya lo he leído.

—¿Puedes memorizarlo?

Mungo lo miró de nuevo.

—Sí. ¿Para qué?

—Bien. Soy Davey. Mira, cuando cumplas los veintiuno, si quieres podemos quedar y te invito a una copa. Llámame, ¿vale? —dijo guiñándole un ojo, sus ojos azules brillaron con picardía.

Mungo debió de asentir, pero no fue consciente de ello. Davey soltó el freno de mano y la furgoneta se puso en marcha. Mungo vio cómo se incorporaba al tráfico de la tarde.

Una nueva voz interrumpió sus pensamientos.

—Eh, ¿a qué juegas, amigo?

Mungo se giró sobre sus talones. Jocky estaba en la puerta con un martillo de carpintero en la mano.

—Llevo toda la semana viéndote por aquí. ¿Eres de la banda de los Tong? ¿Te crees que puedes robarme?

Mungo negó con la cabeza.

—No. No soy de Calton. ¿Eres Jocky?

—Sí, ¿qué pasa?

—Estoy buscando a Maureen Buchanan. Me llamo Mungo. Soy su hijo.

Mungo no sabía cómo reaccionaría, pero tenía la sensación de que al hombre no le haría mucha gracia su repentina aparición. Según lo que Mo-Maw contaba de él, a Jocky no le gustaban las partes desordenadas de la vida de su madre; él y sus hermanos eran los platos sucios que ella metía debajo de la cama, tras los faldones de la colcha. Jocky lo sorprendió cuando, después de bajar el martillo, dijo:

—Bien, ¿quieres una taza de té?

El interior de la casa de empeños estaba más desordenado que los escaparates. Un batallón de aspiradores verticales ocupaba una pared entera; detrás del panel de seguridad estaban las cajas de anillos que prometía el letrero. Mungo les echó un vistazo; no es que estuviese muy al día en las últimas tendencias en joyería femenina, pero todas las mujeres que él conocía tenían siempre las manos ocupadas, y esos anillos parecían muy pesados y poco prácticos. Jocky cerró la puerta con llave, llevó a Mungo detrás del mostrador y lo condujo al almacén del fondo. Enjuagó dos tazas de té y rellenó el hervidor eléctrico de agua. De una barra colgaban vestidos de novia que parecían haber acumulado bastante polvo.

—¿Vende de todo?

—Sí. Lo que sea, siempre que deje dinero. —Jocky introdujo varias cucharadas colmadas de leche en polvo en las tazas—. Pero no se trata realmente de vender. Se trata de acumular. ¿Azúcar?

Mungo asintió.

—No había estado nunca en una casa de empeños.

—Bah, no tiene nada de especial. No es más que un almacén donde se presta dinero y nada más. —Jocky le ofreció una galleta y cuando Mungo la aceptó, le dio otra más. Señaló un taburete bajo para que se sentase en él—. Ese tío con el que hablabas. Me trae la trompeta de vez en cuando. Cada vez que viene me cuenta el rollo de que llegó al Clyde en un barco bananero. En fin, yo le doy un par de libras por la trompeta y, luego, el día que cobra, la vuelve a comprar por un poco más.

Mungo masticó la suave galleta.

—Entonces ¿cuánto quiere por mi madre?

Mungo lo había dicho en broma, pero Jocky le dio al chico una taza de té y prosiguió como si no hubiese oído nada.

—Antes se ganaba bien. Las familias decentes necesitaban un poco de liquidez para llegar al viernes. Pero ahora solo hay yonquis que arramblan con todos los aparatos electrónicos de sus madres, y luego, con lo que sacan, van corriendo a meterse un pico. —Jocky señaló con la cabeza una pila de tocadiscos—. ¿Y quién compra ahora cosas usadas? Hoy en día la gente lo quiere todo nuevo, nuevo, nuevo. Que se rompe: a la basura. Que no pega con el último corte de pelo de la parienta: a la basura.

Mungo miró a su alrededor con una perspectiva diferente. Lo que al principio le habían parecido incontables tesoros en busca de un nuevo hogar, ahora le parecía un vertedero de reliquias desechadas.

Jocky se sentó en su taburete con un gemido. Era un hombre bajo y fornido, sus carnes aún no se habían vuelto fofas, todavía quedaba cierta musculatura en su cuerpo, podría defenderse bien en una pelea. Le dio un sorbo al té.

—Eso sí, la poli no puede enterarse de que me estoy forrando a base de vender cuchillos, navajas y alguna que otra pistola. Menos mal que las bandas siempre están peleándose. Eso es lo que te deja dinero hoy día: la droga y la violencia. Lo demás no te da ni para pipas.

Mungo se preguntó si Hamish habría estado alguna vez allí.

—¿Sabías que las armas están de moda? Vaya, no te puedes ni imaginar. Los niñatos parecen señoritas comprando vestidos en París. «Uy, no, no, un cuchillo Bowie no, todo dios tiene un Bowie. Yo quiero algo más elegante. Algo que vaya más conmigo».

Jocky se rio mientras se encendía un cigarro. Le ofreció el paquete a Mungo, pero este lo rechazó. Ahora que le había explicado el negocio de las casas de empeño no parecía quedar nada más de lo que hablar, aparte de la mujer que se interponía entre ellos y, al mismo tiempo, los unía. Parecía que ninguno de los dos sabía cómo abordar el tema de Maureen. El incómodo silencio se prolongó un rato más. Jocky se acabó el pitillo. El té de Mungo se enfrió.

—No te pareces en nada a ella. A Maureen, quiero decir.

—Ya. Ella dice que me parezco más a mi padre, pero… —Mungo no se molestó en terminar la frase—. ¿Qué tal está?

—Bien. La vi esta mañana cuando volvía del trabajo. —Jocky exhaló una larga columna de humo—. ¿Siempre bebe tanto?

Mungo se quedó cavilando un momento.

—Si puede mantenerla contenta, distraerla, entonces bebe un poco menos. Ella es mejor persona cuando tiene algún plan en mente. No tiene que ser nada grande. Dígale que va a llevarla al cine el viernes. O de compras al centro. Pequeñas promesas que le den vidilla.

—Te sabes todos los trucos, eh.

—Jodie más que yo. Jodie dice que es como cuidar de un bebé caprichoso.

Jocky se rio.

—Pues mira, tengo una mecedora de esas para bebés por algún lado.

—Seguro que cabría en una.

—No sabía que eras un cachondo. —Jocky se miró el llamativo reloj de pulsera, era enorme y plateado, debía de costar una fortuna—. ¿Por qué no vas a verla? Ahora estará despierta. Si quieres, te doy la dirección del piso.

—No. No hace falta. —Bajó la barbilla hacia el cuello del chubasquero—. ¿Puedo pedirle una cosa? Por favor, no le diga que he venido. Ella me pidió que no lo hiciera.

Jocky se inclinó hacia delante en el taburete, la tripa se le hundió entre los muslos.

—Verás. Yo no sabía que tenía hijos. De verdad. En cuanto me enteré, la dejé.

—No. No haga eso. No nos vamos a entrometer.

—No, hombre, no es eso. Llevaba con tu madre tres semanas, sabía que le encantaban el cóctel de gambas y Tom Selleck, pero no que tuviera hijos. Y claro, cuando me enteré, ¿qué querías que hiciera?

—Ya. Bueno, no pasa nada.

—La dejé para que se fuera y os cuidara. ¿Qué clase de mujer deja a sus hijos solos en casa?

Mungo no sabía cómo responder a eso. Su madre era una especie de

mago de feria, siempre estaba haciendo algún juego de manos, metiendo barriga, enseñando su mejor cara a esos hombres. Jodie había dicho que era como McCallum, el panadero, que dejaba que las tartas de boda siguiesen dando vueltas en el escaparate incluso cuando el glaseado se estropeaba con el sol. Si algún desafortunado cliente le pedía un trozo, ya era demasiado tarde para quejarse de que la tarta se había puesto correosa y sabía a alcohol rancio y viejo.

Jocky agitó la taza y apuró los restos del té.

—Creo que le preocupa quedarse sin nadie, que vosotros no la necesitéis. Dice que estáis creciendo muy rápido. Eso debe de ser difícil para una madre.

No era cierto; Mungo sentía que la necesitaría siempre, pero jamás se le permitía admitirlo en voz alta.

—Mi hermano dice que ella está haciendo su vida, y que nosotros deberíamos hacer la nuestra.

Cada vez que tenía alguno de estos pensamientos desagradables, intentaba recordar las historias que su madre le había contado sobre su propia infancia. Ella era la menor de cuatro hermanas. Su padre se dedicaba a cargar sacos de granos en el Clyde y, cuando enviudó, intentó encasquetárselas al primero que pudiese ofrecerles un hogar decente. Era un miércoles cualquiera cuando los adultos llegaron a la casa con sus ropas de domingo para llevarse a las niñas.

Acordaron no poner a las niñas sobre aviso. Cada pareja había planeado pasar el día fuera con ellas: una visita al zoológico, una tarde de compras; luego, por la noche, llevaron a las niñas a sus nuevos hogares y sanseacabó, fin de la historia. Ninguna pareja pudo acoger a las cuatro hermanas a la vez, así que Cathy, la mayor, se fue a vivir a Ballachulish para ayudar a la abuela Buchanan con la granja. A Alice y a Jean las mandaron a Inglaterra con sendos primos de su madre, y allí les fue bastante bien. Solo Maureen, de tres años y medio, se quedó en el East End, en Glasgow. La acogió una pareja sin hijos, un comerciante de chatarra y su esposa, vivían en un muladar. Estaba lo bastante cerca como para que su padre pudiese echarle un ojo de vez en cuando, cosa que hizo hasta que se volvió a casar y se trasladó a Falkirk para

trabajar en el Union Canal. La última vez que vio a su padre, Maureen tenía seis años.

Mo-Maw decía que el chatarrero y su esposa eran buenas personas, flemáticos pero inofensivos. Mungo la creyó, porque Mo-Maw le ponía pegas a todo, y si hubiesen sido crueles, o avaros o cualquier otra cosa, lo habría dicho sin ambages. Pero con la misma facilidad con la que Mo-Maw entró en sus vidas, volvió a salir de ellas a los quince años. Por la noche, al chatarrero le gustaba sentarse con sus enormes auriculares de cuero a escuchar la radio, canciones de antes de la guerra o las interminables retransmisiones deportivas. Su mujer se sentaba a ver la tele en el sofá, al lado de él, cambiando de un programa a otro, juntos pero solos. Mo-Maw dijo que los dejó exactamente igual que los había encontrado cuando llegó.

Mungo se miró los pies, el dedo gordo estaba rompiendo la costura de las zapatillas deportivas.

—¿La quieres?

Jocky respondió demasiado rápido.

—No. No, no la quiero. —Mungo lo miró—. Escucha, hijo, a mi edad el amor es más una molestia que otra cosa. Lo que quieres es un poco de compañía los martes por la noche, algo de ayuda con la casa y, con suerte, darle de vez en cuando al metesaca mientras los dos os podáis tumbar de lado. —Mungo no se rio de la broma. Jocky dejó caer la colilla en la taza—. Lo que quieres es una vida fácil. Y el amor no tiene nada de fácil.

Mungo se acabó el té. Puso la taza en el fregadero.

—¿Me puede hacer un favor?

—¿Otro?

Mungo asintió.

—Si le pregunta si la quiere, dígale que sí. Se lo merece.

El hombre no contestó ni en un sentido ni en otro. Se levantó del taburete con una mueca de dolor.

—No es bueno para la columna estar de pie todo el día. Si quieres un consejo, cuando salgas al mundo laboral, elige una profesión que te mantenga en movimiento. No hagas como yo, que me paso el día

sentado entre los desechos de la gente.

Cuando salieron del almacén, vieron a una joven llamando a la puerta de la tienda. Tenía un videograbador en las manos y una mirada de desesperación en el rostro. Al ver a Jocky se puso a dar saltitos sobre las puntas de los pies, parecía que iba a echarse a llorar. Jocky suspiró cansado.

—Como sigan haciendo las faldas más cortas, al final van a acabar yendo en bragas.

Jocky sacó un par de monedas de una libra del bolsillo del pantalón y las puso en la mano de Mungo.

—Escucha, me gusta tu madre, de verdad. Pero tiene que dejar de empinar tanto el codo. Tengo mis propios hijos de los que preocuparme. No puede pasarse todo el día bebiendo.

Mungo asintió mientras Jocky le abría la puerta. Emergió a la luz del sol justo cuando las bailarinas con los leotardos plateados iban danzando por la calle.

La puerta del palomar estaba abierta al buen tiempo. James estaba cabizbajo, concentrado, tarareando mientras arreglaba el gozne de una jaula. Paciente y autodidacta, sabía cómo arreglar o construir casi cualquier cosa; las pizarras estaban ya colocadas sobre el tejado, no había precisado ayuda de nadie.

Mungo se quedó mirando cómo trabajaba. Le encantaba observarlo sin que él lo supiese. No sabía cuánto tiempo más podría hacerlo, y quería grabarlo en el videocasete de su cerebro mientras pudiera.

La última vez que había visto a James, el pelo de la nuca le había crecido a tal punto que le hacía cosquillas, era como la cola de un patito. A Mungo le gustaba arrimar la nariz a su cogote mientras dormía la siesta. Ahora la línea del pelo era precisa, la piel estaba rosada, había sido recortada con una navaja de afeitar. Se imaginó al señor Jamieson sosteniendo la cabeza de su hijo en las manos, preguntándole por Ashley, mientras le enjabonaba el cuello con la brocha de tejón. Mungo se tragó una pequeña bola de celos. Le bajó por

la garganta y le rebotó en la caja torácica. La sintió rodar por todas partes, como una canica dentro de un muñeco.

James soltó los alicates y sacó una paloma de la jaula; esta se asustó cuando las manos la rodearon, pero el chico la apretó con suavidad y el pájaro cesó su aleteo. Mungo observó cómo los dedos de James acunaban a la paloma, medio salvaje y medio estúpida, y sintió celos de ella y de su ignorante parpadeo. Luego entró en el palomar y besó la secreta piel rosada de detrás de la oreja de James. Lo había intentado, pero era incapaz de mantenerse alejado una semana entera.

James se estremeció y llevó la mirada fuera, a la luz del día.

—No hagas eso. Aquí no. Ahora no.

Los ojos de James dejaron claro que sus largos dedos no lo sostendrían con fuerza para intentar tranquilizarlo. A Mungo lo asaltó el terrible impulso de romper algo, de derribar los desvencijados estantes y liberar a todas las palomas. Se obligó a quedarse de pie, quieto, con los brazos pegados al cuerpo.

—Ya falta muy poco. Dos días más y luego se irá de nuevo. Falta poquísimo. —James estaba moviendo la cabeza—. Se va a ir antes para ver a esa mujer de Peterhead. Dos días más y podremos estar solos de nuevo.

—Sí, hasta que venga otra vez. —Mungo sabía que estaba siendo inmaduro.

—No puedo hacer nada para evitarlo. —James besó a la paloma y la metió de nuevo en la jaula. Intentó calmarse un poco antes de preguntarle—: ¿Y qué has hecho estos días?

—Nada. —Ahora no le apetecía hablar. Carecía de la generosidad suficiente para ser una compañía agradable. Se puso a mirar el pequeño tragaluz y se preguntó si James podría escapar por ahí cuando Hamish fuese a por él—. Absolutamente nada.

—Tienes que buscarte un hobby o algo.

Otra persona más diciéndole lo que tenía que hacer, cómo actuar, el tipo de persona que debería ser. Otra persona más para la que no bastaba con ser tal y como ya era.

James lo vio darse la vuelta con intención de marcharse. Le habló a

la espalda de Mungo mientras este se agachaba para salir por la puerta.

—Mi padre me llevó al Celtic Park. No iba al estadio desde que tenía doce años. Se pasó todo el partido echándome el brazo por encima, como antes, se notaba que estaba orgulloso. Después nos llevó a Geraldine y a mí a comer pollo al curri en el West End. Luego fuimos a un pub y me invitó a mi primera pinta. Le mintió al camarero, le dijo que acababa de cumplir dieciocho años.

—A este paso vas a cumplir los sesenta antes de que yo tenga dieciséis.

—Ha sido su mejor semana desde que murió mi madre. No quería estropeársela. —James torció el gesto, como avergonzado por su propia felicidad—. Apenas mencionó a la pija de su novia.

Mungo trató de respirar a través del dolor. Todo lo que quería era que aquellos dedos largos le rodeasen el tórax y lo obligasen a quedarse quieto, que le impidiesen salir flotando, que le hicieran saber que alguien se preocupaba por él. Pasó la uña del pulgar por un largo clavo del que colgaba un candado y sintió cómo el metal le volvía a abrir la herida.

—Y otra cosa. Me ha dicho que puede conseguirme un trabajo en la plataforma.

Mungo empujó la piel contra el clavo.

—¿Ah, sí?

—Dijo que no veía por qué no. A él lo van a trasladar a un nuevo campo petrolífero, una nueva plataforma que están construyendo, se llama Gannet o algo así. Me ha dicho que cuando cumpla los dieciocho puede conseguirme un trabajo en el comedor o de conserje o de peón incluso. Con el tiempo, podría llevar una grúa Derrick o ser perforador. Me ha dicho que ahí es donde está el dinero.

—Qué bien.

—Si me voy con él a trabajar en alta mar, podríamos pasar más tiempo juntos.

—¿Y Ashley?

—¿Qué coño importa ella? —James bajó la cabeza para mirar a Mungo a los ojos por debajo de la cortina de su flequillo—. No voy a ir,

ya lo sabes. Pero es un detalle que me lo haya dicho. Déjame que lo disfrute, joder.

—¿Te gusta ella?

—¿Quién?

—Ashley.

—No. —James parecía irritado. Se entretuvo en meter la comida regurgitada de las palomas en una taza—. Más bien la odio. Solo dice estupideces y es una egocéntrica. Como no le preste atención cada cinco minutos empieza a quejarse. Parece que siempre tiene el pelo mojado, pero en realidad está seco y duro como una puta roca, y cuando me toca, estoy seguro de que se pone a contar mentalmente o algo, como si estuviera cobrándome por cada minuto. Pero…

Algo más obsesionaba a Mungo.

—¿Te la has follado ya?

—No. —James se frotó los ojos con las palmas—. Pero no deja de pedírmelo. Su madre y su padrastro se van a Mallorca la semana que viene y se queda sola en casa.

—Pero… —dijo y añadió después con voz débil—, nosotros ni siquiera lo hemos hecho.

—Lo sé. —James parecía cansado. No era más que un niño pequeño actuando como un hombre, fingiendo ser un tipo diferente de hombre.

Mungo sacó el dedo del clavo oxidado.

—Me alegro de que te hayas curado, James. Has trabajado mucho para conseguirlo. Te lo mereces.

—No estoy *curado*, Mungo. Solo soy un mentiroso.

—Ya, bueno. —Se sacudió los fragmentos de vidrio de las suelas—. Yo ya soy muchas cosas malas. No quiero ser también un mentiroso.

Por un momento pareció que James iba a contradecirlo —ya era un mentiroso—, pero se mordió la lengua. Atravesó los cristales antirratas en dirección a Mungo. En la penumbra le puso el dedo índice sobre la nuca. Fue la más leve de las caricias, un tímido roce que fácilmente podría convertirse en un manotazo si alguien apareciera de pronto. Deslizó suavemente el dedo siguiendo la línea de fino vello. Mungo inclinó la cabeza hacia delante y cerró los ojos. No quería que acabase.

—Esto es lo que hay que hacer cuando un pájaro se pone nervioso —le explicó James.

—¿No sería más piadoso romperles el cuello y ya está?

James se rio.

—Se acabará pronto. Entonces podremos elegir cualquier dirección y largarnos con la bici a donde sea.

—¿Y qué pasará con Ashley?

—Haces demasiadas preguntas.

—Si te la tiras, lo entenderé. —Se estaba marcando un farol y podía perder, pero tenía que decirlo de todas formas—. Pero yo me moriré también, la verdad.

—No. Eres más duro de lo que pareces. —James dejó de acariciarle la nuca y usó el nudillo para ejercer una leve presión sobre el tembloroso pómulo de Mungo. Cuando este abrió los ojos, tenía diez dedos extendidos delante de él; entonces Mungo añadió sus propias manos y desplegó cuatro dedos más. James le dobló un dedo.

—Mira, ya solo quedan trece. A mi padre solo le quedan trece estancias en tierra hasta que cumplas los dieciséis. —Parecía que quería robarle una sonrisa antes de que se fuera. Una sola sonrisa. Pero Mungo no le concedió ni una.

Se quedó mirando los dedos que indicaban la cuenta atrás. Hace unos días parecía algo inocente, como un calendario de adviento. Pero ahora se imaginaba a Jodie con las maletas hechas, a Ashley abierta de piernas en la cama de sus padres, y a Hamish hasta arriba de speed con una garrafa de gasolina en la mano. Trece dedos, trece estancias en tierra, era una distancia demasiado lejana, casi inconcebible. No lo conseguirían. No llegarían sanos y salvos. Juntos no.

—Yo puedo irme ya, si tú también puedes… Esta misma noche. ¿Qué más da si llaman a la policía? ¿Qué más da si el instituto avisa a los servicios sociales? Podemos escondernos. Vámonos de una puta vez.

James se mordió el interior de la mejilla. Era peor de lo que creía. Pasó por delante de Mungo y cerró la puerta del palomar. En la oscuridad, los fuertes dedos de James le presionaron las costillas y le recorrieron la columna. Mungo se acurrucó en su pecho, sintiendo

cómo sus largos brazos lo rodeaban, sintiendo el cosquilleo de la lana de las Shetland, sólido, reconfortante. El cálido aliento de James sobre su coronilla.

—He escuchado tu cinta. Me asomo a la ventana de mi cuarto, en la oscuridad, y la escucho todas las noches. Pensaba que eran éxitos del top cuarenta, pero en realidad es la misma canción una y otra vez.

—Me daba vergüenza. Te mentí.

—Me encantan los Smiths. Y «Panic» es un temazo.

Mungo se frotó la cara en la lana de cordero.

—Pero ¿cómo es que Morrissey habla de Londres y Birmingham y no dice nada de las calles de Glasgow? Más pánico que aquí no hay en ningún sitio.

—Probablemente porque Glasgow no rima con nada. Bueno, cada vez que lo oigo, me acuerdo de ti, capullo, y de lo guapo que eres. —Se acercó a los labios de Mungo y le plantó un besazo en la boca. Luego lo empujó hasta dejarlo a la distancia de un brazo y lo zarandeó levemente—. Venga, anímate. Te quiero, Mungo Hamilton.

—Mejor no. —Algo en él no soportaba que lo quisieran.

—¿Por qué no? Puedo quererte si me da la gana.

—Solo conseguirás que me resulte más difícil. Cuando todo se vaya a la mierda.

James apartó las manos. Mungo volvió a sentirse como una paloma mientras la ansiedad le inundaba el cuerpo. Sin abrir los ojos, oyó las bisagras oxidadas de la pesada puerta, sintió la luz fría y débil sobre sus rosados párpados.

—No todo lo bueno tiene por qué salir mal.

Mungo quería creerlo.

James volvió a coger los alicates.

—Dos días más y podremos estar juntos de nuevo. ¿Por qué no te vienes el sábado por la noche? Mi padre ya estará en el tren de vuelta a Aberdeen.

—Venga, vale.

Mungo se esforzó por sonar despreocupado cuando, en realidad, iba a anhelar ese momento con todas sus fuerzas cada minuto que pasara

hasta entonces. Luego movió la cabeza y el pelo volvió a cubrirle los ojos.

—Espera, no. El sábado por la noche no puedo.

—¿Por qué no? —James sonó abatido.

Mungo nunca lo admitiría, pero le gustó ver la decepción de James, el leve retroceso de poder. Era una forma retorcida de hacerle pagar por el hambre que había padecido la última semana.

—Nada. Hamish, que me ha pedido una cosa.

—¿No puedes decirle que no?

Mungo se rio ante lo absurdo de la idea.

—Claro, claro. Y de paso le digo que no me gustan sus gafas.

—¿Qué puede ser tan importante que no puede esperar?

—Odio tener que ir. Pero hay una pelea el sábado por la noche, al otro lado del puente de Royston. Los Bhoyston llevan tiempo con ganas de camorra. Hamish me ha dicho que tengo que estar. Es una cuestión de reputación. Soy un Hamilton. —Omitió la amenaza de quemar vivo a James—. Y Hamish no acepta un no por respuesta.

—¿Así que vas a apuñalar a unos cuantos católicos?

—Bueno, en realidad vamos a meterles ladrillazos. Pero mi idea es que me vean la cara y luego quedarme detrás.

Mungo encontró un frasco de penicilina en el estante. Lo agitó como si fuese una maraca.

—Pero yo soy católico.

—En realidad, no. No es lo mismo, eres diferente. Ni siquiera vas a la iglesia.

—Eso da exactamente igual, cojones. —Le dio la espalda a Mungo y dijo lo bastante alto para que lo escuchara—: Eres un cobarde.

Idiota. Débil. Maricón. Mentiroso. Cobarde.

—Tú haces cosas mucho peores para esconderte.

—Por lo menos no le hago daño a nadie.

James le haría daño al señor Jamieson, también a Ashley, pero ella se recuperaría enseguida. Mungo no deseaba insuflar vida a estas personas, no quería traerlas de nuevo al palomar y permitir que se interpusieran entre ellos.

—Los católicos, los Bhoyston, también quieren hacernos daño. Si no les planto cara, cualquier día me los encontraré por Trongate o el Briggait y me rajarán de aquí a aquí.

Mungo se pasó la uña desde el lóbulo de la oreja hasta la comisura de los labios. Con tanta fuerza que una línea blanca, sin sangre, parpadeó un segundo y se desvaneció. Parecía Ha-Ha hablando por su boca.

James estaba inclinado sobre el gozne roto, tal y como Mungo lo había encontrado cuando llegó. Fue extraño; era como si la visita de Mungo no hubiese ocurrido jamás, como si no hubiese alterado el día de James en lo más mínimo. Su vida continuaría sin él.

—Si al final vas a la pelea con los católicos, ni se te ocurra aparecer el sábado. No vuelvas a acercarte a mí, ni el domingo ni el lunes ni nunca más. Si haces eso, no quiero saber nada más de ti.

# 22

Mungo no se atrevía a quedarse dormido. Era su tercera noche en el lago y estaba empezando a dar cabezadas. Gallowgate no tenía ninguna prisa. Se lio un cigarro con restos de tabaco y se lo fumó dentro del maltrecho refugio. Mientras relataba sus batallitas, acercaba demasiado el cigarro al material inflamable de la tienda. A Mungo ya le daba igual. Que se quemara.

Bajo la agonizante luz de la vela de té, el hombre tatuado se acercó al chico lentamente, de forma territorial, apoyando los tatuados nudillos en el suelo. Lo tocó casi con ternura, lo acarició con una delicadeza que por poco hizo vomitar a Mungo. Mungo le tapó la boca con la mano —no soportaba sus palabras lisonjeras—, pero Gallowgate lo interpretó de otra forma. Lamió el interior de su palma y empezó a darle mordisquitos desde la parte carnosa de la mano hasta las yemas; luego deslizó la lengua entre los dedos.

La ternura se evaporó al momento y el hombre tatuado introdujo sus ásperas manos dentro de la ropa de Mungo. Estaba poseído por la avidez, sus ojos parecían no tener fondo a la luz de la vela, le estaba dejando la piel llena de arañazos. Mungo, tratando de evitar lo que se avecinaba, se escupió en sus propias manos y envolvió con ellas el bulto de Gallowgate. En aquella luz parpadeante, se empleó a fondo y con presteza para darle al hombre lo que quería, y enviarlo, de este modo, de vuelta a la oscuridad.

En cuanto se corrió, Gallowgate se echó hacia atrás y extendió los brazos como si lo hubiesen crucificado. Le acercó la mano al chico y le alborotó el pelo con una expresión de satisfacción en el rostro. Mungo escuchó el golpeteo de la lluvia sobre la lona. Una pregunta ardía en su interior, se la preguntó tanto al universo como a Gallowgate:

—Entonces ¿eres marica?

Gallowgate se había deslizado por el suelo y había empezado a frotar su cuerpo desnudo contra el del chico, como una serpiente. En ese momento, lo apartó de un empujón. La distancia le sentó bien a Mungo.

—Llámame así otra vez y te reviento, chaval.

Mungo debió de quedarse dormido porque ya estaba amaneciendo cuando Gallowgate lo despertó. El hombre salió desnudo de la tienda y fue a echar una meada. Mungo vio la clara luz del alba colarse a través de la tienda, parecía que la lluvia les había dado tregua. Se echó el saco de dormir sobre los hombros y siguió a Gallowgate hasta la orilla, se sentía más seguro al aire libre que en la húmeda y fétida trampa donde habían dormido. Las prehistóricas rocas volvían a estar resbaladizas por la lluvia, y los nuevos charcos estaban ya repletos de moscas. Gallowgate estaba al borde del agua. Incluso su espalda era un tapiz de tatuajes: los omóplatos exhibían un par de ojos de mujer cuyas pestañas se agitaban como alas. Solo el culo, de un blanco fantasmal, estaba intacto.

Mungo se quedó mirando la tienda de campaña individual. Casi no se tenía en pie, parecía un charco rojo sobre la orilla gris. No tenía el aspecto de poder albergar ningún cuerpo. Mungo se abrigó lo mejor que pudo con el saco de dormir, se alejó del hombre que orinaba y se agachó junto al lago. El rostro que le devolvió el reflejo del agua no era el suyo.

Parecía que Gallowgate era inmune al frío. Los últimos restos de bebida lo estaban quemando por dentro.

—Entonces ¿qué te apetece hacer hoy?

«Correr, correr hasta llegar a mi casa». Pero Mungo metió la cara en las gélidas aguas y dejó que el lago le enfriase el tic. Luego agitó la cabeza, se recompuso, y se encogió de hombros.

—¿No deberíamos ir pensando en volver?

—¿Ya te has hartado de mí?

Gallowgate se sacudió la última gota de meado de la punta de la polla. Miró al chico con el ceño fruncido.

Mungo se puso en cuclillas. El trato con Ha-Ha era un buen adiestramiento. Gallowgate y su hermano se parecían mucho. Semidioses autoproclamados de humor impredecible que exigían constantes ofrendas y podían volverse vengativos a la primera de cambio. Mungo avistó problemas en el horizonte. Cruzó la corta distancia que los separaba y le dio un beso apaciguador en los labios. Era el primero que le ofrecía.

Gallowgate le sonrió con orgullo. Ahora estaba convencido de su propio atractivo, feliz de haber sabido desde el primer momento qué era lo mejor para Mungo. Todo lo que el chico necesitaba era una mano que lo guiase, una figura paterna que le mostrara el camino. Gallowgate levantó la barbilla, sus afilados dientes tiraron del labio inferior.

—Ves, somos colegas. —Rodeó la cintura de Mungo con el brazo—. Hoy creo que voy a enseñarte a atrapar conejos.

—Es una pena matar a un animal si no nos lo vamos a comer. ¿Podemos llevarlo luego en el autobús?

—Por supuesto que sí. —Estaba inspeccionando a Mungo de cerca—. Ya verás, a tu madre le va a encantar. Seguro que tiene muchas ganas de escuchar tus aventuras. Y si cogemos dos, igual le da para un par de zapatillas.

Mungo bajó la mirada.

—No te preocupes por Mo-Maw. Seguramente se habrá olvidado ya de que me he ido. Estará a lo suyo, como siempre. Además, ya he aprendido a encender un fuego y a montar una tienda y… —Mungo acercó sus labios al oído de Gallowgate y le susurró la última parte.

El hombre se sonrojó.

—Serás guarrete. —Le mordió el cuello—. Lo sabía, es que te calé nada más verte.

Mungo se llevó a la boca las mangas del jersey, que le llegaban por los nudillos, y sopló aire caliente a través de ellas.

—Venga, vamos. Podemos cazar conejos otro día —propuso Mungo.

Gallowgate se lo pensó un momento.

—Muy bien. ¿Me lo prometes? —Mungo asintió. Gallowgate soltó al

chico y se volvió hacia la tienda roja—. Vamos a despertar al viejo y nos ponemos en marcha.

Mungo atrapó el meñique del hombre con el suyo.

—¿Es necesario? ¿Y no podríamos dejarlo aquí? Seguro que sabe volver a casa él solo.

—¿Estás de coña?

—No puedo ser amigo tuyo y de él también. No puedo.

El hombre metió la cabeza de Mungo bajo su axila y la zarandeó con fuerza, como todos los abusones que había conocido en su vida.

—No te preocupes por eso. Ahora eres mi amigo especial. Pero no puedo dejarlo aquí. Esa tienda es de un compañero de trabajo. Voy a perder sesenta libras como no se la devuelva. Aunque ya verás que al final me pide el dinero, seguro que el viejo apestoso se ha estado pedorreando toda la puta noche.

Toda la mentira, toda la ternura impostada había sido en balde. Sintió un pellizco en el estómago cuando Gallowgate le dio una patada a la cuerda de la tienda. Salió todo el aire que quedaba y la lona roja se derrumbó con un suspiro de derrota. Apareció la leve silueta de un saco de dormir, nada más; era imposible que la tienda cobijase el cuerpo de San Christopher, por muy demacrado y escuálido que estuviese. Gallowgate pisó el saco. Luego miró hacia el derruido refugio.

—¿Dónde coño se ha metido?

Mungo estaba exhausto. Era de naturaleza tan cándida y honesta que las artimañas lo dejaban agotado. Sacó fuerzas de flaqueza para fingir que sentía algo más que odio por ese hombre.

—No lo sé. A lo mejor se ha ido a pescar.

Gallowgate empezó a recorrer a trompicones la orilla, su arrugada polla rebotando de forma cómica. Miró a lo largo de toda la ribera del lago.

—¿A esta hora? ¿Dónde lo viste por última vez?

Mungo no sabía qué decir. Desplegó su saco de dormir. Lo abrió como un par de alas acolchadas y reveló su delgado cuerpo desnudo, en el centro, como una ofrenda patizamba. Gallowgate negó con la cabeza.

—No. Vamos. No hay tiempo para eso. Tenemos que encontrarlo.

Mungo se envolvió de nuevo en el saco. Mintió lo mejor que pudo. Le contó una verdad a medias sobre lo ocurrido el día anterior, le dijo que San Christopher no conseguía pescar nada y que lo llevó a un sitio donde los peces parecían más fáciles de capturar. Luego le dijo que el santo usó todos los espadines que tenía, pero tampoco allí consiguió pescar nada. Entonces, frustrado y con los pies llenos de sangre, volvió al campamento, buscó algo de beber y, como no encontró nada, se encerró malhumorado en la tienda. Esa fue la última vez que el chico lo vio antes de que Gallowgate regresara al anochecer.

—¿Y si se ha vuelto ya a casa?

—No. Seguro que le han dado los tembleques.

Gallowgate empezó a ponerse la ropa empapada de lluvia. Fue un gran alivio para Mungo dejar de ver los ojos tatuados de los omóplatos.

—Es verdad, estaba temblando. Unos temblores muy fuertes.

—Tenemos que encontrarlo. No puedo dejar al viejo aquí, se me va a caer el pelo como se entere el supervisor de la condicional.

Y diciendo esto emprendió el camino hacia los árboles.

Mungo volvió a arrebujarse en el saco de dormir, a estas alturas estaba seguro de que el frío provenía de su interior. Quería olvidarse de todo y correr en dirección contraria. Solo tenía que saltar unos cuantos peñascos y llegaría a la linde del bosque. Teniendo en cuenta todo el alcohol que Gallowgate llevaba encima, seguro que Mungo corría más rápido que él. Pero ¿adónde iría? ¿En qué dirección estaba su casa? El hombre se detuvo, chasqueó los dedos y silbó como si Mungo fuera un terrier. El chico asintió y fue tras él en dirección al sotobosque.

Todo estaba mojado bajo los árboles. El saco de dormir acabó empapado al momento y se volvió pesado. Mungo estaba exhausto, así que lo dejó encima de un árbol caído y prosiguió el camino entre temblores, con los pantalones cortos y el chubasquero. La ruta que Gallowgate estaba siguiendo a través de la maleza lo estaba poniendo nervioso. Era como si no quisiera despertar a los espíritus que dormían allí. Intentó no imaginarse a San Christopher en su rincón bajo el abedul, despertándose y apuntándolo con su huesudo dedo, con el lado derecho del cetrino cráneo hundido.

A lo lejos, al otro lado del río, un corzo estaba pastando entre lampazos. Mungo se quedó inmóvil. Contuvo la respiración cuando el animal levantó la cabeza y miró en su dirección. Sus ojos eran oscuros y húmedos, como dos ciruelas peladas. El corzo agitó las orejas, aguzando el oído en busca de sonidos extraños. De la cabeza le salían dos pequeños cuernos, y Mungo se preguntó dónde estaría la madre. Gallowgate se arrastró hasta la orilla antes de que el joven ciervo se asustase y desapareciera moviendo la cola. Tal y como había aparecido, se esfumó. Gallowgate estaba exultante.

—Tienes que contárselo a Maureen. Me llevaré un punto extra por esto, ¿no?

El río estaba más alto que el día anterior, parecía más violento de lo que Mungo recordaba. Gallowgate estaba sondeando la orilla en busca de su compinche, pero los ojos de Mungo estaban clavados en el agua que corría río abajo. Estaban cerca del punto donde había ahogado a San Christopher e imaginó ver un destello de plata en el lecho del río.

—Mira —dijo Gallowgate y se agachó junto a la orilla.

Tenía el gorro de tweed en la mano. Su húmeda lana, de un tono gris oliváceo, se había quedado enganchada a una roca. Mungo, presa del pánico, había olvidado la prenda cuando huyó. Gallowgate le dio la vuelta a la gorra y le enseñó la sudada etiqueta al chico. «Christopher Milligan». El hombre no era un santo. Mungo estaba seguro de que recordaría aquel nombre toda su vida.

—Mieeeeeerda —dijo Gallowgate en una especie de largo gemido—. Tenemos que encontrarlo. Como este capullo se haya caído, se van a pensar que lo he matado yo. Y seguro que me meten en Barlinnie otra vez.

Por primera vez en aquel fin de semana, sus ojos reflejaron miedo de verdad.

Gallowgate siguió caminando río abajo. Mungo vio el abedul de la curva, pero no había rastro del cuerpo del hombre. Lo había escondido bien. Intentó calmarse pensando en lo tranquilo que era el lugar, en que las únicas huellas que había eran las de ellos dos, y en que el cráneo del carnero había permanecido intacto durante años, décadas

quizá. Nunca encontrarían a San Christopher. Nunca. Era la tumba que se merecía.

Gallowgate ya no andaba con cautela, no dejaba de resbalarse con las musgosas piedras mientras escudriñaba con inquietud la orilla, preocupado por lo que podría encontrarse. Fue bajando el río a trompicones hasta llegar casi al lago. Mungo contuvo la respiración cuando Gallowgate dobló la siguiente curva.

Debieron de pasar apenas unos segundos, pero a Mungo le parecieron minutos. Lo único que vio fue la espalda de Gallowgate erguirse del todo. El brazo derecho del hombre estaba extendido, señalando algo, no el abedul, sino una ensenada un poco más allá. No dijo nada. Pero cuando Mungo dobló la esquina, supo lo que hallaría.

Las fuertes corrientes debían de haber sacado a San Christopher de su cueva y lo habrían arrastrado río abajo, donde había encallado en varias rocas dentadas. El cuerpo yacía bocarriba y tenía los ojos abiertos de par en par. La cabeza había quedado atrapada entre dos piedras, lo más probable es que tuviese el cuello roto. El desgarbado cuerpo, lleno de falsa vida, se balanceaba en la corriente. El corazón de Mungo palpitaba con violencia. Desde donde estaba parecía que el santo estaba flotando tranquilamente en la superficie, contemplando el cielo tan a gusto.

# 23

La oscuridad cayó y devoró a su paso todas las nubes del cielo. Cuando las farolas de las resbaladizas calles se encendieron, los chicos protestantes empezaron a salir de los portales y a llamarse unos a otros como aves carroñeras nocturnas. Desde la ventana del tercer piso, Mungo observó a los Billies revolotear como polillas de colores ante el paquistaní de la esquina, que aún seguía abierto. Mungo vio desde su particular atalaya que estaban nerviosos, llenos de adrenalina, listos para el combate, soñando con llenarse de gloria, sus nombres brillando en su particular firmamento. No dejaban de darse palmaditas en la espalda, amplios abrazos varoniles, cuerpos que jamás se tocaban, pero llenos de amor y de rabia, ansiosos por apuñalar y lisiar a los católicos de Royston.

Mungo pegó la cara al frío cristal. Luego hizo rodar la frente de lado a lado. A su espalda, el salón estaba demasiado caliente, era demasiado asfixiante. La estufa eléctrica estaba encendida y cargaba aún más un ambiente ya de por sí viciado por el olor a cerveza y sudor, y emitía una punzante electricidad estática que le provocaba jaqueca. La condensación del cristal le resultó agradable después de un largo día cuidando de Mo-Maw, yendo detrás de ella mientras esta se ventilaba una lata de cerveza tras otra y se quejaba, chasqueando la lengua, de que Jocky la había echado una vez más.

El día había empezado de una forma inocente, casi como una merendola. Mo-Maw los sentó a los dos y le sirvió a cada uno un generoso vaso de cerveza. Mungo y Jodie se quedaron clavados en el sofá mientras ella les contaba escabrosos relatos sobre el daño que Jocky le había infligido: que si le había prometido una semana en Burntisland, pero luego invitó a sus hijos a ir también (menudo caradura); que si tenía la casa llena de alcohol, pero se llevaba las

manos a la cabeza si ella se ponía una copita de nada (tacaño de mierda). Mungo vio cómo las facciones de su hermana iban endureciéndose mientras Mo-Maw se autocompadecía. Cuando ya no pudo soportarlo más, su hermana se excusó y se fue en silencio sin decirles adónde iba. Fue la yesca que encendió el fuego. Ahora Jodie estaría enfurruñada en la cafetería o en la biblioteca. Mo-Maw, en cambio, necesitaba compañía. La Bruja Piruja necesitaba público, alguien, quien fuese, que escuchara sus tribulaciones, sus historias de amor no correspondido.

Mungo fingía dibujar en el bloc mientras Mo-Maw iba llamando a diferentes puertas del bloque, no estaba preparada para estar sola, para estar sin Jocky. La señora Campbell la mandó educadamente a tomar viento. El amable y tímido señor Robertson ni siquiera respondió. Pero, entonces, el señor Donnelly abrió la puerta. Fue nauseabundo oír a su madre tratar de camelarse al viudo para que le hiciese compañía.

—Dios, es sábado por la noche —decía una y otra vez—. ¡Vamos, vamos, vamos!

Mo-Maw lo acompañó escaleras abajo y lo condujo hasta la puerta, engatusándolo, tirándole de la manga como si fuese un perro sarnoso o una bestia camino del matadero. El hombre había metido deprisa y corriendo todos los restos de bebidas que tenía en una bolsa de plástico y, en cuanto cruzaron el umbral, Mo-Maw se la quitó de las manos.

Al principio, cuando Mo-Maw obligó a Mungo a detallarle a su vecino todas las cosas que había aprendido en el palomar, el sediento señor Donnelly mostró un educado interés por el chico. En el momento adecuado, el enjuto hombrecillo llegó a mencionar incluso lo brillante que era el muchacho y lo orgullosa que debía de estar Mo-Maw, perteneciendo ambas afirmaciones al ámbito de la ficción. Mo-Maw sonrió débilmente antes de que sus ojos vidriosos se quedasen mirando al vacío. Era la misma mirada melancólica de los viejos que, durante las celebraciones del Fin de Año —el Hogmanay—, se reunían en cualquier esquina y empezaban a entonar lúgubres melodías, ensombreciendo el ambiente, haciendo llorar a las ancianas.

—He dado lo mejor de mi vida para criar a estos tres elementos. ¿Y

todo para qué?

Mungo hizo de canguro mientras se emborrachaban. Donnelly se quedaba boquiabierto a cada poco, su madre debía de ser la criatura más bella que el solitario viudo había visto en mucho tiempo. Se había puesto zapatos, chaqueta y sombrero para ir al piso de abajo. Sus modales pertenecían a otra época, era como si le diese vergüenza admitir que quería quedarse. Estaba allí sentado, asándose de calor con su blazer Harris, pero parecía incapaz de quitárselo. Su incomodidad era ostensible, no paraba de moverse en el sofá ni de hurgarse el cuello de la raída camisa.

Mo-Maw dobló las piernas bajo su cuerpo y se sentó sobre sus llamativas deportivas. Empezó a hacerle preguntas a Donnelly como si fuese una presentadora de televisión, sabía que no había nada que le gustase más a un hombre que hablar de sí mismo. Mungo sonreía. Cualquiera se habría dado cuenta de que no estaba prestando atención a las respuestas de Donnelly, simplemente le daba carrete mientras ella se pimplaba todo lo que podía y más.

Mungo deseó que el sofocante calor del salón la adormilase, así podría agarrar al viejo del codo y guiarlo hasta la puerta, darle las gracias por haber venido y entregarle los restos de bebida. Se estaba haciendo tarde, tenía que irse en breve, dejar a su madre y ocupar su lugar junto a su hermano. No era posible escaquearse. Esta vez no.

Se había pasado la tarde ideando excusas. Pensó en echarle la culpa al inesperado regreso de Mo-Maw, decirle que el señor Donnelly, del piso de arriba, estaba intentando beneficiarse a su madre. Hamish odiaba al señor Donnelly, pero Mungo sabía que no era una justificación de peso; Hamish sería capaz de quemar vivo a James con la misma facilidad con que le prendió fuego al Capri robado.

A Mo-Maw se le estaban cerrando los ojos a consecuencia del calor, no dejaba de dar cabezadas, pero el señor Donnelly encendía un cigarrillo, le daba un codazo y se lo pasaba. Gracias a la nicotina, que la hacía revivir una y otra vez, retomaba el soporífero relato de sus días felices en bares y caravanas. Mungo estaba dibujando una espiral interminable. Parecía que los mejores recuerdos de su madre se

sostenían sobre ruedas, eran temporales, carentes de cimientos.

La beoda pareja estaba sonriéndole a algo lejano, ambos se mecían en el sofá como si estuviesen a bordo de un barco, a la deriva. Mungo calculó que ya no faltaba mucho para que llegara el momento de llevarla a la cama y acostarla. Entonces podría abrir las ventanas para que entrara aire fresco, limpiar la ceniza de la moqueta, salir de casa y adentrarse en la noche. Mo-Maw se detuvo en mitad de una de sus peroratas y le dio una voluptuosa calada al cigarrillo; la ceniza era un largo dedo que amenazaba con perforar sus mallas beige. Cerró los ojos.

El señor Donnelly sacó una fina cartera de su gruesa chaqueta. Fue pasando billetes hasta detenerse en uno azul de cinco libras; evaluó la determinación del rostro de Mungo antes de sacar algo más grande, más marrón. Al oír el dinero, Mo-Maw abrió los ojos y pareció sorprenderse de ver un cigarrillo prendido de sus labios. Mungo y Mo-Maw se quedaron mirando el billete, como si el billete hablase.

—¿Por qué no te vas al cine o algo?

Mo-Maw parecía estar encantada, como si estuviera viendo a Mungo desenvolver un precioso regalo de Navidad.

—Anda, mira. ¿Qué se dice, Mungo? —Los modales de Mo-Maw resurgieron de repente. Que se hallase en un estado tan lamentable pero todavía fuera consciente de los gestos de urbanidad resultó cuando menos curioso.

Mungo miró las diez libras y pensó en todas las cosas que podría comprar con ellas. Lo que más deseaba era irse con James en autobús. Un pasaje a algún lugar lejano donde pudiera ser él mismo, donde James estuviese a salvo. No quería aceptar el dinero, pero se acercó y le dijo:

—Gracias, señor Donnelly.

Los ojos del hombre se entornaron de nuevo. El billete crujió nítidamente al deslizarlo de una mano a otra. Mungo se quedó sentado durante un minuto hasta que el hombre lo miró.

—¿Y bien? —le preguntó y le dio una calada al cigarrillo—. ¿No te ibas al cine?

Los adultos miraron a Mungo expectantes. Mo-Maw asintió con la cabeza de forma deliberada y parsimoniosa.

Mungo guardó el bloc de dibujo. Dobló el billete una vez y otra y otra y otra, y, mientras lo hacía, un nuevo sentimiento se apoderó de él: odio hacia sí mismo por haber vendido a su propia madre. Se levantó y le tendió la mano al viudo.

—Bien, le acompaño a la puerta.

—¿Cómo? —Los ojillos negros del hombre tardaron una eternidad en enfocar.

—Me voy al cine, así que le acompaño a la puerta. No puede quedarse aquí a solas con mi madre.

Mo-Maw y el viudo intercambiaron una mirada. El rostro del señor Donnelly mudó de expresión varias veces, de la confusión y la sospecha de estar siendo objeto de una broma pesada a la constatación de haber sido estafado.

—¿Maureen?

—Mungo, no puedes hablarle así al señor Donnelly. Esta es mi casa.

Mungo estaba demasiado cansado para reírse. Se acercó a la mesita y agarró al hombre del codo. El señor Donnelly se retorció como un niño rebelde a la hora del baño. Mo-Maw golpeó a Mungo en la mano. Se acercó al borde del asiento y trató de incorporarse, pero Mungo la empujó hacia atrás. Luego miró al viudo y le indicó con el pulgar dónde se encontraba la salida.

—Señor Donnelly, ¿de verdad quiere que vaya a buscar a mi hermano Hamish?

El hombre miró a Mo-Maw en busca de apoyo, pero esta tenía la mandíbula floja y no atinaba a decir nada. Mungo volvió a asir al hombre por el codo y lo obligó a ponerse en pie. Con la otra mano recogió todas sus pertenencias, todas las que pudo, y lo acompañó hasta la puerta. El señor se quedó parpadeando en el luminoso portal con una lata de cerveza en una mano y el sombrero en la otra.

Cuando Mungo volvió al salón, Mo-Maw tenía los brazos cruzados sobre el pecho como una niña enrabietada. Estaba observando el oscuro cielo con el rostro crispado. Mungo se dejó caer en el sillón y empezó a

atarse las zapatillas.

—No sé quién coño te crees que eres —le espetó ella.

—¿Sí? Yo tampoco quién te crees que eres tú. —Mo-Maw estaba preparada para sacar las uñas, pero aquello la desarmó. Mungo se metió el chubasquero por la cabeza. Se quedaron en silencio durante un momento antes de que él añadiese—: Eres mi madre. Eres mi única madre. Solo quiero lo mejor para ti.

La lengua de Mo-Maw estaba aprisionada entre los dientes mientras vertía los posos de varios vasos en el suyo.

—Y encima no echan nada en la tele que merezca la pena, joder. —Mo-Maw se estaba moviendo a cámara lenta. Su estado de concentración delataba lo borracha que estaba—. Y que sepas que eres un mentiroso. Eres igual que los otros dos. Solo quieres que yo esté contenta porque te conviene. Porque quieres aprovecharte de mí. Pues ya estoy harta, ¿me oyes? Harta.

Mungo salió del portal y se unió a una jauría de aniñados guerreros protestantes que encaminaban sus pasos al descampado. Comenzó a mecer las piernas imitando sus andares chulescos, subiendo los hombros hasta las orejas y arrugando el ceño. Era una especie de signo identitario comparable a una camiseta de fútbol. Había que andar como un forajido, echando el peso hacia delante y arqueando las piernas como si te pesaran los huevos, siempre con la cabeza gacha y los ojos clavados en la presa que tenías delante, listo para asestar un puñetazo o blandir una navaja. Mungo hizo lo posible por ponerse aquel uniforme, pero no le quedaba bien. Se sentía como un impostor.

La llovizna les calaba hasta la piel. La fina niebla se abría paso por los intersticios de los tejidos, a través de los zapatos, humedeciendo y ennegreciendo sus calcetines blancos. Los iba devorando por los pies, se introducía en sus vaqueros y les empapaba hasta la ropa interior. La fina lluvia solo era visible bajo la luz de las farolas, cuyos destellos anaranjados les procuraban más sensación de calor que las plomizas horas del día. De vez en cuando, los chicos se detenían y se

acurrucaban bajo ellas. Se intercambiaban ladrillos y cuchillos caseros como si fuesen juguetes.

Mungo estaba temblando cuando se encontraron con Ha-Ha y los demás chicos mayores. Era obvio que Ha-Ha se había metido algo de speed, la mandíbula le rechinaba y sus pies no dejaban de moverse, como si estuviera boxeando con un adversario imaginario. Le dio una palmada en la espalda a su hermano.

—Has tomado la decisión correcta, so mierda. Una pena, con lo que me gustan las hogueras. Son un placer incomparable para la vista.

Los chicos doblaron la esquina en tropel y se sumergieron en la oscuridad. En el descampado había una serie de tablas de madera y viejos palés que los chavales más jóvenes habían convertido en destartaladas fortificaciones y guaridas. Allí, entre el barro y la maleza, parecían hallarse en mitad de un asentamiento medieval. Algunos de los refugios tenían incluso su puertecita de entrada y un improvisado suelo construido con retazos de linóleo. Otros tenían ciertos toques femeninos, restos de muebles que en su día pertenecieron a familias distinguidas. Ha-Ha le dio una patada a la chabola más pequeña. Cinco o seis críos salieron de ella y, al momento, todos los miembros del asentamiento aparecieron; parecía una pequeña aldea. Uno de los mayores le mostró a Ha-Ha la página arrancada de una revista pornográfica, una mujer de espaldas con las piernas abiertas.

—¿Quién es esta? —preguntó Ha-Ha, enseñando la página con la mujer a los demás—. ¿Tu madre?

Mungo quería quedarse en el poblado de chabolas. Le recordaba las virtudes del palomar. Estos chicos se llevaban bien entre ellos, habían cooperado en el proceso de construcción de la pequeña aldea; al igual que James, habían creado algo bueno de la nada.

Ha-Ha se guardó la sucia foto en el anorak.

—¿Quién se viene conmigo al puente? ¡Vamos, joder! ¡A por ellos!

Como un gaitero de la Orden de Orange, Ha-Ha hizo marchar a los chicos a través de la maleza y, poco a poco, fueron internándose en la noche. Iban silbando una canción de lucha con una considerable uniformidad tonal. Mungo se quedó rezagado. Algunos de los chicos

tenían alrededor de nueve o diez años, muchos llevaban camisetas o finos jerséis de punto; casi todos estaban muertos de frío, limpiándose la agüilla que les goteaba de la nariz. Otros, los lugartenientes más cercanos a Ha-Ha, eran hombres adultos en toda regla. Portaban pesadas espadas ceremoniales —tomadas en préstamo de sus padres masones— y plúmbeos tubos robados de bloques en ruinas. El chico pelirrojo aún tenía el brazo en cabestrillo, pero en la otra mano brillaba el dentado cuchillo del pan de su madre.

A pesar de no haber farolas que iluminasen el descampado, Mungo distinguió el artificial resplandor del puente. La estrecha pasarela que atravesaba la autopista conectaba el barrio protestante con el católico. Se trataba de un puente que ningún joven protestante se atrevería a cruzar solo jamás.

Por la autopista circulaban multitud de familias que regresaban de haber pasado el día en el castillo de Edimburgo; niños entusiasmados por haberle acariciado el hocico a Greyfriars Bobby.

Mungo vislumbró varias figuras encapuchadas merodeando en la entrada del puente. Debían de ser unos diez o quince. Chicos protestantes, todos mayores que él, todos con el rostro tenso bajo la gélida lluvia. Se apartaron para dejar paso a Ha-Ha. Se trataba de una gran concurrencia. Su hermano parecía henchido de orgullo.

Alguien se agachó y cogió una roca del suelo con una mano, y una botella de refresco con la otra. Cual agricultores en un campo de patatas, los más pequeños empezaron a cavar en busca de otros misiles. Mungo miró hacia abajo y vio un ladrillo, rojo y pesado, una reliquia de alguna otra batalla. Lo desenterró, sus bordes eran afilados, fieros; de inmediato sintió el deseo de dejarlo en el suelo, darse media vuelta y volver con James.

Uno de los encapuchados se acercó a él tras darle una larga calada al cigarrillo.

—Veo que por fin tenemos al joven Hamilton aquí. Ya era hora, joder. —La boca del hombre era una panoplia de dientes rotos. Su sonrisa, un cementerio repleto de lápidas vandalizadas—. Pensaba que ibas a dejar por los suelos el nombre de tu familia. Que ibas a salir

maricón.

Mungo hizo lo posible por erguirse en toda su estatura. Sabía que daba igual lo que dijese a continuación, lo importante era el cómo.

—Tú, subnormal. Si quieres conservar los pocos piños que te quedan, cierra el pico de una puta vez.

El chico encapuchado se había acercado demasiado a la verdad. Mungo hizo rodar el ladrillo en la mano, el miedo estaba transformándose en adrenalina. Vio cómo Ha-Ha asentía con la cabeza en algún lugar por encima de aquel océano de guerreros y, uno a uno, los chicos se fueron apartando de él.

Se habían congregado ya unos cuarenta soldados. Allí, con los coches pasando bajo sus pies, se arracimaron bajo la única farola del descampado, guareciendo sus manos y orejas bajo los anoraks, y entonando canciones del Rangers. El cálido vaho de sus alientos escapaba por la chimenea de sus cuellos. Estaban inventándose historias guarras, presumiendo de haberse cepillado a las madres de los demás chicos. Alcanzaron el acuerdo de que un chaval rubio —con una mandíbula asombrosamente cuadrada para tener solo once años— tenía la madre más buenorra de todas. Varios de los Billies de mayor edad dieron un paso adelante y afirmaron ser el padre del niño.

—Se parece a mí —soltó uno.

—No. Qué va. Se parece más a mí.

Luego se divirtieron un rato obligando al chico a besarles sus anillos chapados en oro mientras se arrastraba por el barro, cosa que hizo encantado, pues los mayores se habían fijado en él.

Alguien sacó una botella de Buckfast y se la empezaron a beber a morro. Un par de chavales, de los más jovencillos, quisieron probarlo para ganarse el anhelado respeto de los veteranos, y arrugaron el rostro cuando el agrio vino les atravesó la garganta. Mungo estaba nervioso, no dejaba de moverse, los calcetines mojados le chapoteaban entre los dedos de los pies, doblaba y desdoblaba sin parar el billete de diez libras que tenía en el bolsillo. Se acordó de James y de la aspereza de su último encuentro. Luego, sin quererlo, pensó en Ashley, en cómo puso los ojos en blanco cuando James le besó el cuello en el parque.

Pronto Ashley conocería a James de una forma que él nunca lo había conocido.

Se oyó un grito agudo por encima de sus cabezas; había alguien en el puente. Rápidamente, los chicos empuñaron ladrillos y navajas. Dos de ellos sacaron largas espadas oxidadas de las perneras de sus pantalones de chándal; otro alzó un hacha, el chaval era tan pequeño que tenía que sujetarla con las dos manos. Con la misma rapidez con que blandieron las armas, la multitud empezó a disgregarse. Se replegaron en dos filas, formando un estrecho pasillo. De entre las filas apareció una chica con la expresión crispada por la tensión. Iba empujando un cochecito con un bebé de aspecto mugriento. Llevaba un chándal igual de holgado que el de los chicos, lo único que indicaba que era del sexo femenino eran sus grandes pendientes de aro y el tono rosa claro de sus zapatillas deportivas. Iba empujando el cochecito de plástico entre la maleza, las ruedas chirriaban a cada paso y el pobre bebé no dejaba de temblar.

—A ver si crecéis de una vez. Debería daros vergüenza. —La chica tenía actitud de reina guerrera, con el pelo peinado hacia atrás y sujeto con una diadema de joyas de plástico. Le faltaban varias gemas, los engastes donde se engarzaban eran como ojos arrancados. Cuando pasó por delante de los Billies, la chica gritó con desprecio—: Ojalá los católicos os revienten el culo.

Los chicos se miraron unos a otros, buscando un líder, alguien que les dijera cómo reaccionar ante semejante ofensa. Una botella voló por los aires y se estrelló a los pies de la intrépida muchacha. Los chicos soltaron un grito al unísono.

El mugriento bebé empezó a llorar. Instruida en las formas de lucha de las mujeres de Glasgow, la chica mordió el anzuelo. Dejó el cochecito y salió flechada uñas en ristre, con la empapada cola de caballo dándole latigazos en la espalda, dispuesta a despedazar a todo el que se cruzase en su camino. Agarró del pelo al más chocarrero de todos y le dio un puñetazo en el cuello seguido de otro en la cabeza. El chaval trató de huir corriendo, pero la chica lo tenía bien agarrado por la capucha y no dejaba de arrearle sopapos. Los otros chicos cesaron

sus risas. El que había lanzado la botella se escondió entre la multitud. El chico apaleado, tras lograr desembarazarse de la capucha, se quedó descamisado y temblando bajo la lluvia, lejos de las garras de la chica. Era lo más degradante que podía ocurrirle a un hombre: que una mujer lo humillase en público.

Mungo se quedó al borde del tumulto. Pensó en la posibilidad de huir ahora que todo el mundo estaba distraído. Los hombres rodearon al chico descamisado y lo llevaron a empujones hacia la chica, que no paraba de escupir, como una gallina en una pelea de perros. Las uñas de la joven madre desgarraron trozos de piel rosada de los brazos del muchacho y, a pesar del griterío, se oyó cómo le arrancaba mechones de pelo rubio a tirones. Cada vez que el chico se liberaba, los Billies le bloqueaban la huida y lo empujaban de nuevo hacia la joven, que se ensañó a patadas con él hasta dejarle su inmaculado cuerpo perdido de barro.

De la nada, otra botella atravesó el aire nocturno; se hizo añicos al impactar contra la sien de uno de los chicos de menor edad y, cuando lo hizo, brilló como las luces de la discoteca del colegio. Un amplio arco de sangre salpicó al joven descamisado.

La furibunda muchacha los había distraído, no se habían percatado del grupo de fenianos que se habían instalado en la cima del estrecho puente peatonal. Los católicos estaban sonriendo en la penumbra, todos llevaban un uniforme de rayas verdes y blancas, los colores del Celtic.

Los Billies empezaron a dar vueltas como una colmena sin líder hasta que la voz de Ha-Ha los hizo pasar a la acción.

—Venga, todos a una. —Y luego—: ¡Vamos a darles su merecido a esos hijos de puta!

La banda se reorganizó y el primero de los proyectiles surcó el aire y se estrelló contra la farola de la autopista con un horrible estruendo. Los Bhoyston retrocedieron mientras los cristales se hacían añicos a sus pies. Tras observar cómo las armas destellaban, fueron desfilando uno a uno —sus verdes uniformes brillando bajo la luz— en dirección al descampado. Los católicos tenían ventaja; al disparar desde arriba, daban en el objetivo con mayor facilidad. Los ladrillos emitían un ruido

sordo seguido de un seco crujido cuando alcanzaban a los chicos en las costillas. Otros combatientes saltaban y bailaban como espantapájaros en chándal cuando las botellas de orina explotaban a sus pies.

El odio religioso invadió el cielo nocturno en forma de objetos arrojadizos, pero los chicos se lo estaban pasando en grande, como nunca. Los Bhoyston no tardaron en recibir los proyectiles protestantes, piedras y ladrillos manchados por el barro de Dennistoun. Las rocas que lanzaban los más jóvenes no llegaban al puente y se precipitaban peligrosamente a la concurrida autopista. El clamor de las bocinas no se hizo esperar.

Mungo se quedó clavado en el sitio. El ladrillo se le había escapado de los dedos y sus piernas desobedecieron la orden de correr. Mientras los proyectiles volaban a su alrededor, los soldados heridos empezaron a huir hacia la aldea de chabolas; tenían los brazos cubiertos de cardenales; con las ensangrentadas manos se tapaban los oídos, que probablemente les zumbaban a causa del dolor. Otros —hombres de pelo en pecho prácticamente— habían sido derribados, estaban en el suelo protegiéndose como podían sus malparados cráneos; valerosos guerreros llamando a gritos a sus mamaítas.

La noche se volvió silenciosa de repente, el ruido de cristales y huesos rotos cesó al fin. El número de católicos sobre el puente había menguado, las bajas se estaban retirando a su barrio, a Royston. Los Billies de Dennistoun comenzaron a gritar y a aplaudir con sus manos heladas. Los alaridos, que resonaron en la autopista e insuflaron valor a los acongojados muchachos, acabaron fusionándose en una versión obscena y estridente del «The Sash My Father Wore». Los católicos habían perdido el control del terreno alto. Cuando solo quedaron unos pocos, varios de los Billies más veteranos empuñaron sus martillos y espadas y cargaron contra el puente. Todos corrían con los brazos abiertos, como si estuvieran espantando urogallos en un campo de brezos. Todos menos Ha-Ha. Este corría con un propósito en mente, estaba decidido a dar caza a los fenianos. Mungo vio a su hermano perseguir a los últimos católicos en su huida a Royston, sobrepasando el punto de seguridad. El filo de su tomahawk brillaba bajo los faros de

los coches.

Los protestantes heridos prorrumpieron en vítores. Bobby Barr, el pelirrojo del brazo roto, alzó su cuchillo de cortar pan.

—Como vea al feniano cabrón ese se va a cagar vivo, os lo juro.

Los demás chicos pronunciaron fanfarronadas similares: promesas de futuras venganzas, disputas sobre quién había luchado mejor o qué botella había dado de lleno en el objetivo. Aquella teatral bravuconería le revolvió el estómago a Mungo. Era todo tan cobarde. Contento de que la batalla hubiese tocado a su fin, se sumió en la oscuridad.

Había hecho lo que se le había pedido y, lo mejor de todo, no había herido a nadie. Mungo ardía en deseos de contárselo a James: podría ir corriendo a verlo ahora mismo, apretaría la cara contra el portero automático y le declararía su amor, orgulloso y loco, tal y como había hecho Ashley. ¿Por qué no? Mungo estaba borracho de esperanza. Echó la cabeza hacia atrás, sintió las refrescantes gotas de lluvia sobre su ardiente rostro y exhaló todo el aire que había acumulado en su interior.

Estaba a punto de darse la vuelta cuando algo le impactó en la cabeza. El ruido fue tan fuerte que pensó que el cráneo le había explotado, el sonido de un palo de hockey golpeando un tambor lleno de agua. Su visión estalló en mil pedazos, como el cielo en una noche de fuegos artificiales. Luego todo se tornó blanco.

El lado de la cabeza donde había recibido el impacto le ardía de dolor; con las manos aún en los bolsillos, se cayó de costado en el barro. Cuando la refulgente luz se desvaneció y consiguió abrir al fin los ojos, vio a los Billies dispersarse como ovejas asustadas; algunos huían despavoridos, otros corrían de espaldas mientras esquivaban como podían los golpes de sus atacantes. Tumbado en el suelo, Mungo vio cómo las rayas verdiblancas iban ganando terreno al azul regio. Apenas un par de protestantes tuvieron las agallas de permanecer en el sitio con sus armas desenfundadas. No tardaron en ser sobrepasados, caras rajadas con cúteres, raquetas de tenis estampadas sobre cráneos. Vio una bota volando en dirección a los riñones de Bobby Barr. Al chico se le desfiguró la cara por el dolor, pero el impacto lo dejó sin

aire y ni siquiera pudo gritar.

Mungo estaba retorciéndose en el suelo, parpadeando, cuando unos cálidos ojos marrones y una sonrisa perfecta y deslumbrante se perfilaron en su campo de visión. El chico era guapísimo. A pesar del aturdimiento, Mungo se quedó impresionado por su belleza. Tenía la nariz de un orgulloso sheltie y unas cejas oscuras bajo una frondosa cabellera negra, con la raya perfectamente trazada, como la del hijo de un párroco. Parecía estar diciendo algo, pero a Mungo el zumbido del cráneo le impedía oír nada. Mungo alzó la mano para pedir ayuda y, entonces, el pie del chico se hundió como una pezuña sobre la cabeza de Mungo.

Todo volvió a inundarse de blanco. Era como cuando se sentaba solo en la oscuridad y Jodie encendía la luz grande, la bombilla desnuda sin pantalla que le quemaba el cráneo. Se sucedieron incontables pisotones que trataron de separarle la cabeza del resto del cuerpo. Mungo oyó el chirrido de la suela de goma contra su rostro. Percibió el sabor de la sangre del oído, de la sal de los ojos. Luego, en un acto reflejo a destiempo, levantó las manos para protegerse la cabeza.

Los pisotones tomaron el ritmo de una alegre giga. El dolor le estaba nublando la vista. En un momento dado, el apuesto mozo empezó a patear la totalidad de su cuerpo. Parecía un nazi ejecutando una marcha militar. Al llegar a la cabeza, dio media vuelta y se dispuso a desfilar de nuevo por el cuerpo caído. Pero no llegó a dar el siguiente paso.

Ha-Ha estaba allí. Blandió el tomahawk sobre el airoso católico, que se desplomó en el suelo como un árbol joven. La mitad de la cara de Hamish estaba teñida de rojo escarlata. Una cortina de su propia sangre brotaba de un tajo que le atravesaba la mejilla desde la oreja hasta la boca. La piel se le había levantado y estaba ya blancuzca por los bordes, como grasa desprendida de una loncha de beicon. Ha-Ha le dio un suave puntapié a Mungo antes de girarse con el hacha alzada y empezar a embestir contra el bosque de fenianos.

Mungo estaba tumbado sobre el húmedo suelo. No podía levantarse. Se habría congelado de no ser por el fuego de sus padecimientos. La

contienda seguía a su alrededor, pero Mungo cerró los ojos.

Los católicos se batieron en retirada por el puente de la autopista. Mungo oyó los gritos de Ha-Ha, sus tiernas promesas de apuñalamientos y sodomía. Allí, tumbado en el barro, sintió las frías gotas de lluvia caerle sobre el rostro. Se palpó suavemente el interior de la boca con los dedos sucios; se le había desgarrado el interior de la mejilla, al menos uno de los molares traseros estaba fracturado. El barro se sublevó cuando intentó incorporarse. Mungo se resbaló y se cayó varias veces antes de conseguir ponerse en pie. Fue entonces cuando se percató de la huella que había dejado en el suelo, un mugriento ángel de nieve.

Otros no habían corrido la misma fortuna. Había una multitud congregada en torno a un crío de doce años que solía ir en monopatín y que siempre ayudaba a su abuela a limpiar las ventanas por fuera. Mungo lo había visto alguna vez encaramado al alto alféizar mientras su abuela lo sujetaba por la cintura. Del otro bando, varios Billies habían formado un círculo alrededor de un católico pelirrojo, iban bailando por turnos, como si fuese un *céilidh*, encima del chico. Tendría suerte si salía de allí con vida.

Mungo cruzó a trompicones el campo de batalla sujetándose la cabeza con las manos. Le costaba respirar; temeroso de haberse roto alguna costilla, inhalaba pequeñas y húmedas bocanadas de aire nocturno. Tenía un ojo cerrado debido a la costra que ya se le estaba formando; bajo la hinchazón sentía cómo la tierra incrustada le arañaba el globo ocular. Apoyar el pie izquierdo le provocaba un dolor inenarrable que se ramificaba desde el tobillo hasta la pelvis, por lo que era incapaz de saber con exactitud qué partes de su cuerpo precisaban atención. Solo quería llorar, llorar por lo absurdo de todo aquello.

Ha-Ha vería esta noche como una derrota. Los que aún podían luchar tendrían que regresar la semana próxima para salvar el honor. Aquello debería haber terminado, pero Mungo sabía que no era así. Era más un principio que un final.

Mungo siguió andando como pudo, tragándose el dolor tal y como le habían enseñado. Las lágrimas se quedaron atrapadas al fondo de la garganta, donde se mezclaron con su propia sangre. Siguió tragando hasta que sintió que se asfixiaba, y entonces escupió un oscuro gargajo en la hierba. Se alegró de no poder distinguir el color rojo bajo las tenues luces.

Los intrépidos guerreros empezaron a retirarse en desbandada. Volvían a sus hogares cojeando, presumiendo de sus glorias, proclamando futuras represalias. Pero por la forma en que corrían, Mungo sabía que era todo fachada. Estaban disimulando el dolor y sacando pecho, pero en cuanto llegasen a casa y estuviesen a salvo en los brazos de sus madres, se acurrucarían junto a ellas en el sofá, frente a la tele. «Pero ¿qué mosca te ha picado? ¡Qué cariñoso estás!». Y ellos se quedarían callados, anhelando ser niños de nuevo para dejarse envolver en la suavidad de sus caricias.

Empezaron a oírse las primeras sirenas de policía. Los jóvenes que aún podían correr no dudaron en hacerlo. Mungo llegó a la aldea de chabolas. El pequeño asentamiento había sido destruido, estaba hecho pedazos. Las destripadas revistas porno se mecían sobre la hierba, mujeres con la boca abierta, caras deformadas por el dolor o el placer, esparcidas de cualquier manera, como aldeanas muertas.

Cuando llegó a su calle, el alegre resplandor de las ventanas de los vecinos lo llenó de rabia. Las familias estaban cenando, viendo juntos los programas de variedades del sábado por la noche. Entró en el portal y subió con gran esfuerzo las escaleras. El interior del piso de los Hamilton estaba oscuro y tranquilo. Jodie había vuelto de la cafetería y estaba en su dormitorio; Mungo llamó a su puerta con una suavidad casi suplicante, pero el cerrojo estaba bien echado.

El salón estaba vacío. Flotaba una nube baja de humo rancio, cerveza sin espuma y sudor. Bajo aquel aire viciado podía percibirse el perfume avainillado de Mo-Maw, el que le habían regalado los tres en Navidad, y se entristeció al no encontrarla en el sofá durmiendo la mona.

Mungo encendió la estufa eléctrica y se quitó la ropa mojada. Tardó una eternidad en desvestirse; cualquier mínimo movimiento le causaba

un dolor extremo, tenía que pararse a menudo para recuperar el aliento y armarse de valor antes de continuar. Lo que más le costó fue el chubasquero —se dio cuenta de que no podía levantar el brazo por encima de la cabeza—, y cuando al fin consiguió quedarse en calzoncillos, tenía los ojos arrasados en lágrimas de rabia y dolor. Se bebió un trago de cerveza que quedaba en el vaso de Mo-Maw. La mejilla le escoció al rozar con el cristal, pero el alcohol tenía un resabio triste, y el olor hizo que echase de menos a su madre, solo quería tumbarse junto a ella.

Fue al pasillo y se quedó escuchando tras la puerta de la habitación de Mo-Maw. Oyó sus ronquidos. Mungo sabía que era demasiado mayor para eso, sabía que Jodie no lo vería con buenos ojos, pero mientras giraba el pomo de la puerta, solo podía pensar en lo mucho que quería meterse en la cama junto a su madre y sentirse seguro en sus brazos. Abrió la puerta despacio, la habitación estaba a oscuras salvo por el tenue resplandor anaranjado que entraba a través de las cortinas abiertas.

—¿Maw? —susurró.

Mungo fue entrando poco a poco usando la pared como guía hasta que se chocó con la mesilla de noche. Se oyó un tintineo de tazas de té y frascos de perfume. Bajo la débil luz de la calle se deslindó entre las sábanas el pálido rostro de su madre. Estaba dormida con la cabeza girada a un lado. Mungo la observó un instante. Había manchas de maquillaje en la almohada, tenía el rostro tenso, los párpados fruncidos, como si estuviese atrapada en un purgatorio de alcohol y azúcares.

—¿Mo-Maw?

El labio inferior de Mungo tembló desconsolado. Mungo levantó con cuidado la colcha bordada, se giró para acomodarse junto a ella, pero cuando el ojo bueno se adaptó a la oscuridad, se dio cuenta de que el bulto de la cama era demasiado grande para el cuerpecito de su madre.

Mungo levantó las sábanas lentamente.

La luz de la calle bañó los extraños cuerpos. El viudo del piso de arriba estaba acurrucado junto a su madre. De algún modo había

conseguido introducir la cabeza bajo la axila de Mo-Maw; tenía la boca pegada a sus pechos mientras sus largos brazos la rodeaban por la cintura. Una garrapata desnutrida enganchada a su madre, alimentándose de ella; Mungo tardó unos segundos en desentrañar el horror de aquel embrollo de miembros y conseguir que tuviese sentido.

Era como si se hubiesen quedado dormidos en mitad de un baile. O hubiesen dejado de bailar de buenas a primeras, porque sí.

Quizá fuese por el repentino aire frío. O por la tenue luz. Pero el señor Donnelly abrió sus ojillos negros. Cuando apartó la boca del cuerpo de Mo-Maw, Mungo vio la enorme baba que había dejado sobre su piel. Seguidamente, el hombre fue desplegando el cuerpo como un roedor en un nido. Tenía el rostro empapado en sudor y el pelo enmarañado cuando parpadeó y alzó la vista hacia el chico; sus ojos eran dos charcos en la oscuridad.

El señor Donnelly no esperaba que el plácido muchacho lo atacase. Cuando Mungo agarró al hombre por el pelo y lo arrastró hasta la puerta, lo único que pudo articular el viejo canalla fue:

—Sí, no hay problema, jefe, no quería causar ninguna molestia. —Las palabras salieron de sus labios con un tono festivo y jovial, como si estuviese felicitando el nuevo año tras las campanadas.

Mungo arrojó al hombre a las escaleras. Luego se paseó por el rellano, flagelándose, abofeteándose su propia cara, golpeándose las sienes con los puños. Eso fue lo que más inquietó al viejo. Al ver aquel ataque de cólera, el señor Donnelly se aovilló en una esquina del hueco de la escalera y se cubrió la cabeza con las manos. Mungo estaba furioso con el hombre, pero más aún consigo mismo. Ver al viejo sin pantalones, con el viejo blazer y la camisa puestos, con la corbata aún anudada, era un espectáculo pesadillesco. Sus pálidas piernas desnudas contrastaban con el gris hormigón, la punta de su polla arrugada asomaba por el dobladillo de la camisa, pegajosa bajo la luz del portal. El señor Donnelly había visto la ocasión y la había aprovechado, no se había molestado en perder el tiempo en numeritos de seducción. Era una forma muy rastrera de vivir.

Mungo le escupió, una lluvia de saliva cayó sobre el hombre.

—Gracias, hijo. Sí, gracias. —El viejo parecía agradecido por haber salido bien parado dentro de lo que cabe.

Mungo dejó al señor Donnelly allí agazapado y volvió a entrar en casa. Cerró la puerta y echó todas las cerraduras. Fue al cuarto de Mo-Maw y tiró de las sudorosas sábanas, pero su madre no se movió. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás, la boca abierta, abominable, toda la cara manchada de pintalabios. La Bruja Piruja. Mungo prefería creer que había sido la Bruja Piruja todo el tiempo. Tratando de no mirar sus partes más rosadas, levantó a su madre con toda la delicadeza que pudo y le remetió después las sábanas por debajo del cuerpo. Sus piernas volvieron a juntarse. Luego, como si la estuviese preparando para su funeral, le limpió el último resto de carmín de los labios. Mo-Maw se quedó allí, borracha, inconsciente, con el aspecto de un bebé que no puede dormirse a menos que lo arropen.

El forcejeo con el viejo había despertado a Jodie. Estaba murmurando para sí, como si no viese el momento de salir de aquel manicomio. La oyó llenar una taza de agua del grifo. Luego se encerró de nuevo en su dormitorio.

Mungo no se podía dormir después de todo lo ocurrido. La angustia lo reconcomía por dentro y por fuera. Llegó a rastras a su cama y, asaltado por los remordimientos, se puso a pensar en todos los errores que había cometido: Jodie y el bebé, Ha-Ha y los Bhoyston, Mo-Maw y el dinero sucio; pero, por encima de todo: James.

Había tenido tanto miedo de su hermano que había echado a perder lo mejor que había conocido nunca. Ahora, en la oscuridad, sabía que Ha-Ha no mantendría su palabra, nunca lo hacía. James acabaría malherido; era solo cuestión de tiempo. Y todo, ¿por qué? Porque se había encaprichado de Mungo Hamilton, el chico que arruinaba todas las cosas buenas.

# 24

Cuando el sol despuntó por entre los bloques de viviendas sociales, Mungo fue al baño y se limpió la sangre y el barro con un paño húmedo. Se tomó dos analgésicos de Jodie y se untó una pomada de Mo-Maw por las costillas, que quedaron recubiertas de una grasienta capa acre. Rompió a tiras una vieja bayeta de algodón y se envolvió los riñones con ella después de comprobar el alcance de las contusiones que tenía en el costado. Se sentía muerto, por dentro y por fuera. No se merecía otra cosa.

Tenía una brecha de sangre coagulada en la frente, bajo la línea del pelo, justo donde le había impactado el palo de hockey. Desinfectó la zona y la cubrió con un esparadrapo para juanetes, lo único que tenía a mano. Trató de mantener unidos los bordes de la piel mientras colocaba el esparadrapo. Luego se peinó el pelo, que aún estaba apelmazado por su propia sangre, tratando de disimular el apósito. Cuando volvió a apartarse el flequillo de la cara, se dio cuenta de que tenía un cardenal en la sien, así que cogió la base de maquillaje de Jodie —de un tono demasiado anaranjado— y se la extendió desde la comisura del ojo hasta la patilla.

El mero hecho de ponerse ropa limpia le producía un dolor terrible; con las vendas le costaba horrores agacharse y meter sus cosas en la mochila escolar. Rompió la hucha del cerdito y envolvió la calderilla en el sucio billete del señor Donnelly. Arrancó de la pared una vieja foto escolar de Jodie y la guardó en el bolsillo del chubasquero. No tardó mucho en reunir sus pertenencias y, cuando la mochila estuvo ya lista, seguía siendo lo bastante ligera como para cargar con ella a pesar de sus doloridos costados.

Se obligó a esperar un poco e intentó comerse la última rebanada del pan de molde. La fue masticando con lentitud, rabiando de dolor por el

corte interior de la mejilla. Entretanto llevó la mirada a las oscuras ventanas del piso de James. No había herido a ningún católico, y eso era un punto a su favor. Ambos habían hecho lo necesario para ocultar su verdadero yo. Mungo mostraría a James sus heridas y este acabaría entendiéndolo. James dejaría a Ashley y se irían juntos en autobús, tomando la dirección que señalase el dedo de Mungo.

Mungo cerró la puerta tras de sí. Bajó a trompicones las escaleras del bloque —todo el mundo dormía aún— mientras el débil sol atravesaba las vidrieras. Cuando llegó a la planta baja se sorprendió al encontrar al Mariposón entrando en el portal. Natalie no dejaba de tirar de la correa, parecía que los ojos se le iban a salir de las cuencas. Mungo lo saludó cortésmente y pasó junto a ellos. Tenía la mano ya sobre la pesada puerta cuando el Mariposón dijo:

—¿Está el circo en la ciudad?

—¿Disculpe? —Incluso en su estado lamentable no olvidaba sus modales.

El hombrecillo estaba al fondo del portal con la correa enrollada en la mano.

—Como te veo tan maquillado y con la mochila tan llena, he pensado que igual ibas a pedirle trabajo a los Ringling Brothers. —Mungo sonrió a pesar de no tener ganas. Empujó de nuevo la pesada puerta—. Escucha, yo que tú me esperaría un poco. La policía lleva toda la noche dando vueltas; a este ritmo, el Ayuntamiento va a tener que ponernos una moqueta nueva. —Mungo miró a través del cristal esmerilado. Fuera estaba comenzando una hermosa mañana de domingo. El sol había abierto amplias grietas en las espesas nubes, el día prometía un cielo azul. Pero, en efecto, dos coches policiales de incógnito estaban patrullando la calle; llamaban la atención en un barrio donde muy pocos podían permitirse tener vehículo propio. Circulaban despacio para pillar desprevenidos a los chicos que habían intervenido en la pelea. El Mariposón señaló con la cabeza hacia la puerta de su casa—. Hijo, ¿has comido algo caliente?

—No.

—Bueno, pues ven que te haga unos filetitos de hígado.

—No me gusta el hígado, señor Calhoun.

—Claro, a nadie le gusta, hijo, pero tienes pinta de que te vendría bien un poco de hierro.

En cuanto cruzaron el umbral, el Mariposón echó todos los cerrojos de la puerta. Se quitó el anorak, se puso el jersey de cocinar y se lo abotonó hasta el cuello. Echó un filete de hígado en una vieja sartén, le dio un par de vueltas y se lo sirvió al chico, todavía crepitante y lleno de sangre. El olor que desprendía le resultó nauseabundo, pero lo cortó con el cuchillo por educación.

—¿No puedes comer?

Mungo negó con la cabeza.

—Lo siento. Me duele la boca.

El Mariposón rebuscó en el bolsillo del jersey y se puso las gafas de leer. Cogió la cabeza de Mungo con las manos y le dijo que abriera bien la boca.

—Muy bien, quédate quieto. —Con ayuda de unas pinzas de depilar le sacó un trozo de diente que estaba clavado en la mucosa interna de la mejilla; era como una rodajita de almendra—. Tendrás que ir a que te miren ese diente. —Le dio a Mungo un vaso de agua turbia con sal gorda—. Enjuágate con esto, ya verás como mejora.

Mungo le dio un sorbo al agua salada y arrugó el rostro. Le dio otro sorbo y escupió el agua ensangrentada en el fregadero.

—¿Estás bien, hijo? Te está temblando mucho la cara.

Mungo trató de detener el tic con las manos.

—Lo siento, señor Calhoun.

—Escucha, a mí no me tienes que pedir disculpas. —El Mariposón intentó ser todo lo amable que pudo—. Pero no te toques tanto que vas a estropear el maquillaje. —Tomó el rostro de Mungo entre sus manos por segunda vez esa mañana. Observó un momento el tic y, luego, con la punta de un viejo paño de cocina, le limpió la cara. Con dedos cuidadosos trató de extender de forma más homogénea la espesa base de maquillaje—. Después de que los distinguidos y honorables padres de familia del gremio de techadores me dieran la patada, estuve trabajando un tiempo en el King's Theatre. Vigilaba la puerta de atrás,

pero a veces me dejaban ver a las grandes estrellas mientras las maquillaban y les ponían las pelucas y todo eso. Me encantaba Dorothy Paul, de verdad, no sabes cuánto.

Mungo Hamilton, que no era precisamente de lágrima fácil, se puso a llorar en ese momento. Apretó los dientes superiores sobre el labio inferior, pero no conseguía controlar el llanto.

—Nada, hombre, no pasa nada. Tú desahógate tranquilo. A ver, ya sé que Dorothy no es la cantante que era entonces, pero tampoco es para echarse a llorar, hijo mío.

A Mungo le sobrevino un ataque de risa en mitad del llanto.

—Desahógate, déjalo ir. Ya verás cómo te sientes mejor.

—No sé cómo se hace eso.

El Mariposón volvió a doblar el paño de cocina. Señaló hacia el jardín trasero.

—¿Sabes? Una vez conocí a un niño muy valiente. Estaba desfilando justo por el muro que hay ahí detrás, como un soldado. —El hombre imitó la marcha de un militar—. Iba muy peripuesto con su pistolita de madera y una vieja boina de la madre. Yo estaba en la ventana viendo cómo se divertía fingiendo que disparaba al ejército enemigo de niños, todos con sus walkie-talkies, lanzando granadas falsas, en fin, cosas de chiquillos. De repente, otro niño más grande, el general, apareció por detrás y le dio una patada. Lo tiró del muro sin pestañear. ¡Por pura maldad! Atacó a uno de los suyos, ¿te lo puedes creer? —El Mariposón movió la cabeza de lado a lado—. Total, que el pobre niño cayó sobre el tejado del cobertizo de las basuras, que estaba a metro y pico del muro; luego salió rodando y cayó dos metros más hasta acabar en la acera. ¡Pum! —El Mariposón le dio un manotazo a la encimera y esbozó una mueca de dolor—. El pequeño soldado no dijo ni mu. Casi no podía respirar, pero era muy valiente. Cualquier otro niño se habría puesto a llorar y a llamar a gritos a su madre. Pero él no. Él se levantó y siguió adelante como si nada.

Mungo dejó escapar un gruñido salido de las entrañas. Había cerrado los puños y estaba intentando introducírselos en su propio cerebro, a través de las cuencas de los ojos. Tenía la cara encendida.

—Está bien, hijo, déjalo que salga. Todos los soldados se cansan y lloran en algún momento, por muy valientes que sean.

El Mariposón no le frotó la espalda ni le dio una palmadita en el hombro, simplemente se quedó a su lado y le concedió el espacio necesario para que Mungo gritase hacia dentro, para sí. Se encendió un cigarrillo y, cuando el chico apartó al fin los puños de los ojos, le preguntó:

—El chico que necesitaba el tejado de pizarra, ¿está igual de colado por ti que tú por él? —Mungo se estremeció—. No te preocupes, no voy a contarle a nadie tu secreto. —Se cerró una cremallera imaginaria en la boca y añadió—: Lo prometo, palabra de exploradora.

Mungo lo miró a través de los ojos hinchados. El Mariposón, que andaba detrás de los visillos todo el día, que lo veía todo, había llegado al meollo del asunto. Sabía perfectamente lo que había ocurrido.

—Antes sí, señor Calhoun. Yo le gustaba mucho. Pero lo he echado todo a perder.

—Ay, de verdad, los jóvenes cómo sois. Todo parece infinitamente más dramático a tu edad. Ya pasará. —Le entregó un paño de cocina limpio.

—¿De veras lo cree?

—Sí.

Mungo se limpió la cara.

—Me pidió que huyera con él y yo le pedí que esperara un poco. Pero no creo que podamos escondernos mucho más.

El Mariposón se quedó cavilando de nuevo; había inclinado la cabeza hacia un lado y estaba pasándose la lengua por la parte posterior de los dientes.

—Voy a enseñarte una cosa. Pero no vayas a salir corriendo, eh. No tengo ninguna red atrapaniños como dicen algunos por ahí.

Se ausentó poco tiempo, el suficiente para que Mungo se limpiase la cara con el paño de cocina y se sintiese estúpido. Cuando regresó, llevaba un libro de color burdeos en la mano, un diario con el año 1957 grabado en letras doradas. El Mariposón se puso a hojearlo, todas las superficies de color crema estaban atiborradas de palabras escritas con

una letra diminuta y obsesiva. Los sentimientos del señor Calhoun se agolpaban en cada página, y cuando llegaban al final, se doblaban y continuaban en los márgenes.

Entre las páginas había dos fotos en blanco y negro. La primera era cuadrada con un borde blanco. Mostraba a un joven de pelo recio apostado en la ventana abierta de una casa. Tenía un amplio periódico dominical doblado en una mano y un cigarrillo en la otra. Su rostro se inclinaba hacia arriba, como buscando el insólito sol; llevaba un grueso jersey de lana y unos pantalones de cintura alta. Estaba despreocupado, riéndose de quien le estuviese haciendo la foto.

El hombre del retrato era guapo, provisto de la confianza de la juventud. Tenía toda la vida por delante. Un futuro intacto.

—Qué atractivo era, señor Calhoun.

—¿Era? Pero qué poca vergüenza es esa. Aquí donde me ves, soy capaz de tallar vidrio con la mandíbula, chavalote.

En la siguiente foto, seis adolescentes aparecían en el jardín trasero de un bloque de viviendas —este mismo bloque— sentados con las piernas cruzadas sobre el césped pisoteado, sonriéndole al fotógrafo. Dos de ellos estaban un poco apartados, sentados sobre un viejo abrigo Mackintosh dispuesto a modo de mantel de pícnic. Era un detalle insignificante. Los seis estaban fumando después de haber jugado un partido de fútbol, pero esos dos parecían especiales, ligeramente separados, en su propia isla.

El Mariposón señaló al hombre que estaba sentado a su lado sobre el abrigo. Un chico rubio con un hoyuelo en la barbilla y una sonrisa torcida.

—Se llamaba Georgie. Un chico bueno, bueno de verdad, y muy considerado. Coincidimos en Ayr, íbamos a alistarnos en la marina mercante. El primer día, cuando vio que los calcetines que yo llevaba eran demasiado finos para las botas, cogió y me dio un par suyos, más gruesos. Otro día, mi madre me había dado dinero para que me comprara un bocadillo y un refresco en la estación de tren, y cuando vi que él no tenía nada, le di la mitad de mi merienda. Eso era todo en realidad, detallitos sin importancia. Y así fue durante tres meses,

pequeños gestos de amabilidad, que si esto que si aquello. Pero yo lo quería. Él me dio mi primer beso. Mi mejor beso.

Mungo se quedó sin palabras.

—Me pidió que me fuera a Australia con él.

—¿Y por qué no se fue?

—Bueno, por aquel entonces había muchas razones que me retenían aquí, ninguna de ellas tiene mucho sentido ahora. La misma mierda de siempre: mi madre no estaba bien, mi padre no había vuelto de la guerra, mi hermana iba a quedarse sola, no me gustaba cómo me quedaban los pantalones cortos. Ya ves, hijo, pamplinas. Mentiras que me conté a mí mismo para tapar el miedo. ¡Australia! Me cagué de miedo. —El Mariposón dejó escapar un suspiro mientras llenaba la tetera—. Aunque, bueno, hice lo que se supone que debe hacer un buen hijo. Al menos mi madre fue feliz todos los días de su vida.

—Eso estuvo bien por su parte.

El Mariposón negó con la cabeza.

—No, no lo entiendes. Fui un cobarde. En realidad me moría de ganas de irme con Georgie. Me he pasado los últimos treinta años imaginando cómo habría sido mi vida. Simplemente me faltaron las agallas para hacerlo.

—¿Después no conoció a nadie más?

—¿Cómo? ¿Aquí? —El Mariposón se arrancó una hilacha del jersey —. A la gente le doy pánico. Se piensan que tengo algo contagioso o yo qué sé. ¿Qué hombre iba a querer acercarse a mí?

Mungo volvió a mirar las fotografías. Chicos sonrientes, adolescentes felices, fumando y leyendo el periódico. El pobre Mariposón había estado rodeado de amor. ¿Dónde había ido a parar todo aquello?

—¿Y dónde está Georgie ahora?

—¡Uy! Georgie se casó, así que igual fue lo mejor que pudo pasar. A veces me escribe. Siempre me pregunta si he vuelto a ir a Ayr, y yo le digo que sí, pero no es verdad. No sería capaz.

—¿Qué debo hacer, señor Calhoun?

El Mariposón agachó levemente la cabeza y lo miró profundamente a los ojos.

—Eso es fácil, hijo. Piensa en ti por una vez.

Mungo se colgó la mochila del dolorido hombro. Señaló con la cabeza el filete de hígado.

—Lo siento, no puedo con esto.

El Mariposón se rio.

—Ah, no pasa nada. A Natalie le encanta el hígado. Será muy feliz. —El Mariposón comprobó la franja de cielo que asomaba por encima de los visillos y, al suspirar, pilló a Mungo observándolo fijamente—. No te preocupes por mí, hijo. Luego iré a comprarme algo para cenar. Igual ponen alguna película buena.

Todavía era temprano. Mungo esperó a que los coches patrulla se tomasen un descanso; entonces salió del portal y echó a andar a trompicones. Se detuvo un momento en la esquina; la pierna empezó a palpitarle mientras decidía si ir a casa de James o al palomar. Si iba a su casa, James no lo dejaría entrar y los vecinos lo oirían suplicar por el interfono. No sería capaz de digerir semejante humillación.

Así que fue al palomar y se escondió en la parte más alejada de la cabaña. El sol compareció en el cielo de Glasgow mientras Mungo esperaba a que James fuese a dar de comer a las palomas. Se puso a ensayar todas las cosas que quería decirle, pero todo le sonaba torpe, las cosas pequeñas eran demasiado pequeñas, todos los grandes sentimientos, exagerados y ampulosos, como en las películas americanas. No tuvo que esperar mucho. Oyó la tos de James antes de verlo.

Cuando Mungo salió del otro lado del palomar, James no lo miró. Abrió los pesados candados y se adentró en la oscuridad como si Mungo no estuviese allí. «Cucurrucucú, cucurrucucú», saludaron las palomas.

—Estoy listo. Iré a donde quieras ir.

A pesar de haberlo ensayado, Mungo no era capaz de controlarse. Ashley y Ha-Ha ya habían abierto una brecha entre ellos demasiado grande. Necesitaba que James supiera la profundidad de todos sus

sentimientos. Tenía que soltarlo todo, incluso si James lo humillaba después.

James no se dio la vuelta. Estaba acercando una jarra de agua fría a todas las jaulas para que las palomas bebiesen a través de los barrotes cual prisioneras. Estaba reforzando en sus pequeños cerebros la idea de que él era un carcelero benévolo. Que solo él las amaba, que solo él cuidaría de ellas; a cambio, solo tenían que prometer que, llegado el momento, regresarían al palomar. No miró a Mungo.

—¿Donde yo quiera? Qué valiente, ¿no? —No sonó muy sincero—. ¿Y cómo es que ahora te da por ahí?

—Tenemos que irnos. Ya.

—¿Ah, sí? Qué casualidad, hombre. Justo ahora que las cosas me empiezan a ir un poco mejor. —Sacó de la jaula una paloma de color sepia y le acarició el cuello. No estaba bebiéndose su ración de agua matutina—. Pensaba que te alegrarías por mí. No que te pondrías celoso.

—No estoy celoso.

La rigidez de los hombros de James se suavizó un poco. Entonces tosió, una tos húmeda y carrasposa.

—No quiero ir a ninguna parte contigo. Eres una mala persona, igual que tu hermano.

—No le hice daño a nadie. —Mungo estaba andando en círculos, tratando de introducirse en el campo visual de James, pero este siempre encontraba algo de lo que ocuparse, negándole el consuelo de su mirada—. Quiero que sepas que anoche no le hice daño a nadie. Me fui. Hice lo que Hamish me pidió, pero no luché. —Se levantó el chubasquero por un lado para mostrarle el moretón, pero James no se giró, ni siquiera cuando oyó el nailon crujir—. Dejé que me pegaran y me pisotearan y ni siquiera me defendí.

—Eso no te hace menos cabrón.

Idiota. Débil. Mentiroso. Maricón. Cobarde. Chulo. Cabrón.

Mungo quería decir que lo había hecho por James. Lo había hecho para que Ha-Ha no le hiciese daño, para que dejase en paz a la única persona que Mungo amaba de verdad. Pero ¿qué sentido tenía a estas

alturas? Si total, ya no había vuelta atrás. Mungo lo intentó una última vez; las palabras escaparon con suavidad de sus labios, como un suspiro.

—Por favor.

James no lo miró.

Mungo cogió la mochila y se dio media vuelta con intención de marcharse. ¿Adónde iría ahora sin James? A ninguna parte. Se quedaría con Ha-Ha, se mantendría a su lado para que nunca sintiera la necesidad de hacerle daño al católico, para que nunca sintiera la necesidad de prenderle fuego.

—Me gustaría no ser así, James. Pero sé que no tengo remedio. Y tú no tienes que ser como el Mariposón. Ashley es una chica guapísima, y es genial que tu padre te quiera. Todo eso es genial. Pero te he mentido. Sí estoy celoso.

Varios chuchos estaban olisqueando la hierba de los alrededores del palomar. Los ancianos, con los ojos emboscados bajo sus gorros, andaban cerca de los perros, silbándoles bruscas órdenes. Todo seguiría igual que siempre.

—No. Te equivocas. No me quiere. —James se dio la vuelta y entornó los párpados al exponerse a la luz—. Ni siquiera me conoce.

La compacta base de maquillaje de Jodie se parecía a una costra bajo el sol de la mañana. La piel de la sien se había vuelto morada por la sangre. Tenía pesadas bolsas en los ojos, y un lado de la cara se le había inflamado por dentro y por fuera.

—¡Joder!

James atravesó los cristales antirratas y sujetó la cabeza de Mungo entre sus manos. La inclinó como si fuese una paloma gris. Sus ojos comenzaron a sondearle las heridas, con los dedos retiró el labio inferior para comprobar el estado de los dientes.

—Ssssttt. —Mungo esbozó una mueca de dolor.

—¿Dónde te duele?

No sabía ni por dónde empezar.

—En ningún sitio. Estoy bien.

James le levantó el chubasquero hasta el pecho. Vio huellas de

talones bajo la pomada, aún estaban formándose, oscureciéndole la pálida piel; lo tocó con suavidad.

—Joder, esto tiene que doler un huevo.

—No le hice daño a nadie. Nunca haría algo así.

James dio una vuelta alrededor de él escrutando cada centímetro de su desvaído torso, recorriendo con los dedos los contornos de su dolor. Mungo intentaba reírse para quitarle hierro.

—Los católicos. Todo el mundo se cree que son los buenos de la película, y mira tú.

James se frotó los ojos con los nudillos. No dejaba de repetir «vale» una y otra vez, como si estuviese rezando. Estaba palidísimo. Se quedó así —pensando, rezando— durante un buen rato.

—A la mierda. Vale, vámonos.

Para su propio pesar, Mungo negó con la cabeza.

—No, no quiero ser egoísta. Aquí estarás bien. Puedes irte a trabajar a las plataformas. Tener hijos con Ashley.

James agarró con sus manos la cabeza de Mungo.

—Es demasiado tarde.

Mungo arrugó el dolorido rostro. Luego sonrió, un destello trémulo y fugaz.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Acarició con los pulgares el labio inferior de Mungo—. Creo que tengo ahorrado más que suficiente. Podemos ir al norte y alquilar una caravana todo el verano. Seguro que encuentro trabajo. Estaremos bien.

Los vejetes de los perros miraron en dirección a ellos. Los chicos, iluminados por la primera luz del día, se separaron. Se colocaron a la respetable distancia de un brazo y se pusieron a sonreír y a carcajearse como locos. James se arrodilló, sus ojos iban de un lado a otro mientras pensaba en todo lo que tendrían que organizar.

Mungo se sentó en la hierba a su lado. Empezaron a castañetearle los dientes. Estaba transido de dolor y el calor de su cuerpo se escapaba por las contusiones del costado. James se quitó el jersey Fair Isle que llevaba para dejárselo a Mungo y antes lo ayudó a despojarse del

chubasquero. Aparte del crema con matices dorados, los colores de la avena y la aulaga, de cerca la lana tenía mil tonalidades diferentes: el azul campanilla, el marrón musgoso, incluso un rosa punk ácido. Mungo necesitaba tiempo para estudiarlo a fondo, todos esos detalles en los que nunca había reparado. El calor corporal de James le había dado vida al jersey y Mungo lo sintió en todo su ser. Mordisqueó el puño derecho y la lana crujió entre sus dientes. Eso lo calmó.

—¿Mejor? —James lo ayudó a ponerse de nuevo el chubasquero y le cerró la cremallera hasta arriba, con cuidado de no pellizcarle la barbilla.

Mungo se recostó sobre la blanda mochila, de repente se sintió muy aliviado, pero también exhausto, más de lo que pensaba. Dejó que el tenue sol lo arropase.

—¿Hoy?

James negó con la cabeza.

—Mañana quizá. Tengo que ir a Cranhill a ver a Mac Munroe. Seguro que querrá comprarme el palomar. Lleva mucho tiempo detrás de mis palomas premiadas. Entre las jaulas y los pájaros podría sacarme unas cuatrocientas libras. Nos vendría muy bien.

James volvió al palomar a entrenar a las palomas y Mungo se quedó tumbado en la hierba, sintiéndose mal por sus ridículos ahorros. Luego James regresó junto a Mungo con la petaca y los sándwiches y compartieron el desayuno mientras las palomas volaban en círculos. El dulce té con leche le alivió un poco el corte de la boca. Hoy no irían al instituto, tampoco mañana. Hicieron listas de cosas que querían llevarse. Algunas útiles, como vendas, encendedores, sacos de dormir; y otras no tanto: un radiocasete «loro» portátil, latas de pudin de arroz Ambrosia, y el traje de luto de James, por si a los granjeros les daba por hacerle una entrevista formal de trabajo. Después se tumbaron bocabajo, al solecito, sin nada más que decir, felices ante la perspectiva de tener un futuro juntos. James deslizó la mano por la hierba y le levantó el jersey a Mungo. Le acarició los suaves vellos de la base de la columna. Mungo cerró los ojos.

—¿Crees que le caeremos bien a la gente?

—¿En Ardnamurchan? No sé; en realidad, no tenemos que caerles bien. Con que nos dejen en paz es suficiente. Allí no vive casi nadie, no creo que tengamos ningún problema.

Ninguna mujer mirando por las ventanas. Ningún chismorreo en el rellano del piso de abajo. Ningún Ha-Ha intentando convertirlo en un hombre hecho y derecho. Ninguna Jodie queriendo que madure, que sea adulto. Mungo no era capaz de imaginarlo siquiera.

—¿Se lo dirás a tu padre?

—Sí. Ya tengo la carta escrita y todo. La escribí el año pasado después de la paliza que me dio por lo del teléfono. —James, después de asegurarse de que ningún anciano los miraba, le acarició a Mungo la base de la columna.

—¿Se lo vas a decir a Mo-Maw?

Mungo se quedó pensativo.

—No. Se lo diré a Jodie. Ella sabrá cómo decírselo a Hamish y a Maureen. Además, seguro que no quieren saber nada de mí en cuanto se enteren de lo que soy.

—Igual Jodie sí. —James confiaba en la legendaria bondad de su hermana. Cosa que dejaba en buen lugar tanto a ella como a él—. A lo mejor algún día podremos decirle dónde estamos.

—Sí. A lo mejor.

—Mungo, ¿sabes que nunca podremos volver aquí? En cuanto se enteren, nos pondrán a parir como al Mariposón, seremos igual de malos que él.

Algún día, Mungo se lo contaría todo, pero, por ahora, lo único que le dijo fue:

—En realidad, el Mariposón no es mal tío. Y nosotros tampoco.

—Entonces ¿no vas a acabar tus días comprando en el paquistaní de la esquina, preparándole sopita a Mo-Maw, deseando que llegue el buen tiempo para ver a los basureros sin camiseta?

Mungo sonrió, la saliva se le acumuló en un lado de la boca.

—Para ser católico tienes una mente muy sucia, eh. Todavía has de disculparte por las barbaridades que me has dicho.

—Solo quería mantener a los protestantes a raya. Que os creéis los

amos de la ciudad.

—Claro, claro, lo que tú digas, capullo. —Mungo se rio mientras le retorcía la oreja a James.

James le apartó la mano. Miró hacia las revoltosas aves del cielo. La paloma de otro hombre apareció en el horizonte. Su plumaje amarillo pálido contrastaba con las nubes gris ceniza, pero, de vez en cuando, la luz del sol la hacía brillar como el oro. Uno de los palomos de James comenzó a rondarla, uno bravucón, pequeño y regordete al que llamaba Ricardo Barrigón de León. La pareja desapareció tras los bloques de viviendas y, en ese momento, James supo que lo había perdido para siempre. Esto lo habría destrozado unas horas atrás, pero ahora resopló y se sintió extrañamente feliz por Ricardo. Se rio para sí.

—¿Sabes? El otro día caí en una cosa. ¿Te acuerdas de lo que te conté del Party Line? Pues resulta que yo había empezado a llamar mucho antes de que mi madre muriera.

—Sí. ¿Y?

—Pues que ella llevaba meses viendo las facturas. Seguro que sabía qué eran esos números y pagó sin más. Nunca dijo nada. Ni una palabra.

Mungo tardó un momento en darse cuenta de lo que James quería decirle.

—Ah. Sabía lo tuyo. Pues qué guay, ¿no?

James silbó a las palomas.

—Sí, tío.

Mungo se alejó de la cara de James. La luz del sol le estaba calentando el cogote y quería sentir cómo los rayos le besaban la otra mejilla.

—Imagínate. La semana que viene, a esta misma hora. Se acabó John Donne.

—¿Quién?

Los suaves dedos de James recorriéndole la columna lo estaban adormilando.

—No importa.

El sol seguiría brillando. Los chicos cerraron los ojos.

Mientras los chicos observaban a los pájaros sobrevolar el barrio, Hamish había llegado al palomar desde el parque; se había colado por los barrotes que le faltaban a la verja de hierro. Como un perro sabueso, tuvo el instinto de comenzar en el punto más ancho e ir barriendo hacia dentro, acorralando de este modo a la presa en su propia casa.

Esa misma mañana había ido al piso a buscar a Mungo y se había encontrado con Mo-Maw sentada a la mesa de la cocina con la cabeza entre las manos. La noche anterior había sido un borrón difuso de adrenalina con destellos blancos y verde esmeralda, escupitajos y sangre. Pero por encima de todo recordaba la imagen de su hermano pequeño tirado en el suelo, ahogándose en su propia sangre, mientras un alborozado feniano le asestaba una patada tras otra. Cuando Hamish vio la ropa ensangrentada de Mungo tirada en el pasillo y luego se encontró a su madre llorando en la mesa, se imaginó lo peor. Después de zarandearla, Mo-Maw alzó la mirada. Y gritó.

Por un momento, Hamish se había olvidado incluso de su propia cara destrozada. Los gritos de Mo-Maw hicieron salir a Jodie de su dormitorio. La muchacha apareció en la puerta de la cocina con un mechón de pelo enroscado a un rizador eléctrico de cuyo cable colgaba el enchufe de la pared, que había arrancado con el susto. No era habitual que Jodie se quedase sin palabras. Miró fijamente a Hamish, observó el vendaje empapado en sangre mientras un largo tirabuzón chamuscado se desprendía del rizador y caía en su mano.

Mo-Maw tenía resaca, no era por Mungo por quien había llorado, creía que su benjamín seguía acostado. Hamish se rio de su propia estupidez.

Hamish no proyectó ninguna sombra. Mungo no sabría decir qué instinto le hizo levantar la vista de la crecida hierba, qué cambio en el aire lo llevó a mirar por encima del hombro. Pero cuando se giró de costado, Hamish estaba allí, frente a ellos, con gotas de sangre bajándole por el cuello.

Mungo pensó que era demasiado temprano para que su hermano estuviese despierto, demasiado temprano para que el padre de un bebé anduviese merodeando por ahí. Pero allí estaba, con una botella de refresco llena de gasolina en la mano.

Una expresión de repugnancia le surcaba el rostro y los dientes le rechinaban por el speed. Tenía el lado izquierdo de la cara cubierto por un enorme vendaje blanco, pero la pomada y la sangre coagulada se filtraban a través de la fina muselina adhesiva. El contorno del apósito parecía una media sonrisa, como una de esas ilustraciones de carnaval que pueden ser una cara alegre o triste según el lado por el que la mires. A Hamish le habían rajado la cara con un cúter oxidado, desde el lóbulo de la oreja hasta la comisura izquierda de la boca, cortándole casi todas las capas de la piel. Debían de haberle cosido la herida en el Royal Infirmary, seguramente había pasado allí casi toda la noche. Después se metería una raya de speed y se había ido directamente al palomar sin haber pegado ojo en toda la noche. Los puntos se le estaban saltando.

—Creía que estabas muerto, joder. —Los ojos le echaban chispas.

—Hamish, no es lo que crees. —Lo único que le preocupaba a Mungo era qué había visto y qué había oído.

Había lágrimas reales rodando tras las gruesas lentes de su hermano. Fue este detalle lo que más asustó a Mungo. Hamish estaba moviendo la cabeza de lado a lado, como resistiéndose a creer lo que acababan de ver sus ojos. Los dos chicos tumbados, uno al lado del otro, sobre la hierba. La mano del feniano haciéndole cosquillas en la espalda a su hermano. Hamish gimoteó una única vez.

—No, Mungo. Tú no eres uno de ellos. Tú no, Mungo, tú no, me cago en Dios.

La mano de James —los mismos dedos suaves que acababan de acariciar la piel de Mungo— estaba en la hierba, soportando el peso de su propio cuerpo. Hamish se acercó y puso la bota encima. La pisó dos veces, concentrando toda la fuerza en el talón, la gruesa suela de sus Doc Martens emitió un terrible crujido. James se giró a un lado aterrorizado, blanco como el papel. Se hizo un ovillo para protegerse y

sostuvo sus dedos rotos con la otra mano. Mungo fue hacia él.

James tenía la boca abierta, pero no emitió ningún sonido. Comenzó a arrastrarse hacia atrás, lejos de Hamish, tratando de alcanzar el palomar. Hamish se levantó las gafas y se enjugó los ojos humedecidos. Observó al feniano y luego a Mungo. Un destello de alivio brilló en su mirada. Había encontrado la respuesta que necesitaba, aunque no fuese la verdad.

—Claro. Ahora lo entiendo. Este hijo de puta te ha engañado, ¿no? Seguro que al muy guarro le gusta meterles mano a los niños. Católico tenía que ser. Todo por culpa de los putos curas.

Hamish cruzó por la hierba en dirección a James. Era lo que quería creer. Era mucho más sencillo que enfrentarse a la verdad: que Mungo se había acostado con ese chico y que lo había disfrutado plenamente, que había soñado con su aliento azucarado, que había tenido su pene en la boca, que había hundido la nariz en la raja entre sus doradas nalgas, que habían restregado sus cuerpos desnudos en una bañera de agua fría hasta que salieron burbujitas. Hamish no podía ser el hermano de un desviado. No podía ser el hermano de un maricón.

—Eres un puto pederasta.

James Jamieson hizo entonces algo extraño. Dejó de intentar huir.

El joven asintió solo una vez, muy débilmente, como si se hubiese tragado una píldora a palo seco, sin leche ni nada. Luego miró a Mungo y la comisura izquierda de su boca se movió en señal de aceptación de lo que vendría a continuación. «Lo entiendo. No pasa nada».

Cuando Mungo comprendió aquel intercambio tácito de información, su hermano había alcanzado ya a James.

—¡No! Hamish. ¡No lo hagas!

La primera patada le impactó en la parte inferior de la barbilla. Le rompió la suave piel y los dientes. La segunda aterrizó en mitad de la cara provocando que un chorro de sangre le brotase de la nariz. James dejó de moverse. Se quedó tumbado, trigo y carmesí a la luz del sol, con la cabeza inclinada hacia atrás y los brazos abiertos, como un santo esperando la ascensión. Mungo seguía de rodillas, con las manos unidas como si rezara. Hamish solo había necesitado dos patadas para acabar

con James Jamieson.

Hamish no dejaba que su hermano se acercase. Mungo consiguió esquivarlo y se arrodilló junto a James, pero Hamish lo agarró al instante del pelo y lo apartó a un lado.

Luego desenroscó el tapón de la botella de refresco y roció a James con gasolina. El líquido salía a borbotones. Mungo embistió con el hombro contra el abdomen de Hamish y lo derribó. Empleó toda la fuerza que le quedaba para alejar a su hermano del cuerpo de James. Trató de luchar, pero Hamish era más fuerte, más rápido. Lo obligó a arrodillarse, luego le puso la bota en las costillas y Mungo quedó indefenso como un ternero recién nacido. Con la mano derecha le retorció el pelo con saña, y con la izquierda lo agarró por el jersey y lo fue arrastrando a cuatro patas en dirección al barrio.

—Reacciona, joder. Te he salvado, Mungo. Ya me lo agradecerás algún día. Te he salvado.

Al principio, Mungo se dejó arrastrar, se alegró de cada paso que ponía entre su hermano y el cuerpo de James. Pero cuando llegaron a la acera, Hamish se detuvo y le gritó al católico:

—Volveré. Todavía no he terminado contigo, hijo de puta.

Mungo se retorció con fiereza. Usó las uñas para perforar el dorso de la mano de su hermano, pero Hamish se las sabía todas. Le clavó repetidas veces el codo en el moretón de la cara hasta que a Mungo no le quedó más alternativa que someterse. Hamish siguió llevando a su hermano a rastras, deteniéndose de vez en cuando para zarandearlo y pedirle que dejase de llorar.

# 25

Resultó ser un día precioso. Los rayos de sol llenaban de vida las aguas del lago mientras Mungo ayudaba a Gallowgate a arrastrar al muerto hasta el campamento. Se les caía constantemente al suelo, el huesudo cuerpo de San Christopher salía rodando y desaparecía bajo las colas de caballo. Cada vez que lo recogían, Gallowgate le limpiaba el barro de su piel cetrina. Una expresión de genuina congoja se había grabado en el rostro de Gallowgate mientras remolcaban a su amigo por aquella alfombra de musgo. Mungo era incapaz de mirar el cuerpo. Deseó que tuviese los ojos cerrados.

Metieron a San Christopher en la tienda grande; Gallowgate insistió en adecentarlo todo lo posible. Los pantalones de tweed, que estaban empapados, se enganchaban al suelo y no había forma de introducir al muerto del todo sin que la tienda se derrumbase, así que se quedó con las piernas fuera de rodilla para abajo. Después Gallowgate arrancó algunas matas de brezo púrpura y las esparció sobre el pecho de su amigo.

Mungo buscó ramas secas con las que hacer un fuego mientras Gallowgate se ventilaba tres latas de cerveza, una tras otra, sin mediar palabra. No halló ni un solo tronquito seco, la fogata tardó en prender y expulsaba mucho humo, pero las tristes llamas bastaron para calentar dos latas de raviolis. Mungo se sentó frente al fuego y observó a Gallowgate entregarse a la bebida; después de arramblar con todas las cervezas, apuró todos los restos de whisky que quedaban.

—Él cuidaba de mí en la cárcel. —Gallowgate le estaba hablando al fuego—. Era muy generoso conmigo. Siempre me daba sus colillas cuando se me acababa el tabaco.

A Mungo no le parecía un gran gesto de generosidad ceder las colillas a alguien. Pero Gallowgate parecía conmovido por lo que estaba

diciendo.

—Al principio, en la cárcel no me hablaba nadie, solo Chrissy. Desde el primer día, él fue mi colega.

—¿Y cómo era estar en Barlinnie? ¿Era muy duro aquello? —Mungo tenía curiosidad por saberlo. Trató de no mirar los pies del muerto.

—Yo qué sé, era una cárcel. Tenía cosas buenas y malas. Estábamos hacinados, dos hombres por celda, había que comer en la cama. Nos tenían a todos encerrados en el mismo pabellón. A todos los delincuentes sexuales. El alcaide nos quería rehabilitar. Nos dejaba organizar actividades, hasta nos dio un hervidor amarillo para hacernos té. Creo que nos estaban estudiando.

—¿No os separaban?

A Mungo aquello no le parecía bien. ¿Qué clase de castigo era encerrarte con gente a la que le gustaba lo mismo que a ti? Se acordó de los chicos de primero. Todos los otoños se volvían locos con las pegatinas de fútbol. Formaban corrillos y realizaban juiciosos trueques y negociaciones con ellas, moviéndose como una única masa enorme.

—No. Nos ponían juntos. La verdad es que algunos eran auténticos monstruos. Hombres que habían descuartizado a jovencitas con sus vestidos de Pascua. Otros no me dejaban en paz en toda la noche. —El último trago de whisky descendió por la garganta de Gallowgate. Luego enterró la barbilla en el cuello de su cazadora y se quedó mirando los pies del santo—. Pero Chrissy era distinto. Su padre era dueño de una carnicería muy famosa que hay en Paisley Road. Estuvieron ahorrando unos cuantos años y abrieron una segunda tienda un poco más abajo, en Govan. Chrissy iba a ser el encargado.

—¿Y qué pasó?

—Estuvo allí un tiempo, y lo hacía muy bien. Había aprendido de su padre el arte de vender, y, como tenían dos tiendas, la calidad de la carne era mejor y los precios un poco más bajos. Les iba de lujo.

—Entonces ¿por qué tenía esa pinta de pordiosero?

Gallowgate fulminó a Mungo con la mirada.

—Ojo con lo que dices.

Ninguna disculpa salió de los labios de Mungo. Volvió a hurgarse las

picaduras de mosquitos.

—Bueno, ¿y qué pasó con la carnicería?

Gallowgate se encogió de hombros.

—Lo trincaron por un chaval que trabajaba con él los fines de semana. Tenía once años, se encargaba de fregar las bandejas, y a Chrissy le hacía tilín. El padre del crío trabajaba para Chrissy y el chaval iba unas cuantas horas a hacer repartos y cosas así. Chrissy se pensaba que el chico estaba por la labor. En fin, el pobre no se pudo contener.

Mungo descubrió que ahora sí podía mirarle los pies. El miedo de antes se había alejado de su mente; de pronto, ya no se sentía tan mal. Era como si hubiese barajado las cartas: el remordimiento había quedado debajo del montón, y algo parecido al alivio, encima. San Christopher había sido un mal hombre.

—¿Crees que ahogarse duele? —Mungo tenía que saberlo.

—¿Cómo coño quieres que yo lo sepa? Se diría que se ha partido la cabeza o algo. Lo que no sé es si le pasó antes de ahogarse o después.

Mungo notó que se le relajaban las vértebras después de conseguir respirar a pleno pulmón por primera vez desde que habían hallado el cuerpo. Se fijó en que las suelas de los zapatos de San Christopher estaban más desgastadas por el interior del puente del pie; el santo tenía los pies zambos.

—Entonces ¿no sabes cómo murió?

Gallowgate negó con la cabeza.

—No. La única persona que podría decirlo con seguridad es un forense. Tendrían que abrirlo y mirar dentro.

Mungo asintió aunque no entendió gran cosa.

—Y después de eso, ¿crees que habría algún problema? Solo es un viejo que se ha ahogado, ¿verdad? Podríamos dejarlo aquí y ya está. Nadie iba a molestarse en buscarnos, ¿no?

—No. —Gallowgate lo miró fijamente largo rato y luego resopló ante la ingenuidad del chico. Había olvidado que estaba hablando con un niño—. No funciona así. En cuanto descubran que hay un delincuente sexual muerto en medio de la nada, empezarán a investigar.

—¿Por qué? —No tenía sentido para Mungo: que el hombre del saco estuviese muerto debería ser una bendición.

—Porque cuando uno de nosotros aparece muerto, quieren saber quién fue la última persona con la que estuvo. Bueno, más bien, quién fue el desgraciado con el que estuvo. —Gallowgate se estaba poniendo nervioso—. No quiero volver a la cárcel.

Mungo se desplomó sobre una de las rocas musgosas y cerró los ojos. Se sentía vacío y, al mismo tiempo, invadido por un aluvión de sentimientos enmarañados. Tenía que volver a casa. ¿Qué dirían de él ahora? Ahora era un tipo duro, mucho más de lo que Hamish podría imaginar. Ya no era el niño tímido del tic en la cara. Ya no era el amante mariquita del feniano, el chaval que no sabía pelear. Estos hombres habían entrado en su cuerpo a la fuerza. Y él había matado a uno de ellos. Lo había ahogado después de golpearle con una piedra. Era una sensación extraña, saber que él era más hombre de lo que Hamish sería jamás, y menos a la vez. Tenía que volver a casa. Nunca podría volver a casa.

Su madre lo había entregado a un par de pederastas con una mochila llena de viejos tebeos y un parchís: diversión garantizada para toda la familia, para niños de entre seis y catorce años. Ella creía que lo convertirían en un hombre de verdad, que lo llevarían por el buen camino, que le enseñarían cosas que un padre debería haberle explicado, cosas de las que ella misma podría haberse hecho cargo de haberlo intentado, cosas que nunca necesitaría saber si se pasaba toda la vida en Glasgow, que es lo que haría al final, porque es lo que hacía todo el mundo que Mungo conocía.

El rostro de Mungo volvió a humedecerse de lágrimas. Gallowgate se acercó, lo rodeó con sus brazos y le besó el nacimiento del pelo.

—Podemos arreglarlo. Podemos llevar el cuerpo al lago y hundirlo.

Las latas de raviolis empezaron a burbujear y Mungo aprovechó la ocasión para zafarse del abrazo de Gallowgate. Se agachó como un mono enfurruñado. Puso la lata hirviendo en el suelo y comenzó a sacar las almohaditas de pasta una a una. La salsa le quemaba los dedos, pero no se detuvo.

Al otro lado del lago, el sol del mediodía bañaba los *munros*. Los parches de nieve estaban moviéndose. Mungo los observó desplazarse por la afilada cresta de un peñasco antes de darse cuenta de que se trataba de un desorganizado rebaño de ovejas en busca de la hierba verde y tierna que crecía entre las rocas. Cuando encontró la cámara desechable entre las cosas que llevaba en el bolsillo del chubasquero, giró con el pulgar la ruidosa rueda del carrete y trató de fotografiar la nieve errante. Luego giró otra vez el carrete e intentó tomar una foto de Gallowgate. El hombre siseó y se tapó la cara con las manos. Daba igual: un chorrito de agua de río brotó de la carcasa de plástico.

Mientras comían, Gallowgate se mostró muy interesado por saber qué cosas diría Mungo —y cuáles no— cuando volviesen a Glasgow. Tardaron un buen rato en ponerse de acuerdo con la historia que debían contar; cada vez que Gallowgate soltaba una trola, el chico sentía como si tuviese un anzuelo en la boca. El hombre estaba usando un tono de voz que Mungo no había oído desde aquella noche en la tienda. De nuevo parecían colegas de toda la vida, los dos unidos contra el mundo.

—Entonces ¿qué le contarás a tu familia de este fin de semana?

Mungo dejó de masticar.

—Que me lo he pasado bien. Que me ha encantado el lago. Y que he visto muchas colinas.

—No, quiero decir, ¿qué dirás de nosotros? De lo de Chrissy y tal.

—¿Qué quieres que diga?

—Di que nos hemos portado de puta madre contigo. Que te hemos enseñado a encender un fuego, a pescar. Y que me he gastado el cheque de dos semanas enteras para venir aquí. Eso, di eso. —Gallowgate extrajo con la lengua algo cartilaginoso que tenía detrás del labio inferior—. Cuando te pregunten, ¿dónde dirás que has dormido?

Mungo señaló con la cabeza hacia la tienda de campaña —o lo que quedaba de ella— para dos personas.

—No. Mejor di que dormiste en la individual. Deja muy claro que esa tienda era para ti solo. Di que al principio te daba miedo, que de noche, con los ciervos y la lluvia y tal, te jiñaste de miedo. —Ululó como un

búho triste—. Pero que le echaste huevos y se te pasó. Eso, tú di que tenías una tienda para ti solo.

—De acuerdo.

—Entonces ¿qué les dirás?

A Mungo le tembló el ojo. Estaba empezando a enfadarse un poco. Pero Gallowgate no lo dejaría en paz hasta que respondiese.

—Diré que dormí en una tienda de campaña, junto a la orilla del lago, yo solo. Que hacía frío por la noche. Que pasé mucho miedo. —Su voz era tan plana como una carretera recién asfaltada.

Gallowgate se sacó restos de comida de una muela y los lanzó a los guijarros de un capirotazo. No le gustó el tono anodino de Mungo. Lo miró con los ojos entornados tratando de descifrar si el chico estaba bromeando o no.

—Háblales del corzo ese tan grande que vimos. Seguro que eso les llamará mucho la atención. Y de los castillos… A las madres les encantan los castillos.

—Vale.

—¿Y qué vas a decir de los moretones?

Mungo se encogió de hombros.

—Seguro que ni se fijan.

—Bueno, si lo hacen, di que te caíste. Con el deshielo, las piedras resbalan mucho. Di que pisaste mal y que te caíste de bruces contra una roca. A lo Humpty Dumpty.

—Muy bien.

Luego se quedaron un rato en silencio. Era inútil molestarse en masticar una comida tan blanda, Mungo se limitó a darle vueltas en la boca hasta convertirla en papilla. Gallowgate no le quitaba ojo.

—Mira, hacerse la víctima no sirve de nada.

—¿Qué quieres decir?

—No soy tonto, chaval. Cuando llegues a casa, lo mismo te da por inventarte historias para darle pena a la gente. —A Mungo le costó tragar el siguiente bocado—. La compasión sienta bien al principio, seguro que te dan un abracito y un plato de comida incluso. Pero se pudre enseguida y apesta.

—De acuerdo.

Gallowgate se acuclilló; una gota de saliva le brillaba en el labio inferior.

—Pero que sepas una cosa: la gente a la que se lo digas no volverá a mirarte de la misma manera. Tu madre se sentirá fatal. Se tomará un trago y se lo contará a alguien para desahogarse. Es lo que hacen las mujeres; no se puede confiar en ellas, siempre lo cuentan todo. Entonces esa persona se lo dirá a otra, y esa otra a otra más, y cuando te quieras dar cuenta, todo el barrio sabrá que te has dejado follar por dos extraños en mitad del bosque.

—Pero eso no fue lo que pasó.

Gallowgate pareció sentir lástima por el chico.

—Ya. Pero ¿es eso lo que quieres que piense la gente?

Mungo negó con la cabeza.

—No.

—Porque eso es lo que van a pensar. —Gallowgate señaló con el pulgar en dirección al santo muerto—. Además, si los Hamilton llaman a la policía, entonces tendremos que explicar esto.

Mungo tenía hambre, pero no podía comer más. Después de un rato, dejó de llorar en silencio. Volvió la cara hacia el lago y se enjugó los ojos discretamente.

—¿Y si sale en el periódico la foto de San Christopher?

Gallowgate respondió con una risa triste.

—Nadie va a poner su foto en el periódico. Nadie lo va a echar de menos. —Agitó una a una las latas de cerveza hasta comprobar que todas estaban vacías. Se quedó observando a Mungo, una mirada amenazadora y oscura, antes de preguntarle—: Entonces ¿cuánto tiempo exactamente llevas mintiéndole a tu madre?

Mungo estaba confuso.

—Yo no miento.

—Venga ya. —Gallowgate parecía irritado de repente. Se frotó las palpitantes sienes, debían de estar pidiéndole a gritos un trago más—. ¿Y lo del feniano, qué? ¿Me vas a decir que no eres maricón?

—Yo no…

—¡Ves! Ahora mismo estás mintiendo.

Mungo tenía las caderas agarrotadas por el frío y, al incorporarse, hizo una mueca de dolor. Se alejó del hombre y se acercó al débil fuego.

—Hace un minuto querías que mintiera.

Gallowgate resopló. Todo el almíbar de su voz se había evaporado.

—Sí, eso se te da muy bien. No te lo puedo negar.

No, mentir no se le daba bien, pero ya no tenía más ganas de discutir. Se rindió, como siempre hacía, y se encogió de hombros.

Gallowgate arrojó a sus pies una piedra cubierta de musgo.

—Entonces ¿vas a contar bien la historia?

Mungo vaciló, no porque quisiera plantarle cara —sabía que no sería capaz de digerir la mirada de Mo-Maw si alguna vez le dijese la verdad —, sino porque estaba cansado. La volátil mente de Gallowgate era demasiado rápida para él. Estaba cansado de sus idas y venidas, de sentirse como un perro atado a una correa que no deja de dar tironazos. Estaba cansado del húmedo frío que emergía del lago, de los desvencijados zapatos de cuero que sobresalían de la tienda. Mungo miró a los ojos de Gallowgate por primera vez aquella tarde y vio que, allí, en el centro de su frente, había una leve arruga, un destello de duda, de miedo quizá. Mungo se alegró. Se quedó callado medio segundo más saboreando la sensación.

—No se lo diré a nadie. Te lo prometo.

—Mungo, Mungo —suspiró. El rostro del hombre mudó nuevamente de expresión; ahora miraba al chico con profunda tristeza—. Te lo he dicho, no pienso volver a la cárcel, ni de coña.

Gallowgate se manchó el dorso de la mano de salsa roja al meterse el último ravioli en la boca. Luego estuvo un rato lamiéndose la palma y atusándose el corto y enhiesto flequillo. Tenía la mirada desenfocada, parecía estar absorto en sus pensamientos. Mungo se quedó paralizado hasta que Gallowgate se puso en pie de un salto.

—Vale. Necesito piedras, busca piedras que pesen pero que no sean muy grandes, que quepan en los bolsillos y en el forro del abrigo. —Gallowgate señaló hacia las silenciosas aguas—. A unos cinco o seis

metros de la orilla empieza una pendiente enorme; a partir de ahí, el lago tiene una profundidad de mil metros o así. —El chico debió de arrugar el ceño porque el hombre añadió—: No te preocupes, no hay ningún monstruo en este lago.

Mungo no lo creyó. Se alegró de darle la espalda a Gallowgate. Escocia estaba hecha de rocas astilladas, así que no tardó en erigir una enorme montaña de piedras. Gallowgate sacó al muerto de la tienda, lo arrastró al lago y empezó a llevarlo hacia el fondo, como si fuese a bautizarlo. Mungo lo seguía de una forma casi reverencial, cabizbajo y con los brazos llenos de ofrendas. Gallowgate avanzó unos seis metros antes de tener que inclinar la cabeza hacia atrás para poder respirar.

—Date prisa —le ordenó—, llénale los bolsillos, venga, corre.

Mungo fue metiendo las piedras por la cintura de San Christopher, en el bolsillo de la chaqueta, en los pantalones. Gallowgate le indicó que fuese a por más, y Mungo volvió a la orilla a por otro cargamento. Luego introdujo el último guijarro en la boca abierta del santo.

El rostro de Gallowgate estaba crispado por el esfuerzo, tenía los labios azules, desprovistos de sangre. El muerto debía de pesar un quintal con tantas piedras. De repente, Gallowgate se hundió bajo el agua y Mungo lo imaginó dándole al cuerpo del santo un último empellón hacia la nada. Después de algunas burbujas, las aguas recuperaron su quietud. En la mente de Mungo, las brillantes cataratas de los ojos de San Christopher se alejaban rumbo a la oscuridad.

Gallowgate salió a la superficie sin nada entre los brazos, escupiendo y resoplando, estaba congelado. De regreso a la orilla, Mungo oyó cómo le castañeteaban los dientes. Cuando el agua les llegó por debajo del pecho, Gallowgate agarró al chico por la muñeca.

—Espera. ¿Te sabes alguna oración?

—No.

Tiró de Mungo y lo abrazó como si quisiera robarle todo el calor de su cuerpo. Mungo apoyó las manos en el pecho de Gallowgate. No quería su afecto. Pero Gallowgate lo sujetaba con fuerza. Entonces el hombre intentó darle un beso.

—Por favor, déjame ir a casa.

Gallowgate lo miró profundamente a los ojos. La sinceridad de lo que dijo después fue perturbadora:

—Mungo, quiero que sepas que Maureen no dijo nada malo de ti. Lo que te conté el otro día no era verdad. —Mungo se sentía demasiado vacío como para que eso le importase ahora—. Dijo que te puso el nombre de un santo y que nunca le diste ningún motivo para arrepentirse de ello. Dijo que eras el niño más bueno y más cariñoso del mundo.

Mungo sintió cómo sus pies abandonaban el suelo cuando Gallowgate lo abrazó y empezó a besarle el cuello y a susurrarle entre gimoteos que lo sentía. Sus labios recorrieron el mentón y la mejilla del chico hasta dar con la suavidad de sus labios. Mungo creía que estaba disculpándose por todas las cosas terribles que habían ocurrido, por el dolor infligido, por el cuerpo muerto. Pero, entonces, Gallowgate lo besó a la fuerza, le rodeó la garganta con las manos y lo hundió bajo el agua.

Bajo la superficie del lago reinaba una calma asombrosa.

Mungo abrió los ojos; el agua era tan clara que podía ver la tensión en el rostro de Gallowgate, los fibrosos músculos sobresaliendo de su cuello tatuado mientras intentaba ahogarlo. El aire del chubasquero lo impulsaba hacia la superficie, pero los puñetazos de Gallowgate —en el vientre, en el corazón— lo hundían una y otra vez. Mungo tuvo la sensación de estar solo, el deseo de quedarse flotando en la quietud del lago, con los bolsillos llenos de flores silvestres.

Era una estupidez, pero en ese momento se acordó de la cámara desechable que llevaba en el bolsillo. No había caído en sacarla antes de meterse en el agua. Ya no podría mostrarle a Jodie el hermoso castillo, jamás podría enseñarle a James el esqueleto del carnero. James. Deseaba tanto volver a casa. Hamish, Mo-Maw, Gallowgate, ninguno de ellos importaba ahora; solo quería ver al hijo del señor de la plataforma petrolífera por última vez y besar la rosada y suave piel oculta tras aquellas orejas de soplillo.

Algo que no ocurriría jamás.

Gallowgate dejó de golpearlo. Sus manos volvieron a rodearle la

garganta para obligarlo a expulsar el aire que le quedaba. Mungo apenas era consciente de que agitaba las manos en el aire, intentando alcanzar sin éxito —sus brazos eran demasiado cortos— la cara de Gallowgate. En los últimos momentos le vino la imagen de San Christopher, ahora sabía que ahogarse era abrasador. Qué curioso. También vio al muchacho católico y su beatífica sonrisa mientras su mirada desfilaba a lo largo de su cuerpo.

Mientras Gallowgate intentaba ahogarlo, las últimas bolsas de aire del chubasquero hicieron que el cuerpo de Mungo quedase bocabajo y acabase con los pies apuntando al cielo. Sintió cómo salían del bolsillo la cámara desechable y la lata de cerveza que Gallowgate había arrojado al castillo. Todo estaba del revés, la fotografía escolar de Jodie, el osito de cumpleaños de James. Entonces algo acudió a su mente, algo que había olvidado.

Buscó a tientas la navaja de Hamish. La agarró con fuerza y la hincó en el estómago de Gallowgate. Su mano se quedó allí, pegada al hombre; tuvo que tirar con fuerza para sacarla y clavársela de nuevo en las costillas. El agua del lago estaba helada, pero habría jurado sentir el calor de la sangre del hombre bombeando entre sus dedos. Se movió con violencia de un lado a otro hasta que las manos de Gallowgate le soltaron la garganta. Mungo se quedó flotando en el lago.

No hacía pie en el momento en que recuperó el aliento. Había dejado atrás el cuerpo de San Christopher. Al sentir cómo las corrientes del lago le succionaban las piernas, imaginó al santo invidente emergiendo de las profundidades, rodeándole los tobillos con sus largos dedos. Casi no le quedaban fuerzas. Tal vez sería mejor que se ahogara. Que se rindiese.

De algún modo se fue abriendo paso y, entre brazada y brazada, consiguió entrever a Gallowgate. El hombre estaba saliendo a trompicones del lago, sujetándose el costado con una mano, tenía los vaqueros italianos manchados de un líquido negro. El agua le llegaba por las rodillas cuando se sentó. Se dejó caer de espaldas, como un niño pequeño. Se sacó del bolsillo el paquete de tabaco y, al ver que estaba empapado, lo arrojó al lago. Luego se dio la vuelta y quedó bocabajo.

Podría ser otro truco.

Mungo permaneció en el agua todo el tiempo que pudo y luego siguió nadando como un perro —rodeando a Gallowgate, manteniéndose apartado de él en todo momento— mientras luchaba por llegar a la orilla. Después, muy lentamente, se fue acercando, centímetro a centímetro, entre chapoteos y temblores.

El agua ahora era de un hermoso tono rosado. El hombre tenía media cara dentro. Sus ojos verdes estaban abiertos y la mano derecha se aferraba a una roca, como si fuese a levantarse en cualquier momento. Tardó mucho tiempo, pero finalmente Mungo reunió el valor para acercarse lo suficiente y leer el tatuaje de sus nudillos. «Evan». Se preguntó si ese sería el verdadero nombre de Gallowgate. Tocó al hombre con el dedo del pie. Luego dio un paso atrás y esperó.

Gallowgate seguía sangrando. Su sangre formaba remolinos escarlata en el agua. Era como si una hoguera medieval lo estuviese consumiendo. Mungo se tocó la mejilla y lo contempló arder un rato más.

Mientras buscaba el paquete de tabaco, la cartera de Gallowgate debió de salirse del bolsillo. Mungo la cogió. Casi no tenía dinero, ni tarjetas bancarias ni de crédito, pero en la funda de plástico había un bono mensual de autobús. Mungo observó la foto del ceñudo joven. Leyó el nombre en voz alta:

—Angus Bell.

Escondida en la cartera encontró una tarjeta postal. Era una foto de Angus Bell con un holgado uniforme de presidiario junto a un árbol de Navidad artificial. La esquina inferior derecha estaba decorada con acebo y campanitas, y un mensaje impreso en letras victorianas rezaba: «En estas fechas tan señaladas me acuerdo siempre de ti». Mungo le dio la vuelta. Había un sello de segunda clase, pero ninguna dirección, ningún mensaje festivo.

# 26

La claridad de las tardes de mayo permitía prescindir de los parpadeantes tubos fluorescentes. La luz natural otorgaba un antinatural brillo saludable a los miembros de la comunidad. Una vez que la mesa presidencial dio por iniciada la reunión, los alcohólicos tomaron asiento y empezaron a pronunciar sus declaraciones y asertos. Mo-Maw se sentó justo delante, en el centro, rígida, erguida y seria, el ojito derecho del profesor. Quería demostrarle a Mungo que cualquier persona podía cambiar si se lo proponía en serio.

Mungo se quedó donde siempre, junto al hervidor de té, escuchando a medias el inusual entusiasmo con el que la mesa presidencial repasaba los Doce Pasos. Estaban animados por el cambio de tiempo, alentados por la media docena de caras nuevas y por la gran cantidad de compañeros que habían regresado. Pero su buen humor no era contagioso. Mungo llenó hasta el borde seis vasos de poliestireno de té negro hirviendo. Los colocó en un precario equilibrio en el borde de la mesa plegable.

Skrriit, skriiit, skrriiit, skrit, skrriiiitt, skrit.

Acercó la uña del pulgar al poliestireno, a un centímetro del fondo. Rajó un vaso y después otro, y así hasta llegar al sexto; luego volvió a introducir la uña en la hendidura del primer vaso. Así se distraía, era emocionante ver cuál sería el primero en fallar y abrasarle las piernas.

A su espalda, la comunidad dio la bienvenida a todos los miembros nuevos. Escucharon con paciencia a aquellos que tenían el valor de compartir sus experiencias, hasta que Mo-Maw interrumpió el final del discurso de un hombre y se levantó para contar su historia. Mungo se la sabía de pe a pa.

Skrriit, skriiit, skrriiit, skrit, skrriiiitt, skrit.

—Hola, soy Maureen «Lunes y Jueves», y soy alcohólica.

—Hola, Maureen.

—Con mis más y mis menos, llevo luchando con la bebida unos doce años. Lo sé, lo sé. —Dejó escapar una risita ensayada. «Ahora viene», pensó Mungo—. No parezco tan mayor, pero es cierto. En fin, ¿qué estaba diciendo? Ah, sí, bueno, soy madre soltera. —Leve pausa para la compasión—. Mi marido murió hace casi dieciséis años y he tenido que criar a mis hijos yo sola. Bregar con uno ya es difícil, pero he sido bendecida con tres, y de verdad, no os podéis ni imaginar la trabajera que dan. Nunca tienes un segundo de tranquilidad. No te da tiempo a ayudar a uno cuando el otro ya se ha metido en algún lío. Los chicos son más difíciles, ¿verdad? —Se oyó un leve murmullo de avenencia. Mo-Maw parecía decepcionada por la tibia respuesta. Su voz subió una octava, tenía un leve temblor autocompasivo—. Es difícil criar a un niño sin la figura de un padre; una se esfuerza todo lo que puede, pero a veces las cosas no salen todo lo bien que deberían.

Skrriit, skriiit, skrriiit, skrit, skrriiiitt, skrit.

Mungo apretó un poco más la uña. El cuarto vaso fue el primero en fallar, un chorro de ardiente té negro salió por la hendidura. Le cayó en el muslo y le bajó por la pierna derecha. Apretó los dientes. A renglón seguido, llevó la uña al quinto.

Alguien le rodeó la muñeca con una mano. Nora «Cada Dos Miércoles», que había ido al servicio de señoras, se lo encontró allí haciendo fechorías.

—Pero bueno, ¿qué es este desastre? ¿Tú estás tonto o qué te pasa? Venga, fuera ahora mismo. Largo de aquí —dijo limpiando el desaguisado mientras lo sacaba a empujones.

Mo-Maw no interrumpió su monólogo, pero, al oír el jaleo, arrojó torvas miradas a su hijo por encima del océano de cabezas. Eran como lanzas sobrevolando el campo de batalla.

—¡Ahí está! —Señaló a Mungo con la mano—. Por culpa de él, damas y caballeros, tengo que buscar consuelo en el alcohol.

Cuarenta cabezas se volvieron como una sola para ver con sus propios ojos la carga de esa pobre mujer. Mungo saludó. Ya no le temía a nada.

Cual junta general de jefes sindicales, los miembros de la familia Hamilton estaban gesticulando con frenesí, tratando de hacerse oír por encima del resto. Hamish les contó a su madre y a su hermana lo sucedido mientras Mungo las miraba cabizbajo con los dedos atufando aún a gasolina. Los hechos fueron narrados según la visión de Hamish: el chico feniano, mayor que Mungo, había abusado de su ingenuo hermano menor. El salón enmudeció. Miraron a Mungo con cara de lástima y también de vergüenza, como si fuese un plato de porcelana desportillado y estuvieran decidiendo si quedárselo o no: hay que ver, una cosa tan bonita, echada a perder de esa manera.

Frío como el río Clyde, Mungo observó a los tres reanudar sus gritos, atribuyéndose culpas, enumerando errores, echándose en cara sus respectivas naturalezas egoístas. Cuando Mo-Maw y Hamish se unieron en contra de Jodie por «no haberlo criado bien», esta última deslizó la mano por la repisa de la chimenea y rompió todos los marcos de fotos de la casa.

—Estoy harta de que te creas el ombligo del mundo —dijo Mo-Maw.

Mientras recogían los cristales, Mungo aprovechó para escabullirse por la puerta.

El barro de las rodillas ya se le había secado mientras corría hacia el palomar. Sentía un zumbido en el cogote donde Hamish lo había agarrado mientras lo arrastraba calle abajo. Había rostros asomados en todas las ventanas, los niños se arremolinaban en torno a sus madres, todo el mundo había tomado asiento para presenciar la próxima humillación en la saga de los Hamilton.

Cuando llegó al palomar Mungo estaba sin aliento. Vio la puerta abrirse y cerrarse por el viento y se animó: James estaba allí, herido pero vivo.

Había mucha sangre en el suelo, demasiada como para que Mungo no la advirtiera. La hierba donde pocas horas antes James se hallaba tumbado estaba aplastada, y había fragmentos astillados de sus dientes delanteros brillando en el barro. Mungo los recogió y los metió con

cuidado en el bolsillo del chubasquero.

Pero James estaba en el palomar, todo iría bien.

Mungo sostuvo la puerta batiente con firmeza y escrutó la oscuridad en busca de una fuente de luz broncínea, el pelo dorado que reflejaba los rayos del sol en todos los rincones de la oscura covacha. Pero James no estaba allí. Las jaulas estaban abiertas, algunas tenían las puertas desencajadas, los goznes que él había cuidado con tanto esmero habían sido arrancados. Una paloma solitaria aleteaba en un rincón, incapaz de levantar el vuelo. Tenía el ala izquierda extendida, rota.

Mungo salió de nuevo a la luz del día. Vio a algunas palomas sobre el nuevo techo de pizarra. En la hierba, lejos del palomar, yacían muertos los pichones premiados de James. Parecía que les habían retorcido el pescuezo. Otras tres palomas —la rubia platino, la cenicienta, y una que Mungo no había visto nunca— estaban decapitadas, y junto a sus cuerpos podían verse varios tees de golf. Debían de habérselo pasado en grande practicando el swing con ellas. El sol no había alcanzado aún su cénit y todo lo bello se había echado ya a perder.

Mungo entró de nuevo en el palomar. El pájaro herido no dejaba de aletear, estaba aterrado. Trató de sujetarlo y rodearlo con sus dedos para que se tranquilizase, tal como había visto hacer a James. Lo arrulló y lo meció con suavidad. Munguito detuvo los aleteos por un momento. Su corazón latía con fuerza contra su pecho. Estaba padeciendo un gran dolor.

—Cucurrucucú, cucurrucucú —le susurró al pobre pichón hasta que se calmó—. Cucurrucucú, cucurrucucú. —Las lágrimas acudieron a los ojos de Mungo mientras le retorcía el pescuezo.

Fue al piso de los Jamieson, pero cuando levantó la rendija del buzón de la puerta, vio que no había nadie. Luego volvió a casa y le dijeron que Hamish había salido de nuevo en busca de James. Entonces Jodie llevó a Mungo al cálido armario del termo. Le levantó la camiseta y le pidió que se girase para verle bien los moretones.

—Lo que ha contado Hamish, ¿es verdad? ¿El católico te ha hecho

cosas guarras?

—No.

Jodie dejó de untarle Germolene en las contusiones. Acercó los labios a la oreja de su hermano.

—¿Os estabais haciendo cosas malas?

—Sí.

Jodie siguió extendiendo el ungüento rosa entre sus costillas, pero había palidecido. El calentador de inmersión se encendió y llenó el armario de un calor sofocante. A Mungo le gustaba.

—Lo siento —dijo Mungo.

—Podríais ir a la cárcel por eso. —Jodie estaba untándole la loción con demasiada fuerza, como si fuese una mancha que podría quitarse si se empleaba a fondo—. Antes metían a los hombres en la cárcel por eso. Jaaa-ja.

—No puedo evitarlo.

Jodie se acercó tanto que Mungo podía contarle las pecas de la nariz.

—¿Quieres pillar el sida? ¿Es eso lo que quieres? Porque lo vas a pillar, seguro. Se están contagiando todos. El feniano ese podría tenerlo y pegártelo a ti, así de simple. —Chasqueó sus aceitosos dedos.

—James no haría eso.

—¿Ah, no? ¿Qué coño sabrás tú de los hombres? —Mungo vislumbró destellos de la dureza de Mo-Maw en su hermana, como nudos en un listón de madera buena. Le estaba frotando el ungüento con demasiada fuerza, le estaba haciendo daño a propósito—. Eres tan bueno que pareces tonto, de verdad. —Jodie le dio la vuelta y le aplicó la pomada en los riñones—. Nos estamos matando todos por ti, intentando que seas un hombre de provecho. Y tú por ahí como una quinceañera loca de amor. Ya es hora de que se te quiten las tonterías.

—No puedo evitarlo —repitió.

Jodie lo obligó a que la mirase de frente. Lo sacudió con fuerza.

—¡Por Dios! Pues tienes que evitarlo. No puedes ser así y quedarte tan pancho.

Mungo fue a la parte trasera de la sala de reuniones y se acercó al alto radiador de hierro. El calor iba bien para los moretones. Los hematomas no habían empezado a menguar aún, pero al menos ya no brotaban ramificaciones violáceas; Jodie había dicho que eso era buena señal.

El calor del radiador se extendió por su cuerpo; emitía un sonido metálico y un constante siseo que lo adormecía. Allí, sentado en el suelo, podía ver el mar de piernas que se extendía bajo los asientos de plástico. Se agitaban nerviosamente por el aburrimiento o para evitar quedarse entumecidas. Algunos miembros parecían ansiosos por que la reunión terminase; a otros, en cambio, les preocupaba lo que sucedería después. Tras la bendición final, la reunión se dio por clausurada y todos se congregaron en torno al hervidor del té y empezaron a pasarse platos con bocadillos de jamón.

Agrupándose en corrillos de cuatro o cinco, empezaron a contarse sus novedades. Mungo no oía bien lo que decían, pero por la forma en que apoyaban las manos en los brazos de sus interlocutores, era obvio que estaban prestándose atención, que se metían de lleno en la piel del otro. Era curioso ver cómo aquellos extraños, que acababan de compartir sus vergüenzas y debilidades más profundas, estaban ahora hablando del tiempo o comentando si Cathy de Cranhill llegaría a las regionales en el torneo femenino de curling. Veinte minutos después de revelar sus secretos más desgarradores estaban riéndose a carcajada limpia del personaje de Hyacinth Bucket en *Manteniendo las apariencias*.

Mo-Maw andaba cerca del escenario. Estaba hablando con Mount Ellen-Ellen, una mujer más soez que ella si cabe, y de vez en cuando las dos miraban a Mungo y movían la cabeza. Los corrillos iban describiendo medios giros, como si estuviesen bailando un *céilidh* con desgana, y dos nuevos miembros se unieron a la pareja de mujeres. Tras saludarse con un apretón de manos, se pusieron a hablar de cosas sin importancia: sobre otras partes de la ciudad, sobre cómo eran las reuniones en otros barrios, sobre el gran trabajo que estaban llevando a cabo los miembros de la mesa para conseguir que todo el mundo se sintiese en familia. «Familia —pensó Mungo—, cuyos verdaderos

nombres Mo-Maw nunca sabría».

Observó cómo Mo-Maw se ahuecaba la permanente mientras fichaba a los recién llegados y coqueteaba con ambos en idéntica medida hasta que supo cuál de los dos la miraba con ojos golosos.

Mungo nunca había visto a esos hombres, pero sí a otros como ellos. Al mayor parecía gustarle Mo-Maw. No dejaba de acercarse a ella mientras se atusaba el fino pelo sobre su cerosa frente. El más joven parecía algo fuera de lugar. No debía de ser mucho mayor que Hamish, se notaba que se cuidaba, la bebida aún no le había causado grandes estragos. Llevaba unas zapatillas deportivas de un blanco reluciente, y un corte de pelo César con el flequillo engominado hacia delante.

Nora «Cada Dos Miércoles» se unió al grupo. Les estrechó la mano a los nuevos miembros y se puso a darle palmaditas al hombre más joven, como una niña. Pero este no respondió a sus coqueteos. Mungo vio que apoyaba una mano sobre el brazo de Mo-Maw y le decía algo sobre el té caliente, y que Mo-Maw sacudía la cabeza. Todos los alcohólicos miraron en dirección a Mungo.

Un segundo después, le dieron la espalda. Mungo sabía que Mo-Maw pretendía despertar su compasión compartiendo la supuesta deshonra de su hijo en manos del católico, explicándoles cómo el chico estaba apartándose del buen camino y que, siendo madre soltera como era, ya no sabía qué hacer con él. Los hombres asintieron con un oportuno «pobrecita» que fue pasando de un alcohólico a otro como una ola. El hombre más joven, el del corte de pelo César, hizo el gesto de lanzar una larga caña de pescar imaginaria sobre las baldosas de linóleo. Mo-Maw volvió a retocarse la permanente. Luego asintió una vez con la cabeza.

«Vale —convino—, si no es mucha molestia».

«Molestia ninguna, mujer». Se encogieron de hombros y todos empezaron a reírse como si fuesen amigos de toda la vida.

Mo-Maw llamó a Mungo extendiendo la mano como una dama refinada.

—Mungo, este es el señor Christopher, y este es… —Hizo una pausa —. Perdone, ¿cómo ha dicho que se llamaba?

# 27

Un escalofrío de pánico lo urgió a huir. Iba de un lado a otro, sin sentido, recogiendo algunas cosas, soltando otras tantas, tropezándose, cayéndose. Luego echó a correr bosque adentro para, unos momentos después, regresar de nuevo al lago y encaminar sus temblorosos pasos en la dirección contraria. A pesar de que la mente lo apremiaba a correr, finalmente, armándose de toda su fuerza de voluntad, consiguió calmar el cuerpo. Abrumado, se detuvo en mitad del campamento, cerró los ojos y se sujetó el amotinado rostro con una mano. Trató de apaciguar los pensamientos, imaginar lo que Hamish haría en su situación. Su hermano haría lo más deshonesto, lo más egoísta. Destruiría lo que pudiese y ocultaría el resto. Luego mentiría y fingiría que nunca, jamás, había ocurrido.

Gallowgate pesaba más de lo que parecía, era más denso, más corpulento que San Christopher. Mungo arrastró el cuerpo todo lo que pudo —él solo no podía llevarlo a las profundidades del lago— y le llenó los bolsillos de pequeñas piedras. Los dientes le castañeteaban mientras esperaba a que el cuerpo se hundiese. Finalmente se puso de pie sobre el cadáver y saltó tres veces encima hasta que el último aliento de Gallowgate emergió a la superficie en forma de burbujitas. Aún podía ver el blanco de sus ojos cuando el cuerpo se aposentó sobre el lecho del lago.

Mungo trató de ordenar un poco el campamento. Metió toda la basura en bolsas de plástico, las lastró con pequeñas piedras y las arrojó al lago. Después guardó las tiendas de campaña en sus fundas y las enterró junto con las cañas de pescar bajo los helechos más tupidos, donde el suelo era más arcilloso. Sus propias cosas, deterioradas e infantiles, las introdujo en la mochila y se la colgó al hombro. Aún tembloroso y lleno de adrenalina, se agachó junto a la orilla del lago, se

enjuagó la cara y se frotó las manchas de sangre más llamativas de los pantalones cortos de nailon.

Inclinado sobre el agua, Mungo se concentró en su reflejo. Se preguntó qué habían visto los hombres en él. ¿Dónde estaba esa señal que él no notaba, el mensaje que jamás había querido enviar? ¿Era el hecho de no mirar directamente a los ojos, de bajar la mirada con sumisión? ¿Era la laxitud de sus manos, su forma de echar el peso en una pierna? Quería encontrar la señal e interrumpir definitivamente su transmisión.

Los hombres lo habían mirado como si supiesen lo que había dentro de su alma, cosas que ni él mismo se había confesado a sí mismo. Conocían la ineludible vergüenza que todo ello provocaba, la soledad que comportaba, y lo habían usado para alejarlo de su hogar y hacer con él lo que les viniera en gana.

Sus lágrimas cayeron sobre el agua y desfiguraron su reflejo. Pensó en James y en las cosas bonitas que habían hecho sobre aquella moqueta azul. Tres días de felicidad, tres días de traviesos pellizcos y de torpes caricias. De ávidos besos, de dientes entrechocando, de tímidas disculpas. No se podía comparar esa belleza con lo que le habían hecho los borrachos. No era lo mismo, resolvió Mungo. No tenía nada que ver. Nada.

Entonces pensó en James y en nada más. ¿Portaría aún Mungo en la piel sus besos azucarados, era eso lo que habían olido aquellos hombres? ¿Era tan visible como una mancha de grasa?

Mungo se sentó y se secó las lágrimas con la manga del jersey de James. Lavó la navaja de Hamish, se puso en pie y tomó impulso con intención de lanzarla al lago. Entonces se le ocurrió una cosa, una lección que los inesperados episodios de violencia le habían enseñado. Aún estaba muy lejos de casa. Giró la navaja en la mano y la dejó caer en el bolsillo del chubasquero.

Cogió sus cosas y se puso en marcha desandando el camino que él creía que habían tomado el primer día. Anduvo de puntillas entre las ortigas y se abrió paso entre los pinos y los abedules. No vio el cráneo del carnero en el camino de vuelta.

Finalmente llegó a una carretera de acceso llena de baches y, sin otra razón que la de seguir los lentos rayos de sol estival, torció a la derecha. Eran las primeras horas de la tarde; entre los árboles, las nubes blancas surcaban presurosas el cielo. Después de tres kilómetros, una verja metálica le bloqueó el paso, así que volvió a girar y trató de ir hacia el sur tomando la posición del sol como referencia. La carretera estaba vacía, pero de vez en cuando pasaba algún coche y Mungo sacaba el pulgar; le daba igual el sentido, no sabía dónde estaba ni adónde debía dirigirse.

Al cabo de unas horas, un coche paró al fin. Era un Land Rover Defender, alto, de color verde y lleno de barro. Se detuvo algo más allá y Mungo tuvo que correr un poco. Cuando lo alcanzó, el hombre se quedó mirándolo, parecía que el único motivo para detenerse era ver de cerca al mugriento muchacho del chubasquero.

—Chico, ¿adónde vas con esas pintas? —Su acento tenía la melodía del campo.

Mungo se bajó un poco los pantalones para cubrirse la vergonzosa suciedad de las piernas. Quiso decirle: «No sé, ¿adónde debería ir?». Pero, en vez de eso, agachó la cabeza y le comunicó al desconocido su intención de llegar a Glasgow. El hombre lo miró de arriba abajo. Dijo que iba a no sé qué pueblo —un nombre que sonaba a gaélico y del que Mungo no había oído hablar jamás—, pero que si se subía al coche, seguramente encontraría mejores conexiones hacia el sur desde allí.

Inseguro, Mungo miró a un lado y otro de la carretera vacía, sin saber si podía confiar en ese extraño. Lo observó atentamente; registró los ojos azul claro, las facciones suaves y mofletudas, el impaciente tamborileo de sus dedos sobre el volante. Llevaba una camisa recién lavada, una afilada línea le atravesaba la manga, señal de que alguna mujer se preocupaba por él, de que tenía valor para alguien. Mungo se quedó pensando. El hombre le preguntó qué iba a hacer y, finalmente, fue un curioso detalle el que lo ayudó a decidir: había dos perros gorditos y simpáticos en el asiento trasero que no dejaban de menear la cola.

El hombre aprovechó para fijarse en Mungo mientras se ponía el

cinturón de seguridad. A pesar del brillante sol, acercó la mano al salpicadero y puso la calefacción al máximo. Los dos labradores del asiento trasero —uno del color de una tostada y el otro del color del té — se turnaron para asomar la cabeza y olfatearle pertinazmente la entrepierna al chico, parecían fascinados por las historias que emanaban de aquel rincón de su cuerpo. Mungo debió de mostrarse incómodo porque el hombre sujetó a los animales del collar y los obligó a quedarse quietos.

—Lo siento. Esta es Crystal y la otra es Alexis. Nunca dejes que tu mujer elija el nombre de las mascotas.

El Defender se tambaleó al arrancar. Conforme atravesaban en silencio la carretera de baches, Mungo mantenía la mirada en el horizonte, sintiéndose agradecido por cada poste, por cada oveja solitaria que lo alejaban cada vez más del lago. La chaqueta del hombre estaba colgada sobre el respaldo del asiento de Mungo. Un aroma a lugares húmedos se entremezclaba con el de la cera impermeabilizante. Mungo comenzó a preocuparse por su propio olor. En un momento en que creyó que el hombre no miraba, se rascó la entrepierna y se llevó discretamente los dedos a la nariz. Si olía mal, el hombre, desde luego, no dijo nada. Los perros estaban ya dormitando en la parte de atrás.

El hombre dijo que conocía un atajo y, un momento después, tomó un desvío. La estrecha carretera secundaria a la que se incorporaron se curvaba en torno a una ladera desnuda; en algunos momentos solo disponía de un carril. El hombre tuvo que detenerse de vez en cuando para permitir que otros coches pasaran en dirección contraria. Cada vez que esto ocurría, saludaba al otro conductor con familiaridad. Tenía las manos grandes y fuertes, el dorso salpicado de manchas de la edad, pero las uñas lucían el color rosado de una vida de ocio. Mungo supuso que estaría jubilado.

—Entonces ¿qué estás haciendo por aquí?

—Nada. De acampada.

—¿De acampada? ¿Tú solo?

—Sí.

El hombre orientó todas las rejillas de ventilación hacia el chico.

—Espero que no te importe que lo diga, pero parece que vienes de la guerra.

Mungo se tapó con la mano los rasguños más llamativos de la pierna.

—Me caí por una colina.

—¿Sí? ¿Cuántas veces?

A Mungo le extrañó la sonrisa en los labios del hombre. Le respondió con gravedad.

—Una vez. Me resbalé.

Le pareció que el hombre no haría ningún comentario más. La perra tostada se estaba lamiendo las patas delanteras, mordisqueándose las almohadillas como una posesa. Entonces el hombre dijo:

—Mira, tengo cuatro hijos. Buenos chavales. ¿Y sabes qué? Me he dado cuenta de que cuando están solos nunca se hacen daño. Estando juntos es cuando la lían. Cuando están los cuatro, se tropiezan cada dos por tres, se caen de los tejados, meten las bicicletas por acequias, se ponen a saltar hogueras. Es curioso, ¿verdad? —El hombre abrió la guantera y sacó un paquete de caramelos Fruit Pastilles y se lo ofreció. Mungo aceptó uno con amabilidad y la boca se le llenó de saliva. El hombre insistió y lo obligó a quedarse con el paquete entero. Los perros se asomaron en cuanto vieron comida, pero el hombre los apartó de un codazo. Mungo se alegró cuando el azúcar le quitó el sabor a agua del lago. Chupó el primer caramelo tratando de no engullirlo. Sintió que los ojos del hombre se posaban en su perfil mientras evaluaba los moretones y el pelo apelmazado—. A ver, dime, ¿quién te empujó por esa colina?

—Nadie.

—¿De verdad? —El hombre sujetó el volante con firmeza al atravesar unos charcos de la carretera—. Desde que te has subido al coche, te has pegado a la puerta como un chucho.

Mungo se miró y, efectivamente, estaba pegado a la puerta, todo lo lejos que podía estar del hombre. Con la mano en el tirador.

—Lo siento. —Mungo se aflojó el cinturón de seguridad y se sentó de una forma más relajada en el centro del asiento.

—Oye, no hace falta que lo sientas. Por cierto, me llamo Calum.

Debería haberme presentado antes.

—David —dijo Mungo.

—Encantado de conocerte, David. —El hombre le estrechó la mano izquierda. Su anillo de boda brilló a la luz del sol. Parecía estar incrustado en el dedo, como la abrazadera de un árbol joven que, al crecer, se hubiese quedado atascada—. Entonces ¿vuelves a casa?

Era una pregunta sencilla pero tuvo que detenerse a pensar. Llevaba todo el fin de semana soñando con volver al East End. Podía visualizar los bloques de viviendas, pero «casa» ya no le parecía la palabra adecuada.

—Supongo que sí.

—Eres muy valiente de estar aquí solo. No sé si yo dejaría a los míos.

—No pasa nada.

Calum se detuvo para permitir que una camioneta llena de hippies pasara. Le dio golpecitos al volante con los dedos.

—¿Y dónde está la tienda de campaña?

—¿El qué?

—La tienda. —El hombre señaló con la cabeza la pequeña mochila—. ¿No decías que estabas de acampada? ¿Dónde tienes la tienda?

Mungo se tragó el caramelo.

—Ah. Pues la habré perdido.

Calum metió primera y volvió a reírse.

—Sí. A mis hijos les caerías bien. Son chicos de campo, muy normales, pero ellos se creen muy listos; comparados contigo serían maestros del espionaje. —No había crueldad en su risa. Era un hombre de trato fácil. El tipo de persona al que le gustaba hablar con los vecinos. Pero también el tipo de persona que no tiene ocasión de hablar con ellos muy a menudo y, por eso, era capaz de sacar conversación de cualquier cosa. Varias ovejas insensatas que estaban pastando por el arcén acabaron bloqueando la carretera. Calum aminoró la velocidad y tocó el claxon para dispersarlas—. Aún falta bastante para llegar al pueblo, David. Pero si no quieres hablar de ti, no pasa nada. No voy a entrometerme. —Levantó las manos en señal de derrota.

Después de eso se quedaron en silencio durante catorce minutos;

Mungo siguió chupando los caramelos con la vista clavada en el reloj. Las rejillas habían devuelto el calor a su piel, pero no a los huesos. Se planteó contarle a Calum lo del lago, lo de su madre y el acuerdo al que llegó con los hombres. Se preguntó si, al decírselo, se sentiría más ligero, si el dolor atascado se iría al fin por el desagüe. Mientras pensaba en los hombres de Glasgow muertos, se dio cuenta de que Calum le estaba mirando la cara. Lo sacó de sus pensamientos cuando dijo:

—Las carreteras están que dan pena. ¿No te habrás mareado? Te has puesto blanco, David.

Mungo se tocó el tic.

—¿Sí? Pues no, no me he mareado. Lo siento.

Calum se inclinó y dijo:

—No se lo digas a nadie, pero a Alexis le gusta comerse el vómito de mis hijos cada vez que se marean. —Se echó hacia atrás y acarició a la perra marrón bajo la barbilla.

—Qué horror.

Calum mostró su conformidad con una risa mientras se incorporaban a una carretera de dos carriles. Las colinas se extendían en todas direcciones, Mungo no vio ni un solo árbol.

—¿Te he hablado de mi hijo pequeño, Gregor?

Mungo había estado tan absorto en sus pensamientos que no estaba seguro.

—Lo siento. Creo que no.

—¿Te estoy aburriendo?

—No, claro que no.

—Bueno, Gregor es el que siempre se marea. Es un viajero terrible, y lo curioso es que, de mis hijos, es el que está destinado a ver mundo. Qué ironía más cruel, ¿eh?

Mungo no sabía lo que significaba «ironía».

—¿Por qué sabe que va a ver mundo?

—Un padre sabe esas cosas. Gregor es un buen chico. Tiene una mente brillante, abierta. Siempre ayuda a su madre en casa sin que se lo pidan, pero es un poco… —El hombre hizo una pausa como si le

costase encontrar la palabra correcta—. Artístico. —Chasqueó la lengua —. ¿Sabes lo que quiero decir?

Mungo asintió con una tímida inclinación de cabeza. No estaba seguro de si lo que el hombre quería decir y lo que él había entendido eran la misma cosa.

—Perdóname si me equivoco, David. Pero ¿no eres tú también un poco artístico? —Calum no esperó a que respondiese—. Verás, sé que a muchos hombres les molesta eso. Pero yo no tengo ningún problema. Solo digo que… En fin, no sé. A veces digo cosas que no debería. —Los rayos de sol que dejaban filtrar las nubes estaban incidiendo sobre el parabrisas. Mungo aprovechó la oportunidad para mirar al hombre. Tenía un rostro amable, bello bajo las arrugas, vigoroso bajo la flacidez. Los ojos eran de un sereno azul claro; el pelo, una aureola de rizos blancos y recios, como de vellón de cordero—. Gregor nunca se calla, en ese aspecto es clavadito a su madre, pero bueno, no me importa. A veces me quedo pasmado de las tonterías que salen de su boca. Mira que tiene imaginación. La verdad es que no sé de quién la ha sacado.

Mungo hizo rodar otro caramelo en la boca. Pensaba que era de fresa pero ahora no lo tenía tan claro, igual era de grosella negra.

—Él coge unas cortinas viejas, un par de lámparas y te monta una obra de tres actos y una matiné como le sobre tiempo. Se pone delante de la chimenea y no para de inventarse cosas. Canciones, chistes, dramones tremendos… A ver, en realidad son tonterías, aunque muy entretenidas, eso sí. —Calum volvió a reírse, pero Mungo se dio cuenta de que era una risa forzada. Luego miró a Mungo para ver si se reía también. No fue el caso.

Mungo no sabía a cuento de qué le estaba hablando de su hijo. ¿Y por qué de ese hijo en particular de los cuatro que había dicho que tenía? El caramelo se le estaba pegando a la muela astillada.

—Gregor tiene casi catorce años. A mí me gustaría que encontrara trabajo por aquí, pero mi mujer dice que nos dejará algún día. Dice que tiene que irse y buscar a gente a la que le gusten las mismas cosas que a él. —Calum señaló la campiña vacía—. Supongo que aquí no hay vida para él.

Mungo giró la cara como si estuviese contemplando la campiña vacía, pero en realidad se quedó mirando su propio reflejo en el retrovisor lateral, preguntándose de nuevo qué era lo que la gente percibía en él.

El hombre estaba dejando que sus pensamientos fluyesen. En realidad no quería que Mungo le diera conversación, simplemente decía en voz alta lo que le pasaba por la cabeza.

—¿Crees que mi hijo podría ser feliz? ¿En la ciudad?

—No lo sé.

—¿Tienes muchos amigos artistas?

Mungo pensó en James. Negó con la cabeza.

—No tengo ninguno.

Calum movió la mandíbula de derecha a izquierda.

—Bueno. Solo quiero que sepa que estoy orgulloso de él. No importa lo que pase. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Creo que sí.

—Tu padre debe de estar orgulloso de ti —dijo Calum—. Pero espero que no te metas en líos por la tienda de campaña esa que has perdido.

Mungo volvió a girar la cara. El espejo retrovisor estaba roto y lo habían pegado a la carrocería con cinta aislante.

—Eres un buen muchacho, David. Ya te he dado bastante la brasa. —El hombre le dio una palmadita en la rodilla. Era una mano pesada, posesiva, acostumbrada a tener el control. Mungo se estremeció, pero la mano no se detuvo ni se recreó. No pidió más. Mungo la vio regresar al volante—. Duerme un poco si quieres. Te despertaré cuando lleguemos a la ciudad.

Mungo percibió entonces el fresco aroma del hombre; su aftershave era una mezcla de todas las cosas buenas que había olido en su vida. Se apoyó en el reposacabezas y entrecerró los ojos. A través del dosel de sus pestañas volvió a fijarse en las uñas del hombre: rosadas, anchas y sanas. Atisbó un trocito de piel pálida e inmaculada en el punto de unión entre la camisa y la muñeca. No eran manos que trabajasen la tierra bajo las inclemencias del tiempo. Hablaban de días leyendo libros bajo el sol. Si fuese posible calcular el valor de una persona a partir de

sus manos, entonces Mungo debía admitir que le tenía envidia. Ese hombre valía cien mil veces más que él. Parecía llevar una buena vida, fácil. Seguramente sus hijos lo querían. Y él también a ellos.

# 28

Un largo y húmedo atardecer estaba tocando a su fin cuando Mungo llegó a Glasgow. Llevaba ocho horas subiéndose en coches y autobuses cuyo destino desconocía, a ciegas, pero ya no tenía miedo.

En dos ocasiones, los conductores de autobús no le dejaron subir; el chico iba hecho un guiñapo y estaba sin blanca. Pero en otras tres sí lo dejaron, se apiadaron de él, picaron un billete inexistente y le hicieron señas para que se montase gratis.

Mungo se sentía aturdido mientras caminaba despacio hacia su casa desde la estación de Buchanan Street. Hacía un calor bochornoso. En esta época del año había luz hasta tarde, y los juerguistas seguían con la camisa quitada, la cara rosada tras un largo fin de semana emborrachándose con lo que les quedaba de la paga de las vacaciones y sin ganas de volver a casa. Pasó por delante del nuevo campus de la Universidad de Strathclyde y el antiguo hospital de Rottenrow, y luego dirigió sus pasos hacia el East End.

Todos los caminos a casa le obligaban a pasar por el asfixiante edificio del Royal Infirmary y la oxidada caravana-cafetería ubicada en mitad de la isleta. Mo-Maw estaba ya apostada en la ventanilla de servicio charlando con los conductores de ambulancias. Incluso de lejos, Mungo sabía por la artificial amplitud de su sonrisa que llevaba encima unas cuantas copas. Pensó en pasar sin saludar cuando se dio cuenta de que Jodie y Hamish estaban sentados en una diminuta mesa de pícnic. Parecían un poco alicaídos, como si llevasen mucho rato esperando.

Los tres lo miraron de arriba abajo mientras cruzaba la isleta. Su reacción fue la esperable en cada uno de ellos. Mo-Maw cayó en el melodrama; sus gritos volaron hacia Mungo, pero su voz decía «Mírame, mírame». Hamish apretó la mandíbula y entrecerró los ojos

tras las gruesas lentes, decidido a dejar que las mujeres mostrasen sus cartas antes que él. Parecía contrariado porque los dos alcohólicos no estuvieran con su hermano.

Jodie fue la única que pareció alegrarse de verlo. Se limpió la cara con la manga del jersey y lo abrazó por la cintura. Mungo sintió el calor que desprendía su cabeza después de haber estado todo el lunes festivo al sol, esperando el regreso de su hermano. Los brazos de Mungo colgaban exánimes. Descubrió que era incapaz de devolverle el abrazo.

Lo único que deseaba era compartir su desconsuelo con ellos. Hacerles sentir las lentas y aterradoras horas que había vivido. Pero Gallowgate tenía razón, nunca podría expresar aquel dolor. Una historia así les nublaría el juicio; en el fondo, siempre se preguntarían qué habría hecho él para merecer aquello. Le asomaron las lágrimas a los ojos, pero las contuvo e intentó controlar el labio. No les daría esa satisfacción. Ya no era el pequeñín de la casa, no quería la compasión de ninguno de ellos.

—¿Qué ha pasado? —gritó Mo-Maw mientras apartaba a Jodie—. No he tenido un minuto de paz desde que llamaste.

—Nada. —Se encogió de hombros como si le hubiese preguntado qué había almorzado en el instituto.

Después de la llamada, Mo-Maw se había quedado preocupada; o quizá cuando se le pasó la borrachera cayó en la cuenta de que no sabía dónde estaba su benjamín ni con quién. Ahora, en cambio, Mo-Maw mostraba un tipo de inquietud que rara vez sentía por los demás. Escudriñó angustiada el rostro de Mungo. Tomó las manos de su hijo en las suyas y les dio la vuelta; después le fue acariciando la pálida línea de piel que el pelo había protegido del sol. En el cuello halló marcas de los dedos del santo. Se lamió el pulgar y trató de borrarlas, pero no se iban.

—La cara. ¿Qué coño te ha pasado en la cara?

Mungo señaló a su hermano con la cabeza.

—Me lo hizo él. Ya la tenía así cuando me fui.

—¿Sí? Pues yo la veo peor ahora.

—Te lo estás imaginando. —Se hurgó las costras de la barbilla—. Me caí un par de veces. Aquello resbalaba mucho. Igual me di de nuevo.

Mo-Maw miró hacia la carretera.

—Bueno, ¿y dónde están los otros dos?

—¿Quiénes?

—Hijo, el como se llame y el larguirucho.

—Ah, por ahí. —Luego añadió como quien no quiere la cosa—: Dijeron que te verían el jueves, en la reunión.

—¿De verdad estás bien, Mungo? —Jodie le dio un vaso de Coca-Cola disipada; él se la bebió de un trago.

—Sí, como nuevo. ¿Y tú?

Mo-Maw le estaba sujetando la cara con demasiada fuerza. Ahora parecía enfadada por haberle arruinado su apacible fin de semana.

—Entonces ¿para qué coño me llamaste y me dejaste tan preocupada?

Mungo se zafó de sus dedos grasientos.

—¿Y a ti qué más te da?

Mo-Maw apoyó todo el peso en una pierna y puso ambas manos en la misma cadera. Las zapatillas Nike habían pasado por la lavadora, las costuras se estaban soltando y el elegante logotipo se había difuminado; eran falsas.

—A ver si te crees que por irte unos cuantos días de pesca puedes faltarme al respeto de esa manera. —Estaba despotricando para sí misma, dando vueltas, dirigiéndose a cualquier conductor que se compadeciese de su situación—. Un fin de semana fuera no te convierte en un hombre. Eres un niñato, a mí no me chuleas.

Mungo la miró fijamente a los ojos. Antes no era lo bastante hombre; ahora era más hombre de la cuenta.

Se dirigió a su hermana y le dio las piedrecitas que había cogido en la orilla del lago.

Jodie pegó su frente a la de él y le susurró:

—Ya me lo contarás todo bien. ¿Verdad? ¿En el armario del termo?

—Vi un corzo y una oveja muerta. Llovió. No hay nada más que contar.

Jodie alargó la mano para apartarle el pelo de la cara y Mungo se alejó de ella. Era capaz de mirarla, pero no iba a permitir que lo tocase de nuevo. Si Jodie, de entre todas las personas, no era capaz de quererlo tal y como era, entonces tal vez nadie pudiese.

Mo-Maw había empezado a canturrear.

—Ya está, no ha pasado nada. ¿Ves? Está bien. Ya está aquí. Está bien, sano y salvo —dijo aleteando y dando vueltas. Mo-Maw se sentía aliviada. Pero Mungo sabía que el alivio era por ella misma.

La contienda familiar había empezado el sábado por la mañana, cuando Jodie le preguntó a su madre dónde estaba Mungo y Mo-Maw respondió con vaguedad: «Pescando». Se dieron cuenta demasiado tarde. Mo-Maw no conocía de nada a esos dos hombres a cuyo cargo había dejado a su hijo. Pero Mo-Maw se puso a la defensiva argumentando que Mungo estaría seguro, que aquellos hombres lo protegerían. ¿Qué daño podrían hacerle? Unos cuantos peces, un poco de aire fresco, una hoguera. Estaban en Escocia. Las cosas malas ocurrían en las calles donde ellos vivían, y Mo-Maw lo había mandado lejos de allí.

Hamish se acercó. Agarró el borde del bolsillo del chubasquero de Mungo y, tirando posesivamente de él, miró dentro.

—¿Qué? ¿No nos has traído nada?

Mungo creía que le resultaría imposible mirar a Hamish, pero descubrió que sí podía. De hecho, descubrió que podía mirarlo sin parpadear. Mungo clavó sus ojos en el puente de la nariz de su hermano hasta que este dio un paso atrás y lo dejó tranquilo.

—¡Oiga! ¿Le atienden aquí a uno o qué pasa?

Ya está, aquella simple frase puso punto final a todo. Para siempre. El taxista, con la barriga colgando sobre la riñonera, pidió ansioso un panecillo de morcilla y un té pequeño con dos bolsitas. Mo-Maw volvió a su puesto. El fin de semana de tres días había concluido. Mungo estaba en casa. Ya no volverían a hablar más de aquello. Igual que tampoco hablarían más del bebé que nunca nació. Ni de James, el chico a quien Mungo había querido con locura.

Mungo observó a sus hermanos recoger sus pertenencias. Los vio con

una claridad inusitada. Para ellos, el asunto había quedado zanjado. Para él, no terminaría nunca. Simplemente no tenía a nadie a quien contárselo.

Mo-Maw se había alejado de él, por fin lo tuvo claro. A partir de ahora sería Jocky quien cargaría con ella, y si no él, cualquier otro, el primer idiota que pensara que podía manejarla. Debería haberse sentido aliviado y, sin embargo, lo invadió una odiosa sensación de abandono.

Jodie se marcharía para siempre. Al principio sería algo gradual, pero, una vez que terminase la universidad, sus ausencias serían cada vez más prolongadas. Hamish había tenido razón desde el principio. Su hermana acabaría adoptando el inglés estándar, poco a poco se iría quitando la escocesa oclusión glotal. Consumiría pan integral y vería películas extranjeras. Tal vez conocería en la universidad a algún buen chico y se enamoraría de él, pero nunca lo llevaría a casa por Navidad. Si la dejasen, tendría una casa llena de perros callejeros. Mungo la imaginaba acogiendo perros policía retirados, tantos que su pequeño piso atufaría a incontinencia canina.

Hamish le guiñó un ojo. Mungo supo entonces que jamás se iría de Glasgow.

Seguiría los pasos de Hamish, y tendría una vida llena de violencia sin sentido. Se buscaría una chica, la dejaría embarazada cuanto antes, haría todo lo posible por quererla. Trabajaría cuando tuviera ocasión y robaría todo lo que pudiese y más; los jueves y los sábados se pasaría por el Sub Club y The Arches a vender éxtasis a los universitarios, diez libras la rula. De vez en cuando se enfrentaría a los Bhoyston, y cuando fuese demasiado mayor para eso, se conformaría con ir a ver jugar al Rangers y liarse a hostias en la Louden Tavern. Y cada 12 de julio cantaría canciones supremacistas a voz en grito. Tendría que convertirse en el hombre que Hamish esperaba que fuese.

—¿Quieres darte un baño cuando lleguemos a casa? —Jodie se estaba echando el bolso al hombro.

Pero Mungo no la estaba escuchando.

Al otro lado de la carretera, frente al monstruoso hospital, se perfiló

una figura. Mungo no había reparado en ella. El tráfico por la vuelta de las vacaciones era muy denso y los autobuses del East End apenas dejaban ver nada. El joven estaba esperando pacientemente, parecía estar a punto de cruzar la carretera, pero cuando la oportunidad llegó, se quedó donde estaba. Nunca la cruzaría.

A sus pies había un montón de abigarrados bártulos, voluminosas bolsas llenas de suave ropa. Toda su vida estaba dentro de ellas. Llevaba puestos dos abrigos a pesar del calor estival. Tenía varios puntos de sutura en la barbilla, la nariz rota, negruzcos surcos alrededor de los ojos. Una gasa rosa, manchada ya de polvo, le cubría los dedos entablillados.

Estaba observando, esperando, marchándose, todo al mismo tiempo.

Allí, separados por cuatro carriles de tráfico, se quedaron mirándose el uno al otro. Pareció pasar una eternidad. Cada vez que una furgoneta blanca le bloqueaba la visión, Mungo sentía un pellizco en el estómago, contenía la respiración hasta que el vehículo pasaba, expectante por saber si el chico seguía allí, junto a sus maletas, observando y esperando. James el Niño Bueno.

James levantó la mano rota en una suerte de saludo. Un gesto discreto, vacilante, como si fuesen dos extraños. Pero aquel saludo era para Mungo. Y para nadie más.

Mungo sonrió levemente, con timidez. James sonrió también. Poco a poco, sus sonrisas se fueron ensanchando, despacio, y Mungo supo lo que iba a hacer, adónde iría. Al único lugar en el que siempre había querido estar.

Después de que Mungo telefonease a Mo-Maw desde el lago, Jodie había ido a ver a James. Llamó al interfono, pero no respondió, no la dejó entrar. Luego llamó a todos los botones del panel hasta que un vecino le abrió la puerta y subió las escaleras corriendo. De rodillas, frente a la rendija del buzón, le contó a James —más bien a un pasillo vacío, James estaba escondido— lo que había ocurrido.

James tenía la cara hecha un cristo, no quería abrirle la puerta a ningún Hamilton. Se quedó paralizado en el pasillo y miró hacia la clavija del teléfono arrancado.

—Mungo no ha llamado —murmuró James desde la oscuridad—. No podría haber llamado ni aunque hubiera querido.

Jodie soltó la tapa metálica. Por lo que había alcanzado a ver a través del buzón, dedujo que James estaba haciendo las maletas.

Mungo puso una mano en la barrera que lo separaba del tráfico con intención de saltarla. Se dio media vuelta para despedirse de Jodie. En ese momento, un coche azul marino se separó del resto de los vehículos. Se subió a la isleta levantando algo de grava y, una vez detenido, se apearon dos policías. No llevaban uniforme, pero Mungo supo que sus arrogantes andares apestaban a bofia. Buscó a su hermano en busca de confirmación. Hamish ya estaba escabulléndose en dirección a la caravana.

—¡No os preocupéis! —gritó Mo-Maw como si hubiese planeado una gran fiesta—. Vienen a verme a mí. Vienen a verme a mí.

Se limpió las manos en el delantal y fue corriendo a saludarlos. Se ahuecó el pelo rizado y se abrochó el botón superior de los vaqueros sobre la suave grasa de la barriga. Jodie chasqueó la lengua ante aquella muestra de vanidad. Los policías no eran guapos, pero tenían la misma edad que su madre y trabajos mejor remunerados que Jocky.

—No hay nada de que preocuparse, agentes, mi hijo, mi pequeñín, ha vuelto ya.

Después de que Mungo la llamase por teléfono, se había tomado unas cuantas copas. Luego llamó a la policía y denunció su desaparición. Los agentes, que iban patrullando en el coche cuando recibieron su llamada, se miraron desconcertados. ¿Quién deja a su hijo pequeño con unos desconocidos? Esta era la tercera vez que venían en el mismo fin de semana. La primera vez sintieron curiosidad. La segunda dejaron traslucir cierta repulsión. Ahora parecían estar a punto de vomitar cuando la vieron.

—Todo está bien —volvió a decir Mo-Maw. Tenía los brazos abiertos, como si fuese a darles un abrazo de despedida para acompañarlos después a la puerta e invitarlos a abandonar su isleta.

—¿Sí? Me alegra saberlo, señora Hamilton.

—Buchanan —corrigió ella—. No llegué a casarme con su padre, no me dio tiempo. Así que, si no les importa, llámenme señorita Buchanan. —Mo-Maw solía usar el apellido Hamilton, así se ahorraba dar explicaciones y les ofrecía a sus hijos un sentido de pertenencia. Mungo solo la había oído hacer esta aclaración cuando hablaba con hombres.

Los agentes no sonrieron ni se dejaron engatusar. Miraron con desdén a la mujer menuda. El más fornido de los dos lucía unas greñas más propias de un disc-jockey radiofónico.

Los policías observaban con el ceño fruncido a los jóvenes Hamilton, tres perros callejeros desperdigados en aquella suerte de descampado. Descartaron a Jodie de inmediato y se centraron en Hamish y en Mungo. Aunque mostraban una actitud impasible, Mungo sabía que estaban estudiándolo a conciencia, catalogando cada pequeño detalle. Sintió cómo los ojos de los agentes le recorrieron las magulladas rodillas para subir después a las heridas del rostro. Le inquietaba que viesen cosas que él no quería mostrar.

Los policías se quedaron deliberadamente callados mucho tiempo, superando con creces la barrera del silencio incómodo. Mungo empezó a impacientarse, quería llenar el vacío. Hamish le había enseñado a esperar en esas situaciones; el truco era pensar en animales, uno por cada letra del alfabeto, y después, en frutas. Pensar en verduras y en nombres de perros y en países era la mejor forma, según Hamish, de que tu expresión se mantuviese inescrutable.

Mungo estaba pensando en koalas cuando uno de los agentes habló al fin. El oficial greñudo movió la cabeza con un gesto sombrío.

—Verá, han surgido algunos imprevistos. Hoy han encontrado el cadáver de un hombre. Alguien lo apuñaló y después intentó ahogarlo en un lago. Basándonos en lo que nos dijo, señora Hamil… perdón, señorita Buchanan, queríamos ver si… —El agente consultó su libretilla —. ¿Mun-go? —Movió la cabeza con compasión ante un nombre condenado a recibir palizas en el recreo—. Si el joven Mungo podría saber algo al respecto.

—Los cuerpos no se hunden, al menos por mucho tiempo —apuntó el

otro policía. Le raleaba el pelo, pero había sido valiente y lo llevaba muy corto. Tenía formas más hoscas que el primero.

—Descomposición —atajó Jodie—. La grasa, cuando se pudre, se convierte en gas. Todo el mundo lo sabe.

Mungo no lo sabía. Le molestó que, en un momento como ese, Jodie se empeñase en hacer gala de sus conocimientos.

El policía asintió con admiración. Le sorprendió que un miembro de la prole de Mo-Maw pudiese ser tan inteligente.

—Sí, correcto. Tiene una hija muy lista, señorita Buchanan.

—Sí. Un encanto de niña, no lo sabe bien. Una enciclopedia con patas. ¿No quiere que se la preste unos días?

El hombre más rudo frunció el ceño.

—Por lo que veo, le gusta prestar a sus hijos. ¿Por qué no monta una niñoteca?

Jodie, abochornada, cambió de postura. El sarcasmo se perdió al llegar a oídos de Mo-Maw.

El agente explicó que la policía de Strathclyde se había puesto en contacto con las dependencias de Balmaha, Balquhidder, Loch Lomond e Inveraray para preguntar si alguien había visto al hijo de Mo-Maw. En Inveraray les dijeron que no, pero, curiosamente, acababan de encontrar un cuerpo ahogado que, si bien no era sospechoso en sí mismo, presentaba indicios de apuñalamiento y llevaba unos vaqueros italianos poco comunes en aquellos andurriales. El vigilante que patrullaba la zona halló el cuerpo parcialmente sumergido, con los bolsillos llenos de piedrecitas. El cadáver no debería haber salido a flote tan pronto —habría podido permanecer semanas sumergido si lo hubiese lastrado con más peso—, ya que Gallowgate no era un hombre grueso y el agua estaba helada.

Cuando la policía llevó el cuerpo al pequeño pueblo y llamó al de la funeraria, se montó el revuelo del siglo.

La encargada de la oficina de correos reconoció a Gallowgate al instante y dijo que un chico muy callado iba con él. Comentó que ambos tenían un vulgar acento glasgüense, que el chico parecía muy triste, que habían robado chocolatinas y que le debían una libra con

cincuenta.

—Me alegro de que Mungo haya vuelto a casa. Tiene suerte de que todo haya salido bien. Pero tenemos que hablar con el chico. —El agente greñudo llevó la mirada de un hermano a otro—. Entonces ¿quién de ustedes es Mungo Hamilton?

En ese momento, Jodie y Mo-Maw hicieron algo extraño. De forma instintiva dirigieron la mirada a Hamish en vez de a Mungo. Hamish sabría qué hacer. Él era el hombre de la casa. Los ojos de ambas mujeres parecían implorar: «Encárgate tú, Hamish».

El primer agente dio una patada en el suelo como si hubiese perdido una apuesta. No era el hermano que creía. Hamish era sin duda el más bajo de los dos, pero parecía un poco mayor para encajar en la descripción que les habían facilitado. Pero el policía alopécico esbozó una sonrisa dando a entender que ya lo sabía. En cuanto había visto a Hamish, había sabido que era un chico violento.

Casi al momento, Hamish dio un paso adelante. No pestañeó, apenas movió la cabeza.

—Soy yo. Yo soy Mungo.

«Menudo idiota bravucón». Los agentes no se andarían con tonterías mucho más tiempo.

Mungo cayó en la cuenta de que esta podría ser la última vez que viese a James. Se dio la vuelta, quería mirarlo todo el tiempo que pudiese y grabar en su memoria la sonrisa que hacía que todo fuese mejor, aquella boca llena de dientes separados, felices. Quería ver si sus mejillas tenían el habitual tono rosa azulado que adquirían al aire libre.

James levantó la maltrecha mano en una suerte de gesto de despedida congelado. Con tantos abrigos encima, volvió a parecerse a la estatua de san Mungo en el Kelvingrove que daba la bienvenida a los fieles.

James estaba mordiéndose el labio. El pelo le tapaba los ojos, lo tenía revuelto por el tráfico; sus cabellos leonados, sus mechones de trigo y cebada, de dulce caramelo, absorbieron los últimos resquicios de luz.

Entonces James giró la mano dejando a la vista la venda que le cubría los nudillos. Sus dedos entablillados —esos que habían

acariciado la suave hondonada de la baja espalda de Mungo— se movieron leve, sutilmente. Con la férula, el gesto resultó algo tosco, inarticulado, pero Mungo lo entendió de todos modos.

Solo lo hizo una vez. Una vez fue suficiente.

«Ven —dijo—. Vente conmigo».

# AGRADECIMIENTOS

Quisiera expresar mi más profundo agradecimiento a mi familia, a los audaces hijos de Glasgow con cuya compañía fui bendecido, y a todos mis maravillosos amigos. No estaría aquí sin vosotros.

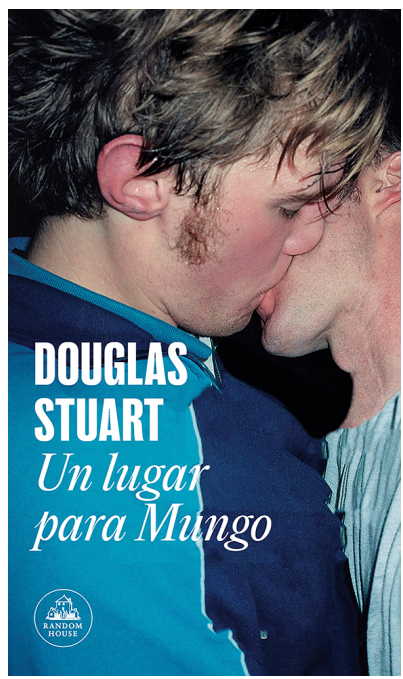
Quisiera dar también las gracias a mi editor, Peter Blackstock, y a todo el equipo de Grove Atlantic: Morgan Entrekin, Judy Hottensen, Deb Seager, John Mark Boling y Emily Burns. A Ravi Mirchandani —el Patito Feo, como él mismo se hace llamar— y a Camilla Elworthy, Jeremy Trevathan, Stu Wilson, Gillian McKay, y a todo el talentoso equipo de Picador. Me gustaría enviar también mi cariño y gratitud a Anna Stein, Claire Nozieres y Lucy Luck por cuidar tan bien de Mungo; y a Grace Robinson, Julie Flanagan y Will Watkins por su apoyo. Tampoco puedo olvidarme de los amigos de Mungo del otro lado del charco: gracias a Cathrine Bakke Bolin, Daniel Sandström, Susanne Van Leeuwen, Lina Muzur y Valentine Gay.

Gracias, por supuesto, a mis primeros lectores por sus inestimables ánimos; les debo incontables cervezas a Patricia McNulty, Clive Smith, Valentina Castellani, Margaret Ann MacLeod, Tanya Carey y Tina Pohlman por prestarme su corazón y mente.

Y gracias especialmente a Michael Cary por su inquebrantable fe en mí.

**REGRESA EL GANADOR DEL PREMIO BOOKER POR *HISTORIA DE SHUGGIE BAIN*.**

**«Un puñetazo directo al corazón».**
***Publishers Weekly***




A sus quince años, Mungo, un adolescente con una sensibilidad diferente al resto de los chicos del vecindario, vive en un barrio obrero del Glasgow de la era post-Thatcher, en el seno de una familia protestante: sin padre, con una madre alcohólica y un hermano que representa todo lo que él odia. En un ambiente masculinizado, rodeado de paro y peleas callejeras, solo cuenta con el apoyo y el cuidado de su hermana, Jodie. Tras un altercado familiar, su madre decide enviar a Mungo de pesca con dos desconocidos de Alcohólicos Anónimos para que hagan de él un hombre de provecho. De camino a un lago del oeste

de Escocia con esos extraños cuyas bromas de borrachos esconden un pasado turbio, Mungo solo piensa en regresar al lado de su amigo James, el único lugar donde ha descubierto que puede ser él mismo.

Douglas Stuart nos acerca, con una prosa lírica y vívida, al peligroso primer amor entre dos adolescentes en esta lúcida y conmovedora historia sobre el sentido de la masculinidad y del deber para con la familia, las violencias a las que se enfrentan las identidades queer y los riesgos de querer demasiado a alguien.

**La crítica ha dicho:**

«*Un lugar para Mungo* lo confirma: Douglas Stuart es un genio […] Es capaz de tensar las cuerdas del suspense a la vez que mantiene una asombrosa sensibilidad a la hora de explorar la mente confusa de este gentil adolescente que intenta entender su sexualidad».
**Ron Charles, *The Washington Post***

«Una novela enorme [...] Sigue un arco dickensiano: un joven marginado, que desea un futuro mejor, se ve atrapado en un esquema de violencia y debe escoger entre la vida que quiere para él y la que se le presenta [...] Esta novela te corta y luego te venda».
**Hillary Kelly, *Los Angeles Times***

«Una novela hermosa y sutil que te partirá el corazón [...] Es un testimonio del poder implacable que tiene Stuart como narrador».
**Maureen Corrigan, *NPR's Fresh Air***

«Su escritura es bellísima, une lo desagradable y lo mundano en una sintonía maravillosa [...] La novela transmite un sonido envolvente del lugar gracias al ingenio y la musicalidad de sus diálogos».
**Yen Pham, *New York Times Book Review***

«Lloré con *Historia de Shuggie Bain* y he llorado de nuevo con el final de

*Un lugar para Mungo*. Si la primera obra de Stuart lo situó como una gran promesa, esta novela confirma su prodigioso talento».
**Alex Preston, *The Guardian***

«Esta es una historia cruda, tierna y generosa sobre el amor y la supervivencia en circunstancias difíciles».
***People***

«El autor crea personajes tan vívidos, dilemas tan desgarradores y diálogos tan brillantes que todo te succiona como una aspiradora [...] Romántica, aterradora, brutal, tierna y, al final, furtivamente esperanzadora. ¡Qué escritor!».
***Kirkus Reviews* (reseña destacada)**

**Douglas Stuart** (Glasgow, 1976) se graduó en el Royal College of Art en Glasgow. Más tarde se trasladó a Nueva York, donde empezó su carrera como diseñador de moda. Su primera novela, *Historia de Shuggie Bain*, ganó el premio Booker y fue doblemente premiada en los British Book Awards como mejor libro del año y mejor debut del año; además, entre otros muchos premios, fue finalista del National Book Award en la categoría de ficción, y ha sido traducida a treinta y ocho lenguas. Stuart ha publicado sus relatos en *The New Yorker*, y su ensayo *Poverty, Anxiety, and Gender in Scottish Working-Class Literature* en *LitHub*. Actualmente vive entre Nueva York y Glasgow. *Un lugar para Mungo* es su segunda novela.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Título original: *Young Mungo*

Primera edición: enero de 2023

© 2022, Douglas Stuart
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Francisco González López, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Wolfgang Tillmans

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4144-2

Compuesto en: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

[*] John Donne, «La pulga», *Canciones y Sonetos*, traducción de Purificación Ribes. Ediciones Cátedra, 1996, Madrid. *(N. del T.)*

# Índice

Un lugar para Mungo

El mayo posterior

- Capítulo 1

El enero anterior

- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Douglas Stuart
Créditos
Nota